

LA CIENCIA TOMISTA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

ENERO-FEBRERO DE 1931.—NÚMERO 127.

LA USURA JUDIA EN CASTILLA

Antes de comenzar a exponer ligeramente algunos puntos del desarrollo de las prácticas usurarias de los judíos españoles, parécenos de interés comprobar la persistencia de tales hábitos a través de la historia del pueblo israelita.

Según el concepto de los antiguos, el préstamo de un objeto cualquiera, como actualmente el comodato, era esencialmente gratuito, considerándolo como servicio obligado entre vecinos. Pueblos que vivían en plena economía natural, se comprende considerasen como inmoral la obtención de materiales provechosos sin esfuerzo ni trabajo, por simple préstamo de dinero o víveres. Las ganancias obtenidas por venta de los productos sobrantes servían al campesino para robustecer su propia economía y, sólo accidentalmente, para prestar sin interés a conciudadanos necesitados. Tal juzgaban también los hebreos (1).

Ya podemos suponer que esta conducta ideal no fué siempre respetada y seguida, constándonos, por otra parte, cuán exorbitantes primas se exigieron al préstamo en los más diversos pueblos de la Antigüedad. A remediar los abusos que sin duda dejábanse sentir acuden los legisladores, y concretándonos a la *Tora* o Ley israelita, vamos a examinar tres concisas disposiciones que encierra, prohibiendo, en gradual rigidez, la percepción de intereses.

Desde luego la Ley veda al hebreo el reclamarlos por dinero concedi-

(1) Léanse, v. gr., las insistentes recomendaciones que formula la ley mosaica, instando al pueblo de Israel al préstamo incondicional a favor de los compatriotas necesitados (Deut. XV, 7-11). Toda ella, con sus años de remisión, sabáticos y jubilares, tiende manifestamente a impedir que el pueblo indigente sea absorbido por la codicia de los ricos.

do a un compatriota que, forzado por la necesidad, hubo de tomar prestado. Así lo regula una de las disposiciones que Dios manda a Moisés promulgar (Ex. XXII, 24): «Si prestares dinero a mi pueblo (1), al pobre de tu pueblo, no te portarás con él como un acreedor; no le impondrás (2) usura».

Una segunda disposición, dada por Dios a Moisés en el Sinaí, ampliaba notablemente el círculo de prohibición al ordenar (Lev. XXV, 35-38): «Y cuando se empobreciere tu hermano y en indigencia fuere a parar a tí y lo socorrieres como forastero y peregrino (3) y viviere contigo, no le cobrarás usura ni interés, y temerás a tu Dios para que pueda vivir tu hermano contigo. No le darás tu dinero a logro, ni con usura le entregarás tus alimentos. Yo, Jahvé, vuestro Dios, que os saqué de Egipto para daros el país de Canaán y ser vuestro Dios».

Como puede observarse, ya la prohibición abarca no sólo el dinero, sino también los víveres, los cuales, como aquél, deben ser prestados gratuitamente. En opinión de H. Lesêtre (4) dicha ley se extiende al *gêr* o extranjero que vive de asiento en medio de los israelitas, interpretación que no nos parece obligada, pues más bien creemos que el texto, a través de todo el pasaje, se refiere siempre al *hermano*. Por lo demás la protección al *gêr* es evidente en diversos puntos de la Tora. «No contristarás al forastero—dice, por ej., Ex. XXII, 20—ni lo oprimirás; pues también vosotros fuisteis forasteros en Egipto».

Una mayor agravación recibe la primera de las leyes usurarias arriba consignada, en Deut. XXIII, 20-21, en que la prohibición de reclamar interés se extiende a cualquier clase de objetos: «No impondrás a tu hermano ni interés por dinero, ni interés por cereales (o subsistencias); ni interés por cosa alguna que prestares. Al extranjero impondrás usura, pero no a tu hermano, para que Jahvé, tu Dios, bendiga cuanto realizare tu mano en la tierra en cuya posesión vas a entrar».

Sólo, pues, en las relaciones comerciales con los no judíos (*nokri* o extranjero), como fenicios, filisteos, sirios, árabes y otros traficantes análogos, el dinero pasaría a tener condición de cosa y servir como fuente de ingresos (5). De esta suerte suavizó el legislador de Israel el rigor de las

(1) «al hermano» dice la versión de los LXX en la mayoría de los códices.

(2) Sing. en las versiones de los LXX, Siriaca y Vulgata.

(3) Así, con la Vulg. Quizá, dice R. Kittel, deban borrarse ambos sustantivos, o tal vez sustituir el primero por «jornalero, asalariado».

(4) Artic. «Usure» del *Dictionnaire de la Bible* de F. Vigoroux. T. V, 2.^a parte. París, Letouze et Ané, 1912 (p. 2366-7).

(5) Según Sto. Tomás el permitir la usura con los pueblos extranjeros no era según la intención del legislador, sino por cierta permisión, a causa de la inclinación de los

anteriores disposiciones, que al prohibir todo préstamo lucrativo en una nación como la judía, de ingenio y afición tan despiertos para las operaciones mercantiles, hubiera chocado violentamente con el ambiente y la vida.

Aún hizo más el Señor, y fué prometer a su pueblo como esperanza tranquilizadora de sus apetitos de dominación y riqueza, que si escuchara la voz de su Dios y cumpliera los mandamientos que se le habían prescrito, le sería largamente abierta la citada fuente de beneficios y lograría enriquecerse lo bastante para poder prestar a otros, sin verse reducido él a tomar a crédito jamás. «Prestarás a muchos pueblos y tú de nadie tomarás prestado. Dominarás sobre numerosas naciones y a tí nadie te sojuzgará», dice Deut. XV, 6; idea que repite más adelante en XXVIII, 12.

No parece que las aludidas promesas fueran bastantes a calmar en Israel las ansias de lucro. El libro sagrado repite con machacona insistencia, ya directa ya indirectamente, el concepto expresado por el legislador: unas veces alabando y prometiendo la felicidad al varón justo que no prestare a usura ni recibiere más de lo prestado (Ps. XIV (XV), 5; Ezeq. XVIII, 8, 17); otras condenando en acre censura al avaro usurero, cuya conducta ha de recibir un día su castigo (Ps. LIV, 12; Ez. XVIII, 13; Prov. XXVIII, 8). Por otra parte es singular que la lengua hebrea nos ofrezca junto a *nācháh* «prestar», otro verbo: *nāchak*, que además de su sentido primordial de «morder, atormentar», significó también «prestar con interés, practicar la usura».

Sabemos de cierto que los asirios y babilonios conocieron el rédito del dinero, y de sus tratos comerciales con estos pueblos vecinos debieron los israelitas aprenderlo pronto. Luego, a medida que la economía monetaria se desarrollaba entre éstos, la práctica fué desviándose más y más de lo legislado, y el préstamo de dinero a los necesitados, incluso a subido interés, hízose paulatinamente fenómeno usual. Así lo demuestran las severas críticas de los Profetas. Ezequiel XXII, 12 apostrofa a Jerusalén diciéndole: «Tú has cobrado usura e interés y calumniabas a tus prójimos por avaricia». Y Nehemías (V, 1, 12) nos pinta con enérgicos términos el estado lamentable a que la carestía condujo al pueblo judío, horriblemente explotado en tan amargas circunstancias por los ricos. Algunos de aquellos lastimeros gritos de angustia los hemos de oír más tarde en nuestra Patria. Dice así el texto sagrado: «Y se levantó gran clamoreo del pueblo y sus mujeres contra sus hermanos, los judíos. Unos decían: ¡Nuestros hijos y nuestras hijas tenemos que empeñar para comprar trigo y

judíos a la avaricia, y para que viviesen más en paz con los extranjeros de quienes obtenían logros. Sum. Teol. I. II, q. 105, a. 3 ad 3. Cf. II. II, q. 78, a. 1 ad 2. Sería, pues, un caso de condescendencia como la del divorcio. Cf. Mt. XIX, 8. Véase también las Glosas de Diego Pérez, de que luego hablaremos.

así comer y vivir! Algunos prorrumpían: ¡Empeñemos nuestros campos, nuestras viñas y nuestras casas a fin de obtener trigo contra el hambre! Y otros gritaban: ¡Tomemos dinero en préstamo para el tributo real (sobre nuestros campos y viñedos)! Ahora bien, nuestra persona vale tanto como la de nuestros hermanos [los ricos], como sus hijos los nuestros, y y he aquí que nosotros sometemos nuestros hijos y nuestras hijas a la servidumbre y de entre nuestras hijas reclútanse esclavas, sin que poseamos autoridad ni poder alguno, mientras otros poseen nuestros campos y viñedos.

»Yo me llené de indignación cuando oí sus clamores y tales expresiones; y pedí consejo a mi propio corazón e increpé a los nobles y a las autoridades, diciéndoles: ¿A vuestros mismos hermanos cobráis usura? Convoqué entonces contra ellos una gran asamblea y les dije: Nosotros hemos rescatado, en la medida de nuestras fuerzas, a nuestros hermanos, los judíos, vendidos a los gentiles, ¿y pretendéis vosotros vender a vuestros hermanos y que nosotros los compremos? Callaron a esto, sin hallar respuesta. Y yo proseguí: No está bien lo que habéis hecho. ¿Acaso no os debíais conducir según el temor de nuestro Dios, para no ser la ignominia de los gentiles enemigos nuestros? También yo, mis hermanos y mis criados hemosles prestado dinero y trigo: renunciemos, os lo ruego, al reintegro de esta deuda. Devolvedles, por favor, al instante, sus campos, sus viñedos, sus olivares y sus casas y el tanto por ciento mensual (o según otra lectura: el débito) del dinero, del trigo, del vino y del aceite que les ha prestado cada uno. Y contestaron: se lo volveremos y no les demandaremos: haremos como tú dices. Llamé entonces a los sacerdotes y les hice jurar que habían de cumplir tal resolución».

Es curioso constatar las sutilezas a que a veces se hubo de recurrir para burlar leyes tan claras como la antes citada de Deut. XXIII, 20. El historiador judeo-español Salomón ben Verga, en su célebre obra *Chébet Jehudá*, nos refiere una interesante controversia tocante a la significación de la palabra *nokri* en el mencionado pasaje, y por consecuencia, al alcance de la prohibición bíblica de la usura en el mismo (1).

Un monarca castellano, según nuestro historiador, dice así a uno de los sabios de su corte: «—Estoy maravillado de que su Ley les consienta [a los judíos] el fraude por la usura.—Desechad, señor, replicó Tomás, tal suposición de que su Ley permita la usura a los judíos, sino que éstos han comentado aquélla a tenor de su conveniencia. La Biblia dice [ibid.]: «Al *nokri* sacarás usura»: y el *nokri* significa *incrédulo, sin creencia alguna*. Y agrega: «Mas a tu hermano no sacarás usura». Ahora bien, nosotros,

(1) En sentir de Fritz Baer la aludida controversia contiene reminiscencias, si bien no muy claras, del comentario de Isaac Abravanel al pasaje de referencia.

los cristianos, somos hermanos de los judíos, pues así lo declara el profeta [Malaq. I, 2]: «¿Acaso no era Esaú hermano de Jacob?» Los mismos judíos han confesado esa fraternidad, pues dijeron [Núm. XX, 14]: «Esto dice tu hermano Israel».—¡Cuán lejos se halla este comentario, exclamó el Rey, de lo que he oído decir, que existe una comunidad de judíos en Egipto, los cuales afirman que aquello de que «del nokrí sacarás usura» quiere expresar al judío, y que cuando dice «a tu hermano no sacarás usura» se ha de entender del hermano consanguíneo» (1).

Es, pues, evidente que los ricos judíos hallaron mil subterfugios para burlar la ley del préstamo gratuito, y que, mediante el embargo, llegaban aquéllos a apoderarse de los bienes y aun de la persona del prestatario. Otros, esquivando todo riesgo, negábanse a prestar.

Más tarde, las tres leyes prohibitivas que hemos examinado fueron ampliadas en la legislación talmúdica. Según concepto jurídico del Talmud—escribe Samuel Eisenstadt (2)—todo pago y cobro de intereses es ilícito, considerando como tales no sólo los explícitamente fijados en el documento de préstamo (*ribbit kezusa*), sino también todo otro beneficio no acordado de antemano en una transacción (*awak ribbit*). La forma en que los intereses son pagados o prometidos o el beneficio a guisa de interés obtenido, es en ello indiferente... Como ha ocurrido siempre, no faltaban prestatarios interesados en cooperar a la infracción de la ley.

Por lo demás, los que practicaban francamente la usura eran castigados con incapacidad judicial y los intereses establecidos y pagados en un préstamo podían ser reivindicados, siendo nulo el documento de préstamo en que se acordaban intereses (Cfr. *Sanhedrin* III, 5, 6, etc.)

Como copartícipes en estos tratos ilegales se consideraban también, además de los contratantes, los testigos, los fiadores y el escribano del documento. Y es de notar que, contra lo que ocurría respecto al interés del capital, los debidos al arrendamiento y al alquiler fueron usualmente permitidos desde los tempranos tiempos de la Mischná. Había además algunos préstamos que, como el del peculio del templo, no se hallaban prohibidos.

Con el tiempo, al desarrollarse el comercio metálico o dinerario entre los judíos, éstos hubieron de buscar un medio para justificar el préstamo de interés. Para no anular formalmente la prohibición bíblica del mismo se recurrió a la ficción, sometiendo todo préstamo a un acuerdo comercial entre acreedor y deudor. El dinero era dado después, hasta cierto punto, para cumplimiento de un contrato, en que el acreedor se conside-

(1) Vide nuestra traducción del *Chébet*. Granada, 1927. Pág. 68.

(2) «Die Zinsnahme nach dem jüdischen Religionsgesetz» en *Jüdisches Lexicon*, tomo IV/2, pág. 1573-5. Berlín, Jüdischer Verlag, 1930. De este artículo hemos tomado algunos de los presentes datos.

raba como copartícipe y la adjudicación de interés al capital nominal se le atribuía como parte de los ingresos del negocio. Esta circunstancia era asentada en un documento especial... (Más detalles pudieran agregarse: vide Talmud: *Baba mezia* en diversos puntos).

Con referencia a la época evangélica sólo haremos notar que las circunstancias, respecto a la usura, no debían ser muy diversas de las anteriormente anotadas. Jesucristo repite la invitación al préstamo incondicional a favor de los necesitados, que hemos ya observado en Deut. XV, 7-18. Con más amplia generosidad mandó: «Da al que te pide, y a quien desee que le prestes, no le vuelvas la espalda» (Mat. V, 42). De igual tiempo nos consta asimismo la existencia del préstamo mercantil como fin de especulación de los banqueros. La parábola de los talentos (Mat. XXV, 27; Luc. XIX, 23), narrada por Jesucristo y tomada, como las demás, de cosas usuales en la vida corriente, hace alusión a estas operaciones bancarias, también habituales entre los publicanos de Grecia y Roma.

No es nuestro intento estudiar en el presente artículo la práctica de la usura en los pueblos no judíos. Tal análisis nos llevaría a afirmar que no fué aquélla ejercicio peculiar del israelita, aunque éste, de indudables aptitudes comerciales, la utilizara especialmente. El cristianismo por los concilios, cánones y pontífices alzó su condenación contra ella; pero es lo cierto que su empleo no se interrumpió, y para muchos vino a significar el nombre de judío algo sinónimo a avaro y usurero. Testigo la literatura europea de todas las épocas y la creación del tipo universal de Shylock (1).

Mas, prescindiendo del ejercicio de la usura en otras naciones de Europa (2), pasaremos a indicar algunas notas de su uso en España, principal, y en un comienzo único intento nuestro.

Por ello hemos de prescindir también de hacer algunas reflexiones sobre las interesantes glosas *De usuris* que el Doctor Diego Pérez, catedrático en cánones de esta Universidad salmantina, escribió como prólogo y en notas al título II del libro VIII de las *Ordenanzas reales* de Castilla, recopiladas y compuestas por Alonso Díaz de Montalvo (Madrid, 1780, Imp. Joséf Doblado. Tomo III, pág. 13-58 y sigs). En ellas se recogen multitud de datos acerca de la etimología de la palabra, sus diferencias de foenus, su ilicitud, todo un código penal de la usura, los cambiadores, los

(1) Pierre Benoit, en *La Revue Juive*, I, 1.º, 1925, critica no se haya visto en la creación de Shakespeare sino al avaro. Shylock, afirma, es ante todo un *vengativo*, es decir, forzando los términos, pero sin deformarlos, un idealista. El oro no es en sus manos sino un instrumento, como jamás fué otra cosa en las del pueblo judío; el solo instrumento de que se pudo servir...

(2) Cfr. *Die Zinsgeschäfte der Juden im Mittelalter*, art. de Arthur Cohen en el cit. t. IV/2 del *Jüdisches Lexicon*, p. 1575-6.

censos, el interés, etc. Es discutido ampliamente el debatido tema de la licitud o ilicitud de la usura, con innumerables citas de autoridades desde Justiniano y el Concilio de Nicea hasta Covarrubias y Gregorio López, pasando por Santo Tomás: «Usura enim est contra naturam ut id quod est inanimatum et naturale pariat» (2. 2, q. 78). Por ningún concepto puede admitirse, ni el Papa puede dispensar a su favor, como no puede conceder el pecado; «no puede ir contra la ley de Dios», dice el Panormitano. Las causas porque fué prohibida las reduce a dos: «1.^a Ad evitandam segnitiam in artibus virtualibus et industrialibus, dum unusquisque intenderet dare ad usuram, officijs et artificijs omissis, et sic induceretur maximum malum reipublicae, maxime circa desertionem agriculturae, cujus quam utile sit reipublicae, nullus est qui ignoret.—2.^a quia per usuram depauperarentur cives. Caeterae rationes videndae sunt apud Conrado *de contractibus*, etc...» No nos maraville que en una época como la E. Media, en que tan raro era el capital, fuera mirada toda petición de interés como explotación incúea, como usura punible.

* * *

El ya citado historiador judío Salomón ben Verga, al estudiar los fenómenos económicos, sociales y puramente humanos de la tribulación judía y examinar las causas que pudieran haber dado origen al odio feroz que los cristianos a esta raza profesaban, nos presenta, en severo fallo, ya bajo la forma de relato de una conversación habida en otro tiempo entre un sabio y un monarca español, ya de otra suerte curiosas apreciaciones que nos interesa recoger (1).

Los judíos en España eran muy queridos y honrados por los reyes y príncipes, por todos los sabios e inteligentes. Salvo los frailes y la plebe, todas las corporaciones cristianas otorgaban a los israelitas igual consideración y cariño que si habitaran en su propia tierra (Pág. 203 y cfr. página 65).

Si las acusaciones de que el pueblo bajo hacía objeto al judío sólo eran un desfogue del odio que a éste profesaba, ¿dónde buscar la raíz de ese odio popular? En la riqueza judía hallamos uno de los motivos indudables del mismo. Obsérvese, como prueba, el hecho singular de que los judíos, venidos a España como siervos y desterrados, vestidos de andrajos, mientras no dieron muestras de ensalzamiento sobre el pueblo cristiano, ningún recelo despertaron contra sí. Mas, transcurrió el tiempo, y el judío, inteligente e ingenioso en conseguir su provecho, vió pasar a su poder la riqueza hasta entonces atesorada por el cristiano. Con aquélla, despertáronse en los israelitas dos vicios a ella inherentes: el orgullo y la sed de

(1) Citaremos por nuestra traducción del Chébet.

mando. Ya lo dijo Salomón: Tres cosas hacen estremecer la tierra: el siervo que llega a rey, etc. Comienza entonces a apoderarse de los oficios del cristiano, a tratar de imponérsele en todo, a gastar un lujo povocador, particularmente las mujeres, que se atavían como mula de Papa. Y aun los mismos varones: «en cuanto uno de ellos posee 200 doblones, trata al punto de vestirse con trajes de seda y a sus hijos con vestidos recamados, cosa que no hacen los nobles [cristianos] aunque gocen de una renta anual de mil doblones». El efecto natural que esto produjo en el pueblo cristiano, fué la envidia, mala consejera, pues, al decir del sabio, el odio que ella engendra jamás tiene remedio. (Págs. 65-6,95, etc.)

Contribuyó a empeorar esta animadversión originada por la envidia con que veía tales riquezas la plebe, el saber ésta que de ella misma procedían y no siempre como fruto justo de la laboriosidad, inteligencia e ingenio del pueblo judaico. Este habíase enriquecido también grandemente por las artes, siempre odiosas, de la *usura*. He aquí el arma que esgrimirá de continuo el pueblo en sus querellas incesantes a los monarcas contra su enemigo, los judíos. «Vea nuestro señor—dícele el sabio Tomás al rey—que las tres cuartas partes de los campos y heredades españoles están en mano de los judíos, gracias a la onerosa usura que ejercitan» (p. 66). «Nos chupan y nos arruinan», gritan los campesinos; «por causa de la usura incluso se han apoderado de nuestros ganados, hasta el punto de no poder arar nuestros campos» (p. 69). «Ellos están ricos, llenos de lo que nosotros hemos conseguido con trabajo y que nos han devorado por la usura; por eso, mande el rey que muden de religión, y de lo contrario, que los maten» (p. 132).

El soberano transmitía estas duras quejas a los legados de los judíos, haciéndoles ver cómo habiendo ellos venido a estos dominios desnudos y hambrientos y, recibidos por sus naturales cristianos con amor, habían vuelto a éstos mal por bien; «por vuestra usura—agrega el rey—les habéis arrebatado sus heredades, sus ganados y sus bueyes de labor» (p. 93).

El historiador no intenta absolver a sus correligionarios de la censura de mala fe comercial: «Los cristianos—afirma—se guardan mucho del robo, del engaño, la usura y otras transgresiones semejantes; pero no cuidan tanto de sus deberes para con Dios, pues muchos cristianos rezan sólo una vez al año. Con los judíos sucede lo contrario; pues ¿quién de ellos omitirá ni una sola oración? En cambio para el hurto, el engaño y la usura no tienen ningún escrúpulo» y por eso son castigados más duramente que otros pueblos. Para ellos termina la religión con el provecho (§ 7).

Ascienden a nueve los pasajes que ofrece Ben Verga relacionados con la usura, piedra de escándalo en las relaciones cristiano-judáicas. Hasta el crimen llevó ella en ocasiones a sus víctimas. Recordemos el caso de Juan de Vera, cristiano que, movido del odio a un israelita con quien te-

hacia frecuentes pendencias motivadas por una heredad que a causa de la usura hacía años había tomado el judío, llegó a procurarse la cooperación de seis vecinos desalmados que asesinan durante la noche al desgraciado usurero (p. 97).

Los reyes no se atrevían a cortar las tumultuarias quejas del pueblo, temiendo que éste, al verlos amparar a los hebreos, tacháralos de herejes (p. 258), y el único medio viable que para cortar las excitaciones de la plebe se le ofrecían, si querían salvar las vidas judías, era lanzar pregón dando orden de que todas las heredades adquiridas por cauces usurarios, en sentir de los jueces, fueran devueltas a sus antiguos dueños (p. 68).

En tanto los judíos, como razón y disculpa de su proceder, alegaban siempre que los propios cristianos, forzados por las circunstancias económicas, les requerían para que ejercitaran el logro: «nos obligaron los mismos naturales a que les prestáramos—dicen en su descargo—porque no podían hacer sus siembras ni plantaciones, si no tomaban en préstamo». Además, la usura no era general en ellos, y malhechores en todos los pueblos existen, «sino que el mando tapa muchas cosas, como el solimán cubre numerosas manchas en la cara de la mujer. Con el destierro sucede a la inversa, pues éste pone al descubierto y hace aparecer una mancha diminuta como grano de mostaza, tan grande como el globo del sol» (p. 95).

En breves palabras, tal es la interesante situación que refleja en su obra el más notable de los historiadores judíos de la España medieval. Cuánta semejanza no ofrece en buena parte con el estado angustioso contra el que se irguió la palabra y el ejemplo de Nehemías! Y hoy, más de una nación (citemos sólo la Austria de la postguerra) podría repetir los conceptos de Aben Verga consignados en las citadas páginas 65-66.

La exactitud de la pintura que nos dejó el cronista judío nos la confirman de consuno las disposiciones de Concilios, Cortes y monarcas españoles y múltiples relatos de cronistas y literatos de la Península. Baste citar entre éstos a Pero López de Ayala, cuyo *Rimado de Palacio* censura acremente, entre otros tipos sociales, a los arrendadores judíos, cuyas condiciones eran «para el pueblo mezquino negras como carbón». Mucho pudiérase escribir sobre las manifestaciones de odio que cargos tan poco simpáticos como el de almojarife y otros similares despertaron contra nuestros hebreos, como también estimamos hubo de atraerles pocas simpatías otra modalidad de sus actividades mercantiles: el comercio de esclavos (1). La venta de eunucos que traían especialmente del mediodía

(1) Sería interesante determinar la parte enorme que las causas y circunstancias económicas tuvieron en el odio a los judíos de España. No todo era fervor religioso. Compárese, v. gr., la situación distinta en que los musulmanes vivieron.

francés para el servicio real y de los magnates árabes; el abominable tráfico de cautivos que hacía que, como ocurrió en la de Alarcos (Almacarí, I, 279), acudiesen a las batallas turbas de judíos dispuestos a hacerse con los desventurados esclavos, como venían luego las bandadas de buitres sobre los ensangrentados cadáveres; la venta de pobres esclavas gallegas, bien pagadas, al parecer, por los ricos musulmanes... Todo esto era irremediable despertase en el pueblo recelos y aun furores; y en las autoridades disposiciones que cortaran tales abusos. Citemos v. gr. el canon VII del concilio X de Toledo, que prohíbe expresamente la venta de siervos a judíos, así como las capitulaciones de Tudela (1115) y Tortosa (1148) (=Zaragoza 1118) hubieron de vedar a los judíos toda compra de moro o mora cautivos.

Mas, limitándonos al asunto del logro, consignemos que, en el siglo XIII especialmente, los Papas promulgaron diversas disposiciones aspirando a corregir abusos cometidos por la usura judía y otros extremos anexos. Ya Inocencio III en 1205 se dirigía al mismo Alfonso VIII acusándole de que con su conducta parecía amar más a la mezquita y sinagoga que a la Iglesia. Y Gregorio IX, reinando Fernando III, dirigía en 18 de Agosto de 1229 una bula al obispo de Burgos, D. Mauricio, que por su interés vamos a reproducir. La ha publicado por vez primera el eminente benedictino Luciano Serrano en su notable trabajo: *Don Mauricio, Obispo de Burgos*, Madrid, 1922, págs. 141-2. Dice así:

«...Ad audientiam nostram, te significante pervenit quod judei, in tua civitate ac diocesi commorantes, de domibus et possessionibus, de quibus eas christiani consueverant exhibere oblationes et decimas ecclesiis ad quas pertinent solvere contempnentes et incientes manus in clericos violentas, *nec extorquere verentes a christianis immoderatas usuras*, super hiis nolunt in foro ecclesiastico respondere; et si respondeant aliquando, in eodem proponunt tamen se non posse convinci nisi per unius judei testimonium et alterius christiani, iuxta consuetudinem quandam pravam, inolitam in contractibus eorundem, propter quod eorum temeritas contra ecclesias et viros ecclesiasticos fortius insolescit, ut ad eorum insolentiam cohibendam super hiis circumspectione dignaremur apostolica providere. Quodcirca fraternitate tue per apostolica scripta mandamus, quatinus auctoritate nostra suffultus, predicta consuetudine non obstante, que dici debet potius corruptela, adversus illos procedas in hiis secundum canonicas sanctiones. Datum Perusii XV kals. Septembris...»

Sabemos por otra parte que mientras el Pontífice otorgaba al obispo burgalés estas facultades de citar a su tribunal a los judíos diocesanos y condenar sus desmesuradas usuras, imponiéndoles correctivos fiscales, los caballeros y hombres buenos del reino entero hubieron de presentar ante Fernando el Santo «grandes querellas» contra las usuras judías. Su hijo Alfonso X, siguiendo la vía emprendida por el IV Concilio de Letrán

y acogiendo tales quejas, dispuso por *Carta pragmática* de 10 de Marzo de 1253, valedera por cuatro años, que nadie, cristiano, judío o moro (que no sólo los segundos cometían torpes abusos usurarios) prestara dinero con lucro superior «a tres por quatro a cabo del año». En el *Fuero Real*, libro IV, tit. II, ley 6 (1); en las Cortes de Valladolid de 1258, en las de Jerez de 1268, y aun en las *Leyes Nuevas*, hubo de volver el Rey Sabio sobre el mismo asunto, siempre con menos rigor que Jaime I, su suegro, el cual, al legislar repetidas veces sobre la usura, había limitado en su estado el interés del préstamo a un 20 por 100.

A pesar del exorbitante margen de interés concedido, los abusos no cesaron y Sancho IV en 1285 tuvo que prohibir a la aljama de Cuenca cobrar rédito superior a «tres florines por cuatro al cabo del año». Pero diez años más tarde los procuradores de las Cortes de Valladolid reiteran sus lamentos sobre abusos de los judíos en este punto, y el monarca se ve obligado a dar nuevas disposiciones y a recordar el *Ordenamiento* promulgado por su padre.

No por eso cejó la codicia judía y contra ella se alzaron una vez más las voces de los pueblos en las Cortes de Toro de 1301 ante Fernando IV y su madre, quienes confirmaron las órdenes emitidas por Sancho IV. El desacato continuó, las demandas de los procuradores repítese en Medina del Campo en 1305, y los soberanos tornan a confirmar, con más severidad, el *Ordenamiento de don Sancho*.

Aún más enérgicos, los prelados reunidos en el Concilio de Zamora de 1312 se atrevían a vedar en absoluto las usuras, conforme a lo mandado por Clemente V en el Concilio de Viena del año anterior y bajo las penas por éste fijadas.

Era predicar en el desierto. Ni aun el veinticinco por ciento permitido por el mencionado *Ordenamiento* parecía ganancia suficiente a la aljama de Cuenca, y los pobladores de la ciudad, faltos del trigo necesario para sembrar, tuvieron que ceder en 1326 a las exigencias judías, que no se contentaban con menos del cincuenta por ciento (2).

Alfonso XI en el *Ordenamiento de Alcalá*, 1348, y al dar fuerza legal a las *Partidas* de Alf. el Sabio, dictaba oportunas y justas disposiciones, en las que, además de respetar lo que las leyes habían hasta entonces permitido, condonar nuevamente a los cristianos la cuarta parte de las *deudas judiegas* y prohibir en adelante a los hebreos toda usura, decla-

(1) Cfr. el *Fuero de Briviesca* y *Fuero Real*, Ed. J. Sanz García, 1928. Libro I, páginas 171-5: que ni los judíos ni moros den a usuras más caro de tres por cuarto. Libro IV. Tit. II, ley 5: No se dé a usura (pérdida de lo emprestido). Ley 6: Cómo pueden dar a logro y hasta qué precio (3 mrs. por 4 anual...)

(2) Sobre esta *Carta de avenencia* entre el Concejo y la Aljama conquense, vide Am. de los Ríos, *Historia... de los Judíos de Esp. y Port.*, t. II, p. 139.

raba: «e porque nuestra voluntad es que los judíos se mantengan en nuestro señorío e *así lo manda la Sancta Iglesia*» (1) y con la esperanza de que, como dicen las profecías, se tornen a nuestra fe, y «por auer mantenimiento e manera de vivir e pasar vien en nuestro señorío», permite a los israelitas poseer y comprar heredades para sí y sus herederos en toda villa y lugar de realengo: de Duero allende hasta 30.000 mars. a cada uno «desque ovier casa por sí», y de Duero aquende hasta 20.000. Esto además de las heredades que a la sazón poseyeran y de las casas de su morada y de las que en las juderías tuviesen. En otros señoríos, de abadengo, behertría y solariego, concédeles comprar en adelante hasta dicha cuantía, con permiso del dueño del lugar.

Quedó, pues, desde esa fecha vedada en absoluto la usura. Mas una y otra vez hubieron de volver los reyes castellanos del siglo xiv a recordar a sus súbditos tal prohibición. Hácelo Pedro I en las cortes de Valladolid de 1351, Enrique II en las de Burgos de 1377 y Juan I, como luego veremos, en distintas ocasiones. Con razón dice Am. de los Ríos (ib. pág. 324) que fué la usura en este período el asunto preferente de los legisladores de Castilla.

Nuevas transgresiones hicieron que Enrique III, en las Cortes de Valladolid de 1405, tornara con más rigor y fuerza sobre lo que Alf. XI, Enrique II y Juan I legislaron, y haciendo suyas en parte las disposiciones de éstos, vedara en absoluto la usura y fijara el tipo máximo para la totalidad de los bienes raíces que era dado poseer a cada israelita de conformidad con la petición 54 de las Cortes de Alcalá de 1348. Para más fiel cumplimiento de lo ordenado, prohíbe terminantemente toda carta de obligación hecha bajo concepto de préstamos a favor de judíos o moros por los cristianos, concejos o comunidades, disponiendo que si aquéllos compran o venden a los cristianos cosas, muebles o raíces, se entregue en seguida la cosa y el precio; y si los judíos o moros desean seguros del contrato hecho y del acto de compra o venta realizado o quieren carta testimonial de ello, pueda hacerse tal carta, pero sin consignar en ella obligación de pagar cosa alguna a plazo. Sólo los judíos y moros que arriendan las rentas reales son exceptuados. Más aún: para evitar otras maneras subrepticias de burlar la ley, empleadas por los judíos, se declaran sin valor las confesiones (aun con juramento) hechas por los cristianos sobre deudas a judíos y prohíbe a los alcaldes, jueces y oficiales den sentencias en virtud de tales confesiones. El cristiano confeso pagará en pena «otro tanto como fuere la cosa confesada e contra el prouada» mientras los judíos que tales juramentos demanden pagarán (injustamente) doble, *dos tanto*, de tal cantidad. El mismo monarca dispuso además que en todo préstamo

1) Nótese esta curiosa cláusula.

hecho a la iguala se rebajase una mitad, dando por quita la restante, que se consideraba como logro. Sólo cuando el judío probara con testigos cristianos y se ratificara el deudor en la confesión por nuevo juramento, se le devolvía el capital prestado...

Estas severas medidas vémoslas afirmarse y agravarse en otros decretos de esta misma primera mitad del s. xv. Baste citar la pragmática de doña Catalina (1412) y el decreto 9.º de la bula famosa de Benedicto XIII (1415), en que se veda a los judíos la usura y toda suerte de contratos. Esta bula a partir de 1422, fecha del rescripto de Eugenio IV, que recomendaba a todos los obispos de la Península su más exacto cumplimiento, tuvo también aplicación a Castilla, si bien con las humanitarias restricciones que Juan II señaló en la Pragmática de Arévalo de 1443.

Amparados por dicha disposición de Juan II y por algunos privilegios que su hijo, en sus primeros años de gobierno, permitiéoles reejercitar, los judíos comienzan a surgir de la postración en que yacían sumidos; cosa que no parece vieron con buenos ojos los súbditos de Enrique IV, a juzgar por los encarnizados ataques que dirigieron contra el pueblo hebreo durante este lamentable reinado.

* * *

Como complemento de los datos históricos hoy conocidos acerca de Enrique IV en sus relaciones con los judíos, queremos añadir la publicación de un documento que ilustra las cuestiones tocantes a la usura y la contratación judaicas (1).

Lleva la fecha de 18 de Sep. de 1455. En Tordesillas. Enrique IV ha recibido súplicas presentadas por los concejos, alcaldes y hombres buenos de Villaypun, Villoria, Bascuñana, Ibrillos, Sotillo, Leiva, Ferrameylluri, Cuscurrita, Redecilla, Villarta y Baños, los cuales se quejan de que las leyes que acabamos de citar como promulgadas por Enrique III no se observan, con lo que reciben ellos de los judíos múltiples daños y agravios, para los cuales solicitan remedio.

(1) Consérvase en el archivo parroquial de Santa Gadea del Cid (partido de Miranda de Ebro, prov. de Burgos), junto con interesantes bulas pontificias y otros ms. que el Sr. Párroco guarda diligentemente.

No es esta la ocasión de exponer el papel que en la historia de las aljamas burgalesas pueda haber al mencionado pueblecito. El Repartimiento de 1474 (cercano, pues, a la fecha en que el presente docmto se otorgó), al fijar la cantidad que había de aportar cada aljama judía al monarca castellano, asigna a la de «Santa Agueda» 1.100 mrs. (cfr. con la de Burgos, que sólo daba 700).

La Historia, por tanto, señala a esa villa como residencia de numerosas familias hebreas. En la comarca todavía se les moteja a los naturales de aquélla con el nombre de «judíos».

El soberano, accediendo a lo solicitado, se dirige a las autoridades de la merindad de La Rioja, a la cual pertenecen los citados pueblecitos, y luego de recordar lo ordenado por Alfonso XI en las cortes de Alcalá y trasladar fielmente las disposiciones dadas por Enrique III, arriba detalladas, manda a todos cumplirlas puntualmente «so pena de la su merced» y de 2.000 mrs. para la cámara real, decretando que el individuo que mostrare la carta del monarca los emplace en la corte ante el real consejo hasta quince días siguientes, bajo la pena referida, y requiriendo a todo escribano público para que diese al que mostrare la carta testimonio signado, a fin de que supiera el Rey que su mandato era cumplido.

La real carta llega a Foncea, lugar de Iñigo López de Mendoza, el 25 Septiembre 1455. Estando su alcalde librando los pleitos, en presencia de Juan Ferrández, notario público, comparecieron Juan Martínez, clérigo y vecino de Trebiana, y Juan de Cebolleros, vec. de Foncea, y mostraron el documento, suplicando al alcalde que, pues aquél había de ser presentado en muchas partes y corría peligros de padecer deterioros, ordenara de oficio a su escribano sacar traslado que por la real carta diese fe. El alcalde tomó ésta en su mano diestra, púsola sobre la frente con la mayor reverencia, obedeciéndola como carta de su rey y señor natural, y aceptada la súplica referida, el mencionado escribano extiende un traslado, que Juan Martínez confrontó con la carta original, certificando ser aquél fiel.

Más tarde, el 21 de Junio de 1456, en Santo Domingo de la Calzada y ante su alcalde, en presencia del notario público, comparece el vecino de aquella ciudad riojana Martín Ferrández de Alesón, quien, diciéndose procurador de los ya mencionados J. Martínez y J. Cebolleros, presentan al alcalde la copia de la carta real, y para seguir mostrándola, le ruega ordene sacar traslados signados que hagan fe. El notario extiende el que en seguida vamos a publicar.

Añadamos primero que pocos años antes, en 1453, el primer conde de Haro de la casa de Velasco, firmante con el arzobispo de Toledo de la carta real de que tratamos, había dispuesto para su ciudad de La Rioja, vecina de las anteriormente anotadas, unas Ordenanzas sobre judíos y moros en que se prohibía a los cristianos la venta de heredades, etc., a judíos y moros, que se iban apoderando de todas las tierras, el empeñar y dar a censo, etc.

Por otra parte es interesante anotar que algunos años más tarde del acuerdo de Enrique IV, los procuradores de las cortes de Toledo de 1462, rogaban al Rey permitiera a los judíos ejercer el comercio con los cristianos y los préstamos no usurarios, y basaban tal solicitud alegando que de otro modo los contratos se hacían subrepticamente, con peores consecuencias; que no todos los judíos daban a logro y que el impedirles la contratación acarrearba el despueblo de las villas y ciudades de realen-

go, emigrando a las de abadengo y señorío, donde no estaba vedada. El monarca accedió a tan racionales demandas, prohibiendo, no obstante, los contratos de empréstito realizados con los usureros públicos (v. *Cortes de León y Castilla*, t. II, pág. 715).

* * *

En la cibdad de Santo Domingo de la calçada, a veinte e un dias del mes de junio año del nascimiento de nuestro salvador J. C. de mill e quatro cientos e cinquenta e seis años, este dia, en presencia de mi, diego martines de Villoria, scriuano del rey nuestro señor e su notario publico en la su corte e en todos los sus reinos e señorios, e de los testigos de yuso escriptos; parescio y presente antel honrado diego martines de medina, bachiller e alcalde ordinario en la dicha cibdad, martin ferrandes de aleson, vesino de la dicha cibdad, procurador que se dixo de Juã martines, clerigo, vesino de la villa de trepiana, e Juã de cebolleros, vesino de la villa de fonçea: e mostró e presentó e les fiso por mi, el dicho scriuano, un traslado de una carta del rey nuestro señor, escripto en papel e signado de notario publico, su thenor del qual es este que se sigue:

En la villa de fonçea, lugar que es del señor marques don yñigo lopes de mendoça, a veinte e cinco dias del mes de setiembre del año del nascimiento de nuestro señor J. C. de mili e quatro cientos e cinquenta e cinco años, este día, estando juã ximenes, alcalde ordinario en la dicha villa, asentado en juisio, librando los pleitos que antel beniã, en presencia de mi Juã ferrandes, notario publico, vesino de la dicha villa de fonçea, e de los testigos de yuso escriptos, parescierõ y presentes antel dicho alcalde, Juã martines, clerigo... (1); e (de) Juã de cebolleros... e mostró e presentó antel dicho alcalde e los fiso por mi, el dicho scriuano, una carta de nuestro señor el rey scripta en papel e sellada con su sello de cera colorada en las espaldas e firmada de ciertos nombres e señales..., su thenor de la qual... es este que se sigue:

Don Enrique, por la gracia de dios rey de castilla..., a todos los corregidores e alcaldes e otras justicias quales quiera de todas las cibdades e villas e lugares que son en la merindad de rioja e de las otras cibdades e villas e lugares de los mis reinos e señorios que agora son e seran de aqui adelante, e a cada uno de vos a quien esta mi carta fuere mostrada: salud e gracia. Sepades que en las cortes que el rey don alfonso, de esclarescida memoria..., [reunió] en la villa de alcalá de henares, en la hera de mill e tresientos e ochenta e seis años, respondiendo a las peticiones que

(1) Suprimimos algunas partes formularias, o de mera repeticion.

ende les fueron dadas, fiso e ordenó una ley en la qual estaban incluidas otras ciertas leys sobre rason de lo que toca a los logros que los judios dan, su thenor de la qual es este que se sigue (1):

primera mente, a la petiçïo que me fue fecha en rasõ de las usuras, en que dixeron, entre las otras cosas, que por quanto el rey don alfonso, de buena memoria, mi bisabuelo (2), veyendo los males e dapños e destrui-mientos de los bienes e patrimonios que los xristianos resçeuián de los judios con los logros que dellos lleuauã, e otrosi que los logros que son contra Dios e contra conçiencia e contra [todo] derecho, e en consentir tales cosas los reys e prínçipes en sus tierras pecaban mortal mente, e que ordenara e mãdara por sus leys fechas en las cortes de alcala que ningund judio nin judia nõ diese a logro en sus regnos e señorios so las penas en las dichas leys contenidas; e que el rey don enrique, de santa memoria, mi abuelo, por que entendia e supiera çierta mente que ellos preparicaban aquella ley e [en] engaño della fasian muchos contratos usureros infinituosa mente, fisiera çiertas leys por las quales ordenó e mãdó que instrume[n]tos nin cartas nin escripturas algunas que los judios fisiesen con xristianos nõ valiesen nin fuese fecha execuçïo de las obligaçiones que por ello los xristianos sobre si fisiesen a judios o a judias o a moros o a moras, por quanto los judios e moros cataban diuersas maneras de engaño contra las dichas leys, porque so color de dicho deudo principal lleuasen muchas mayores quantias de las que enprestabã; las quales leys eran confirmadas por el rey don Johan, mi padre e mi señor, aquien dios de santo paraíso; e que los dichos judios, nõ curãdo de las dichas leys, fisierõ muchos contratos usureros, e fassen cõ los xristianos, e han rescui-do [por] vigor dellos muchas mas quantias de la que abiã enprestado (3), por las cartas desaforadas que sobre los dichos xristianos tenian, en tal manera que muy muchos de los xristianos son destruidos e enpobreçidos; e pidierõ me por merçed que proueyese sobre ello a los xristianos, mis suditos e naturales, mãdando guardar las leys e cada una dellas segund que en ellas se contiene, en tal manera que los judios por ninguna guisa nõ den a logro nin a usuras:

E a esto respondo e digo que me plase e es mi merçed, e mando e de-fiendo que ningund judio nin judia de aqui adelante, nin otro por ellos, nõ den a logro nin a usuras, nin fagan nin sean osados de faser por si nin por otro carta nin cartas algunas sobre quales quiera xristianos [o chris-

(1) Cfr. *Cortes de los antiguos reinos de León y de Castilla*. Ed. Acad. de la Historia. tomo II. Madrid, Rivadeneyra, 1863; pág. 544: «Ordenamiento sobre judios y usuras, otorgado en las Córtes de Valladolid del año de 1405». Este texto contiene numerosas variantes; ponemos entre corchetes en nuestro dcto. algunas adiciones de aquél.

(2) Habla Enr. III.

(3) Son los pactos denominados *mohatras y trapazas*.

tianas], o concejos, o comunidades, nin por otra *escriptura publica* nin por testigos, segund *que* más cunplida mente en las *dichas leys* se contiene, so las penas en ellas espaçificadas, saluo en la forma e manera *que* en ellas se contiene, los thenores de las *quales* son estos *que* se siguen (1):

E por *que* se falla *que* el logro es muy grand pecado, vedado así en la ley de natura como en la ley de *escriptura* e de gracia, cosa con *que* pesa mucho a dios, e por *que* vienen dapños e tribulaçiones a las *tierras* donde se usan, e consentirlo o jusgar e mãdar entregar [lo] es muy grand pecado; e si esto es (2), es muy grand hermamiento e destruimiento de los algos e bienes e de los moradores de la tierra do se usan: e como *quiera que* fasta *aquí* por luengo *tiempo aquí* fue usado e nõ estrañado como deuíamos; por *seuir* a Dios e por *guardar* esta *nuestra* anima como deuemos, por tirar los dapños *que* por esta rasõ vienen a *nuestro* pueblo e a *nuestras tierras*, tenemos por bien e defendemos de *aquí* adelante *que* ningund judio [nin judia] nin moro nin mora nõ sea osado a dar a logro por si nin por otro; e todas las *cartas* e priuilegios e fueros *que* les fuerõ dados fasta [aquí], por *que* les fue consentido de dar a logro en ciertas maneras ante (3) *alcaldes* e *entregadores* en esta rasõ, nos los reuocamos e tiramos e damos por ningunos con consejo de *nuestra* corte, e tenemos por bien *que* nõ vala[n] de *aquí* adelante como *aquellos* que nõ deuierõ ser dados nin deuen ser mãtenidos por *que* son contra ley, segund dicho es, e mãdamos a todos los jusgadores e entregadores e otros ofiçiales *quales* *quiera* e de *qualquiera* condiçõ *que* sea en todos los *nuestros* regnos e *nuestro* señorio, e *que* ninguno nõ jusgue nin entregue ningunas *cartas* nin contratos (4) de *aquí* adelante. E demas mãdamos e rogamos a todos los perlados de *nuestro* senorio *que* pongan sentencia de dexcomunion en *qualquiera* *que* contra esto fuere, e denuncien las que estan [puestas].

E por *que* *nuestra* voluntad es *que* los judios se mantengan en *nuestro* señorio, e asi lo mãda la santa iglesia, e aun por *que* se an de tornar a *nuestra* fe e ser saluos, segund se falla por las profeçias, e por auer mãtenimiento e manera de vivir e pasar vien en *nuestro* señorio: tenemos por bien *que* puedan auer e conprar heredades para si e para sus herederos en todas las cibdades e villas e lugares de *nuestro* realengo, e en sus terminos, [desta manera]: de duero aquende (5) fasta en quantia de treinta

(1) Es parte de la petición 54 de las Cortes de Alcalá de 1348 (cfr. tomo I, *Cortes de L. y C.*, p. 611, y vide Alonso Díaz de Montalvo: *Ordenanzas reales de Castilla*, lib. VIII, tit. II, ley III y tit. III, ley I),

(2) «E, sin esto, es muy...» en Orden. de Alf. XI.

(3) En *Cortes y Ordenanzas*: e auer.

(4) «de logro», añade el *Ordenamiento* de Alcalá.

(5) «allende» aquí, y luego «aquende» dicen el *Ordenamiento* de Alcalá y el de Valladolid de 1405.

mill *maravedis* a cada uno, desde tubiere casa por si; e de duero allende, por todas las otras comarcas, fasta en *quantia* de veinte mill *maravedis*, como dicho es, a cada uno. E *que* esto *que* asy conprare o tubiere, *que* sea demás de las heredades *que* oy dia ha, donde *quier que* las ouiere, e de las casas de su morada, e de las casas *que* ouiere en sus juderías; *pero que* en los otros señoríos *que* sean (1) abadengos e behetria e solariago, *que* puedan conprar de *aquí* adelante fasta en la dicha *quantia* con voluntad [del Sennor] cuyo es el lugar, e nõ de otra guisa.

(2) Otrosi, porque las dichas leys e cada una dellas sean mejor guardadas, e mayor mente la ley [en] *que* es defendido *que* los judios o judias e moros e moras *que* nõ den a logro, e contra esta ley e engaño della se cataban diversas maneras de engaño, por *que*, so color del deudo principal, los judios e judias e moros e moras de los *nuestros* regnos e señoríos lleuauã de los *xristianos* e *xristianas*, e de los concejos e comunidades, en nombre del deudo principal, muchas mayores *quantias* de las *que* resçiuen los deudores dellas, e sobre esta rasõ se fasian diversas maneras de contratos e obligaciones, porque, so color del principal, e *que* [en] los tales contratos se contiene, *que* puedan llevar dellos *aquellas que* los deudores resçiben [e] muchas mayores *quantias*. E nos, por tirar *quanto* podemos toda ocasiõ por *que* los de los *nuestros* regnos nõ sean pobres nin pierdan *quanto* han por (*que*) infintusas *cartas* e diuersas maneras de engaño e malicia (3) por los omes pensadas (?): e fallamos e estableçemos e mandamos e defendemos por esta *nuestra* ley, *que* de *aquí* adelante *que* nigund judio nin judia, nin moro nin mora, nõ fagan nin seã osados [de fazer], por si nin por otro, *carta alguna* de obligaciõ sobre *qual quiera* deuda de *maravedis*, nin de pan, nin de vino, nin de çera, nin de otra cosa *qual quiera*, asi por rasõ de enprestado, como de compra, o vendida, o de guarda, o de enprestido, o de renta (4), o de contrato *qualquier*, asi por el tal contrato o *cartas* o obligaciones, e el *xristiano* o *xristiana*, concejo o comunidad, se obligan a dar e pagar *alguna quantia* de *maravedis*, o de pan, o de vino, o de çera, o de ganado, o de otra cosa *qual quiera*, a *qual quier* judio o judia, moro o mora. Mas quando algund contrato de compra o vendida [entre si quisieren fazer], *que* dê luego el precio e la cosa *que* se vendiere, sobre *que* se fisiere el contrato o *carta*, e nõ se faga *carta* de obligacion alguna en *que* se obligue *qual quiera* *xristiano* o *xristiana* de dar e pagar *qual quier* cosa de las sobre dichas, o otras algunas a *qual quiera* o *quales quier* judio o judia, moro o mora; e si las fisieren de *aquí*

(1) Am. de los Rios, *ibid.* t. II, p. 137, copia, por error, «que non sean».

(2) Cfr. Montalvo, *ibid.*, lib. VIII, t. II, ley V.

(3) «por infnidas e otras maneras de malicia» dice el texto de las Cortes de 1405.

(4) El ms. parece decir claramente *cera*.

adelante, por este mesmo fecho, sean *ningunas* e ño valederas. E *nigund* nin *algund* *jues*, nin *alcalde*, nin *portero*, nin *vallestero*, nin *otro* *aportilla*-do *qual quier*, *que* las ño resciba nin fagan *faser entrega* nin *execuciõ*; e *ningunos* ni *algunos* de los *scriuanos* de los *nuestros* *regnos* ño sean *osados* de *faser* nin *rescibir* tales *cartas* nin *conpras* de *qual quier* *obligaciones* sobre *dichas*. E si las *fisieren* o *mandaren* *faser*, *que*, por este *mes*.mo *fecho*, sean *pribados* de los *ofiços* de las *escriuanias*. Et *demas*, *que* las tales *escripturas* e *contratos* *que* sean en si *ningunos*, como *dicho* es. *Pero* si el *judio* o *judia*, *moro* o *mora*, *fisieren alguna* *conpra* o *vendida* con *algund xristiano* o *xristiana* de *algunas* *cosas* *muebles* o *raises*, *que* sea *luego* *entregada* la *cosa* e el *precio* *pagado*, *segund* *susodicho* es. E si el *judio* o *judia*, *moro* o *mora*, *quisieren* por si *seguros* de tal *contrato*, et como la tal *casa* fue *vendida*, *que* pueda ser *fecha* ño *abiendo* en *ella* *ningunas* *obligaciones* de *dar* nin *pagar* *ninguna* *cosa* a *plaso*. Esto *que* *dicho* es, e en esta *ley* se *contiene*, *ordenamos* e *tenemos* por *bien* *que* *vala* e sea *guardado*, *saluo* *que* los *judios* e *moros* *que* *arriendan* las *nuestras* *rentas*. E *otro* si, *que* puedan *tomar* e *rescuiuir* *cartas* de *pago* de lo *que* *tomaren* o *rescuiieren* e *pagaren*.

porque en este *nuestro* *quaderno* se *contiene* *que* *nigund* *judio* nin *judia*, nin *moro* nin *mora*, ño sea *osado* de *faser* por si nin por *otro* *carta* *alguna* de *obligacion* sobre *qual quiera* *xristiano* o *xristiana*, o *concejo* o *comunidad*, de *qual quiera* *deuda* [de] *maravedis*, nin de *pan*, nin de *vino*, nin de *çera*, nin de *otra* *cosa* *qual quiera*: nos *tenemos* por *bien* *que* se *entienda* *asi*. Et nos *asi* lo *entendemos* *que* la *dicha* *obligaciõ* *que* la ño puedan *faser*, nin *eso* *mesmo* por *testigos*, e *tenemos* por *bien* *que* *valga* e sea *guardada*.

E por *que* los *judios* e *judias*, en *engaño* e *fraude* de las *leys* sobre *dichas*, *catan* *muchas* *maneras* de *dar* a *logro*, ca ño *tan* *sola* *mente* *fasen* *obligar* a los *xristianos* por *scriuanos* *publicos* e por *testigos* sin *scriuano*, mas aun los *indusen* a *confesar* lo *que* non *resiuiere*, e *resiuen* sobre si *sentençias*, e *piden* a las *justicias* *que* por las tales *confesiones* ante ellos *fechas* los *condepnen*, en lo *que* ño se *fase* *encion* *expresa* *mente* en las *dichas* *leys*. Et es mi *merced* e *mãdo* *que* si *alguno*, *xristiano* o *xristiana*, *confesare* ante *qual quiera* *jues* o *alcalde* *que* *aya* *poder* de *jusgar*, *que* *deue* al tal *judio* o *judia* *oro*, o *plata*, o *dineros*, o *otra* *qual quiera* *cosa*, *que* en *qual quiera* *manera* *que* sea, *saluo* sobre *rasõ* de los *maravedis* de las *mis* *rentas*, *segund* *dicho* es, e el tal *judio* o *judia* *pidiere* al *jues* *que* los *condepne* en lo por el tal *xristiano* *confesado*: *que* la tal *confesiõ* ño *vala*, mas sea en si *ninguna*; e *defiende* a los *alcaldes* e *jueses* e *otros* *oficiales* *quales quiera*, *que* sobre ello ño *den* *sentençia*, e si la *dieren*, *mãdo* *que* ño *valga*, *que* *agora* do por *ningunas* las tales *sentençias*, *que* *seriã* *dadas* en *engaño* e *fraude* de las *dichas* *leys*.

E *otro* si, por *quanto* *delante* de los *jueses* *eclesiasticos* se *podriã* en-

trodusir entre los judios e *xristianos* grandes engaños por dar a usuras e a logro de muchas maneras, *que seriã contra* el thenor de las dichas leys, *mãdo e ordeno que qual quiera xristiano o xristiana que confesare ante qual quiera* jues eclesiastico o seglar *que deue a judio o judia oro o plata o dineros o otra cosa qual quiera que sea, aunque el xristiano faga juramento o pleito e omenaje, que el xristiano o xristiana que las tales confesiones e pleito e omenaje e juramento fisiere, pague de sus bienes en pena otro tanto como fuere la cosa comfesada e contra el prouada; e el judio o judia que los tales juramentos e pleitos e omenajes e confesiones de los xristianos demãdare, que paguen de pena el dos tanto de las tales quantias sobre dichas que las tales sentençias e omenajes e juramentos e confesiones demãdaren.* E esta pena sea partida en esta manera: en los lugares de señorios, la *tercera parte para el acusador, e la otra tercera parte para el señor del lugar, e otra tercera parte para la mi camara*; [e en los otros lugares, la *tercera parte para el acusador, e la otra tercera parte para la mi camara*], e en la *otra tercera parte para los muros del lugar e el conçejo del tal lugar* (1).

Agora por parte de los concejos e alcaldes e omes buenos de los lugares de la villa de pun, e villoria, vascuñana, e ebrillos, e sotillo, e leiba, e ferra melluri, e cuscurreta, e redesilla, e villa farta, e santurde, e vaños, me fue fecha relacion disiendo *que, contra el thenor e forma de las dichas leys suso encorporadas, ellos han rescibidos e resciben de los judios muchos agrauios e dapños, e me fue suplicado e pedido por merced de su parte que sobre ello los proueyese con remedio, como la mi merced fuere, de guisa que los dichos agrauios los nõ fuesen fechos, e yo touelo por bien; por que vos mãdo a todos e a cada uno de vos en vuestros lugares e jurediciones que veades las dichas leys que de suso van encorporadas e las guardedes e cunplades e las fagades guardar e cunplir, en todo e por todo, segund e por la forma e manera que en ella e en cada una dellas se contiene, e los unos nin los otros nõ fagades ende al por alguna manera, so pena de la mi merced e dos mill maravedis para la mi camara; e demás, mando al ome que vos esta mi carta mostrare que vos enplase y parescade en la mi corte ante los de mi consejo, del dia que vos enplasare fasta quinse dias primeros siguientes, so la dicha pena, so la qual mãdo a qual quiera scriuano publico que por esto fuere llamado, que dé ende al que vos la mostrare testimonio signado con su signo, por que yo sepa en como cunplides mi mãdado.* Dada en la villa de tordesillas a dise ocho dias de setiembre, año del nasimiento de nuestro señor J. C. de mill e quatro cientos e cinquenta e cinco años. Yo Juã gonçales de cibdad real la fis escriuir por los señores arçobispo de toledo e conde de faro, por virtud del poder

(1) Hasta aquí con arreglo al texto de las cortes de Valladolid de 1405.

e abtoridad *que* del dicho señor rey tiene: archipiscopus toletanus. yo el conde de faro...

la qual dicha carta del dicho señor rey, asi presentada antel dicho alcalde, los dichos Juã martines, clerigo, e Juã de cebolleros dixerõ *que* por quanto ellos la entendian de presentar en muchas partes, ellos e cada uno dellos nõ podian seguir lo cõ la dicha carta del dicho señor rey sola, e asi mismo por recelo de la dicha carta, por fuego, e por agua, e por otro caso fortuito, *que* lo pidiã e pedierõ, e requeriã e requirieron al dicho alcalde, *que* él, de su oficio, *quesiese inter* poner su decreto e abtoridad e poderio e mãdamiento a mi, el dicho scriuano, para sacar un traslado, o dos o mas, los *que* menester obiesen, por manera *que* doquier *que* paresiere, fisiese fe como cosa abtentica; e el dicho alcalde tomo la dicha carta del dicho señor rey en la su mano derecha e pusola sobre su cabeça, cõ la mayor reuerencia *que* podia, obedesiendola como carta de su rey e señor natural, al qual Dios guardase de mal, e en quanto al mãdo, dixo *que* él *que* mãdaba e mãdo a mi, el dicho notario, *que* sacase un traslado. o dos, o mas, quantos los plugiese, de la dicha carta, tanto quanto con derecho podia o deuia mãdar, para lo qual dixo *que* *inter* ponía e *inter* puso su decreto e abtoridad e mãdamiento, en la forma e manera *que* podia e deuia dar e otorgar de derecho, para *que*, doquiera *que* paresiere, fisiese fe como cosa abtentica. Desto son testigos Juã martines, fijo de pero martines, e pero ferrandes, fijo de pero ferrandes, e juã ferrandes, el moço, clerigos, e juã sanches cobo e ferrãnd sanches e martin gomes, vesinos de la villa de fonçea, e otros. Et yo, el dicho Juã ferrandes, notario apostolico, *que* fui presente a todo lo *que* dicho es, e por ruego de los dichos Juã martines, clerigo, e juã de cebolleros, este traslado fis escriuir en estas seys fojas de papel de quatro el pliego, en fin de cada plana va puesta mi señal; el qual dicho traslado yo concerté con la dicha carta oreginal; en testimonio de verdad fis aqui este mi signo Juã martines.

Et asi, presentado el dicho traslado de la dicha carta del dicho señor rey por el dicho martin ferrandes de aleson antel dicho alcalde, luego el juã de cebolleros e juã martines se entendia de aprouechar de la dicha carta del dicho señor rey, para la presentar ante algunos jueses eclesiasticos e seglares sobre rasõ de lo en ella contenido, por ende *que* lo pidia *que* mãdase a mi, el dicho scriuano, *que* sacase un traslado, o dos, o mas, de la dicha carta del dicho señor rey e lo signase de mi signo, en manera *que* fisiese fe do quiera *que* paresciese, e *inter* puso su abtoridad e decreto al dicho traslado o traslados *que* yo sacase e signase, para lo qual dixo *que* imploraba su oficio. Et el dicho alcalde dixo *que* el veia el dicho traslado de la dicha carta... e *que* mãdaba e mãdó a mi, el dicho diego martines de Villoria, scriuano del dicho señor rey, *que* sacase un traslado, o dos, o mas, de dicho traslado... e lo signase de su signo, al qual dixo *que* *inter* ponía e *inter* puso su abtoridad e decreto al dicho traslado o trasla-

dos *que* yo asi sacase o fisiese sacar, e lo signase, *porque* fisiesen fe en do *quiera* e en *qual quier* lugar *que* paresciese, asi como la misma *carta* *original* de *dicho* señor rey podia faser paresciendo. Et el *dicho* martin *ferrandes* dixo *que* lo pidia por testimonio, testigo *pero ferrandes* de Valencia e lope de motejo e *pero* sanches e otros. Fecho e sacado fue este *traslado* de la *dicha carta* de *traslado* del *dicho* señor rey en la cibdad de *santo domingo*, a veinte e un dias de Junio, año mill e *quatro* cientos e *cincuenta* e seis años. Et yo el *dicho* diego *martines* de Villoria, *scriuano* e *notario* suso *dicho* de *dicho* señor rey, *que* a lo *que* *dicho* es fui e en uno cõ los *dichos* testigos, por pedimiento del *dicho* martin *ferrandes*, este *traslado* saqué de la *dicha carta* de *traslado* de la *dicha carta* del *dicho* señor rey e lo concerté, e por ende fis *aquí* este mi sig [] no en testimonio de *verdad*.

FRANCISCO CANTERA,
Catedrático de la Universidad de Salamanca.

Colección de dictámenes inéditos

del maestro fray Francisco de Vitoria.

Los biógrafos del maestro Vitoria, haciéndose eco de lo que repetidas veces encontramos en los escritos de sus contemporáneos, celebran con elogios extraordinarios su acierto y competencia en satisfacer a las múltiples consultas que le encomendaban. En sus propias *Lecturas* hay también frecuentes alusiones a estos encargos, quejándose a veces de las importunaciones de algunos, que pretendían amparar con su favorable dictamen les desafueros cometidos por ellos en la administración de los intereses públicos o en el ministerio sacerdotal.

Muy pocos de esos dictámenes han llegado a nosotros. Como escritos que obedecían a una circunstancia de momento, pasado éste, nadie se cuidó de conservarlos. Además, en la mayoría de los casos, la consulta era verbal, y la despachaba en la misma forma. Se comprende, pues, que toda aquella producción, ya en su origen dispersa y en manos de personas aisladas entre sí, haya ido desapareciendo antes que se pensase en coleccionarla. Sólo han quedado de ella algunos restos esporádicos, salvados más por la casualidad, que de intento. Los conocidos hasta el presente, apenas suman media docena, y aunque se sospecha que existen más, se ignora su paradero. Nosotros hemos tenido la suerte de encontrar una colección relativamente numerosa, formada por un amigo y admirador suyo, el padre Miguel de Arcos, con respuestas dirigidas, unas a él, y otras a distintos personajes, cuyo nombre no siempre se expresa en los documentos. Aunque estas piezas en su mayoría tienen forma de correspondencia particular, el coleccionador, procediendo con miras exclusivamente doctrinales, ha prescindido a veces de lo que no hacía a su intento, dándonos el documento incompleto.

Para poder apreciar mejor su contenido, diremos antes quién fué el padre Miguel de Arcos, y qué motivos especiales tuvo para acudir al maestro Vitoria en demanda de consejo.

El padre Miguel de Arcos nació por los años de 1482 en Arcos de la

Frontera, profesó en el convento de San Pablo de Córdoba a principios del siglo xvi, e ingresó de colegial en San Gregorio de Valladolid a 28 de abril de 1508. En saliendo del Colegio, se le destinó a la enseñanza en su convento de Córdoba, y luego en el de San Pablo de Sevilla. Después ocupó varios prioratos, y por último fué elegido provincial de la Bética en 1533, y segunda vez en 1548. Religioso ejemplar en la observancia y el estudio, fué muy apreciado de la nobleza y del pueblo en toda la región cordobesa y sevillana, teniéndole por fiel confidente en sus negocios temporales y espirituales, según escribe el padre Juan López por estas palabras: «Todos estos señores de la comarca y de la Andalucía lo estimaban y preciaban tanto, que en todos sus negocios se aprovechaban de sus consejos, por tenerlos en todo por muy aceptados [acertados?]

(1). Mantuvo correspondencia con el cultísimo escritor cordobés Juan Ginés de Sepúlveda, que hace de él y de su ciencia grandes elogios; y en el tomo de *Varios* de que luego hablaremos se conserva una parte de esa correspondencia, todavía inédita. Murió a 27 de febrero de 1564.

Su trato con Vitoria, más que en el conocimiento directo, debió fundarse en las referencias y proporción que encontró en él para decidir autorizadamente los casos de moral que se le presentaban. La fama del profesor de prima por una parte, y la afición que tenía el religioso andaluz a endosar a otros esa clase de negocios, o por lo menos a no prescindir de su consejo, explicarían suficientemente esta correspondencia epistolar, aun cuando no se conociesen personalmente. Pero de hecho debieron conocerse en Valladolid o en Salamanca, despertándose entre ambos un afecto entrañable.

Las cartas de Arcos a Vitoria no se conservan; en cambio aquél procuraba hacerse con todo lo que procedía del maestro salmantino, y lo guardaba como tesoro inapreciable, fueran cartas u otra clase de escritos. De las *Relecciones*, tan pronto como se pronunciaban en la Universidad, se le remitía copia, al igual que de las del maestro Domingo de Soto. El índice de la confianza con que se trataban los dos religiosos, nos lo da el caso de que Vitoria, al hacer desaparecer una de las cuestiones de la relección *De temperantia*, por temor a que continuasen adelante las protestas que había suscitado, sólo consta que enviase copia del texto en cuestión al padre Arcos, y gracias a la diligencia de éste, se ha salvado aquel inestimable documento (2).

Lo mismo que con Vitoria, mantuvo correspondencia el padre Arcos con Melchor Cano y con fray Bartolomé Carranza de Miranda. Prescin-

(1) *Tercera parte de la historia general de sancto Domingo y de su Orden de Predicadores*. Valladolid, 1613, cap. 49, pág. 210.

(2) Cfr. LA CIENCIA TOMISTA, t. 41 (1930), pp. 145-165.

diendo de otras que no hacen a nuestro caso, reproducimos en este trabajo dos cartas de Cano, en que se ocupa de las mismas cuestiones que Arcos había sometido a la deliberación de Vitoria. En una de ellas, la que va en último lugar, hace referencia a la obra *De locis Theologicis*, todavía inédita, pero que su autor pensaba publicar en aquel mismo año.

Consta, pues, nuestra colección de ocho piezas debidas a Vitoria, a las cuales agregamos, además de las dos mencionadas de Cano, otra inédita de fray Diego de Vitoria, hermano de Francisco, que mereció la aprobación de éste y trata de uno de los temas ventilados en su correspondencia con el dominico andaluz.

No todas las piezas se conservan íntegras, ni en sus originales. Habiendo sido coleccionadas, como queda dicho, con miras principalmente doctrinales, al copiarlas, se ha prescindido en algunas de lo que tenían de personal. De ellas, nueve están tomadas de un tomo de *Varios* formado por el padre Arcos, y encuadernado luego junto con otros papeles de los siglos xvii y xviii, que procedente del convento de San Pablo de Sevilla se guarda hoy en la Biblioteca Provincial y Universitaria de aquella población, signatura 333-166-1.

Hagamos algunas observaciones críticas acerca de cada uno de estos documentos.

El que va en primer término, es copia de fines del siglo xvi, caligráficamente muy bien presentada, pero harto defectuosa en cuanto a la corrección del texto. En varios casos, el copista, ignorando el latín, no ha sabido descifrar las abreviaturas del original o copia que le servía de modelo. Aunque hemos procurado subsanar algunos de esos defectos, quedan todavía otros en que la restitución del texto primitivo es dudosa. En particular sospechamos que en el párrafo penúltimo, que comienza, *Y he hablado...*, donde dice: «Yo antes pasaría por la no residencia que por la pluralidad», las palabras *no residencia* y *pluralidad* están invertidas. Esta carta nos la ha facilitado el padre Carlos Gálvez, S. J., a quien por ello hacemos presente nuestra gratitud.

El segundo dictamen figura como copia en la colección del padre Arcos, y lleva el encabezamiento con que aquí se publica. No tiene forma de carta, sino más bien de solución sencilla del caso propuesto. Su contenido coincide substancialmente con el del documento primero.

La pieza que va en tercer lugar, es un pequeño fragmento de una larga carta, como lo indica la frase del párrafo final, «Perdone v. p. la prolijidad». Al frente lleva este epígrafe: «Composición. Muchos beneficios, incidentes». Falta el principio del texto, por haberse cortado al encuadernar el tomo.

El dictamen cuarto, que es el más extenso de los que aquí se publican, figura entre los papeles de Arcos con el título que hemos conservado. La copia, a juzgar por la caligrafía, parece haberse hecho en Salamanca.

El número cinco es una carta dirigida al padre Arcos, al frente de la cual anotó éste: «De Vitoria para mí». Al encuadernarse la colección, se ha mutilado la primera línea.

El sexto, que es de lo último que escribió Vitoria, y cuya patética introducción revela cuánto le hizo sufrir la postrera enfermedad, carece de indicación por donde podamos consignar en firme el nombre del destinatario. El padre Arcos puso en la carta este epígrafe: «Del encarecer el trigo»; y sospechamos que a él fué dirigida.

La que ocupa el séptimo lugar, se escribió para el padre Bernardino de Vique, provincial que fué de la Bética de 1551 a 1556. Al principio se leen estas indicaciones: «De los negros y escribanos»; y luego: «Para el padre fray Bernardino de Vique». El padre Arcos ha añadido al final unas notas para la inteligencia del contenido de la carta.

El documento octavo lo forman unas breves líneas en que los dos maestros, Domingo de Soto y Francisco de Vitoria, responden a cierta consulta encomendada a la Universidad de Salamanca. El título con que va encabezado, lo tomamos del índice o sumario que el padre Arcos puso a su colección.

A continuación publicamos en noveno lugar un parecer del padre Diego de Vitoria sobre el precio en la venta al fiado. Este Diego de Vitoria debe ser el hermano de Francisco. En el documento no se le da el título de «maestro», como era natural, de referirse al maestro Diego de Vitoria, *el antiguo*, que falleció en Salamanca en 1532, siendo regente de estudios de San Esteban. Dicho parecer va seguido de una aprobación del maestro Francisco de Vitoria, publicada ya, la cual lleva además la firma de Domingo de Soto (1). Pero como Vitoria habla en singular, sospechamos que se añadió ahí el nombre de Soto sin razón suficiente para ello, o se omitió alguna cláusula que justificaba su presencia en ese documento. La copia de donde está tomado, de fines del siglo xvi o principios del xvii, no ofrece absoluta garantía.

A modo de complemento, añadimos todavía en último lugar dos cartas inéditas de Cano, que figuran también en la colección sevillana. En la segunda, se ha tachado y en parte destruído lo que contenía de vejatorio para la Compañía; pero como antes se debieron sacar copias de ella, dicha porción nos es conocida por haberla incluído el padre Bartolomé Alcázar en su *Cronohistoria de la Compañía de Jesús en la provincia de Toledo*, de donde la tomó Fermín Caballero.

* * *

(1) Cfr. *El Maestro fray Francisco de Vitoria. Su vida, su doctrina e influencia*, por el P. L. G. Alonso Getino, O. P. Madrid, 1930, pp. 228-229.

Los puntos que se dilucidan en estos escritos, pueden reducirse a diez temas. Para su mejor comprensión, hagamos algunas indicaciones previas acerca de cada uno.

TEMA PRIMERO: *Sobre pluralidad de beneficios.*—Tratan de esta materia los dos primeros documentos. En ellos sostiene Vitoria con inquebrantable decisión una doctrina contraria a la de muchos canonistas de su tiempo, y a lo que se estilaba en la práctica. De todos los abusos que se habían introducido en la disciplina eclesiástica, ninguno le indignaba tanto como los referentes a pluralidad de beneficios, no residencia de los mismos, composición y dispensas. La relección *De potestate papae et concilii* es una fustigación despiadada de quienes sostenían esas corruptelas, que debían ser cortadas radicalmente. No sé que nadie, dentro de la ortodoxia, se haya pronunciado con tanta energía contra la relajación de costumbres que en esa materia imperaba, si bien todos reconocían que le sobraba razón para ello. Así se explica que aquella relección, por el momento, no suscitase protestas, aunque luego, en tiempo de Sixto V, faltó poco para que fuese puesta en el *Indice*, olvidando, sin duda, que Vitoria censuraba, fundado en doctrina sana e intachable, una situación ya en parte remediada a partir del concilio de Trento.

En las *Lecturas* toca también repetidas veces estas materias, aunque en ellas procura refrenar su indignación, moderando esos arranques de ira, para mantenerse en las altas regiones de los principios. Aun así, no deja de poner bien de relieve lo execrable de las costumbres que imperaban en la práctica. Recordemos para muestra un pasaje, y no de los más crudos, tomado del comentario al artículo primero de la cuestión 86 de la *Secunda secundae*.

Pregunta allí qué se ha de decir ante el hecho de que el papa aplique las décimas de un episcopado a las capellanías de otro, o a algún colegio, o se las dé al rey o a otro. Y tomando pie de ahí, hace las siguientes afirmaciones: «Ad hoc dico quod papa non est dominus beneficiorum, quidquid dicat Bartulus, sed solum est dispensator et distributor eorum. Unde papa non potest *pro libito suo* decimas unius ecclesiae applicare alteri ecclesiae vel alteri episcopatu. Non est dubium quin quisque ignarus aequitatis naturalis dicet, quod est vituperabile et iniquum quod decimae unius populi honorati applicentur alteri ecclesiae, et maneat populus cum ministro vel ministris ecclesiae non habentibus unde vivant. Certe ridiculum est que las capellanías del doctor no sé quién, por aplicación del papa tengan los réditos del beneficio del Espinar o de Hontiveros. Non est dubium quin sit male factum. Papa enim est dispensator, et non dissipator; et non est dubium nisi quod papa peccat mortaliter, et ille qui suscipit, quia faciunt injuriam populo et ministris ecclesiarum. Item, quia privilegium est iniquum, et non dat jus. Secundo dico, quod ex rationabi-

li causa, licite potest papa dare las tercias y préstamos que tienen estas Escuelas. Sed intellige hoc, dummodo maneat et relinquatur sufficiens et honestum stipendium pro sustentatione ministrorum talis ecclesiae, qui ministri sint tales pro conditione loci, ut decent populum honoratum» (Salamanca. Bibl. universitaria, cód. 4-6-15; moderno, 43, fol. 427 r).

Tratando de las cualidades de aquellos a quienes se confieren los beneficios, al comentar en este mismo manuscrito el artículo segundo de la cuestión 63, se muestra también durísimo en calificar la conducta de los prelados. Hay en ese comentario frases que recuerdan otras que leemos en la carta al doctor Luis González. Si el paralelismo puede servir de apoyo para conjeturar la fecha de la carta, tendríamos que situarla dentro del curso de 1535-36. a que corresponde el comentario.

Es igualmente digna de atención la respuesta cuarta de la mencionada carta, donde el maestro dominicano establece como opinión muy probable, sostenida luego por sus discípulos en Trento, que tanto la pluralidad de beneficios como la no residencia es contra el derecho divino y natural; y por consiguiente que es muy aventurado proceder precipitadamente en ello. La infalibilidad del papa, que él reconoce contra los maestros parisienses y complutenses, in definitionibus fidei et religionis, no garantiza la justicia de esas concesiones o de las dispensas para usufructuarlas lícitamente en todos y cada uno de los casos. El que la pide y obtiene, mire bien cómo procede, «que lo que está prohibido jure divino, parum refert que todo el mundo haga o diga lo contrario». De tener que ceder, él lo haría mejor con la pluralidad que con la exención de residir, aunque teme que ni una ni otra sea lícita coram Deo.

TEMA SEGUNDO: *Sobre la composición*.—«Esta cuestión—se lee en el documento tercero—es como la de pluralitate beneficiorum, ubi pugnant jura et auctoritates sanctorum cum facto, que la Iglesia face lo que los Doctores condenan». Esta era otra de las pesadillas del Maestro, execrando semejante abuso siempre que se ofrecía ocasión. En la carta al padre Arcos acerca de la licitud de lo adquirido por los conquistadores del Perú, que hemos publicado en esta revista, toca de paso el mismo tema, expresando su convicción de que semejante título no basta para dejar tranquilas las conciencias. En las *Lecturas*, al comentar el artículo quinto de la q. 62 de la 2. 2, lo trata más ampliamente, comenzando por decir que «parece grandísima burla iniquumque est quod, pro duobus argenteis, uni remittantur centum aurei». Y para esclarecer ese punto, establece luego varias proposiciones. Transcribiremos aquí la quinta y la sexta que hacen más a nuestro caso.

«Quinta propositio: Ut veritatem dicam, ego non intelligo quomodo per bullam compositionis sint tuti in conscientia qui aliquid debent, ac-

ciendo illam; sed videtur non posse remitti absque hoc quod hujusmodi pecunia convertatur in pios usus...

«Sexta propositio: Dato quod ita sit, quod papa habet auctoritatem ad remittendum, tamen hoc est cum rationabili causa et rationabiliter; et sic isti non sunt tuti in conscientia. Probatur. Quia dato quod ita est quod papa potest remittere, tamen non potest nisi ex rationabili causa. Sed quae causa est quod iste sit defraudator omnium et pessimus omnium hominum quos sustinet terra, et quod pro duobus argenteis, le perdonea cinco mil maravedís? Certe hoc non est rationabile; non enim papa potest simpliciter remittere: ergo nec pro duobus argenteis potest remittere magnam summam. Item, quia si papa esset dominus totius pecuniae incertae, et remitteret pro duobus argenteis, hoc esset quia non potest plus extorquere: ergo invito domino retinet, et per consequens non est tuta satisfactio» (Id. ib., fol. 272 v).

El mismo criterio aplica a las dispensas y conmutación de votos. Al comentar el artículo 12 de la q. 88 de la 2. 2, después de haber manifestado que, a juzgar por lo que dice Santo Tomás, «videtur quod potestas et licentia papae ad dispensandum non sit tam lata, et ad commutandum vota sicut nunc accipit, quia omnia vota dispensat vel commutat, sicut ipse bene ostendit per bullas», añade que en caso de conmutación con causa justa, «non debet commutari illud votum nisi in aequale»; por ejemplo, la licencia para casarse a una joven que tiene hecho voto de perpetua continencia, «en mil ducados, si es rica; et si sic non fiat, non est segura». Pues es ridículo que el voto de peregrinación a Jerusalén o a Santiago, o de ayunar por toda la vida, se conmute «in duos argenteos» (Id. ib., fol. 461 r).

Como se ve, Vitoria combate, no precisamente la potestad del papa para estas conmutaciones y dispensas, sino el abuso de la misma. Y con todo, es extremadamente atrevida la frase que leemos a este propósito al final del documento cuarto: «Canones et regulae administrandorum beneficiorum, non sunt sumenda ex factis istorum romanensium, sed ex scripturis et decretis sanctorum et pontificum antiquorum, non recentiorum». Algo parecido había dicho en la relección *De potestate papae et concilii*, al clamar contra el modo de multiplicar las dispensas, en estos términos: «Da mihi Clementes, Linos, Silvestros, et omnia permittam arbitrio eorum. Sed, ut nihil gravius dicatur in recentiores pontifices, certe multis partibus sunt priscis illis inferiores» (núm. 12).

Y no es que Vitoria, indistintamente, haga responsables a los papas de todos esos abusos, puesto que también reparte su tanto de culpabilidad a los encargados de interpretar y ejecutar las disposiciones pontificias dictadas conforme al derecho. He aquí sus palabras terminantes, consignadas en el comentario del artículo nueve, cuestión 89 de la 2. 2: «Ne credatis quod papa det majorem potestatem quam ipse habet, nec credatis

quod papa concedit per indulgentias quod ipse Romae non exercet, quia nunquam visum est quod papa sine rationabili causa relaxaverit juramentum vel votum. Et sic quando papa in bullis dat potestatem relaxandi vota et juramenta, intelligit supposita causa rationabili. Et si dicit quod votum vel juramentum commutetur, debet commutari in opus melius aut aequale. Unde si dat potestatem commutandi juramentum vel votum, rationabilis causa est ad subsidium belli contra sarracenos; et omnia juramenta et vota posset sic satis bene commutare. Sed quod fecerit quis votum aut juramentum jejunandi totum annum, vel in omnibus feriis sextis, aut dare magnam cleemosynam, et quod sit causa rationabilis quod redimatur pro duobus argenteis et excusetur a jejunio, non credo nec me auctore fiet» (idem ib., fol. 473 r.)

En ese mismo sentido abundaba su discípulo Melchor Cano, quien en el famoso *Parecer* acerca de la guerra entre Felipe II y Pablo IV, escribe: «Mal conoce a Roma quien pretende curarla. *Curavimus Babylonem et non est sanata*. Enferma de muchos años, entrada más que en tercera ética, la calentura metida en los huesos, y al fin llegada a tales términos, que no puede sufrir su mal ningún remedio». Y poco después, refiriéndose a las injusticias cometidas en la administración eclesiástica: «Sin duda no hay más ciertos medios de parte de Roma para acabar de destruir en pocos días la Iglesia, que los que al presente toma en la administración eclesiástica, la cual malos ministros han convertido en negociación temporal y mercadería y trato prohibido por todos las leyes divinas, humanas y naturales».

Cierto, ni el maestro ni el discípulo entendían de eufemismos cuando veían clara la sinrazón de tal proceder.

TEMA TERCERO: *Sobre la unión de beneficios a los monasterios*.—Esta cuestión tiene también íntima afinidad con las dos anteriores, y Vitoria al dilucidarla (documento 4), lanza sus vibrantes rayos contra quienes con ese título atropellan los intereses sagrados del ministerio eclesiástico. Comienza exponiendo en cinco prenotandos los principios que deben regular la distribución de los beneficios, para fijar luego en otras tantas conclusiones lo que es o no lícito a los monasterios y a los religiosos en orden a esos beneficios. Justiciero con todos, no se arredra ante el temor de herir con palabras duras a ciertos canónigos disipados y a algunos individuos de la grandeza, que usurpaban en provecho suyo lo que corresponde a los clérigos encargados de atender a las almas. «Intolerabile enim videtur—exclama ante esa triste realidad—ut ad sustentationem sex aut octo capellanorum unius, etiam ignobilis viri—ita enim eos ipsi vocant—auferantur principales decimae beneficii habentis curam animarum, et applicentur perpetuo sacello miseri hominis, quia scilicet placet papae. Timendum est ne non placeat Christo, cuique sapientiae non con-

venit ut christiani quos ipse liberavit, tributum solvant homini ignoto, et a quo nec ipsi nec respublica christiana ullum beneficium accepit».

En cuanto al punto concreto, de si es o no lícito anexionar perpetuamente beneficios a los monasterios, comienza por afirmar que de sí no es injusto o ilícito que una parte de los frutos se agreguen a los monasterios, como se destinan a veces a los colegios, hospitales y a otros institutos piadosos o benéficos. Además, por costumbre antigua de la Iglesia, los monasterios de benedictinos y de bernardos solían disfrutar de ciertos beneficios, así como también las órdenes militares. Los religiosos son clérigos, y pueden tener cura de almas; por tanto, no se les ha de creer de peor condición que los demás. Pero sea con cura de almas o sin ella, semejante anexión ha de hacerse moderadamente, más para atender a la necesidad que para fomentar la opulencia.

Los beneficios anexionados antiguamente a los monasterios, solían estar servidos inmediatamente, a juicio de Vitoria, por los mismos religiosos. En el supuesto de que se encomienden a clérigos mercenarios, ignorantes y aun idiotas, los cuidados del beneficio, como sucede hartas veces, no es justo que se introduzcan nuevas anexiones, pues de ello se siguen los mismos inconvenientes que de la no residencia y pluralidad de beneficios. Y al probar esta conclusión, dirige el profesor de prima una severa fraterna a los monasterios por el descuido que en eso impera, amenazándoles con sentencia de reprobación ante el tribunal de Dios.

La misma conclusión, en cuanto a lo sustancial, establece Domingo de Soto en su obra *De justitia et jure* (1).

TEMA CUARTO: *Sobre el testamento del conde de Ureña*.—Este tema lo estudia Vitoria en el documento quinto. En él se habla «del Conde» en forma indeterminada; pero las circunstancias del caso que allí se dilucida nos llevan a concluir que se trata de don Juan Téllez Girón, segundo conde de Ureña, y de sus hijos don Pedro Girón, casado con su prima doña Mencía de Guzmán, hija del tercer duque de Medina Sidonia, y don Juan segundo, cuarto conde de Ureña y fundador de la Universidad de Osuna. Al morir don Pedro en 1531, dejó como heredera a su hija única

(1) «De hac autem re, pro utraque parte suasivae rationes existunt, utrum videlicet congruat sacerdotia cum curis animarum monasteriis annecti. Nam ex una parte, videntur monachi solertius et vigilantius posse gregi prospicere; ex altera vero, propinquius Evangelio videtur ut proprius paroecius sit in sua paroecia, qui cum suis subditis conversetur, eos denique consiliis, ope et eleemosynarum largitate juvet; cum tamen monachi non nisi per vicarium rem administrare possint. Et certe haec ratio apud me semper invaluit. Mitto antiquitatem Benedictinorum ac Cisterciensium, in quam non est oblatrandum; sed tamen hac aetate, vix hujusmodi faciendis annexionibus suffragari possem». Lib. IX, quaest. 3, n. 3.

doña Mencía Girón, a la que se alude en el documento, que casó con don Iñigo Tovar, marqués de Berlanga, el cual fué luego Condestable de Castilla. Como el mayorazgo y título de Conde de Ureña debfa transmitirse por línea masculina, quedó excluída de él doña Mencía, hija de don Pedro, pasando a su tío don Juan segundo.

En esta familia se cumplen todas las condiciones del caso propuesto por el padre Arcos a Vitoria, como se comprenderá por la siguiente narración, que tomamos del *Compendio de algunas historias de España, donde se tratan muchas antigüedades dignas de memoria, y especialmente se da noticia de la antigua familia de los Girones y de otros muchos linajes*, impresa en Alcalá en 1577, en cuyo folio 106 v se leen estas líneas: «Acabada la guerra de Granada, el conde [don Juan primero, segundo conde de Ureña] se recogió en su estado de Andalucía, a descansar de los grandes trabajos que tantos años había padescido; y determinó, por no estar ocioso en el servicio de Dios, entender con su no pequeño cuidado en la gobernación de los pueblos que tenía a su cargo, manteniéndolos en paz y justicia, y socorriendo a sus necesidades y en otras muchas obras cristianas. Y así al año siguiente de 1493 entendió en hacer recompensa y satisfacción a la ciudad de Jaén por los daños que había recibido del maestre de Calatrava don Pedro Girón, su padre, cuando la tuvo cercada. Y porque no pudo hallar mejor modo para hacer bien a todo el común, que era el damnificado, que instituir un pósito de trigo para tiempo de necesidad, dió 200.000 maravedís que se empleasen en él, puesto a su costa en la ciudad, el cual se compró por Cea su capellán, y por una persona que el cabildo señaló, a precio de dos reales la hanega. Y más dió 60.000 maravedís para hacer un alfolí donde el pan se guardase.

•Obligóse la ciudad de Jaén con provisión y cédula de los Reyes católicos, dada en Medina del Campo a siete de marzo del año de 1494, a sustentar este pósito y aumentarlo, haciendo los beneficios que se suelen hacer en otros semejantes, so pena de mil doblas, por sí y por todos los que en cabildo sucediesen, obligando los bienes públicos de la ciudad. Es fecha esta escriptura en el mismo cabildo a 26 de mayo del año ya dicho.

•Ha crecido tanto el aprovechamiento deste pósito, que el año de mil y quinientos y sesenta y nueve, visitándolo el doctor Lope de Molina, de la audiencia de don Pedro Girón, duque primero de Osuna y conde de Ureña, en su nombre, halló que el año antes de 1568, a nueve días del mes de noviembre, rematadas cuentas con el depositario, se le cargaron veinte y seis mil y quinientas y treinta y dos fanegas y ciertos celemines de trigo, que se repartieron entre particulares para sembrar y panaderas. Todo lo cual montó en dineros nueve cuentos y seiscientos y cincuenta y tres mil y seiscientos y cuarenta maravedís, de los cuales en el mismo año, a 20 de noviembre, hechas cuentas con el depositario, se habían com-

prado 24.091 fanegas por precio de 5.916.719 maravedís, y quedaba para emplearse lo restante a los nueve cuentos. De manera que ha recibido y recibe hoy día la ciudad de Jaén muy notable beneficio por la piedad del buen conde don Juan Téllez de Girón».

TEMA QUINTO: *Sobre el matrimonio clandestino*.—Se trata de él en el mismo documento quinto y en la carta de Melchor Cano al padre Arcos, que ocupa el número 10 de nuestra colección. La identidad del caso es suficientemente manifiesta, para que pueda ponerse en duda.

TEMA SEXTO: *Sobre la venta al fiado*.—Lo estudia Vitoria en el citado documento quinto. La misma cuestión dilucida su hermano Diego en el documento 9, y el propio Francisco en la aprobación de ese documento, y Cano en la carta al padre Arcos que va en último lugar. Aunque entre todos ellos hay coincidencia fundamental, parecen discrepar en algunos detalles; pero esas discrepancias se explican por la distinta posición • punto de vista en que cada uno se coloca.

Vitoria suscita repetidas veces este tema en sus *Lecturas*, especialmente al comentar el artículo primero de la q. 77 de la 2. 2. Para que se pueda apreciar mejor su pensamiento sobre el caso, transcribiremos aquí un párrafo de ese comentario.

«In solutione ad primum argumentum—dice—est primo notandum, quod sunt aliqua quorum pretium est jam statutum, ut v. g. jam institutum est in republica quantum valet un marco de plata. Tunc non licet plus aut minus vendi. Secundo, etiam est notandum, quod dicit ibi sanctus Thomas, quod in pretio est quaedam latitudo, id est pretium habet latitudinem, quia pretium rei non consistit in puncto, id est in indivisibili. Unde si parum excedatur in pretio a latitudine, non est illicitum; nam pro re vendita al fiado, plus licet accipere quam pro re vendita al contado. Nunc, v. g. modius tritici valet tres argenteos et dimidium: si vendat aliquis modium tritici pecunia credita al fiado pro quatuor argeneis, non erit illicitum, quia parum excedit a communi pretio rei; immo illud reputatur commune pretium, quia res ipsa auget vel minuit pretium secundum quod est melior vel peior, utilior vel inutilior. Unde si el trigo vale a tres precios, licet vendere triticum pecunia credita, al fiado, al último precio que lo podía vender al contado. Itaque si la hanega del trigo vale al contado a tres reales, y a tres y medio, y a cuatro, licitum est vendere illud al fiado a cuatro reales» (manuscrito citado, fol. 369 r y v).

TEMA SÉPTIMO: *Sobre el encarecimiento del trigo en años de escasez*.—De ello se ocupa el Maestro en el documento sexto, que es lo último que salió de sus manos entre lo que ha llegado a nosotros. El acento patético que acertó a imprimir en las breves líneas de introducción que encabe-

zan esa carta, no puede menos de impresionar a cuantos conozcan la robusta contextura de su alma. Aquella voluntad inquebrantable, templada en el trabajo continuo de la lucha académica, se siente ahora oprimida bajo la pesada cruz de una enfermedad, tan larga y agobiante, que le parece ya demasiado para sus debilitadas fuerzas, y ansía que llegue pronto el fin. Alma buena, religioso ejemplar, encarnación viva del deber, no teme la muerte, antes bien la considera como un favor del cielo, para donde espera caminar pronto.

En el resto de la carta trata del caso sometido a su deliberación. Era el problema eterno creado por la ambición de negociantes adinerados en lucha con la moral, entonces quizá más que hoy, en años de esterilidad. En Salamanca mismo, durante el tiempo que allí residió Vitoria, se repitió con harta frecuencia este fenómeno, y el propio catedrático de prima tuvo que intervenir para lograr trigo a precio razonable, y repartirlo luego en el convento de San Esteban entre los estudiantes necesitados. En 1528 más de mil estudiantes elevaron al Claustro universitario una petición, en que hacían constar que, estando confabulados los dueños del trigo que había en la población a no venderlo a menos de siete reales y medio la fanega, rogaban que en nombre de la Universidad se buscara aquel artículo en otras partes donde estuviera más barato, y que ellos abonarían el costo hasta ocho o nueve mil fanegas, esperando que así lo habían de tener a cinco o seis reales fanega. Y en una u otra forma, el caso se repitió en años sucesivos, creando una situación angustiosa, que más de una vez obligó a los profesores, entre ellos a Domingo de Soto, a recorrer las provincias castellanas para proporcionar a la clase escolar aquel imprescindible elemento.

En esas condiciones, cuando se ofrecía hablar del caso, el profesor de teología moral no podía menos de anatematizar a los autores de tanta injusticia, y lo mismo que en esta carta, Vitoria en sus *Lecturas*, en nombre de la justicia natural y de la caridad cristiana, tiene por reprobados a quienes, viendo morir a sus prójimos de hambre, intentan enriquecerse a costa de ellos.

TEMA OCTAVO: *Sobre los esclavos con que negocian los portugueses*.—Este asunto, estudiado por Vitoria en su carta al padre Vique (documento 7), no necesita comentario, bastando la explicación que al fin de ella añadió el padre Arcos.

TEMA NOVENO: *Sobre el proceder de los escribanos*.—Lo trata el Maestro en la misma carta al padre Vique. Constituían entonces los escribanos una de las clases más venales y sin conciencia que había en la sociedad española. Por eso escribe Vitoria refiriéndose a ellos: «Gente son con quien yo no osaría dar ni tomar razón de sus dichos». Y prosiguiendo su

dictamen, los coloca aproximadamente en la misma categoría moral que a los que no reparan en la pluralidad de beneficios o buscan en la composición el remedio de sus latrocinios.

TEMA DÉCIMO: *De los que se retraen por delitos a las iglesias*.—Esta materia se toca en el documento octavo. La consulta, por lo que dice Soto, parece haber sido sometida al juicio de los maestros salmantinos. No se expresa claramente si se trataba de los jueces seculares que proceden contra clérigos delincuentes, o solamente de los que violan el asilo eclesiástico. Tal vez en la consulta se inclufan los dos casos.

De ello se ocupa Vitoria con más amplitud al comentar la cuestión 99 de la 2. 2. Propone allí él una de las dudas en esta forma: «An praetor qui homicidam et malum hominem extrahit ab ecclesia, solum faciat injuriam ecclesiae et loco sacro, vel etiam ipsi homini quem extrahit ab illa». Y después de varias consideraciones, concluye: «Ego semper putavi quod praetor extrahens hominem ab ecclesia, facit injuriam et ecclesiae et homini, quia ille gaudet immunitate, id est libertate ecclesiae; et sic quod tenetur ad restitutionem, non solum ecclesiae, sed etiam ipsi homini. Si rex eximeret los hijosdalgo que no les ahorquen, et cum hoc praetor aliquem suspenderet, clarum est quod faceret ei injuriam. Eodem modo leges eximunt homines merentes mortem, quod si sint in loco sacro, sint immunes. Et ideo qui extrahit aliquem a loco sacro, non solum facit injuriam loco, sed etiam ipsi homini».

A continuación vuelve a preguntar: «Sed dubitatur, an isti praetores possint jure facere id quod faciunt, scilicet extrahere homines ab ecclesia». Y responde: «Ego non dubito nisi quod quotiescumque illud faciunt, peccant mortaliter et tenentur ad restitutionem. Nam illud est de jure, quia per leges nec canonicas nec civiles non licet illis illud facere; et tamen leges obligant in foro conscientiae: ergo. Et dato adhuc quod tota libertas eclesiastica esset de jure positivo, et dato etiam quod non esset de jure ecclesiastico, sed de jure civili, nihilominus non liceret judici extrahere clericum ab ecclesia, quia nulla lex canonica nec civilis est quae dicat quod clericus suspendatur. Et ideo non dubito nisi quod praetor extrahendo aliquem a loco sacro, peccat mortaliter, et tenetur ad restitutionem. Sicut enim non licet judici suspendere aliquem qui non est suae jurisdictionis, ita nec licet illi extrahere illos qui sunt in loco sacro, quia sunt immunes» (manuscrito citado, fol. 487 r y v).

* * *

Vea ahora el lector el contenido de cada uno de los documentos, a los que debe agregarse, por formar parte de la misma colección, la interesan-

te carta de Vitoria al padre Arcos acerca de la conquista del Perú, que hemos publicado y comentado ya en esta revista (1).

FR. VICENTE BELTRÁN DE HEREDIA, O. P.

DICTAMENES

1

Carta que escribió fray Francisco de Vitoria al doctor Luis González, criado de el Cardenal Tavera.

Muy magnífico señor: Salutem in Domino. Yo respondí luego a la primera carta de vuestra merced. No sé cómo no vino a sus manos, que aunque con otros fuese negligente, no lo tengo de ser con v. m. en lo que v. m. manda. Por estar [esto?], digo señor, en verdad, que en tantos años de estudio y con tanto uso y trato destas cosas de conciencia, yo no me suelo hallar muy embarazado en responder a las cosas que ocurren. En sola esta materia estanco y se me espeluzan los cabellos cada vez que en ella me hablan, y sin duda rescibo pena. Así que v. m. perdone, si no respondiendo tan absolutamente como v. m. quisiera y yo sue[lo] hacer.

Y es la primera parte de la respuesta y la más principal, que no sé. La causa es, que por una parte parece que está el Evangelio y los Doctores y cuanto leemos, a lo menos en los antiguos y de más autoridad, la razón y equidad. Por otra parte está el uso y costumbre, no sólo de los que parecen gente desalmada y descuidada, sino de muchos tenidos por buenos y temerosos, y que de veras en las otras cosas lo son; y que no hay corazón que baste para condenar a tantas personas que ni matan ni roban. Yo señor, no soy de los que Dominus in evangelio dicit, *qui nec ipsi intrans, nec sinunt alios intrare*, y soy más inclinado a quitar escrúpulos. Pero con todo eso, pues que me hizo Dios merced que por mi hacienda no corra peligro mi salvación, querría estar atento a que no me le corriese por hacienda ajena. Los prelados disponen de los beneficios a su

(1) *Ideas del maestro fray Francisco de Vitoria anteriores a las elecciones «De indis» acerca de la colonización de América, según documentos inéditos.* Tomo 41 (1930), pp. 145-165. La carta comienza con estas líneas, que allí se suprimieron, por no hacer al caso: «Muy reverendo padre: Salutem in Domino. Nihil ad tuas tam sollicitas excusationes. Yo sé bien que ni v. p. deja de escribir por desamor, ni hay que excusar, no habiendo más necesidad de cartas. Si v. p. alguna vez me escribiere, sin duda lo terné por grand caridad y consolación; y cuando no lo hiciere, boni consulam affectionem tuam.—Cuanto al caso del Perú, etc...»

propósito y de sus criados y deudos, y los criados gozan de sus rentas a su placer; y de los unos y de los otros hay algunos que ningún escrúpulo tienen ni les pasa miento [miento?] de pluralitate beneficiorum aut de non residentia. Otros, si les escarban tantico la conciencia, querrían ellos llevarse la hacienda, y los escrúpulos echárnoslos a cuestras. Yo no querría que me cupiese parte de pagar lo que no como. Iterum dico que no sé, que no lo entiendo. Esta es la primera parte.

La segunda es que yo, neque propter beneficiorum pluralitatem, neque propter absentiam a beneficio nunca condené absolutamente a nadie, neque negavi absolutionem, dummodo alias provean commodum a sus iglesias. Tamen admoneo que es cosa peligrosa, que miren bien lo que hacen.

Lo tercero digo, que es verdad, yo deseo que con autoridad de algunos de los mayores de nuestros prelados, se hiciese sobre este artículo una junta de buenos letrados, y que allí se mirase lo que está escripto por los libros doctos y de autoridad, y se diese una determinación cómo habemos de vivir, y que no fuese estrecha, sino la más larga que se sufriese.

Lo cuarto es que, si omnino requires opinionem meam, que yo para mí tengo, no por artículo de fee, sino por mucho probable opinión, que tam pluralitas beneficiorum quam non residentia in beneficio est, non solum contra jus humanum, sed contra jus divinum et naturale. No alcanzo otra cosa. An non licet michi nescire quod nescio? [Cicerón]. No sé más que esto. Lo que sant Pablo dice, *Si spiritualia vobis seminavimus, non est magnum si nos carnalia vestra metamus* (I ad. Cor., IX, 11), creo que es de jure naturali et divino, y no de jure humano. Pues debe de valer el contrario: si non seminavimus vobis spiritualia, multum est ut nos carnalia vestra metamus. Terrible cosa es que pague diezmo el labrador a quien nunca vió ni oyó.

Lo quinto es, que habere pluralitatem beneficiorum vel non residere, no es hurtar ni adulterar ni matar, quae ita sunt mala ut nullo modo possint bene fieri, et in quibus dispensari non possit, sino que ex rationabile causa, potest bene fieri ut quis habeat pluralitatem beneficiorum et non resideat. Cada uno mire si él la tiene, y si es verdadera o aparente, in nomine Domini.

Lo sexto es, que no me satisface del todo para la consciencia la dispensación del papa para lo uno o para lo otro, si aliunde non appareat causa. Ego in illa sententia sum ut putem summum pontificem in diffinitionibus fidei et religionis errare non posse, quamquam Parisienses nostri [*lege*, magistri], quibus subscribunt Complutenses nostri [*l.* magistri], nec hoc quidem illi tribuunt. Pero en las dispensaciones particulares, utinam non saepe peccaret, especialmente que la ley ha de ser como regla general y ordinaria; la dispensación, como excepción particular y rara. Agora fit omnino in contrarium, que en este caso, ninguno pide dis-

pensación, nullius ordinis, de ningún linaje de gente, que no la alcanza. *Dispensatio in lege sit epicheiam (sic) sive aequitatem*, como dicen, no sólo los teólogos, sino Aristóteles: ubi non est aequitas, id est rationabilis causa, quis locus dispensationi? Ni tampoco me satisface la costumbre y multitud de los que pasan por esto, que, como dice Aristóteles, per nostram affirmationem vel negationem, nichil mutatur in re; y sant Pablo creo, que est omnis homo mendax. Ansí que lo [que] está prohibido jure divino, parum refert que todo el mundo haga o diga lo contrario. Aristóteles dice que regula virtutis est, non ut plures, sed ut sapiens diffinierit. Pésense los autores y doctores de la una opinión y de la otra, y véanlo buenos hombres a quién se ha de dar más crédito. En tiempo de Guillermo Parisiense, egregio doctor y obispo de París, ante tempora sancti Thomae, con gran acuerdo y solemnidad se determinó en París este artículo de pluralitate, y quedó por condenada la sentencia que admittit pluralitatem; y según escriben graves autores de aquel tiempo, fuit confirmata sententia Parisiensium claro et manifesto miraculo. Pues siendo esto así, hasta que vea otros mejores autores o mejores razones en contrario, cómo puede dejar a lo menos de haber miedo, que por ventura no sea verdad aquella determinación de París?

Y he hablado igualmente de pluralitate y residentia, aunque fateor que hay discrimen. Pero una de las razones principales es que no puede residir. Yo antes pasaría por la no residencia que por la pluralidad. Pero digo señor, que aunque desease mucho el arzobispado de Sevilla, o me lo hobiesen de dar porque afirmase o aprobase que absolutamente, scilicet sin otra causa, es lícita in foro conscientiae o pluralitas o non residentia, creo que no lo haría. Y con todo esto, como dije antes, neminem condemo, nec judico alienum servum. Tantum vereor que no sea [así] ante tribunal Christi, como en nuestra Universidad, que nos multan aunque leamos por sobstituto, y lea el substituto mejor que yo. Y si forte, quod Deus avertat, fuese así, como he miedo que sea, ya ve v. m. que no se puede bien excusar [a] los prelados que dan beneficios a los que saben que no los han de residir, o estos mismos los ocupan para que no residan, o conferunt beneficio curado a quien saben que sin otra causa tiene otro; que sant Pablo dice, que non solum digni sunt morte qui talia agunt, sed et qui consentiunt facientibus. ¡Cuánto más cooperantes y autores del mal!

Plura dixi quam animo constitueram. He sido más largo que lo fuera con otro. Lo último es que, con todo esto, v. m. no debe tomar esta querrela de ir a la mano a este trato y estilo. Digo ansí in genere, nisi forte cum aliquo amico privato; sino que in communi, v. m. hable cum dubio ex timore, y que ipsi viderint, que es cosa peligrosa, no segura, sin alguna causa, no pronunciando clare absolutamente, porque yo me esperaría alium exitum. De pasar v. m. más adelante, sino [timeo?] que conctares in te los que no querríamos. Crea v. m., que a quien se anda a de-

cir verdades, *lapides*, ut ait Plautus, *loquuntur* (1), y le tienen como a hombre que anda descalabrado.

Perdone v. m. la prolejidad, et vale in Domino. Yo estoy, bendito nuestro Señor, algo mejor y con esperanza de alguna salud para poder hacer algo; que hasta agora, lo más que puedo es esto, y aun con harto cansancio. De Salamanca a 21 de noviembre. Tui nominis studiosissimus.—Frater Franciscus de Victoria.

(Granada. Biblioteca del duque de Gor. Manuscrito 24, fols. 129-133).

2

Parecer del padre fray Francisco de Vitoria de pluralitate beneficiorum.

Es el caso, que una persona seglar tiene un benefibio curado y otro simple, y una ración; y él está en el Estudio con propósito de ser clérigo, pero no de residir en ninguno destos beneficios. Pregúntase si los puede tener todos o alguno dellos, supuesto qué l reza sus horas y los provee bien de ministros, y aun los visita algunas [veces]; o si es obligado a dejarlos todos o parte dellos, y a restituir los frutos que ha llevado, o parte, supuesto que pensaba estar con buena conciencia.

A esta dubda y dificultad común, lo primero digo que no sé que diga, porque lo que ahora se usa y pasa, no solamente entre los que tenemos por desalmados y malos cristianos, sino entre los tenidos por mejores, en este caso de multitud de beneficios, de residentia illorum, está tan lejos de lo que leemos en los doctores sanctos y en los Derechos, que no podemos seguir la regla y sentencia de los sanctos, sin condenar manifiestamente a muchas gentes y a la mayor parte de los prelados, que es cosa áspera. Y por tanto que [cual]quiera que yo diga en este caso, siempre quiero dejar la puerta abierta, porque si algún día me pareciere otra cosa, la pueda decir, sin que se tenga por contradicción.

Lo segundo digo, que hasta ahora yo me he conformado y seguido en este caso al cardenal Cayetano, que me parece que escribió cuerda y cristianamente; y hasta que otra cosa mejor oiga o lea, paso con este su parecer, el cual pone brevemente en la *Summa* (2), verbo *Beneficio*, et verbo *Interrogationes confessionis*.

Lo tercero digo, que en una manera respondo en estos casos ante factum, y en otra post factum; que ante factum, nunca ninguno llevó de mi licencia para tomar beneficio donde no ha de residir, ni hallo por donde la pueda dar; y quien la diere a uno, hace regla para todos. Y lo mesmo

(1) *Aulularia*, acto 2, esc. 1, v. 149.

(2) *Peccatorum summula ordine alphabetico*. Romae, 1525.

digo de multitudine beneficiorum incompatibilium; aunque en esto, no con tanto rigor como lo primero, porque no es tan injusto ni con tanto agravio de las iglesias. Y pues el derecho consiente que haya sobre esto dispensación cuando hay aparente causa para ello, puédese sufrir.

Lo cuarto es que, post factum, cuando uno tiene un beneficio curado donde no reside ni pretende residir, si consta que hay notable falta en su beneficio simple, condemno hominem, et negabo absolutionem. Pero si pone buena diligencia y recaudo, de manera que no parece hacer su ausencia notable falta, admoneo quidem que cosa peligrosa y escrupulosa, pero non negabo absolutionem, ni aun le dejo con mucha dubda; pero ni aun post factum oso dar licencia para muchos beneficios cum cura animarum.

Lo quinto es que otros beneficios sine cura animarum, si notablemente son muchos, maxime pensata qualitate personae, etiam post factum, simpliciter negabo absolutionem.

Lo sexto es que de los otros beneficios compatibles por derecho o por costumbre, ahora sean simples, o un curado con un simple, no hago escrúpulo, neque ante factum neque post factum, quia juste fit quod legis auctoritate fit.

Lo séptimo, que respuesta del caso, es que este poseedor destes beneficios no puede estar sin escrúpulo, no pretendiendo residir en su beneficio. Pero si pone buen cuidado para que su ausencia no haga falta, no hay por qué compelerle a renunciar el beneficio ni negarle la absolución, especialmente que, mirando como van hoy las cosas, es verisimile que si él lo deja, caerá el beneficio en manos de algún desalmado, que ni tenga cuenta con eso ni con esotro, ni se mate por esos escrúpulos. Y cuanto a la ración y al beneficio simple, si de derecho lo puede tener sin dispensación, que no lo sé, no hay por qué le poner escrúpulo. Y si es con dispensación, yo aconsejaría que soltase el uno; pero si no quiere, pues que estudia y es hombre de bien, quédese con ellos y con un poco de escrúpulo.

Cuanto a la restitución de los frutos, aunque tenga cincuenta, etiam cum cura animarum, no hay que disputar, sino quod non tenetur ad restitutionem. Las razones de todo esto, para en cátedra, podrían ser largas; para aconsejar in facto, en particular, basta por ahora que pluralitas cum non residentia est mala et injuriosa, pero no tanto ut non possit excusari ex aliqua causa. Et per consequens, ante factum, se ha de estorbar; post factum, si non sit prava perversitas, no se ha de condenar.

Este es mi parecer hasta ver otro mejor.—Fray Francisco de Vitoria.
(Copia).

3

Fragmento de una carta del maestro fray Francisco de Vitoria sobre la composición.

Muy reverendo padre nuestro (*cortadas las primeras líneas*): V. p. supone me dió un memorial de v. p. sobre la composición. Cosa bien excusada, pedir v. p. a mi respuesta de ninguna cuestión, porque quod petis, intus habes. Esta cuestión es como [la] de pluralitate beneficiorum, ubi pugnant jura et auctoritates sanctorum cum facto, que la Iglesia face lo que los doctores condenan. Yo con los que tienen pluralitas beneficiorum ita me habeo, quod scienter a ninguno confieso. Si quis casu incidit in manus meas, non nego absolutionem, sed admoneo que no se tengan por seguros, sino que es cosa muy peligrosa. Nam neque est meum damnare quod pontifices faciunt et omnes recipiunt, nec possum approbare quod doctores damnant et ratio non excusat. Itaque in compositione, yo cierto no predico contra ella, pero a ninguno excuso de restitución por haber compuesto, ni le absuelvo por aquella composición. No porque el papa no lo pueda hacer aquello y más, que non dubito sino que el papa podría mandar absolute, por causa justa, que todos cuantos deben deudas a personas inciertas, den la mitad para la guerra y se queden con la otra mitad; immo el rey lo podría mandar, y haría bien habiendo justa causa. Nec de hoc debet aut potest dubitari. Pero de la forma que se suele hacer, yo no lo entiendo, ne quid asperius dicam; porque ni se hace voluntariamente, sino que el comisario toma lo que le dan, porque no puede sacar más. Por dos reales, le perdona cinco mil, que paresce cosa de burla. Así que nec te teneo nec dicta refello. Allá se avengan los echacuervos mayores y menores. Ni los salvo ni los condeno.

Perdone v. p. la prolijidad, que señal es de la entera opinión que yo tengo de su buena condición y bondad, pues fío de que no rescibirá pena con tan larga cosa, que a otros suelo escribir, conforme a su condición, muy brevemente. Ojalá de enojado v. p. me rescribiese otra más larga. Valeat p. v. in Domino. De Salamanca in die Innocentium. V. p. filius pro certo studiosissimus.—Frater Franciscus Victoria.

(Copia).

4

An beneficia ecclesiastica uniantur licite monasteriis.

Quaestio proponitur: An liceat et expediat monasteriis religiosorum procurare aut recipere ecclesiastica beneficia cum perpetua annexione, eo modo quo saepe olim factum est, et adhuc fieri non cessat. Quaestio

proponitur, non ad disputandum in scholis, sed ad institutionem et doctrinam conscientiarum. Et ideo breviter et simpliciter dicam quid mihi ex aequo et bono videatur sentiendum, sine multis allegationibus aut syllogismis.

Igitur pro solutione quaestionis, est *primo* notandum, quod beneficia ecclesiastica maxime sunt fundata et instituta ex decimis communibus. Si quae enim alia bona habent, sunt quasi accidentia et sine quibus beneficia ecclesiastica constare posset. Et ratio hoc postulat, ut beneficia ecclesiastica, quae pro communi utilitate instituta sunt, sustententur ex bonis communibus, quales sunt decimae.

Secundo est notandum, quod laici non sunt tributarii et vectigales et ut ajunt, vasalli clericorum, sed solum debent clericis decimas tanquam salarium et stipendium ministerii et officii spiritualis; nec habent aliud jus ad decimas. Et omnino esset tyrannica exactio, si decimae exigenter ubi non esset spirituale aliquod ministerium. Haec doctrina est certissima, et ex auctoritate Pauli primae ad Cor., 9, *Si spiritualia vobis seminavimus, magnum est si carnalia vestra metamus?*; et *Nescitis quoniam qui in sacrario operantur quae de sacrario sunt edunt?* et *Qui altario serviunt cum altario participant*. Ita et Dominus ordinavit, qui evangelium annuntiant, de evangelio vivere. Et quis militat suis stipendiis unquam? Et est determinatio sancti Thomae 2. 2., q. 87 per totam. Et ratio est clara: omne enim debitum fundatur in aliquo titulo. Quis autem alius titulus potest excogitari ut agricola ex substantia et laboribus suis, teneatur bonam partem dare ditioribus, nisi sit ministerium spirituale?

Tertio est notandum, quod decimae maxime et principaliter debentur clericis habentibus curam animarum, hoc est, qui habent gubernationem et administrationem sacramentorum, et ad quod expectat praedicare ex officio verbum Dei et instruere plebem de religione christiana. Probatur, quia hoc solum est proprie seminare spiritualia, ut Paulus ait; et hoc est ministrare altario et dispensare spiritualia. Haec est sententia sancti Thomae, ubi supra, a. 3, ubi dicit quod solis clericis habentibus curam animarum, debentur decimae; et a. 4 ad secundum dicit, quod religiosi, etiam si sint clerici, si tamen non habeant curam animarum, non debentur decimae; immo ipsi de jure communi debent decimas. Quod enim pars decimarum sit attributa canonicis, est nova inventio, nec fuit a principio Ecclesiae, nec multis annis post. Et simile est de aliis beneficiis simplicibus, quae vocantur praestimonia. Quamvis enim canonici habeant officium orandi pro populo, hoc non est habere curam animarum, nec proprie ministrare populo, nec dispensare spiritualia. Laici enim orant invicem, et quilibet pro se. Et denique, ut sit officium valde utile populo, tamen non est necessarium ad salutem nec ad religionem, cum fuerit Ecclesia sine illo ordine canonicorum in meliore statu; et videretur iniquum quod pro opere aut officio non necessario, exigereetur necessarium stipendium. Et

idem est iudicium de religiosis, sicut dicit sanctus Thomas. Quantumcumque enim orent pro populo, non tamen est ordo necessarius in Ecclesia. Unde per se loquendo, populus non tenetur ad sustentationem illorum.

Quarto est notandum, quod his non obstantibus, Ecclesia rationabiliter separavit aliquam partem decimarum et fructuum ecclesiasticorum in alios pios usus et ministeria, etiam sine cura animarum, ut pro canonicis, pro hospitalibus, pro studiis; ita tamen, ut semper major multo pars maneat pro habentibus curam animarum, quibus per se debentur decimae. Et quod hoc fuerit pie factum, satis est ad probandum usus Ecclesiae, non quidem a principio, sed nec adeo novus. Et fuerunt multi boni pontifices qui etiam fuerunt auctores hujus distributionis. Et postquam decimae sufficiunt ad ampla stipendia ministrorum, non videtur inconveniens, ut si quid redundat, convertatur in alios pios usus.

Quinto est notandum quod, quamvis distributio et partitio decimarum et omnium proventuum ecclesiasticorum sit ex ordinatione Ecclesiae et pontificum, tamen non debet nec licet fieri pro sola voluntate et libidine pontificum, sed oportet ut subsit rationabilis causa; et oportet quod fiat secundum justitiam distributivam, ut ubi majus et magis necessarium est ministerium, ibi major pars bonorum ecclesiasticorum impendatur. Sicut enim esset periniquum ut unus parochus majus stipendium haberet quam episcopus, qui curam gerit totius dioecesis, ita omnino esset iniquum quod, saltem ex communibus decimis, plus perciperet unus canonicus, qui habet officium male dicendi horas canonicas, quam unus parochus, qui bene administrat et sacramenta et doctrinam ecclesiasticam; vel quod habens unam praestimoniam sit dives pro officio potius vagandi quam orandi, ut egeant multi boni presbyteri studiosi intendentes curae animarum et salutis. Papa, ut ait sanctus Thomas, 2. 2., q. 100, a. 1 ad septimum, papa non est dominus ecclesiasticorum bonorum, sed dispensator. Solus Deus potest dicere: hoc volo, sic jubeo, sit pro ratione voluntas. Et Paulus dicit: *Presbyteri qui bene praesunt, duplici honore digni habeantur* (I Tim., V, 17); hoc est, duplici salario, ut sancti exponunt. Eadem ratione, pro majore et meliore ministerio, uberius stipendium debet constitui. Intolerabile enim videtur, ut ad sustentationem sex aut octo capellanorum unius etiam ignobilis viri—ita enim eos ipsi vocant—auferantur principales decimae beneficii habentis curam animarum, et applicentur perpetuo sacello miseri hominis, quia scilicet placet papae. Timendum est ne non placeat Christo, cuique sapientiae non convenit ut christianis quos ipse liberavit, tributum solvant homini ignoto et a quo nec ipsi nec respublica christiana ullum beneficium accepit.

His praemissis, sit **prima propositio**: *Hoc [recte, non] est omnino injustum aut illicitum, ut religiosi habeant aliquam partem decimarum et bonorum ecclesiasticorum.* Hoc expresse ponit sanctus Thomas, 2. 2., q. 87, a. 4 ad secundum. Et propter [recte, probatur]. Primo, ex antiqua tradi-

tionem Ecclesiae in ordine sancti Benedicti et Bernardi. Et patet, quia possunt habere curam animarum, ut patet in praedictis ordinibus et in ordinibus militaribus; et cum sint clerici, non sunt peioris conditionis quam alii clerici. Item, possunt esse episcopi, quae est maxima cura animarum. Ergo multo magis parochi. Ergo possunt percipere decimas.

Secunda propositio: *Etiam sine cura animarum, possunt accipere beneficia ecclesiastica et partem decimarum et bonorum ecclesiasticorum, etiam cum perpetua annexione.* Probatur ex supradictis in quarto notando; nam si Ecclesia rationabiliter separavit partem proventuum ecclesiasticorum pro piis operibus et usibus, etiam sine cura animarum, negari non potest quin sit pium sustentare congregationem religiosorum, qui reliquerunt omnia ut se dicarent cultui divino, et minimum omnium praestant in Ecclesia quam canonici; dicunt enim horas et officium divinum non minus religiose quam canonici. Item, canonici olim omnes erant religiosi et in communi viventes sicut monachi, ut constat, et in multis Ecclesiis metropolitanis canonici erant monachi sancti Benedicti, ut Parisius perseverat memoria. Item, quid plus praestant Ecclesiae qui habent praestimonium quam religiosi? Non ergo est injustum nec debet videri invidiosum si monachi recipiunt partem decimarum ad sustentationem suam. Et sicut videretur durum ut ad sustentationem monasteriorum, quae non sunt necessaria in Ecclesia, imponerentur novae pensiones, ita postquam semel constitutum est ut solvant decimas, et receptum ut in alios pios usus, etiam extra curam animarum, ex parte erogentur, non est irrationabile ut religiosi etiam illo subsidio adjuventur.

Tertia propositio: *Sive religiosi recipiant beneficia ecclesiastica cum cura, sive sine cura animarum, hoc debet fieri moderate et parce, hoc est ad necessitatem potius quam ad satietatem aut opulentiam.* Hoc de per se patet. Nam si distributio beneficiorum ecclesiasticorum debet fieri conformiter ad justitiam distributivam, ut certum est, ubi est majus ministerium et major necessitas, debet esse largior distributio; et non ut in multis monasteriis, ubi pie et egregie colitur Christus, pene famae pereant, in aliis sine modo redundant divitiae; et alii quidem esuriant, ut ait Paulus, alii autem ebrii sint. Et praeterea, per istam accumulationem beneficiorum in monasteria, redigi possent clerici saeculares ad angustias; et deficientibus beneficiis, deficerent etiam qui vellent studere et dicare se cultui ecclesiastico. Et ad bonam gubernationem Ecclesiae, et ad decorem etiam divini cultus expedit ut sint etiam ministri ex saecularibus, nec omnia redigantur ad religiosos. Et praeterea, fieret injuria populo. Postquam enim populus solvit decimas, injustum esset ut filii eorum excluderentur a participatione beneficiorum, maxime quia si omnino saeculares excluderentur a beneficiis ecclesiasticis, revera non possent filios suos commode sustentare. Haec non ideo velim dicta, quasi jam inciderimus in haec inconvenientia; sed certe ut hodie negotia Romae procedunt,

posset tam bona diligentia adhiberi a religiosis zelosus suorum monasteriorum, ut ex maiore parte deturbarent alios et fructu et spe bonorum et beneficiorum ecclesiasticorum. Admoneri ergo bona venia possunt monasteria, alioquin opulenta, ut sint contenti suis opibus, nec velint in dies injicere manus ad bona ecclesiastica, quae alibi magis necessaria sunt.

Quarta propositio: *Probabile est mihi quod antiquitus monasteria sancti Benedicti et Bernardi, quae habebant beneficia cum cura animarum, quod regebant beneficia et administrabant spiritualia, non per clericos mercenarios saeculares, sed per fratres et monachos suos.* Hoc primum videtur ex ordinibus militaribus Alcantarae et Calatravae, qui sunt vel certe fuerunt veri monachi sancti Benedicti, qui per suos fratres administrant ecclesias et parochias. Idem faciunt in ordine sancti Jacobi et sancti Joannis. Ergo verisimile est quod idem fieret in aliis monasteriis habentibus curam animarum. Item, quia, ut dicam statim, non video quomodo viri religiosi satisfacerent conscientiae suae percipientes tam amplios redditus pro regimine animarum, nihil aliud conferentes aut occupantes, nisi pauperem mercenarium subrogantes, ut hodie fit.

Quinta: *Rebus exstantibus ut hodie fiunt et sunt in usu, id est ut monasteria habentia curam animarum nullam aliam sollicitudinem habeant circa parochias sibi commissas, nisi ut clerico mercenario totam curam animarum committant, non videtur licere, vel certe, ut melius dicam, non videtur expedire monasteriis ut recipiant nova beneficia cum cura animarum.* Probatur. Vel tales religiosi quibus fiunt ejusmodi annexiones habent curam animarum, vel non. Si revera non habent, quomodo recipiunt ita largos fructus decimarum deputatos pro ministris sacramentorum et rerum spiritualium, cum profecto, ut dictum est ex sancto Thoma, decimae principaliter ordinatae sunt pro ministris altaris et ecclesiarum? Si autem habent curam populi a quo percipiunt decimas, mirum est quomodo credant se satisfacere officio suo per simplicem presbyterum, qui raro pro parva mercede et non secunda inveniri poterit, nisi satis idiota et parum idoneus. Nec satis est dicere, quod quaerunt optimum et sufficientem. Nam primum omnium, aliqui abbates adhibent aliquam diligentiam; alii nihil minus curant, ut ego experientia compertum habeo. Et [dato] ut habeatur circa hoc magna cura, tandem est mercenarius, et est contra doctrinam et auctoritatem Domini in evangelio asserere, quod mercenarius ita bene gubernat oves sicut proprius pastor. Item, abbas aut prior habens talem curam animarum, non intelligit se esse abbatem aut priorem populi sicut religiosorum et monasterii. Advertat igitur si satisfaceret Deo et sibi, si regeret monasterium per vicarium, perpetuo absens a monasterio. Certe nihil absurdius. Profecto vero, longe difficilior est cura saecularium quam religiosorum, et periculosior. Raro est quaestio de peccato mortali intra septa monasterii, etiam ubi abbas sit negligentissimus. Inter saeculares, cum summa diligentia, tamen contingent multa morta-

lia, nedum si totum committatur uni presbytero infirmo et nullius doctrinae et auctoritatis. Manlii Torquati sententia erat, raro bene succedere, quae alienis oculis videas. Si sunt pastores populi, timeant quae Ezechiel propheta comminatur pastoribus. Si non sunt pastores, cur si non pascunt gregem, de lacte ejus edunt? Item, fit gravis injuria populo, qui uber stipendium confert pro parochio et ministro suo, et cogitur subesse misero presbytero et famelico. Item, contemnitur ob paupertatem. Item, non potest juvare pauperes populi, quod tamen praecipue exspectat ad parochum. Item, ad beneficia integra et non ita alienata aspirarent viri docti, qui possent praedicare. Item, sequuntur omnia mala et inconvenientia quae oriuntur ex non residentia clericorum et ex pluralitate beneficiorum. Et demum, nihil absurdius potest videri quam ut populus provinciae Beticae, exempli gratia, suis laboribus et fructibus sustentet monachos Valisoletanos, et interim ipsi careant pastore idoneo in rebus necessariis ad salutem. Putant se sufficienter respondere, quod etiam saeculares obtinentes beneficia, nec sunt praestantiores ipsis mercenariis, nec per se ipsos regunt beneficia. Sed optime dicunt dialectici, quod multiplicare inconvenientia, non est solvere argumentum. Canones et regula administrandorum beneficiorum, non sunt summenda ex factis istorum romanensium, sed ex scripturis et decretis sanctorum et pontificum antiquorum, non recentiorum.

Plura dixi quam putabam. Neminem condemno, nec judico alienum servum; sed timeo ne in illa ratione ante tribunal Christi sint haec veriora quam ego etiam puto, ubi credo quod una hac interrogatione, turbabunt hujusmodi cumulatotes beneficiorum: Quantum accepistis ex ecclesiasticis proventibus, quatuor aut decem millia? Ostende ministerium dignum tanto stipendio. Utinam vana sint quae dico! Omnia sint dicta sub censura bonorum et doctorum.—Fratr Franciscus Victoria.

(Concluirá).

Preparación intelectual para la fe

MEZQUINDAD DE ENTENDIMIENTO

Con esta expresión no intentamos significar aquí cortedad de inteligencia en el sentido usual de pobreza de alcance intelectual; sino cierta cualidad que lleva a algunos a considerar las cosas por su lado menos importante y a fijarse más en lo accidental y secundario, que en lo substancial, en donde se halla el fundamento del valor y excelencia de cada cosa. Diríase que las minucias y fruslerías tienen para estos entendimientos mezquinos un atractivo especial, viniendo a ser como su preferido y más ordinario alimento.

Para formarse una idea exacta de lo que es la mezquindad de entendimiento, a que nos referimos, permítasenos declararnos con un simil, que nos parece muy a propósito para el caso. Supongamos que uno a quien se le preguntara qué juicio tenía formado de Sta. Teresa de Jesús, contestase con un gesto despectivo y con estas palabras: ¡Bah!: que fué una monja que tenía pecas en la cara. Es decir, que el tal sujeto no veía o parecía no ver en el Serafín del Carmelo, ni la eminente Santa, ni la gran Reformadora, ni la sublime Doctora Mística, la incomparable Literata, etc.; lo único digno de llamar la atención y de tenerse en cuenta para evaluar las excelencias y apreciar el mérito y la grandeza de la ínclita Santa avilesa, es fijarse y reparar en si tiene o no tiene pecas en la cara.

Este simil se cumple exactamente en el modo de juzgar a la Iglesia Católica sus enemigos. Estos parece que nada bueno y digno de alabanza encuentran en la Iglesia, y que sólo tienen ojos para ver lo que a ellos les parecen manchas en la Esposa de Jesucristo.

No es nuevo este modo de proceder; pues lo vemos ya en la manera con que los escribas y fariseos juzgaban a la persona y hechos de Jesús. Muy conocidos son los pasajes del sagrado Evangelio en que se nos refiere cómo aquellos enemigos del divino Salvador, testigos de su vida, de su doctrina y sus obras, juzgaban y hablaban de su sagrada persona. Entre tantas y tan admirables cosas como en él se veían: sus celestiales ense-

ñanzas, sus estupendos milagros, su vida santísima, la cual nadie pudo ni podrá argüir de pecado, aquel pasar haciendo bien y curando toda dolencia y toda enfermedad, nada les impresiona; como si todas esas cosas nada fueran, o como si los escribas y fariseos no tuviesen ojos para verlas. En cambio se fijan en si Jesús cura a los enfermos en día de sábado, en dónde se hospeda, con quiénes come, y en si sus discípulos se lavan o no las manos para comer.

Pues esa mezquindad de los escribas y fariseos ha sido heredada por los incrédulos y racionalistas de los tiempos posteriores. Tampoco los incrédulos y racionalistas de hoy atienden a lo que debe atenderse, para formar el justo y debido juicio de Jesucristo y de su Iglesia; y en cambio, se fijan en ciertas fruslerías, en ciertas *pecas*, puramente imaginarias, que según ellos, afean en gran manera el rostro de la inmaculada Esposa del Cordero.

Esto es sobre lo que ahora nos proponemos llamar brevemente la atención, poniendo de manifiesto otro de los principales defectos de método en que incurren los racionalistas en la investigación de la verdad religiosa. Defecto que hemos calificado con la denominación de *mezquindad* de entendimiento.

Para conseguir nuestro objeto, conviene y basta manifestar dos cosas: primera, qué es lo principal y por lo que debe formarse juicio de la Iglesia Católica; segunda, en qué se fijan los incrédulos y racionalistas, en qué consiste el defecto de su modo de proceder y el origen de la falsedad de sus juicios acerca de la materia que tratamos.

* * *

Es cosa manifiesta que de la Iglesia, como de cualquiera otra institución, debe juzgarse por aquello que le es esencial; por su fin, por la trama general de su historia, por el conjunto armónico de sus efectos, y no por tal o cual hecho aislado, que más bien obedece a causas del todo ajenas a la institución de que se trate.

Según esto, la razón y la justicia exigen que se juzgue de la Iglesia Católica por el fin y objeto de su institución, por sus dogmas y enseñanzas, por su moral, por su fundador, por sus santos, por sus frutos y, en fin, por los inmensos beneficios de todo género que de ella ha recibido y recibe la humanidad.

¿Y qué es lo que acerca de todo esto nos dice la Historia de la Iglesia de común acuerdo con la Universal y la de cada nación en particular? Para dar adecuada contestación a esta pregunta, sería necesario escribir la más completa historia de la civilización. Mucho es y muy bueno lo que sobre este particular se ha escrito; y a quien desee imponerse a fondo acerca de este asunto, no le faltarán numerosas y abundantes a la vez

que limpias y seguras fuentes donde poder satisfacer cumplidamente sus deseos (1).

En efecto, aunque se quiera prescindir del carácter sobrenatural de la Iglesia y considerarla sólo por su lado humano, el estudio serio e imparcial de los hechos que componen su historia, engendra en todo espíritu libre de prejuicios y amante de la verdad la más profunda convicción de que no existe en el mundo ninguna otra institución más admirable, más inexplicable sin milagro, que más bienes haya reportado al mundo en todos los órdenes, y que pueda ser tan firme y segura garantía del bienestar y de la paz universal del mundo. Así lo han reconocido todos los pensadores de mayor altura y de espíritu imparcial. Podrían llenarse muchas páginas y aun volúmenes, con sólo citar párrafos textuales de grandes autoridades en la materia. Permítasenos citar alguno solamente, como muestra de otros muchos que nos vemos obligados a omitir. Del protestante Macaulay son estas palabras: «No hay ni ha habido jamás sobre la tierra una obra tan digna de atención y examen como la Iglesia Católica Romana. La historia de esta Iglesia forma el lazo de unión entre los dos grandes períodos de la civilización, la antigüedad y la edad moderna. La Europa no posee otra institución más que ésta que nos haga remontar con ella hasta los tiempos en que se elevaba en el Panteón el humo de los sacrificios ofrecidos a los ídolos, y en que las girafas y los tigres saltaban en el Coliseo. Las más orgullosas dinastías reales son de ayer, si se las compara con la dinastía de los pontífices romanos. Si queremos seguir esta sucesión de papas, nos llevará sin interrupción desde el papa que coronó a Napoleón en el siglo xix, hasta el que consagró a Pipino en el siglo viii, y la gran dinastía apostólica se extiende aún mucho más allá que la de Pipino. La república de Venecia, que en antigüedad seguía inmediatamente al papado, era moderna relativamente a él; la república de Venecia no existe y el papado existe; pero no en el estado de decadencia y de ruina, sino, por el contrario, lleno de vida y de pureza, en tanto que todos los Estados de aquella edad han desaparecido en el polvo hace mucho tiempo» (2). Conviene con estas palabras las de Fallmerayer: «El papado ha transformado espiritualmente todos los pueblos sobre los que ha reinado y les ha fundido en un todo desde entonces indisoluble. Gregorio VII e Inocencio III eran conquistadores más grandes que Carlo-Magno y Napoleón. Sólo la Roma cristiana ha realizado la monarquía univer-

(1) Véase *Apología del Cristianismo*, por el P. Alberto María Weis, O. P.; *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, por Balmes; la *Apología del Cristianismo*, por Hettinger; *Los orígenes de la civilización moderna*, por G. Kurth; *Los Germanos antes del Cristianismo* y *La civilización cristiana entre los Francos*, por Ozanam.

(2) *Revista de Edimburgo*, 1840.

sal en toda la acepción de la palabra. El gobierno de los pontífices romanos ha sabido formar en la parte del mundo que habitamos un pensamiento europeo universal. El espíritu europeo es inmortal. La misma reforma no ha podido sofocarlo. Ella ha roto el bien común de la cristiandad, pero sólo exterior y materialmente; en el fondo las naciones de Occidente han permanecido hermanas: la idea de oponer una resistencia legítima, no pertenece a la fuerza más que de un modo pasivo; ella fué inspirada a estos pueblos por la santa sede, y con esta idea fué depositada en el corazón de todas las naciones latinas el germen de la libertad civil y del verdadero orden moral... Las ideas que Gregorio VII y otros grandes papas que le sucedieron han extendido con sus escritos políticos entre todos los pueblos de Europa sobre el origen, naturaleza y fin del poder secular, estas ideas aún viven y reinan hoy. A despecho de todos los gérmenes de división sembrados por la herejía, por la diversidad de espíritus, por el orgullo del saber y por la enemistad, la dirección intelectual y moral, tomada en la acepción más lata de la palabra, ha continuado siendo la misma entre todos los pueblos cristianos. La repulsión íntima hacia el sistema bizantino, la necesidad de oponer el espíritu a la materia ciega, el movimiento y la vida a una inmovilidad de hielo, la luz a las tinieblas, la civilización a la barbarie, la ley al capricho de un déspota insensato, he aquí lo que caracteriza al espíritu europeo y lo que ninguna fuerza humana puede destruir» (1). Por lo cual, bien podemos decir con Fiquelmont: «Los que combaten a la Iglesia Católica no tienen noción alguna del profundo pensamiento que ha presidido a su fundación; no sospechan que la independencia del poder eclesiástico es la única que sostiene la independencia moral del hombre, el mayor presente que ha podido hacerse al género humano y que ha bastado por sí sólo para elevar la civilización de los pueblos, que es obra suya, tan por encima de la de los pueblos de la antigüedad» (2). Por donde se ve la grande verdad que encierran aquellas palabras de Montesquieu: «¡Cosa admirable!; la religión cristiana, que parece no tener otro objeto que la felicidad de la otra vida, forma también nuestra bienaventuranza en la presente» (3).

Subrayemos algunas palabras de las contenidas en los anteriores párrafos de los autores que acabamos de citar. «No hay ni ha habido jamás sobre la tierra una obra tan digna de atención y examen como la Iglesia Católica Romana». «El papado ha transformado espiritualmente todos los pueblos sobre los que ha reinado, y les ha fundido en un todo desde entonces indisoluble». «La necesidad de oponer el espíritu a la materia ciega,

(1) Obras Completas, 1862, p. 202.

(2) *El aspecto religioso de la cuestión de Oriente.*

(3) *El espíritu de las leyes*, XXIV, 6.

el movimiento y la vida a una inmovilidad de hielo, la luz a las tinieblas, la civilización a la barbarie, la ley al capricho de un déspota insensato es lo que caracterizan al espíritu europeo... Los que combaten a la Iglesia Católica no sospechan que la independencia del poder eclesiástico es la única que sostiene la independencia moral del hombre, el mayor presente que ha podido hacerse al género humano, y que ha bastado por sí sólo para elevar la civilización de los pueblos, que es obra suya, tan por encima de la de los pueblos de la antigüedad». «La religión cristiana, que parece no tener otro objeto que la felicidad de la otra vida, forma también nuestra bienaventuranza en la presente».

Hemos querido destacar las anteriores palabras, porque nos parece ver en ellas lo más principal del importantísimo papel de la Iglesia Católica en la obra de la civilización. Aunque la Iglesia no fuera considerada más que bajo este aspecto de su benéfica influencia sobre los pueblos, esto sólo debiera bastar para que nadie dejara de reconocer en ella la institución más acreedora al amor, gratitud y veneración de todos los hombres. Y he aquí uno de los puntos de vista que deben tenerse en cuenta para formar de la Iglesia un juicio verdadero y justo.

Sin embargo, no es esto lo único ni lo más principal que debe considerarse en la Iglesia, si se quiere conocer lo que ella es y apreciar en cuanto cabe su excelencia. Porque por muy grande que haya sido la influencia que ha ejercido sobre la civilización de los pueblos y el bienestar temporal de los mismos, todavía esos beneficios son incomparablemente mayores en el orden religioso y espiritual.

En efecto, por encima de los intereses del tiempo se hallan los de la eternidad, más allá de las sociedades transitorias está aquella que nunca pasa, porque es de infinita duración; sobre la imperfecta felicidad de esta vida, hay otra que es la perfecta y consumada en la posesión del Sumo Bien. Y cosa bien clara es, que todo lo temporal y transitorio, si se compara con lo eterno, carece de importancia y viene a ser como nada. Acerca de lo cual, no creemos inoportuno recordar aquello de *La imitación de Cristo*: «Nada tengas por grande, nada por precioso y admirable; nada estimes por digno de reputación, nada por alto, nada por verdaderamente de alabar y codiciar sino lo que es eterno». Aún a la vida virtuosa no concede San Agustín importancia, sino en cuanto es medio para conseguir la vida eterna y bienaventurada; pues dice el Santo (Tract. 45 in Joan.): «Ad hoc enim debet unicuique prodesse bene vivere, ut detur illi semper vivere. Nam cui non datur semper vivere, quid prodest bene vivere?» (III, 4).

Cosa es muy excelente, sin duda, entre las cosas de esta vida mortal y perecedera, formar buenos ciudadanos para las repúblicas y reinos de este mundo, grandes y verdaderos patriotas para la patria terrena, en lo cual no hay institución, ni nada que pueda suplir la eficacia de la acción

de la Iglesia. Ella es la única capaz de formar buenos y completos ciudadanos, porque es también la única que puede formar hombres completos, en cuanto que su acción se extiende no sólo al exterior, sino también y más principalmente al interior, no sólo al cuerpo, sino al alma, a la rectificación del corazón, del entendimiento y de la voluntad, sin lo cual poco sirve todo lo demás.

Pero, es de importancia infinitamente mayor el formar ciudadanos para aquella ciudad eterna, para la patria bienaventurada de los santos. Y ese es cabalmente el fin primario y principal de la Iglesia católica, fundada por Jesucristo, para que continúe hasta la consumación de los siglos, en beneficio de la humanidad, su obra de redención, de santificación y de glorificación.

Esta obra la realiza la Iglesia en cuanto de ella depende; y de hecho es efectiva en todos aquellos que, por su parte, no ponen voluntariamente óbice a la acción de la misma Iglesia. La cual, imitando el modo de obrar de la gracia, no infiere violencia a la voluntad, ni es impedimento para que la cooperación del hombre en la obra de su santificación y salvación, sea libre, y se lleve a efecto por las vías de la luz y del amor. Lo cual explica por qué muchos, abusando de su libertad, y por no corresponder a la acción de la Iglesia y de la gracia, sean ellos mismos la causa de su propia condenación. Pero, si hay quienes no se aprovechan de los beneficios de la Iglesia como sociedad que tiene por objeto la santificación y salvación eterna de las almas, también los hay, y en grandísimo número, en los cuales el espíritu y la vida de la Esposa de Jesucristo se manifiesta de modo palpable y con extraordinaria y maravillosa exuberancia. «Se explica, dice el P. Weiss, O. P., la fecundidad inagotable de la Iglesia en santos de toda especie, en mártires, en confesores, en apóstoles, en vírgenes, en religiosos, en servidores de pobres y enfermos, en miembros vivientes de Jesucristo, que pertenecen a todas las clases de la sociedad y se santifican con el sufrimiento, el sacrificio, la abnegación y el trabajo. Comprendemos aquí el sentido de estas palabras, de que no solamente la Iglesia, sino también la historia de la Iglesia, es santa y sobrenatural. A despecho de la debilidad humana, la verdad, el espíritu y la mano del Señor están siempre con ella» (1).

Estos dos aspectos son los que deben tenerse en cuenta ante todo y sobre todo para formar justo y verdadero juicio de la Iglesia católica. Se deben considerar en ella estas dos cosas, a saber; su relación con el bien y felicidad de los hombres en la vida presente y su relación con el bien y felicidad de los mismos hombres en la vida futura. Considerada la Iglesia bajo estas dos relaciones, tiene en su favor la razón y la historia, la expe-

(1) *Apología del Cristianismo*. P. IV, conf. 21.

riencia de los individuos y de los pueblos. Todo prueba que es una institución única, la más benéfica en todos sentidos, para este mundo y para el otro; una institución que no es posible explicar por causas meramente humanas, que es un perpetuo milagro, en la cual se ven brillar con incomparable resplandor las notas de *unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad*. Especialmente se advierte el contraste que bajo este aspecto existe entre ella y el protestantismo, con su espíritu de *rebelión*, con sus *variaciones*, con su corrupción de costumbres, con sus divisiones en infinidad de sectas, con su separación y abandono de las tradiciones divinas y apostólicas. Solo en la Iglesia católica se cumplen aquellas hermosas y profundas palabras de San Agustín (Epist. XVIII, núm. 2): «Omnis pulchritudinis forma unitas est». Todo esto y más que pudiera decirse, pertenece al orden de las verdades perfectamente demostradas por la razón y la historia, forma parte del tesoro de conocimientos definitivamente adquiridos por el espíritu humano. De donde se infieren con cuanta razón merecen el calificativo de *mezquinos* aquellos entendimientos que, teniendo delante de sí tal conjunto de realidades, tantas, tan sólidas y clarísimas pruebas, como si no vieran nada de eso, o como si no mereciera tenerse en cuenta, imitando a los escribas y fariseos del Evangelio, se paran y se dejan enredar en la fruslería de tal o cual variante de un texto, una cifra, un dato cronológico o simplemente gramatical, cuya explicación se halla en lo que menos se piensa, siendo la cosa más sencilla, y cuya dificultad no tiene más fundamento que la propia ignorancia. ¿Quién no ve ser la cosa más contra razón y contra el sentido común pararse en semejantes insignificancias, y hacer depender de ellas la verdad de la fe católica, por otra parte fundada sobre bases absolutamente incommovibles? Bougaud tiene una hermosa página, muy a nuestro propósito y que bien merece figurar aquí. He aquí sus palabras: «Hay en la inteligencia, ya lo veréis, una parte mezquina y otra elevada; y según se aplique la una o la otra a Dios, al estudio de la Religión, se llega o no a la fe. Ved, por ejemplo, dos hombres, ambos muy inteligentes, uno de los cuales, en relación con Jesucristo, no encuentra en El, dice, ninguno de los caracteres de la verdad, mientras que el otro no se acerca a El sino para ver desvanecidas todas sus dudas. Fijáos en la manera con que ambos han procedido. El uno se detiene ante las dificultades insignificantes de los detalles, ante las diferencias de los textos, ante cierta confusión de las fechas, ante las que llama imposibilidades metafísicas; el otro mira más alto, atiende a las razones profundas del alma, a las intuiciones del corazón, a los grandes resultados de la vida. Se trata, por ejemplo, de saber si Jesucristo es Dios. El uno discute sobre un texto, una variante, sobre el sentido hebraico de la frase: *Hijo de Dios*; sobre una dificultad de genealogía; mientras que el otro, levantándose por encima de todos esos menudos pormenores, no queriendo hacer depender su fe de un error de copia o

de equivocación cronológica, se coloca ante el pueblo judío y su asombrosa historia; ante la Biblia y su ministerio profético; ante Jesucristo y su fisonomía incomparable; ante la Iglesia y su milagrosa perpetuidad; ante Dios, que no habría podido permitir que el mundo se convirtiese, cambiase, santificase y ennobleciese por medio de una mentira, y exclama: Verdaderamente este es el Hijo de Dios... Es decir, que el uno contempla a Jesucristo únicamente con la parte débil, con la parte superficial y dificultosa de su inteligencia; el otro con su parte noble, elevada y profunda. Así, mientras que el uno, engolfado en las insignificantes cuestiones de la lógica mezquina, de la exégesis y de la ciencia del momento, se aleja triste, sacando únicamente de su estudio una oscuridad mayor; el otro, que toma la cuestión desde un punto más elevado, comprende al instante que las razones que hacen dudar, tan sólo logran impresionar levemente al hombre superficial, en tanto que las razones de credibilidad alcanzan y subyugan al hombre interior, y satisfecho con el resultado de tal estudio, saca de él la luz de su vida y la serenidad de su muerte» (1).

Para estos entendimientos mezquinos, amigos de menudencias, se halla también una buena lección en el siguiente pasaje de Bossuet, en el cual, a propósito de las inútiles disputas acerca del cómputo del tiempo relativo a las setenta semanas de Daniel, dice estas palabras tan juiciosas y llenas de sentido común: «¿Pero por qué hablar más sobre esto? Dios ha cortado esta dificultad por medio de una decisión que no sufre ninguna réplica. Un acontecimiento manifiesto nos pone por encima de todas las sutilezas de los cronologistas; la ruina total de los judíos que ha seguido tan de cerca a la muerte del Salvador, nos muestra bien claramente el cumplimiento de la profecía» (2).

Podríamos extendernos poniendo de manifiesto la mezquindad de entendimiento de que venimos hablando, citando numerosos casos que están a la vista de todo el mundo que sabe algo de historia. Como por ejemplo, el hecho de que, habiendo entre los Papas setenta y siete santos, la mezquindad de entendimiento de los enemigos de la Iglesia prescinde de datos tan elocuentes para fijarse sólo y hacer resaltar los defectos de tal o cual Pontífice.

En fin, al número de mezquindades de entendimiento de que tratamos, pertenecen las acusaciones contra la Iglesia, con motivo de la Inquisición, del Proceso de Galileo, de las Cruzadas, etc., etc. Sería cosa bien fácil hacer ver cómo en todas esas acusaciones se halla patente el espíritu de mezquindad de los enemigos de la Iglesia; pero creemos que con lo dicho queda justificado el título que hemos puesto a esta sección del presente

(1) *El Cristianismo y los tiempos presentes*. Tom. I, epílogo.

(2) Discurso sobre la Hist. Univ. Part. II, c. XI.

artículo y suficientemente manifestado el defecto de método consistente en la mezquindad de entendimiento de los que, cerrando los ojos para no ver lo que constituye lo primario y sustancial en la Iglesia Católica, su fin, el conjunto y trama de su historia interna y externa, sus beneficios para con los hombres en orden al tiempo y, lo que es de infinitamente mayor importancia, sus beneficios en orden a la eternidad, sólo se fijan en cosas que no merecen otro nombre que el de minucias, fruslerías y *mezquindades*.

X

TERGIVERSACIONES

Son las doctrinas de la Iglesia Católica tan manifestamente conformes a la razón natural y al simple buen sentido, que su mejor defensa es exponerlas con la mayor exactitud, claridad y sencillez, de manera que aparezcan tales como son en realidad y en el genuino sentido en que la Iglesia las propone a la creencia de los fieles. Con esto pueden resolverse muchas aparentes dificultades, que no tienen otro fundamento que una mala inteligencia, un equívoco, una tergiversación; ya sea que estas malas inteligencias, equívocos y tergiversaciones tengan lugar inconscientemente y de buena fe, o bien que procedan de raíz culpable, de influencias morales, de las que ya hemos hablado en artículos anteriores al tratar de la «Preparación moral para la fe».

Al contrario, para atacar dichas doctrinas, acumulando contra ellas un sin fin de argumentos, no hay como presentarlas desfiguradas, atribuyendo a la Iglesia lo que jamás enseñó, ni se halla en documentos doctrinales aprobados por ella. Nada más fácil que atacar a enemigos de la propia invención del vencedor.

A este propósito viene muy al caso lo que nos refirió uno de nuestros hermanos de hábito, párroco a la sazón de una de las parroquias que los PP. Dominicos Españoles tienen a su cargo en los Estados Unidos, en la Archidiócesis de Nueva Orleans. Se le presentó cierto sujeto, de esos en quienes a simple vista se distingue una especial bondad natural y en cuyas palabras se nota inmediatamente una gran sinceridad y buena fe, y le habló en estos o parecidos términos: Padre, a mí me gusta mucho lo que Vdes. los sacerdotes católicos predicán; verdaderamente que estoy encantado de las hermosas enseñanzas de la Iglesia Católica; pero, por esa misma razón, me admira extraordinariamente una cosa que para mí es evidentemente absurda y que de ningún modo veo cómo pueda conciliarse con el conjunto de sus doctrinas.—¿Qué cosa es esa?—Que la Iglesia Católica enseñe que Dios perdona todos los pecados, por enormes que sean, *con sola la bendición del sacerdote y sin ningún dolor y arrepenti-*

miento de corazón del pecador.—¿Pero eso también nos lo ha oído V. predicar a nosotros, los sacerdotes católicos?—No, Padre.—¿Lo ha leído V. en algún libro aprobado por la Iglesia Católica?—No, Padre.—¿Pues de dónde saca V. que esa cosa tan absurda, ese monstruoso disparate sea doctrina de la Iglesia Católica?—De que siempre lo he oído decir así a los protestantes y de que esa es una idea corriente entre ellos y que se oye a cada paso, siempre que se ofrece ocasión de hablar acerca de este asunto.

Como se trataba, según hemos dicho antes, de un sujeto de singular rectitud natural, cuya intención era buena y procedía de buena fe, bastó para librarle del error, que el Padre le dijera: Para saber cuáles son las cosas que enseña y cuáles las que no enseña la Iglesia Católica, no son los protestantes a quienes hay que oír, sino a la misma Iglesia Católica en sus ministros y en los documentos doctrinales aprobados por ella y de cuyo contenido ella misma sea la responsable.

Lo que en el caso anterior se ve acerca del modo de adulterar la doctrina de la Iglesia sobre la confesión sacramental, se verifica también en infinidad de casos respecto de otros puntos de la doctrina católica. Oigamos a este propósito el siguiente hermoso y notable pasaje del eminente orador de Nuestra Señora de París, P. Félix, S. J.: «Es curioso, y más que curioso lamentable, oír las definiciones que da de nuestros misterios la ciencia anticristiana. Admítase, nos dice, que *tres* son *uno* o que *uno* hace *tres*; y ahí está, mal que le pese a la aritmética, el misterio de la Trinidad. Admítase que la Divinidad puede anonadarse en la humanidad o que la naturaleza divina puede confundirse en un mismo ser con la naturaleza humana; y ahí tenéis, mal que le pese a la filosofía, el misterio de la Encarnación. Admítase que antes de nacer habéis pecado todos por la voluntad de otro y que nacéis naturalmente corrompidos y condenados al fuego eterno por un crimen que ni siquiera habéis podido cometer; y ahí tenéis, a despecho de la moral y del buen sentido, el misterio del pecado original. Admítase que el ser se forma de la nada o que la nada puede llegar a ser algo; y ahí tenéis, a despecho de toda lógica y de toda metafísica, el misterio de la creación. De esta manera desnaturaliza el anticristianismo nuestros misterios. Altera sus términos, sus relaciones y su esencia: crea en ellos a su antojo el absurdo y la contradicción; y dice a las inteligencias, después de engañarlas: Ya lo veis: el misterio es la negación del sentido común; la ciencia lo rechaza, lo condena y lanza sobre él su anatema.

»¡Oh, tenéis razón! Si el misterio cristiano es tal como vosotros lo explicáis, es preciso anatematizarlo en nombre de la ciencia, porque nada hay tan antipático a la ciencia como el absurdo y la contradicción. Pero, gloria sea dada a la verdad, no son así los misterios del cristianismo; y si fueran así, tendríais que explicaros el más inexplicable de todos los mis-

terios; cómo es que hace ya cerca de dos mil años que tantas inteligencias superiores y tantos genios privilegiados han abrazado nuestros misterios, sin creerse obligados por eso a repudiar la ciencia y a abdicar la razón. En vano venís invocando la ciencia moderna, el espíritu moderno y el genio moderno. Antes del año 89 ha habido sabios. Si nuestros misterios son tan manifiestamente contradictorios, ¿cómo es que tantos y tan grandes genios no se han apercibido de ello? Sin duda hay en esto, como en otras cosas, alguna falta de inteligencia, alguna preocupación entre la doctrina cristiana y la ciencia anticristiana; y esta preocupación y esta mala inteligencia no pueden desvanecerse sino con la verdadera noción del misterio, tal como la profesa nuestra razón, de acuerdo con nuestra fe» (1).

Y cosa extraña; esas tergiversaciones se encuentran en hombres, en quienes parecen más difíciles de explicar. Uno de ellos es M. Carlos Remusat, de quien Caussette dice (2) que es «uno de los más notables por la gravedad, por el respeto de sí mismo y de sus adversarios, por el conocimiento y por el amor con que trata las cuestiones religiosas. Pues a pesar de todo eso, el mismo M. Remusat es quien ha escrito lo siguiente (*«Revue des Deux Mondes*, 1 de Enero de 1862»): «La Iglesia está divinamente inspirada, y aun cuando cueste decirlo, síguese de aquí que estando la Iglesia presente y viviente, su autoridad es mayor que la de la misma Escritura: la primera garantiza a la segunda. Esta consecuencia fatal, no es en manera alguna negada por los apologistas contemporáneos. En cuanto a la cuestión relativa a saber dónde descansa de hecho la autoridad de la Iglesia, es decir, si en la Iglesia entera, en el concilio, o en el soberano Pontífice, es decir, en el sufragio universal, en el sistema representativo o en el gobierno absoluto, es cosa discutible. El catolicismo descansa sobre este problema».

En estas pocas palabras de M. Remusat se encierran varias inexactitudes o mejor errores manifiestos, los cuales, no atribuiremos a la mala fe de M. Remusat. El primer error consiste en confundir la inspiración con la asistencia, y en decir que la Iglesia está divinamente inspirada, en vez de decir, que está divinamente asistida. La ayuda que Dios presta a su Iglesia no se llama inspiración, sino simplemente una asistencia para preservarla de error acerca de las verdades reveladas y asegurar su infalibilidad, al proponerlas a la creencia de los fieles. «Infallibilitate enim vel assistentia remouentur quidem errores, non dictantur actu res scriptis mandandae... Exinde iterum patet quatenus differentia Scripturam inter et Pontificum vel Conciliorum definitiones intercedat. Licet enim

(1) *El progreso por medio del Cristianismo*, 1863. Conf. I.

(2) *El buen sentido de la fe*. Parte II, l. II, c. 2.

utraque argumentum divinum contineat..., attamen hoc differunt quod canones Ecclesiae cum asistentia tantum definiantur, Scripturae autem cum inspiratione illuminantis et dictantis Dei scribantur» (1).

Otra muy grave confusión de ideas y que, entendidas las palabras en sentido absoluto y sin distinción, ni explicación, encierran un error de la mayor trascendencia, consiste en decir que la autoridad de la Iglesia es mayor que la de la misma Escritura. Quien escribe estas palabras, da muestras, o de una completa ignorancia de la materia de que trata, o de un descuido absoluto en explicarse con la necesaria claridad, para no dar ocasión a falsas inteligencias y gravísimos errores en cosas de la mayor importancia. En cualquier autor de Teología o de Introducción al estudio de la S. Escritura, puede verse la verdadera doctrina de la Iglesia sobre esta materia: La autoridad de la S. Escritura y la de la Iglesia tienen cada una su objeto propio y distinto. De modo que preguntar qué autoridad es mayor, si la de la S. Escritura o la de la Iglesia, equivale a preguntar 'como nos lo preguntó a nosotros mismos en cierta ocasión un individuo, quién era de mayor categoría, el rector de una comunidad de religiosos o un coronel de regimiento. Por lo demás, las siguientes palabras de Billuart, son suficientes para disipar la confusión o el error de dicho autor. «Non ergo Ecclesia judicat an ea quae continentur in S. Scriptura sint vera vel falsa; notissimum est enim ipsi omnia esse vera; sed judicat quis sit sensus ejus legitimus: ex quo non magis est supra S. Scripturam, quam judex interpretans legem sit supra legem aut legislatorem» (2). El tribunal que guarda, interpreta y aplica la ley, dice a este propósito Caussette, hállase por el mero hecho sometido a la ley. Pues bien, tal es en el fondo el papel que desempeña la Iglesia en lo concerniente a las Sagradas Escrituras. Encargada por Jesucristo de enseñarnos, nos certifica que los Libros Santos son canónicos, nos garantiza los textos o las versiones auténticas, y por último, interpreta el sentido... Téngase en cuenta, sin embargo, que el arca santa que conservaba las tablas de la Ley, no era más venerable que las tablas en que la ley estaba escrita» (l. c.)

Además de los anteriores, se contiene en las palabras de M. Remusat otro error de los más fundamentales, sobre el cual importa llamar la atención y refutarlo, siquiera sea muy brevemente. Es el error acerca de en donde reside la autoridad de la Iglesia. Recordemos las palabras de dicho escritor sobre este punto. «En cuanto a la cuestión relativa a saber dónde descansa de hecho la autoridad de la Iglesia, es decir, si en la Iglesia entera, en el Concilio, o en el soberano Pontífice..., es cosa discutible. El catolicismo descansa sobre este problema». Ese problema, que lo era para el

(1) Berthier, O. P.: *Tract. de Locis theol.* P. I, l. I, nn. 109 s.

(2) *Tract. de fide.* Dis. III, a. IV.

galicanismo, ha sido resuelto por el Concilio Vaticano (Sess. IV, cap. III). «Si quis igitur dixerit, Romanum Pontificem habere tantummodo officium inspectionis vel directionis, non autem plenam et supremam potestatem jurisdictionis in universam Ecclesiam, non solum in rebus, quae ad fidem et mores, sed etiam in iis, quae ad disciplinam et regimen Ecclesiae per totum orbem diffusae pertinent; aut eum habere tantum potiores partes, non vero totam plenitudinem hujus supremae potestatis; aut hanc ejus potestatem non esse ordinariam et immediatam, sive in omnes ac singulas ecclesias, sive in omnes et singulos pastores et fideles, anathema sit».

Y aquí brota espontánea una observación. Si en un escritor, a quien, califica Caussette de «uno de los más notables por la gravedad, por el respeto de sí mismo y de sus adversarios, por el conocimiento y por el amor con que trata las cuestiones religiosas», en tales equivocaciones incurre, ¿qué se podrá esperar de tantos otros, que tan lejos están de merecer semejantes calificativos, de aquellos cuya ignorancia en materias religiosas es mucho mayor, y cuya pluma, se mueve a impulsos del odio a la Iglesia católica y a todas sus instituciones? ¿Qué autoridad podrán tener tales escritores? ¿Qué fe podrán merecer? ¿Cómo no se han de hallar sus obras plagadas de tergiversaciones en lo que se refiere a las doctrinas del catolicismo?

Oigamos a un polemista católico replicar a un protestante: «Mi adversario habla de una Iglesia católica romana, en la que la autoridad del Papa pesa más que la autoridad de Jesucristo, mientras que yo no conozco más que una en la que la autoridad del Papa tiene por único fin servir la luz de Cristo. Habla de una Iglesia católica romana, en la que se prosternan ante las imágenes, y no ante el único Médico, mientras que yo no conozco más que una, en la que se venera en todos los santos la cruz de Jesucristo que han llevado con valor y paciencia por la salvación de los cristianos y para la mayor gloria de la Iglesia. Habla de una Iglesia católica romana, en la que se prefiere librarse de los pecados por medios humanos, mejor que por la sangre de Jesucristo, con verdadera penitencia del corazón, mientras que yo sólo conozco una que exige la confesión como testimonio de una verdadera penitencia, pero que considera inútil todo medio exterior, si no está acompañado de la fe y de la caridad... Cuando mi adversario cree o finge creer que la Iglesia romana no quiere oír hablar del Evangelio, se engaña por completo; por el contrario, la Iglesia está convencida, *bona fide*, de la perfecta conformidad de su doctrina con el Evangelio, no siempre en verdad con lo que la teología evangélica lee en el Evangelio... La Iglesia católica romana que yo conozco es completamente distinta de la que mi adversario se figura» (1).

(1) El prof. León en Hettinger, *Apol. del Crist.*, t. II, notas adic. a la conf. XXXVI.

Ya queda indicado que estas tergiversaciones pueden proceder de buena fe y de ignorancia inculpable. Y no tenemos inconveniente en admitir, antes al contrario, creemos sinceramente que así sucede en algunas personas. Tal nos ocurrió con un joven en cuyos ojos se trasparentaba un alma hermosa, en sus palabras la sinceridad, un deseo de conocer la verdad y una buena fe, de que nos era imposible de todo punto dudar. Nos expuso con la mayor ingenuidad y buscando en nuestras palabras la luz que disipara una terrible duda que le atormentaba, consistente en creer que los preceptos de la Iglesia obligan aún en aquellos casos en que es imposible cumplirlos, hasta por falta de posibilidad física. Y así, por ejemplo, que pecaba el que por hallarse gravemente enfermo en cama no podía ir a la iglesia el domingo. Ya se ve que no eran necesarias luces especiales para disipar el error de dicho joven. ¡Cuántos jóvenes como éste se hallan víctimas de funestos errores en materia de religión, pobres e inocentes ilusos, miserablemente engañados por algún profesor o escritor sectario!

Pero también es cosa fuera de duda que las tergiversaciones y errores de los incrédulos contra las enseñanzas de la Iglesia católica, no tienen en todos ellos por principio un espíritu recto y amante de la verdad; en muchos se cumplen las palabras de Bayle en su «Diccionario histórico y crítico», donde dice de sus compañeros de incredulidad: «Ils ne sont guère persuadés de ce qu'ils disent, ils n'ont guère examiné; ils ont appris quelques objections, ils en étourdissent le monde; ils parlent par un principe de fanfaronnerie, et ils se démentent dans le péril» (*Art. Des Baveaux*).

Como quiera que sea, ya se hallen los errores y tergiversaciones en sujetos de buena fe e irresponsables, ya en quienes el suficiente conocimiento y voluntariedad les hace inexcusables de responsabilidad y de pecado, siempre es cierto, que las tergiversaciones de la verdad constituyen un gran obstáculo para la adquisición de la verdad misma sobre todo en materias religiosas.

XI

Equívocos

No vamos a repetir aquí lo que sobre los términos equívocos, como fuente de errores, se enseña en los manuales de Lógica; pero sí empezaremos esta sección copiando unas palabras de nuestro gran filósofo Balmes, que vienen admirablemente a nuestro intento, y nos sirven de punto de partida para lo que pensamos decir acerca del epígrafe que encabeza las presentes líneas.

Dice así el insigne pensador: «En la apariencia nada más fácil que de-

finir una palabra, porque es muy natural que quien la emplea sepa lo que se dice, y, de consiguiente, pueda explicarlo. Pero la experiencia enseña no ser así, y que son muy pocos los capaces de fijar el sentido de las voces que usan. Semejante confusión nace de la que reina en las ideas, y a su vez, contribuye a aumentarla. Oiréis a cada paso una disputa acalorada en que los contricantes manifiestan, quizás, ingenio nada común; dejadlos que den cien vueltas al objeto, que se acometan y rechacen una y mil veces, como enemigos en sangrienta batalla; entonces, si os queréis atravesar de mediador, y hacer palpable la sinrazón de ambos, tomad la palabra que expresa el objeto capital de la cuestión, y preguntad a cada uno: ¿Qué entiende V. por esto? ¿qué sentido da V. a esta palabra? Os acontecerá con frecuencia que los dos adversarios se quedarán sin saber qué responderos, o pronunciando algunas expresiones vagas, inconexas, manifestando bien a las claras que les habéis salido de improviso, que no esperaban el ataque por aquel flanco, siendo quizás aquella la primera vez que se ocupan, mal de su grado, en darse cuenta a sí mismos del sentido de una palabra, que en un cuarto de hora han empleado centenares de veces, y de que estaban haciendo infinitas aplicaciones. Pero, suponed que esto no acontece, y que cada cual da con facilidad y presteza la explicación pedida; estad seguro que el uno no aceptará la definición del otro, y que la discordancia, que antes versaba, o parecía versar, sobre el fondo de la cuestión, se trasladará de repente al nuevo terreno, entablándose disputa sobre el sentido de la palabra. He dicho *o parecía versar*, porque si bien se ha observado el giro de la discusión, se habrá echado de ver que, bajo el nombre de la cosa, se ocultaba con frecuencia el significado de la palabra.

Hay ciertas voces que, expresando una idea general, aplicable a muchos y muy diferentes objetos y en los sentidos más varios, parecen inventadas adrede para confundir. Todos las emplean, todos se dan cuenta a sí mismos de lo que significan, pero cada cual a su modo; resultando una algarabía que lastima a los buenos pensadores» (1).

Estamos completamente seguros de que no habrá quien deje de reconocer el peso y autoridad de estas palabras de Balmes, que son la más fiel expresión de la realidad.

Y como prueba nos proponemos ahora manifestar los equívocos del racionalismo en el uso de varias palabras, que los racionalistas entienden en un sentido del todo contrario a aquel en que las entiende la Iglesia Católica.

¿Quién ignora con cuánta frecuencia, énfasis y entusiasmo suelen los enemigos de la Iglesia Católica pronunciar ciertas palabras, como las de

(1) *El Criterio*, c. XIV, § V.

libertad, ciencia, progreso, civilización, república, democracia, etc., para pintar a la Iglesia como el mayor y más irreconciliable enemigo de todo cuanto dichas palabras significan? Y, por otra parte, ¿quién que conozca las enseñanzas auténticas de la misma Iglesia, no sabe que ella es la más amante y eficaz defensora de lo que en las mencionadas palabras se proclama, en todo cuanto en ello se encuentre de bueno y provechoso para los individuos y para la sociedad?

Muchas de esas palabras, de las cuales tanto usan y abusan los racionalistas, como si hubieran sido inventadas por ellos, se hallan en la S. Escritura, no para reprobirlas, sino para dar a entender la necesidad de aquello que significan, para recomendar y encarecer su importancia. Sobre la libertad, por ejemplo, dice San Pablo a los fieles de Galacia (Gal. V, 13): «Porque vosotros, hermanos míos, sois llamados a *un estado* de libertad: cuidad solamente que esta libertad no os sirva de ocasión para vivir según la carne; pero sed siervos unos de otros por amor espiritual». Y en otro lugar (IV, 31): «Nosotros no somos hijos de la esclava, sino de la libre: y es Cristo el que nos ha adquirido esta libertad». Y a los de Corinto (II Cor. III, 17): «Porque el Señor es Espíritu: y donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad». Sólo añadiremos a las anteriores las palabras del mismo Jesucristo: (Jn. VIII, 32): «Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres». Es verdad que no habla de la libertad política, ni de pensamiento, pero habla de la libertad del pecado y del error, que es la fundamental de todas las libertades.

Otra de las palabras de que más abusan los enemigos de la Iglesia Católica, es la de ciencia. Veamos algo de lo que acerca de ella se dice en la S. Escritura, y, por lo tanto, con qué derecho los racionalistas han de considerar la ciencia como si fuera cosa propia y exclusiva de ellos.

Es imposible encarecer debidamente los elogios que de la sabiduría y de la ciencia hace el Espíritu Santo. «Vanidad, nos dice, y *no más*, son ciertamente todos los hombres en quienes no se halla la ciencia de Dios» (Sap. XIII, 1). «La ciencia del sabio rebosa *por todas partes* como una avenida de agua: y sus consejos son cual fuente perenne de vida» (Eccli. XXI, 16). «Es *cosa apreciable* el oro, y la abundancia de pedrería; mas la *alhaja preciosa* es la boca del sabio» (Prov. XX, 15). En fin, no es necesario continuar citando más textos al mismo propósito, ya que nuestro intento es solamente presentar una muestra que sirva de testimonio de que en la S. Escritura se hallan infinitamente mayores alabanzas de la ciencia y de la sabiduría que cuantas puedan oírse de labios de todos los racionalistas y leerse en sus libros.

Otro tanto se diga de los demás términos que hemos consignado, y muchos más que se pueden añadir, y de que tanto abusan los enemigos de la Iglesia en sus ataques contra ella, sin más fundamento que una confusión de ideas o un falso supuesto.

Pero por tratarse de cosas que saltan a la vista de todo el que no se empeñe en mirarlas a través de falsos prejuicios, siendo suficiente echar una rápida ojeada a la historia para convencerse de lo mucho en que las ciencias y las artes en todas sus manifestaciones son acreedoras a la Iglesia Católica, no nos detendremos aquí a refutar los equívocos y falsas apreciaciones, sino ya verdaderas calumnias de los racionalistas en su empeño vano de presentar a la Iglesia como opuesta a todas esas cosas. Si en algo se muestra opuesta es a lo que en ellas o más bien en sus cultivadores hay de extravío, de adulteración, con lo cual no hace otra cosa que favorecer su legítimo desarrollo y progreso.

Tarea fácil sería aducir las pruebas de lo que acabamos de insinuar, pero lo dejaremos porque nos llevaría demasiado lejos y nos saldríamos un poco de nuestro propósito.

FR. PASCUAL BROCH, O. P.

Rosaryville (U. S. A.) Ponchatoula, La.

BOLETÍN DE SAGRADA ESCRITURA

I.—INTRODUCCIÓN

La historia de Israel tiene un contexto del que no se puede prescindir para su debida inteligencia, y es la historia de los pueblos vecinos con quien estuvo en relaciones. El conocimiento de éstas es necesario, no sólo para aclarar el sentido de los sucesos históricos, sino hasta para la inteligencia de la vida religiosa y de la revelación divina. En una y otra es preciso distinguir el fondo de las mismas y la forma en que se conciben y expresan las ideas y los sentimientos religiosos. El primero es de origen divino; pero el segundo es humano y en él han podido influir los sucesos de la historia externa y las relaciones de los pueblos gentiles. Además, los racionalistas, empeñados en la tarea de explicar por las causas históricas naturales el origen de la religión israelita, y confundiendo el fondo con la forma externa, quieren deducir de las semejanzas exteriores la identidad del fondo. Y aquí como siempre la mejor defensa de la verdad es la declaración completa de la misma, y en el caso la distinción arriba indicada entre el fondo y la forma, y la investigación precisa de esta última, la cual siempre acaba por testificar en favor de la superioridad de la religión mosaica sobre la de todos sus vecinos y dominadores.

Cuatro son los grandes pueblos del Antiguo Oriente, cuya influencia más o menos poderosa ha llegado a notarse en la vida, usos y costumbres tanto civiles como religiosas del pueblo escogido.

Hasta dónde haya llegado esa influencia es lo que se propone averiguar el Dr. Kortleiner en tres interesantes opúsculos, publicados bajo el epígrafe común de *Commentationes Biblicae*.

Cuáles sean las relaciones existentes entre la religión de los habitantes de la antigua Arabia con la religión mosaica, es el contenido del primero de dichos opúsculos (1).

Divídese la obra en dos partes. Trata en la primera de la Arabia antigua.

En el A. T. encontramos los datos más antiguos y preciosos sobre los ha-

(1) FRANCISCUS XAV. KORTLEINER, Ord. Praem.—*De antiquis Arabiae incolis eorumque cum religione Mosaica rationibus*. 1930. 115 págs. 8.º Mk. 3. Verlag Fel. Rauch. Innsbruck.

bitantes de la Arabia. Son también de gran importancia las inscripciones de los reyes asirios de los siglos VIII y VII antes de nuestra Era. En cambio los autores griegos y latinos carecen casi en absoluto de valor (pág. 1).

Después de un capitulo dedicado a los diversos nombres con que fué designada esta región asiática por los autores, ya profanos ya sagrados, trata del origen de los diversos pueblos que poblaban la Arabia en la antigüedad. Fija su atención en especial en las tres razas de que nos hablan los autores del A. T. que son los *kusitas* (Gen. X, 7 = I Par. I, 9), los *yoktanidas* (Gen. X, 26-29 = I Par. I, 20-23) y los *Abrahamidas* (Gen. XXV, 1-4; 12-16 = I Par. I, 32-33).

Son muchos los sabios modernos que sostienen la teoría de que el Código Mosaico hállese muy influenciado por la vida y manera de ser del pueblo *mineo* o *madianita*. Por eso estudia el autor con suma detención e interés los dos reinos principales de la Arabia meridional, reinos citados por otra parte en el A. T. Son el *mineo* o madianita y el *sabeo* (págs. 40-72).

La segunda parte es más interesante. Comienza diciendo que «para conocer bien las opiniones y ceremonias religiosas de Israel es de gran importancia el estudio comparativo de las religiones de los pueblos semejantes y circunvecinos». Entre estos debemos fijar ante todo nuestra atención en los árabes, quienes por razón de su vida nómada conservaron más puras las antiguas opiniones y ceremonias religiosas. Además su trato y comercio con los hijos de Israel fué muy grande.

Ya Wellhausen había advertido la gran semejanza existente entre el culto Mosaico y el culto de los antiguos árabes. Lo mismo siente Hommel. Y Nielsen sostiene que no sólo la idea de Dios, sino también las leyes civiles y religiosas las recibió Moisés de los árabes. Y Haupt llega a afirmar que toda la religión mosaica depende de la religión madianita (pág. 74).

En cuatro cuestiones resuelve el autor este problema de las relaciones entre la religión mosaica y la de los antiguos árabes.

Estudia en la primera si las leyes mosaicas fueron reveladas y escritas al principio en un dialecto árabe. Hommel sostiene que los israelitas desde Abraham hasta la conquista de Canaán hablaban un dialecto árabe y usaban la escritura madianita. «Si esta sentencia es verdadera, dice el autor, síguese que la ley le fué revelada al pueblo que moraba en el Desierto en un dialecto árabe, que todo el Pentateuco fué redactado en lengua y escritura árabes primero, y después traducido al hebreo» (pág. 79).

La segunda cuestión planteada por el autor es si las doctrinas de la religión mosaica están relacionadas con la religión de los antiguos árabes. Prescindiendo de las ideas monoteistas de los antiguos árabes, lo cierto es que, a partir del segundo milenario antes J. C., consta que los árabes, como todos los demás pueblos semitas, eran dados al politeísmo más raro y absurdo. Mal pudo pues recibir «Moisés y su gente de tales pueblos sus ideas monoteistas» (pág. 89). Sostiene contra la común sentencia de los racionalistas modernos (Stade, Budde, Cheyne, Meyer, Nielsen, Gressmann, etc.), que no se puede probar que el Jahvé, que se le reveló a Moisés en el Sinaí fuese el dios de los *kenitas* (página 92).

A continuación inquiere si Moisés en la institución del sacerdocio se aco-

modó al sacerdocio mineo. Stade, Budde, A. Jeremías, Nielsen, etc., creen que el sacerdocio mosaico es una copia o imitación del sacerdocio mineo. El autor sostiene que el «sacerdocio israelista de tal modo se halla relacionado con la religión propia de Israel, que ni el sacerdocio de los mineos ni el de ningún pueblo, «ei plane respondeat». De donde se sigue que Moisés al instituir el sacerdocio se sirvió de su propio juicio, de tal suerte que siguió lo que Dios le había revelado» (pág. 95).

En último lugar trata del culto mosaico relacionado con el culto existente entre los antiguos árabes. Admite que ciertamente existen muchas y muy importantes relaciones. Niega sin embargo que de todas estas cosas referentes al culto en que ambos pueblos coinciden, pueda deducirse que los israelitas «in religione multa ab arabibus recepisse» (105). Las semejanzas de nombres y acciones sagradas pueden explicarse por el parecido de ambas lenguas. Otras relaciones pueden tener su origen en lo poco que los árabes conservan de la primitiva religión del género humano.

Y termina diciendo que muchas semejanzas de culto se han de explicar de tal suerte que «non Israëlitae formas cultus Minaeorum, sed Minaei formas cultus Israëllitarum imitati sunt» (pág. 105).

Si la influencia de los árabes en la vida y costumbres de Israel es de poca importancia, ¿qué decir de la babilónica? Es lo que el mismo autor estudia en el segundo opúsculo (1).

Dos conclusiones que el autor establece, forman la división natural de la obra en dos partes.

Es la primera conclusión: «la opinión, según la cual los cananeos, antes de la inmigración israelita, se condujeron y siguieron casi única y exclusivamente por la cultura y civilización babilónicas, es enteramente falsa.

La influencia de la cultura babilónica en Canaán es indiscutible. Desde muy antiguo gloríanse los reyes del gran Imperio babilónico de haber extendido su dominación hasta las orillas del Mediterráneo. De Hamurabi en especial nos consta que ejerció considerable influencia en la vida de todos los pueblos situados entre las riberas del Eufrates y las costas del gran Mar. Aunque nada nos dijeran los documentos cuneiformes, bastarían el testimonio de los libros sagrados, y en particular del Génesis, por el que conocemos la autoridad que el Código de Hamurabi tenía en la época patriarcal en Palestina. Son de singular interés los numerosos ejemplos aducidos por el autor para ello (págs. 6 y 9-10). Es este un hecho evidente y de fácil comprensión si se tiene en cuenta que Abraham era caldeo, que Isaac contrajo matrimonio con una mujer de origen caldeo y que Jacob residió muchos años en Babilonia.

Sin embargo, no podemos admitir la tesis de muchos sabios modernos de que los cananeos no tuvieran más cultura y civilización que la babilónica (página 11).

(1) KORTLEINES (Franciscus Xav.), Ord. Praem. *Babyloniorum auctoritas quantum apud antiquos Israelitas valuerit*. 116 págs., 8.º Mk. 3. Verlag Fel. Rauch. Innsbruck, 1930.

Los cananeos tuvieron su cultura propia, como también su lengua y escritura propias, prescindiendo por ahora de la gran influencia egipcia (páginas 26-32).

La segunda conclusión defendida por el autor es que «aun cuando la influencia babilónica entre los cananeos fuese tan importante como quieren muchos y muy eminentes autores modernos, de ninguna manera se seguiría que los israelitas no hubieran tenido más cultura propia ni religiosa que la que recibieron de los babilonios por mediación cananea» (pág. 41).

Sin embargo, debe reconocerse que en lo concerniente a las cosas profanas hay mucho de común entre estos dos pueblos. Explícanse, parte por ser ambos de la misma raza semita, y parte por ser Babilonia la patria de Abraham, padre y fundador del pueblo israelita (pág. 41).

Existen por el contrario grandes y profundas diferencias. En primer lugar en cuanto a la *lengua y escritura*. De ninguna manera puede probarse que los israelitas durante largos siglos no conocieran más lengua que la *akadiana*, ni más escritura que la *cuneiforme*, a pesar de los esfuerzos realizados con este fin por Winckler, Conder, Gressmann, Naville, A. Jeremías y otros (pág. 42).

La significación del sábado (coincidencia puramente nominal) tampoco es la misma (pág. 59 ss.) Los antiguos nombres hebreos de los meses del año no coinciden con los nombres babilónicos. El año babilónico comienza con el equinoccio de la primavera. El israelita, en cambio, comienza con el otoño (pág. 62 ss.)

En las leyes civiles hallamos muchos puntos de contacto entre el código israelita y el de Hamurabi, que tienen su explicación en el origen del pueblo israelita. «*Moses enim non prorsus novam legem dedit, sed etiam jus, quod in gente israelitica iam in usu erat, retinuit, ita tamen, ut id notionibus religionis Jahvae imbueret atque excoleret*» (1). Por lo que la ley mosaica, aunque en algunas cosas dependa del Código de Hamurabi, le es con todo muy superior (pág. 74).

Por ello precisamente, y a pesar de todas las analogías, de ningún modo puede admitirse que los israelitas hayan recibido de los babilonios, por mediación cananea, todas sus doctrinas religiosas y las diversas formas del culto. Para convencerse de ello, basta sencillamente una confrontación de las leyes mosaicas con el politeísmo babilónico, con las leyes sobre la adivinación y artes mágicas, muy florecientes en Babilonia, y por último los preceptos morales de ambos códigos, donde resplandece la inmensa superioridad del código mosaico sobre el código de Hamurabi (págs. 83-93).

De todo lo cual debemos concluir que, si bien los israelitas en algunos detalles de su cultura profana coinciden con los babilonios, no puede sin embargo decirse que en absoluto dependan de ellos. Las analogías son grandes, es cierto, pero es también cierto que no menos profundas e inexplicables por este camino son las divergencias.

(1) Subrayamos nosotros. Cfr. nuestro artículo «La legislación mosaica y el Código de Hamurabi» en C. T., CXXVI, pág. 350 ss.

El tercer opúsculo hállase dedicado al estudio de las relaciones existentes entre la religión *sumeria* y el Antiguo Testamento (1).

El plan de la obra es idéntico al de los dos opúsculos que dejamos reseñados. Quiénes sean los Sumerios; cuál haya sido su civilización, cultura y religión es lo que el autor va analizando en las seis cuestiones que forman la primera parte. Todas son importantes y no hace falta decir que el autor las va dilucidando teniendo en cuenta las últimas afirmaciones de la ciencia orientalista; pero merecen especial mención las dos últimas en que el autor nos dá un esquema interesante de la religión y culto profanos de los sumerios (cap. V) y de su lengua y escritura (cap. VI).

La lengua *sumeria* es la más antigua de las conocidas y pertenece al grupo de las *aglutinantes*. Sus propiedades principales hállanse enumeradas en las págs. 47-49.

Son los inventores de la escritura *cuneiforme*, que luego fué copiada por los semitas.

¿Ejerció verdadero influjo el pueblo *sumerio* en la vida de Israel? Directamente no, pues siglos antes de Moisés dejó de existir como nación independiente y de cultura propia. Parecen, sin embargo, hallarse en el A. T. ciertos vestigios *sumerios*, que pudieran llegar a conocimiento de los autores sagrados por el intermedio *abilónico*.

Desde luego el país de Sumer era muy conocido para los autores sagrados, si, como piensa el autor, se ha de identificar *Sumer* con el nombre bíblico *Sinear* (pág. 56 ss.)

Refuta la opinión muy extendida entre los modernos orientalistas de que los primeros libros de la Biblia fueran redactados en escritura *cuneiforme* (2). Pero admite que en el A. T. se hallan muchos vocablos de origen *sumeriano*. Es de notar también la analogía que existe entre muchas frases, como las siguientes: «edifiquémonos una ciudad y una torre cuya cúspide se eleve hasta el cielo» (3)=*kiange gu ansu mudazig* (levantó hasta el cielo las cimas de Kian); «días añadirá a los días del rey» (4)=*namtilum namtil gabad'i* (añada vida a mi vida); «su trono será firme para siempre» (5)=*guzani mugin* (consolidó su trono); «sacaréis con gozo las aguas de la salud» (6)=*ag'ulla mudae* (con aguas de gozo [la tierra] regó), etc.

En las ruinas de Nippur y Assur se encontraron antiquísimos relatos sobre

(1) KORTLEINER (Franciscus Xav.) Ord. Praem.—*De Sumeriis eorumque cum Vetere Testamento rationibus*. 93 págs. 8.º, Mark. 3. Verlag Fel. Rauch. Innsbruck, 1930.

(2) Winckler dice que los caracteres *cuneiformes* se usaron en toda escritura oficial hasta los días de Ezequías; Gressmann, que hasta la época de la inmigración de Israel en Canaán no se conoció en este país más escritura que la *cuneiforme*, que siguió usándose aún después durante largos siglos. A. Jeremías defiende que el Decálogo fué redactado en escritura *cuneiforme*. Benzinger avanza más, afirmando que los israelitas usaron la escritura *abilónica* hasta el reinado de Josías.

(3) Gen. XI, 4.

(4) Psal. LXI, 7.

(5) Psal. 89, 37 s. Cfr. Psal. 92, 3.

(6) Is. XII, 3.

los orígenes del mundo, caída del primer hombre y el diluvio, en que es muy probable se hallen fundados los relatos babilónicos sobre los mismos puntos.

¿Tienen algo que ver estos relatos sumerianos con los primeros capítulos del Génesis? Desde luego es digno de notar el hecho de que hay más puntos de contacto, más semejanza entre los pasajes bíblicos y los textos sumerianos, que entre los primeros y los relatos babilonios. Sin embargo, son tan profundas las divergencias que entre ellos hay, que no puede sostenerse en serio que los pasajes bíblicos procedan de los relatos sumerios (pág. 73).

Termina este interesante opúsculo reconociendo que el influjo babilonio en Israel, como en los demás pueblos cananeos, ha sido de considerable importancia. Discernir lo que es puramente sumerio y lo que es semita, es difícil en el estado actual de las ciencias orientalistas.

Lo que parece indudable es que los sumerios, por medio de los babilonios, han influido en Israel más de lo que hoy se puede demostrar (pág. 85).

Estudios como los del Dr. Kortleiner merecen toda clase de alabanzas. La Religión revelada no tiene miedo a las comparaciones, porque precisamente entonces es cuando se da la sublime realidad de aquellas palabras del Deuteronomio: «Mirad, yo os he enseñado estatutos y derechos como Jahvé mi Dios me mandó. Guardadlos, pues, y ponédlos por obra, porque esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos, los cuales oirán todos estos estatutos y dirán: *Ciertamente pueblo sabio y entendido, gente grande es esta. Porque, ¿qué gente grande hay que tenga estatutos y derechos justos como es esta ley que yo pongo hoy delante de vosotros?*» (Deut. IV, 5-8).

En 1916 publicó el Dr. A. Jeremías una obra cuya importancia se ve a primera vista. El éxito obtenido le animó a seguir trabajando en la renovación constante hasta presentar ahora al mundo científico esta cuarta edición notablemente renovada (1).

Consta de cincuenta y seis capítulos con una serie de índices completísimos que aumentan el mérito de la obra.

Por la inmensa cantidad de datos coleccionados en las páginas de este libro, podemos decir que realmente se trata de una obra monumental.

Después de una introducción (cap. I) en que se discuten puntos muy interesantes, nos da en el capítulo II una serie de diez cosmogonías extrabíblicas, para pasar en el capítulo III al estudio comparativo de las mismas con la contenida en el primer capítulo del Génesis.

Las siguientes afirmaciones nos darán idea del criterio enteramente racionalista del autor.

«El material babilónico, dice, es en los puntos siguientes de importancia para la inteligencia de la narración bíblica sobre la Creación:

1) Expresiones míticas como *tohu y tehom* (sin artículo) hallan en él su explicación formal.

(1) JEREMÍAS (Dr. Alfred). *Das Alte Testament im Lichte des Alten Orients*. Vierte Auflage, mit 293 Abbildungen, 3 Karten. Mk. 45. Hinrich'sche Buchhandlung. Leipzig. 1930.

2) La doctrina acerca del desarrollo del *toledot* explícate claramente por la antigua doctrina sumerio-babilónica del universo, etc. (pág. 37).

La idea de una obra creadora en virtud de la palabra de la Divinidad se encuentra, si bien de una manera rudimentaria, en la cosmogonía babilónica (página 41).

En el capítulo IV enciérranse los diversos textos babilónicos sobre la creación del hombre, según los cuales el cuerpo humano es «tierra» y «tierra» volverá a ser cuando venga la muerte (pág. 44).

Otros relatos bíblicos de la obra de la creación traducidos y analizados en sus diversos aspectos por el autor forman el capítulo V.

La división de la obra creadora del mundo en siete días con el consiguiente descanso, el paraíso con la clase de árboles allí existentes, en especial del árbol de la vida y del árbol del conocimiento del bien y del mal, la caída y sus consecuencias, el diluvio, etc., son otros tantos puntos que el autor va estudiando a la luz del método comparativo en los capítulos siguientes. Como decíamos antes, la riqueza de datos es extraordinaria y en este sentido no podemos menos de admirar y alabar la inmensa laboriosidad del autor.

Las palabras del autor sagrado: «Empero Jahvé había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela... a la tierra que yo te mostraré» (Gen. XII, 1), sirven de base al autor para que en un capítulo interesantísimo (el mejor probablemente de la obra) nos describa el estado en aquella época de Babilonia, Egipto y Canaán, en que trata también de los *Habiri*, acerca de cuya identificación con los *hebreos* cree que ya no cabe discusión (pág. 226).

Con otro capítulo meritísimo sobre el resultado de las excavaciones llevado a cabo en Palestina termina la parte histórica de la Edad, que pudiéramos llamar Antigua, de Israel.

Un capítulo en que se estudia la cultura civil y religiosa de Canaán antes de la invasión israelita sirve de preámbulo a la segunda época de la vida de Israel que comenzará con la elección de Abraham y los suyos por Jahvé para ser su pueblo y El su Dios y terminará con los profetas de la restauración.

En la reseña de los opúsculos anteriores hemos tenido ocasión de hablar de esta obra y refutar algunas de sus opiniones. Al poner fin a estas líneas nos limitaremos a repetir lo que antes decíamos: obras de este carácter son utilísimas. Sirven para que conozcamos mejor no sólo el elemento humano, sino también el elemento divino que latente se halla en las relaciones bíblicas, que precisamente por eso salen airoas de estas comparaciones. Son también estas obras de inestimable valor por los innumerables datos que se ponen al alcance de muchos que de otra manera tendrían que resignarse a desconocerlos.

Las manifestaciones todas de la vida israelita están todas más adentradas en la historia de la revelación que la de los pueblos paganos, aun de los que más hayan podido influir sobre el pueblo elegido, y su conocimiento es más necesario para el de la misma revelación bíblica. Desde este punto de vista es interesante la obra publicada por *R. Travers Herford* sobre los Fariseos (1). Interesante, sobre todo, por ser obra de un autor (judío según parece)

(1) *R. Travers Herford. Les Pharisiens.* Traduit de l'anglais par Gabrielle Moyse. Payot, París, Boulevard St. Germain. 1928.—302 págs. en 8.º

que ha bebido en las más puras fuentes de la literatura rabínica. Veamos sus conclusiones.

Históricamente, para hallar los orígenes del Fariseísmo, debemos remontanarnos a los tiempos de Esdras. Este personaje representa en la historia del pueblo judío un papel que sólo cede en importancia al desempeñado por Moisés, puesto que si éste ha sido el fundador de la religión judaica, aquél ha sido su salvador en momentos de gravísimo peligro (pág. 17). Proponiéndose Esdras levantar una barrera infranqueable entre Judíos y Gentiles, proclamó la divina revelación de la Ley de Moisés, declarándola en consecuencia rigurosamente obligatoria para el pueblo judío; y al efecto, procuró rodearla de las mayores garantías de conservación, iniciando con su obra personal el período de los *Sopherim* (escribas), cuyo oficio no era solamente copiar la *Thora*, contar y recontar el número de sus letras, sino además interpretarla y exponerla ante el pueblo de la manera más oportuna y conveniente. La llamada Gran Sinagoga estaba precisamente constituida por estos *Sopherim*, cuyo fin tuvo lugar hacia el año 271 a. J. C., debido a la incursión del Helenismo (págs. 21-23). Se siguieron luego ochenta años de intervalo o de «página blanca», o sea hasta la fundación del Sanhedrín, autoridad religiosa a la vez que política constituida por sacerdotes y algunos individuos del estado laico. Entre los miembros del Sanhedrín comenzó pronto a manifestarse la división de helenistas y no helenistas, destacándose de estos últimos un grupo de intransigentes celadores de la Ley llamados *Hassidim*, los mismos que se incorporaron a las tropas de Judas Macabeo con el único fin de conseguir por las armas libertad de ejercicio para sus prácticas religiosas. Con el triunfo definitivo de los Macabeos, la distinción entre celadores y no celadores de la Ley tiende a desaparecer cada vez más en beneficio de los primeros. Pero surge entonces una nueva división. Por un lado, los aferrados de tal suerte a la Ley de Moisés, que sólo en ella veían el auténtico testimonio de la palabra divina, no reconociendo por lo mismo valor sagrado a las interpretaciones transmitidas por la Tradición oral (Saduceísmo). Por otro lado, los que entendían por Ley de Moisés, no sólo el Pentateuco, sino también las enseñanzas de la Tradición, acatando como igualmente divina su autoridad (Fariseísmo). Ocupa el trono de Judea Juan Hircano (135-105 a. J. C.), y entonces es cuando la palabra *Peruchim* (Fariseos) aparece en la historia por primera vez. El Fariseísmo, pues, históricamente no es otra cosa que la doctrina de la Tradición como parte integrante de la *Thora*. Y esta es la conclusión que se desprende de los capítulos II y III de esta obra (el I sólo sirve de introducción).

El IV nos presenta a la Sinagoga como una institución eminentemente farisea, no en el sentido de que haya sido fundada por los Fariseos, sino en el sentido de que éstos lograron controlarla y encauzarla por el derrotero de sus tendencias partidistas. En los dos capítulos siguientes expone el autor la doctrina dogmática y moral de los Fariseos, representada por el *Haggadah* y el *Halakhah*, y al ocuparse de esta última, niega que ella fuese, como pretende el Evangelio, una carga pesada, fomentadora del formulismo y de la hipocresía. En el VII, contra los que suponen a los Fariseos autores o inspiradores de la literatura apócrifa y apocalíptica, establece la poca conformidad de esta literatura con el espíritu rabínico y pragmatista del Fariseísmo, reconociendo,

sin embargo, algún punto de contacto entre éste y la doctrina de los apócrifos. En el VIII explica la oposición del Fariseísmo al Evangelio por la incompatibilidad de principios, ya que Cristo se presentaba como maestro investido de propia autoridad, contra la autoridad tradicional sustentada por los Fariseos. Razón por la cual Cristo y sus discípulos lanzaron contra ellos las violentas invectivas, que dieron origen al falso concepto que se ha venido teniendo del Fariseísmo. Y el autor, que no se encierra demasiado en prejuicios de raza o de religión, concluye su obra considerando el Fariseísmo «precursor, o mejor todavía, padre del Rabinismo» como factor muy importante en el desarrollo religioso de la Humanidad, puesto caso que, después de haberle infundido su espíritu a la Sinagoga, dejó sentir por medio de ésta su influjo bienhechor en el Cristianismo. Las dos religiones, la Judía y la Cristiana, tienen para el autor una misión divina que cumplir en el mundo, y una vez cumplida ésta, «se unirán entre sí al servicio del Señor, haciendo una al lado de la otra sus oraciones y homenajes e inspirando la vida de sus hijos» (pág. 298).

Como se ve, el autor se presenta en este libro como paladín de una causa tratada injustamente (por los cristianos se entiende). Pero mucho nos tememos que cual otro D. Alonso Quijano, haya salido a romper lanzas contra un enemigo imaginario. Porque le hacemos saber que los cristianos tenemos de los Fariseos una idea más completa de lo que él parece suponer. Para convenirse, le bastaría haber leído u hojeado cualquiera de nuestros Manuales de Introducción a la Escritura. Lo cual no quiere decir que su libro esté de más. Al contrario, siempre resultará un trabajo concienzudo de investigación que los amantes de la Historia y de las Sdas. Escrituras sabrán estimar y agradecer.

El estudio de los apócrifos entra también en el de los Libros sagrados por la relación que tienen con éstos. Su conocimiento es útil para precisar mejor el ambiente histórico en que los Libros inspirados nacieron. Tal los apócrifos del Antiguo Testamento, útiles para estudiar el ambiente mesiánico de la época del Señor. Otras veces, a causa del testimonio que prestan a los Libros inspirados por el contraste mismo que tienen con ellos. Así ocurre con los apócrifos del Nuevo Testamento. A veces es necesario este estudio, porque la crítica heterodoxa, en su empeño de anular la autoridad divina de los Libros canónicos, acude a los apócrifos en busca de argumentos. Eso ocurrió con el apócrifo *evangelio de San Pedro*, conocido por su sólo título hasta que en 1857 fueron hallados en una necrópolis cristiana de Akhmim (Egipto) unas hojas que contenían una porción de este evangelio, sesenta versículos, que narran la pasión del Señor, desde su condenación, y luego la resurrección. El hallazgo de estos fragmentos fué saludado por la crítica racionalista con muestras de júbilo. Se trataba de un testigo más de la tradición evangélica, testigo independiente de nuestros evangelios auténticos, que había gozado de gran crédito en la primera época cristiana, y que venía ahora a corregir en muchos puntos el testimonio de los cuatro evangelistas. Harnack, hecho a tomar a los herejes como los verdaderos representantes de la tradición cristiana, de la cual sería una deformación la tradición católica, se hizo jefe de un nuevo partido dispuesto a combatir por el apócrifo petrino. Otro partido capitaneado por

Zahn se opuso a éste y trató de reducir a sus justos límites el valor del nuevo documento.

Durante algunos años la tinta corrió en abundancia, y los sabios derrocharon ingenio y erudición en torno a los pobres fragmentos, hasta que el entusiasmo se calmó, convencidos todos de que no había mucho que sacar de ellos. ¡Una lección histórica!

León Vaganay (1) acaba de publicar en *Études Bibliques* un volumen sobre este evangelio, al cual el P. Lagrange se dignó poner un prólogo. El señor Vaganay ha recogido en su volumen cuanto la crítica ha dicho acerca de este evangelio: sobre su origen y los debates críticos, su contenido, sus relaciones con los evangelios canónicos, su carácter, sus tendencias apologéticas, su valor histórico, su lenguaje, fecha de su composición, su influencia literaria y sobre las porciones perdidas del mismo evangelio. A esta larga y erudita introducción sigue un extenso comentario, que iguala en erudición a la introducción misma. Las conclusiones que de todo este trabajo se deducen son que el tal evangelio fué compuesto probablemente en Siria, hacia el año 120, sobre la base de nuestros cuatro evangelios y la fantasía del autor, el cual intentó poner de relieve la mala voluntad de Herodes y de los jefes de los judíos en todo el proceso del Señor. Su mayor valor, y por lo que es digno de aprecio, es que nos enseña a estimar mejor los evangelios auténticos, por el contraste que con ellos tiene.

La mejor manera de hacerse cargo los principiantes del carácter paleográfico de los antiguos códices y del alcance que en ellos tienen las variantes en orden a la Crítica textual de la Escritura, es verlos con sus propios ojos en sí mismos o en una fiel reproducción. A ese fin obedecen, respecto del N. Testamento, dos publicaciones recientes del profesor Enrique José Vogels (2).

El Libro de ejercicios para servir de introducción a la Crítica textual del N. Testamento, es una especie de crestomatía, que reproduce tipográficamente en columnas sinópticas algunos trozos característicos de diferentes códices, para poder apreciar con un solo golpe de vista las variantes o coincidencias respecto de un mismo pasaje del N. Testamento. Así, por ejemplo, respecto de *Jud.*, 1-6, reproduce en tres columnas el texto griego de los códices Vaticano, Sinaítico y Rescripto de Efrén, donde al momento se advierten, además de las usuales abreviaturas, las variantes de cada códice, insignificantes en este caso, siendo todavía más perceptible la semejanza o casi coincidencia de los tres. En otros casos, se puede ver la semejanza o diferencia entre las traducciones y el texto griego, o de las diversas traducciones entre sí,

(1) *L' évangile de Pierre*. Págs. XXIII-357 en 4.º París. J. Gabalda. 1930. Pr. 50 frs.

(2) *Übungsbuch zur Einführung in die Textgeschichte des Neuen Testaments*, von Dr. Heinrich Joseph Vogels.—Bonn. Verlag von Peter Hanstein. 1928. 32 págs., en 8., mayor.

Codicum Novi Testamenti Specimina. Páginas 51 ex codicibus manuscriptis et 3 ex libris impressis collegit ac phototypice representatas edidit Henr. Jos. Vogels.—Bonnae, 1929. Sumptibus P. Hanstein. 13 págs. de Introd., 54 láminas en 4.º

como también, por vía de muestra, algún texto raro de códices antiguos o poco conocidos, o alguna muestra de variantes en los textos citados por los Santos Padres. Todo lo cual resulta práctico y eficaz para el objeto que el autor se propone.

Complemento de esta obra es la otra del mismo autor, en que aparecen magníficamente fotograbadas 51 páginas de otros tantos códices del N. Testamento. Aquí no necesitan los principiantes hacer ningún esfuerzo de imaginación para llegar a representarse en todos sus detalles los caracteres de los códices antiguos. Ellos mismos desfilan ante sus ojos, comenzando por dos papiros del siglo III o IV, por los códices unciales Vaticano, Sinaítico, Freeriano, Alejandrino, Rescripto de Efrén, Eutaliano, etc., seguidos de otros varios manuscritos griegos y greco-latinos, continuando con los ejemplares más notables de la versión latina, con otros ejemplares (Sinaítico, Curetoniano, Peschito, Heracleano) de las versiones siríacas, con dos manuscritos coptos, otro copto-árabe y otro armenio de la Biblioteca Vaticana, y acabando con el código gótico *Argenteus*, el gótico-latino *Carolinus* y el franco-bávaro de *Monseer Mattheus*. Hay también tres facsímiles correspondientes a las Biblias impresas de Bamberg (años 1455-1461), de Alcalá (1514) y Sixtina (1590), corregida por Rocca. Las fototipias están hechas con el mayor esmero; y si en algunas de ellas resulta difícil la lectura, es debido a defecto o deterioro del mismo original. Por lo demás, el autor se encarga en la Introducción de dar sobre cada una las oportunas explicaciones. Es todo lo que se le puede pedir. A los méritos contraídos en sus múltiples trabajos anteriores sobre la Crítica textual del N. Testamento hay que sumar los que ahora le corresponden por el esfuerzo de estas últimas publicaciones.

En la revista placentina «Divus Thomas» se ha ocupado el P. Zarb, O. P., de esclarecer el pensamiento del Angélico Doctor sobre la existencia de uno o varios sentidos literales en la Escritura. Su trabajo ha sido después editado aparte en un folleto de 25 páginas (1).

El resultado de su investigación es el siguiente: 1.º Sto. Tomás admite un solo sentido literal histórico (*sensus principalis*), intentado a la vez por Dios y por el autor inspirado. 2.º Sto. Tomás admite, además de éste, otros varios sentidos literales (*sensus per adaptationem*), fundados sobre el primero, intentados por Dios únicamente y desconocidos por lo tanto del hagiógrafo. Lo primero lo deduce de estas palabras de la Suma Teológica: «Sensus (Scripturae) non multiplicantur propter hoc quod una vox multa significet, sed quia ipsae res significatae per voces, aliarum rerum possunt esse signa. Et ita nulla confusio sequitur in S. Scriptura; cum omnes sensus fundentur super unum, scilicet *litteralem*» (I, q. I, a. 10, ad 1). Lo segundo lo ve expresado en estas otras palabras con que el Angélico termina el cuerpo del artículo, en el mismo lugar citado: «Quia vero sensus literalis est quem auctor intendit; auctor autem S. Scripturae Deus est, qui omnia simul suo intellectu comprehendit,

(1) *Utrum S. Thomas unitatem an vero pluralitatem sensus literalis in Sacra Scriptura docuerit? Auctor: P. Seraphinus M. Zarb, O. P.—Ex «Divus Thomas». Plac.*

non est inconveniens, ut dicit Augustinus, si *etiam secundum litteralem sensum* in una littera S. Scripturae *plures sint sensus*». Es de notar que en ese artículo de la Suma el Angélico Doctor trata *ex professo* la cuestión de los sentidos de la Escritura. El P. Zarb cita además, en apoyo de la segunda parte de su tesis, otros textos de Sto. Tomás en que sólo incidentalmente se ocupa de esa cuestión (*De Potentia*, q. IV, a. 1; *IV Sententiarum*, D. XXI, q. 1, a. 2, quaestiunc. 1, ad 3).

Para entender el pensamiento del Angélico, el P. Zarb añade que es preciso tener en cuenta, por una parte, la dignidad de la Sda. Escritura, cuyo autor principal es el mismo Dios, verdad infinita, «qui omnia simul suo intellectu comprehendit» (I, q. I, a. 10); y por otra parte, la limitación de la humana inteligencia, que sólo por partes y sucesivamente puede comprender las verdades que en Dios existen de una manera simultánea. Asimismo, se debe considerar que los múltiples sentidos literales, lejos de apartarse de la letra, han de brotar siempre del sentido principal, sin prestarse nunca al equívoco ni tampoco a la arbitrariedad de los intérpretes. Tal creemos que es el camino para resolver el problema tan debatido entre los teólogos acerca de la multiplicidad de sentidos literales en la Escritura.

La historia del canon escriturario es la historia de un dogma muy fundamental en la vida de la Iglesia, el dogma del reconocimiento de los Libros sagrados. Son éstos sagrados o canónicos por su origen divino, o sea, por la inspiración del Espíritu Santo con que fueron escritos; pero para que estemos ciertos de esta inspiración es preciso que la Iglesia nos la testifique. La historia de este dogma desde los orígenes de la Iglesia hasta el Conc. Tridentino es llana y sin accidentes, o es áspera y quebrada, según por donde se la mire. Si se atiende al criterio fundamental que en esta materia debe regir, que es la tradición de la Iglesia por la lectura pública, la historia del canon apenas tiene dificultades. Pero las tiene y no pequeñas cuando se la estudia en las obras de los Padres y de los Doctores eclesiásticos. Salta ante todo a la vista la cuestión de los libros deuterocánicos y la de su valor doctrinal. Esta, agudizada en la época del renacimiento primero, y más aún al aparecer el Luteranismo, debió ser afrontada y resuelta por el Conc. de Trento, y lo fué efectivamente en la sesión cuarta el 8 de Abril de 1546. La publicación de los copiosos documentos sobre esta asamblea, realizada por la *Sociedad Gorresiana*, permite hoy conocer los varios incidentes, que precedieron la redacción del decreto, y su conocimiento es útil para comprender el verdadero sentido que los Padres dieron a sus palabras y para entender bien los principios en que se inspiraron al redactarlo. Este asunto lo ha hecho materia de un detallado estudio el Dr. Maichle (1), ya conocido por un trabajo análogo sobre el decreto de la Vulgata.

Para bien entender la razón histórica de este decreto comienza el Dr. Maichle

(1) *Der Kanon der biblischen Bücher und das Concil von Trident. Eine quellenmäßige Darstellung*, von Dr. Albert Maichle Prof. am Gymnasium in Baden-Baden. Págs. XI-104 en 4.º Freiburg in Br. 1929. Herder. Pr. 4 mk. (*Freiburger Theologische Studien*).

exponiendo las doctrinas representativas de cuatro autores sobre el canon bíblico. Los dos primeros son católicos, pero que olvidando la norma fundamental en la materia, que es la tradición viva de la Iglesia, se dejaban guiar por la sola autoridad de S. Jerónimo, el cual, unas veces haciéndose eco de las opiniones ajenas, otras expresando la suya propia, no representaba fielmente la tradición católica. Erasmo sin duda aprobaría las palabras de Cayetano en que decía: «Ne turberis, novitie, si alicubi repereris libros istos (*Sapientiam et Ecclesiasticum*) inter canonicos supputari, vel in sacris conciliis, vel in sacris doctoribus. Nam *ad Hieronymi limam* reducenda sunt, tam verba conciliorum, quam doctorum, et juxta illius sententiam ad Chromatium et Heliodorum episcopos, libri isti, et si alii sunt in canone Bibliae similes, non sunt canonici, hoc est, non sunt regulares ad firmandum ea quae sunt fidei; possunt tamen dici canonici, hoc est, regulares ad aedificationem fidelium, utpote in canone Bibliae ad hoc recepti et authorati». (Comm. in Esther, in fine) (1).

El criterio, pues, de estos dos, por diversos títulos, insignes autores, era la erudición patristica. Por otro camino iban Lutero y Zwinglio, que establecen el principio del sentimiento privado y la conformidad de los escritos con los principios de su doctrina. No hay que decir que los Padres del Concilio rechazaban el criterio protestante para definir los libros canónicos; pero los textos de S. Jerónimo y otros Padres, que negaban la canonicidad de algunos libros o les concedían un valor inferior al de los otros, halló eco en las reuniones particulares y generales del Concilio, y sirvió para poner en claro el criterio de la Iglesia en este punto. Propuesta la cuestión de cómo habían de ser recibidos los libros sagrados, después de largas discusiones, prevaleció la sentencia de que se hiciera llanamente y sin previas discusiones, como habían sido recibidos por el Conc. Florentino y antes por S. Inocencio I y los concilios de Cartago presididos por S. Agustín: «Omnes *ferè* probarunt, ut omnes libri sacri, tam veteris quam novi testamenti, ita probarentur, quemadmodum a pluribus sanctis conciliis probati fuerunt, et novissime in concilio Florentino» (p. 19). Era la voz de la Iglesia sancionando su tradición secular. Todavía se propuso otra cuestión: si en el decreto se habían de exponer y refutar los argumentos de los adversarios sobre la canonicidad de algunos libros. La discusión fué larga, y al fin vino a prevalecer el criterio de antes: que se siguiese la norma dada por el Concilio Florentino y se omitiesen las discusiones.

Intimamente ligada a la cuestión del canon bíblico está la otra de la tradición, de la cual el Luteranismo había hecho tabla rasa. Todos estaban concordes en aceptar las tradiciones al lado de la Escritura; pero la dificultad estaba en definir esas tradiciones y en el modo de aceptarlas. Primero, de ¿qué tradiciones se trataba? ¿De las de Jesucristo, de los Apóstoles, de la Iglesia? ¿Y luego, de las dogmáticas, litúrgicas o disciplinares? La exposición que nos hace el Dr. Maichle apoyado en las actas del Concilio, demuestran las ideas imprecisas de muchos Padres sobre esta materia.

Resueltas en principio estas cuestiones, se vino a la redacción del decreto, cuyo primer proyecto fué presentado en la congregación particular el día 23

(1) Cf. LA C. T., t. XVII, 26 ss.

de Marzo. No hubo frase que no fuese discutida. Para terminar de una vez se distribuyó un cuestionario el 29 de Marzo, a los Padres, en el cual se proponen catorce puntos, que habían de ser luego sometidos a votación. Resultado de ésta fué el segundo proyecto, que todavía hubo de ceder su puesto a un tercero, el definitivo, publicado el 8 de Abril. Para complemento de información el Dr. Maichle añade a su estudio la exposición de las doctrinas de varios teólogos del Concilio, en las cuales, como es natural, reaparecen aún las cuestiones de la distinción de los libros sagrados, que el Concilio no había querido resolver explícitamente. Son estos autores Juan Calvo, general de los Menores observantes; Seripando, general de los Agustinos, y Alfonso de Castro. Con el decreto tridentino termina la historia del canon escriturario. El Concilio no hizo sino sancionar de una manera solemne e irrevocable la tradición, conservada sobre todo en la lectura pública de las reuniones litúrgicas.

EXEGESIS

La colección *Die Heilige Schrift des Alten Testaments* se ha enriquecido con un nuevo volumen dedicado a los libros de los Macabeos (1). Tienen estos libros especialísima importancia en la Escritura, porque llenan, aunque sólo en parte, el período que media entre Esdras y los Evangelios; porque nos narran el encuentro del mosaismo con el helenismo en una forma violenta, y finalmente, porque nos informan sobre los orígenes del judaismo que sirvió de campo para la siembra de la palabra evangélica. En la historia de la religión mosaica y de la preparación mesiánica, los dos libros ocupan un lugar excepcional. Para realizar su obra el autor de este nuevo comentario pudo servirse de trabajos especiales, Kolbe, Kugler, Abel, Dalman y Koeppl, sobre cronología y topografía, para la crítica textual de Bruyne y Kappler.

En su introducción (pp. 1-45) estudia las cuestiones propias de la introducción especial, necesarias para entrar luego con paso llano en el comentario de la obra. De los autores nada sabemos en concreto, fuera de que el primero era un judío de Palestina, celoso amante de la Ley, muy familiarizado con los lugares que fueron teatro de la lucha. Las noticias sobre el segundo son aún más escasas. Puesto que escribía en griego y compendia la obra de Jasón de Cirene, debió de ser un helenista, acaso un doctor alejandrino. Tampoco se puede precisar la fecha de la composición de ambos libros. Para el primer libro señala Bévenot los años 120 a 100 a. C. De esta misma fecha deben ser los cinco libros de Jasón, compendiados por el «Epitomator» poco después, cuya conclusión cree reconocer Bévenot en 3,40; 7,42; 10,9; 13,26; 15,37. La ingerencia de un nuevo escritor en la obra no la cree necesaria. El párrafo dedicado a discutir el valor de los documentos contenidos en ambos libros termina con esta declaración:

(1) *Die Beiden Makkabäer Bücher* übersetzt und erklärt von Hugo Bévenot, O. S. B. Benediktiner der Abtei Weingarten. Mit 2 Karten. Págs. XII-260, en 4.º Verlag von Peter Hanstein. Bonn, 1931. Pr. 9,60 y 11,60 mk.

«Se advierte un movimiento satisfactorio hacia la rehabilitación científica de los documentos de ambos libros de los Macabeos».

La cronología de éstos se distingue de todos libros bíblicos, primero por usar de un punto de partida fijo, luego por referirse a él con frecuencia para señalar la data de los sucesos. Pero todavía quedan puntos oscuros. ¿Qué año comienza la era seléucida o de los griegos, que siguen ambos autores? ¿En qué época del año? Después de exponer y discutir diversas opiniones Bev. termina por aceptar el año 312-311 a. C. como punto de partida de la era seléucida, y que el II Mac. comienza seis meses más tarde que el I, éste en primavera y el otro en otoño. Las cifras de los enemigos, sobre todo de los muertos en la batalla parecen exageradas. En la solución de esta dificultad el autor comienza por advertir los extraordinarios esfuerzos de Tucídides para ser exacto en su historia de la guerra del Peloponeso. La solución adelantada por el P. Knabebauer de que la inspiración no implica revelaciones sobre estas cosas que no pertenecen a la fe y costumbres, y que por consiguiente en ellas los autores sagrados se remiten a los documentos, no parece satisfacer del todo al autor. Y sin rechazarla de plano hace notar la facilidad con que los números escritos en cifra, se podían adulterar, aunque todavía no se debe exagerar esto sobremanera, ya que Flavio Josefo, que utilizó el I Mac., trae en substancia las mismas cifras. Sin embargo, advierte Bev. la tendencia a los múltiplos de diez, argumento de que se expresan en cifras redondas; nota también los múltiplos exactos de los guerreros griegos con relación a los judíos, como si se quisiera significar la proporción en que estaban las dos partes contendientes.

Como todos los libros históricos del Ant. Test., estos dos son proféticos sin dejar de ser históricos. Tienen especial parecido con los Reyes el primero y con las Crónicas el segundo. El principio de su concepción histórica es la Ley y la fidelidad de Dios prometida en ella a los piadosos observantes de la misma, y el castigo debido a los impíos y prevaricadores. Una diferencia se nota entre los dos autores en su modo de mirar el Templo, que ambos veneran: el autor del I Mac. habla de él con ánimo sereno, como de algo que le era familiar; al contrario, el autor del II Mac. habla con la devoción exaltada de un peregrino que lo vió una vez y volvió a su patria con la imagen del Templo impresa en el alma. En punto a doctrina es la misma del Antiguo Testamento. Todavía son de señalar algunos que el autor de I Mac. pone más de relieve. Es el primero la resurrección universal: de los buenos y fieles a Dios «para la vida eterna», de los impíos «para el eterno castigo». A causa de la estrecha unidad que existe entre el alma y el cuerpo, la resurrección es concebida como una consecuencia necesaria de la inmortalidad del alma. Otro punto, que sería difícil precisar en los libros precedentes, es el valor de los sacrificios por los difuntos, para que sean éstos purificados de sus pecados y preparados para la resurrección. Esto implica la afirmación de un estado intermedio entre el de completa purificación y el de iniquidad merecedora de castigo eterno. También resalta en este libro el valor de la intercesión de los justos ya muertos por los vivos. La gloria del martirio se halla aquí pintada con el fervor de los primeros siglos cristianos.

Hasta aquí los israelitas son alabados de pelear y morir por su pueblo;

aquí se nos ofrece el cuadro maravilloso de una madre con siete hijos que mueren, no en el campo de batalla, sino ante el tribunal de un tirano por su religión y por la fidelidad a la ley de su Dios. Para la declaración de los vaticinios de Daniel tienen los dos libros capital importancia. El problema de la inspiración ofrece sus dificultades en el II Mac., por cuanto es un compendio de los cinco libros de Jasón de Cirene. Podría preguntarse si el «Epitomator» responde sólo de la *fidelidad de su compendio* o también de la *verdad de los hechos que compendia*. Bev., en armonía con las resoluciones de la Com. bib., a falta de pruebas en contrario, está por la afirmativa a las dos cuestiones.

A esta docta y extensa introducción, cuyos puntos principales acabamos de señalar, sigue la traducción del texto, restituído críticamente con los elementos de que hoy dispone la exégesis, y luego un amplio y docto comentario, en el cual hemos de señalar la explicación dada por el autor a algunos de los pasajes más difíciles.

Las noticias que en I Mac. 8, 1 ss., se dan de los Romanos y que movieron a Judas a procurar su alianza, están lejos, en algunos puntos, de responder a la verdad histórica. El autor sagrado se refiere a la fama que en Oriente y en Judea corría sobre los Romanos, su política, sus victorias y su gobierno, todo lo cual responde bien a la grandeza de su imperio, sin que se meta a discernir la verdad sobre cada detalle. Jonatan buscó la alianza de Esparta, que entre todos los estados de Grecia, había conservado con Atenas su autonomía, cuando conquistada Grecia por los Romanos, fué reducida a provincia romana. El parentesco de que se trata en la carta de Ario es sin duda real, aunque no podamos determinar en qué manera, desconociendo la historia de la difusión de los Judíos y su influencia en las regiones del Mediterráneo. Conviene advertir que en la tabla etnológica del Gen. X, que, según Heinisch, fué posteriormente ampliada, el parentesco es a veces simplemente cultural o político. El Ario de la carta debe ser Ario I, que reinó en 309-265, y el pontífice pudo ser Onias I, que lo fué hasta el 300 u Onias II, que desempeñaba esta función hacia el 265.—El Antioco, cuya muerte se refiere en II Mac. I, 10 ss., es Antioco III el Grande, muerto en Elimaida, al querer saquear un templo consagrado a Bel y a su paredra Nanea (187), para procurarse recursos con que pagar a los Romanos el tributo de guerra que le habían impuesto.—La comparación del pintor, con que el «Epitomator» explica su labor literaria (II Mac. II, 29-31), no ha de tomarse con tal rigor y extensión que excluya su intención de narrarnos una historia, por más que su esfuerzo principal haya sido hacer, con los materiales acumulados por Jasón, una obra artística.

La obra de Bev. constituye una contribución importante a los dos libros de los Macabeos.

El estudio de la lengua, en que los libros del Nuevo Test. fueron escritos, no es una cuestión puramente literaria y sin valor para la exégesis bíblica. Las palabras son expresión del pensamiento, y para precisar éste es necesario afinar bien en el significado de aquéllas. La lengua griega del Nuevo Testamento se diferencia en mucho del griego clásico, y así por la estructura gramatical y lógica, como por la acepción de muchas palabras tiene mucho parecido con el hebreo y demás lenguas semíticas. En un principio se recurría a la naturaleza y educación de los autores sagrados para explicar estas particula-

ridades, designadas con el nombre de hebraísmos, arameísmos o semitismos. El descubrimiento de gran cantidad de documentos del griego popular hizo cambiar la opinión y que las singularidades de la lengua neotestamentaria se explicasen como propiedades del griego *común* (koiné) y popular. El P. Joüon, distinguido hebraísta, acaba de publicar en la colección «*Verbum salutis*» una traducción de los evangelios con anotaciones lingüísticas, en que parece quiere volver a la opinión antigua de los semitismos (1). Expongamos su pensamiento.

«Los evangelios escritos en griego, naturalmente deben interpretarse según el léxico y la gramática griega en la época de su composición. Usando de buen método, sólo después de haber comprobado que tal particularidad del texto no es explicable por el griego se debe recurrir al arameo o al hebreo para explicarla. Lo difícil es saber si el griego, que había venido a ser la lengua de tantos «bárbaros» y está dotada de una tolerancia que nos maravilla, basta para explicar debidamente tal o cual anomalía de lenguaje. El helenista que ignora el arameo se siente inclinado a explicarlo todo por el griego, cualquiera que éste sea, desde Homero hasta nuestros días, pasando por los escribas egipcios de la época tolomea o romana; mientras que un arameísta se verá tentado a encontrar arameísmos demasiado fácilmente».

Es cierto, de una parte, que nuestros evangelios están escritos en griego, y que este no es «un griego de traducción», para los cristianos de origen judío o pagano, que podían leer el griego, a lo menos cierto griego. De aquí se infiere que toda palabra, forma o locución, todo elemento semántico de nuestros evangelios es «griego» a su manera, es decir, que el escritor lo ha juzgado aceptable para él y para los lectores a quien destinaba su libro. En la mayor parte de los casos hubiera sin duda podido alegar algún ejemplo o analogía de la lengua sabia, semi-sabia o popular, sin hablar del griego de los Setenta.—Es cierto por otra parte que el griego de los evangelios tiene matices muy particulares, semitas y bíblicos, que no se explican sino por el origen semita o judío de los evangelistas. En todos los casos en que una particularidad del griego de los evangelios coincide con otra del semítico (hebreo o arameo), hay razón para pensar en una influencia del semítico, aun cuando esta particularidad se encuentre en tal o cual documento griego de la *Koiné*, por ejemplo en los papiros de Egipto, que, por lo demás, han podido ser escritos por indígenas y aun por semitas». «Para resolver, pues, el problema de los semitismos no basta con alegar uno o dos ejemplos de los papiros, tanto más cuanto que la frecuencia relativa de su empleo es aquí capital» (p. XII ss.)

Este debate no es puramente literario, tiene su valor para la exégesis de los evangelios. Siempre que se compruebe el fondo semítico de una palabra, locución o frase griega, es de razón que se tenga en cuenta en la traducción y explicación. La restitución de este substrato permite con bastante frecuencia apreciar mejor el valor exacto de una palabra o de una locución del texto griego. La atención que se preste a este substrato arameo es particularmente

(1) *L'Évangile de Notre-Seigneur Jésus-Christ*. Traduction et commentaire du texte original grec, compte tenu du substrat sémitique par Paul Joüon, S. J. Págs. XXI-617, en 8.° París, Beauchesne. Rue de Rennes, 117. 1920.

útil para evitar la traducción demasiado mecánica de los tiempos griegos. No lo es menos para juzgar del valor que pueda tener el empleo de palabras griegas distintas, pero que responden a una misma palabra aramea. Los matices que en este caso puede tener el texto griego, no convienen al original arameo. Veamos de ilustrar esta doctrina con algunos ejemplos de los muchos que el P. Joüon nos ofrece en sus notas.

“ἵνα πληρωθῇ: el hebreo no distingue con rigor la significación final y la consecutiva: «para que se cumpliese» o «de modo que se cumplió». En un texto análogo, I Reg. 2, 27, el sentido consecutivo es bastante claro: «Así es cómo Salomón echó a Abiatar del sacerdocio de Jehovah, de modo que se cumplió la palabra de Jehovah. (Cf. P. Joüon, *Grammaire de l'hebreu biblique*, § 124, l. 1. (p. 5).—Τότε, «entonces», primer ejemplo de esta palabra, que es la fórmula de transición preferida de S. Mateo. Esta frecuencia excepcional de τότε en San Mateo no se explica por la influencia del hebreo, ni del griego de los Setenta, sino del arameo (en Daniel 'edayin, bedayin = τότε, es muy frecuente). La palabra puede ser empleada en un sentido preciso y en un sentido menos preciso (p. 7).—Ἰσθί, literal «sé tú», en el sentido de «quédate, permanece». El verbo εἶμι se emplea con frecuencia en este mismo sentido, que no parece griego, pero es muy frecuente en hebreo (verbo *hayah*) (p. 8).—Peshitto: «frutos iguales (= dignos) al arrepentimiento», es decir, «proporcionados, correspondientes a». La palabra aramea empleada por la Peshitto, *sawé*, puede ser el substrato de ἄξιος.—Μὴ δοξῆτε λέγειν, literalmente: «no tengáis el pensamiento de decir, no se os ocurra decir». Teniendo en cuenta el substrato arameo, que es probablemente «no comencéis a decir» (Luc. 3, 8 μὴ ἄρξῃσθε), se puede traducir por «no vayáis a decir». En esto se notará que S. Lucas es aquí más semítico que S. Mateo (p. 12).—Ἐπιούσιος (Vulg. *supersubstantialis*, pero en Lc. 11, 3 *quotidianus*). Esta palabra oscura, cuya formación y sentido son muy discutidos, está formada probablemente de οὐσία en el sentido de *subsistencia*, por consiguiente *relativo a la subsistencia, subsistencial*. El substrato arameo es sin duda la expresión «el pan de nuestra subsistencia», es decir, el pan necesario a nuestra subsistencia (p. 35).—Μαμωνᾶς (Lc. 16, 9, 11, 13), es la forma helenizada del arameo *mamona*, y en hebreo *mamón*. El sentido es *riqueza*, y aquí la *Riqueza* personificada. A causa de esta personificación S. Mateo y S. Lucas la han preferido a πλοῦτος, que es el término usual. La personificación de los griegos Πλοῦτος, dios de las riquezas, resultaría una transposición impropia (p. 38).

Por estos ejemplos podrán los lectores darse cuenta del carácter de las notas, que van añadidas a la traducción del texto, hecha con el criterio que hemos indicado. Resultan sin duda utilísimas para la inteligencia de la letra del evangelio, que es la puerta para llegar al sentido.

Debemos saludar con algo más que cortesía la aparición del *Manual de estudios bíblicos* publicado por los profesores *Lusseau* y *Collomb* (1). Hacia

(1) *Lusseau* (Abbé), Docteur ès-sciences bibliques, *Collomb* (Abbé), Licencié ès-

tiempo que los católicos veníamos suspirando por un nuevo Manual, que reuniendo y superando las mejores condiciones didácticas de los otros, fuese desde luego algo más que un prontuario esquemático de Exégesis escrituraria. Y a juzgar por el volumen que acaba de aparecer (1.^a parte del tomo V, último en la serie y primero en la edición), la obra de «los profesores Lusseau y Collomb realiza cabalmente ese anhelo tanto tiempo acariciado.

Y lo realiza bajo todos los conceptos: claridad máxima de expresión, disposición tipográfica del texto con arreglo a los mejores cánones del arte pedagógico, profusión de grabados y fotografías, a página llena y con mucha limpieza reproducidas, y sobre todo, un análisis introductorio y exegetico capaz de satisfacer las aspiraciones, lo mismo del estudiante que del profesor, lo mismo del predicador que del teólogo, lo mismo del crítico exigente que del lector piadoso o contemplativo. Porque para unos y para otros hay en esta obra tratados o capítulos de introducción en que se exponen los datos más concretos y precisos sobre el título de cada libro, su autor, su objeto, sus fuentes, sus destinatarios, su fecha y lugar de composición, su canonicidad, su valor histórico, doctrinal y literario, etc., etc. Y para unos y para otros hay también, y esto es lo más notable, una exposición exegetica de cada libro, que bien pudiera llamarse comentario, ya que «sigue línea por línea el progreso y movimiento de las ideas, coloca cada pasaje en su contexto inmediato, agrupa los lugares paralelos, y se esfuerza en poner de manifiesto la urdimbre de los conceptos y sentimientos que constituyen los puntos más salientes del discurso, para llegar a descubrir por ese medio el secreto conjunto de la trama» (Préface). «Si nos hemos creído en el deber, explican sus autores, de dar tal importancia a esta obra, es que a ello nos invitaban la amplitud, el interés y la gravedad de los problemas estudiados, por una parte; y por otra, los alumnos de nuestros Seminarios, debiendo proseguir en el sacerdocio su formación escrituraria, tienen derecho a ir preparados para ello por medio de una obra fundamental, que les facilite el acceso a comentarios especiales y les asegure la continuidad de sus progresos» (ib.).

El volumen recién publicado versa sobre los Hechos Apostólicos y las Epístolas de S. Pablo a los Tesalonicenses, a los Gálatas, a los Corintios y a los Romanos. La introducción y el comentario a cada uno de estos libros van precedidos de una selecta bibliografía moderna y de planes esquemáticos que, junto con la disposición de las materias en secciones encabezadas por sus correspondientes títulos y subtítulos, ayudan al lector a darse rápida cuenta del contenido. Notas abundantes, al margen inferior de cada página, ilustran y sazonan la lectura. Y todo está de tal manera concebido y ordenado que resulte fácil llegar a la perfecta inteligencia del Sdo. Texto, profundizar en sus ideas y deducir conclusiones históricas, dogmáticas o morales a gusto particular de cada uno.

«Se ha comenzado por el último volumen, obedeciendo a razones prácticas

sciences bibliques.—*Manuel d' Etudes Bibliques*, rédigé conformément aux directives données par S. S. Pie X aux professeurs d' Ecriture sainte. Tome V: 1.^{er} parti: *Les Actes des Apôtres. Les grandes Epîtres de saint Paul*. 1 vol. in-8.^o de 640 pages: Prix: 30 fr., franco 32 fr.; étranger 35 fr. Paris-VI.e Pierre Téqui, Libraire-Editeur, Rue Bonaparte, 82. 1930.

y a ruegos de numerosos maestros de Sda. Escritura. Se prevé que los otros volúmenes irán apareciendo con un ritmo bastante acelerado (2.^a parte del tomo V en Febrero, el tomo IV en Septiembre de 1931).

Esperaremos a que aparezcan esos volúmenes, para ver si hay algo en ellos que nos obligue a poner algún reparo. Porque en éste, considerado como un Manual de enseñanza pública, y no como obra de investigación o de razonamiento personal, nada ciertamente hemos encontrado reprochable. Antes por el contrario, sólo encontramos motivos para desearle y augurarle un gran éxito de aceptación y de librería.

La colección del Nuevo Testamento, dirigida por F. Tillmann, acaba de publicar la cuarta edición de las Epístolas de la cautividad (1). Esta edición está refundida, aunque no nos sea posible hacer una confrontación con las anteriores para anotar las diferencias. Comprende cuatro epístolas, unidas cronológicamente, y además doctrinalmente representan el desarrollo de uno de los aspectos de la doctrina de S. Pablo, su cristología. Las epístolas de los Colosenses, Efesios y Filemón son debidas al Dr. Meinertz, la de los Filipenses al Dr. Tillmann. El primero escribe la introducción al grupo de las cuatro epístolas. Como la cautividad de S. Pablo comenzó en Jerusalén, se continuó en Cesárea y acabó en Roma, hay quienes las colocan, si no todas, algunas, en Cesárea de Palestrina y quien las dice escritas en Roma. No faltan también quienes afirman que fueron compuestas en Efeso, durante una prisión que los Hechos no narran, pero a que alude el mismo Apóstol en su segunda epístola a los Corintios. Meinertz discute estas sentencias para concluir por la cautividad romana. Esto precisa más la fecha de su composición, que sería entre los años 61 y 63. Las tres primeras fueron escritas en un tiempo en que el Apóstol moraba en una habitación particular alquilada y sin graves impedimentos para su actividad misional; la de los Filipenses marca el momento en que la causa tocaba ya a su fin.

San Pablo no conocía personalmente la comunidad de Colosos, fundada por su discípulo Epafras, en la cual parece que por los días de la composición de la epístola comenzaban a pulular doctrinas dualistas, gnósticas y judías, todos los gérmenes del sincretismo religioso, que, llegados a su madurez, cristalizaron luego en los sistemas gnósticos. San Pablo conocía esta situación por el mismo Epafras, y ella le da la ocasión para exponer más ampliamente sus doctrinas sobre Jesucristo. El argumento que algunos críticos quieren tomar de aquí para negar la autenticidad de la epístola y poner su composición en el siglo segundo carece de fundamento.

La epístola a los Efesios ofrece sus dificultades. En primer lugar las palabras del I, 1, «en Efeso», que concreta la epístola a la gran metrópoli del Asia,

(1) *Die Gefangenschaftsbriege des heiligen Paulus* übersetzt und erklärt von Dr. Max Meinertz o. prof. der Theol. an der Univ. Münster i. W. und Dr. Fritz Tillmann o. prof. der Theol. an der Univ. Bonn. Vierte, neu bearbeitete Auflage. 16-18 Tausend. Págs. 169 en 4.º Peter Hanstein, Verlagsbuchhandlung. Bonn. 1931. Pr. 5,80 mk. (*Die Heilige Schrift des Neuen Testaments*).

no ofrece todas las garantías de seguridad; luego la epístola no parece responder a las relaciones que S. Pablo tendría con Efeso, donde había predicado durante tres años. Esto ha dado origen a varias sentencias: una, que sea una carta encíclica dirigida a las iglesias de Asia y en cuyas copias se ponía la ciudad a donde cada copia iba dirigida; otra, que haya sido escrita a la ciudad de Laodicea cercana de Colosos y de la cual habla el Apóstol en esta epístola, así como de otra carta que habría escrito a los Laodicenses. Son de notar las palabras de S. Pablo: «Quiero que sepáis cuales fueron mis cuidados por vosotros, y por los de Laodicea y por cuantos no vieron mi rostro» (II, 1). Y luego: «Yo doy testimonio a favor de Epafras, que trabajó mucho por vosotros y por los de Laodicea y de Hierápolis... Cuando hubiereis leído esta epístola haced que la lean los de Laodicea, y vosotros a la vez leed la de los Laodicenses» (IV, 13, 16). Por estas y otras consideraciones Meinertz se mueve a aceptar la opinión de que esta epístola de los Efesios sea la mencionada de los Laodicenses, que no se conoce. ¿Cómo se habrá verificado el cambio de Laodicea por Efeso, que se lee en casi todos los códices? Nuestro autor admite sobre esto la hipótesis de Harnack, el cual propone una especie de «*damnatio memoriae*», sugerida por el juicio desfavorable que S. Juan pronuncia en el Apocalipsis (III, 14-22), bien diferente del que le mereció Efeso, aunque no absolutamente favorable (II, 1-7). Pero a la verdad toda esta discusión no tiene influencia en la exégesis de la epístola, aunque sirve para dar razón de la forma poco concreta de la misma. Su autenticidad ha sido negada por otras razones literarias, que a la verdad están muy lejos de tener un valor definitivo en contra de los argumentos favorables a la tradición.

La epístola a Filemón, que, como es sabido, es una recomendación del Apóstol a favor de un esclavo fugitivo, da ocasión al Dr. Meinertz para escribir una hermosa introducción sobre este tema de la esclavitud en la antigüedad pagana y cristiana.

Las relaciones del Apóstol con los Filipenses nos son bien conocidas por los Hechos. La epístola revela tan al vivo el alma afectuosa de S. Pablo para con su querida iglesia de Filipos, que a la verdad no puede ofrecer ninguna dificultad razonable la autenticidad de esta epístola.

A cada introducción sigue el comentario hecho sobre la traducción alemana del texto sagrado. Como abundan los puntos difíciles, para completar la exposición de la doctrina paulina intercalan en el comentario seguido, ampliaciones de algunos textos, como el conocimiento de S. Pablo, su doctrina sobre los ángeles, sobre la mística, etc. La aceptación que han tenido las primeras ediciones de esta obra no dudamos que se acrecentará en esta nueva y refundida edición.

Con escrupulosa exactitud matemática siguen los Monjes Benedictinos de Montserrat cumpliendo las promesas que hicieron al anunciar la publicación de la Biblia traducida y comentada en catalán.

El segundo volumen dedicado a las Epístolas de S. Pablo acaba de llegar a esta Redacción (1). Su autor es el P. Salvador Obiols, conocido ya de nues-

(1) OBIOLS (Dom Salvador), O. S. B.—*Epístoles de Sant Pau*. Als Gàlates—Als Efe-

tros lectores. Pero... ¡el P. Salvador ha muerto! Ha muerto santamente a los veintinueve años de edad, precisamente cuando tenía puestas todas sus ilusiones en la aparición de este volumen... ¡causa ocasional de su muerte!

Con el fin de penetrar en la mente del Apóstol propúsose ir recorriendo uno por uno los diversos lugares mencionados en las Epístolas y seguir los famosos itinerarios de S. Pablo. Realizada felizmente la primera excursión en la primavera de 1928, a pesar de todos los contratiempos que no faltaron, en compañía de otros dos valientes y entusiastas jóvenes, P. Benito Junqué y Padre Jordi Riera, intentó emprender a principios del curso actual la segunda en unión del P. Junqué, cuyas excelentes fotografías pueden admirarse en el primer tomo de la Biblia ilustrada catalana editada por el P. Ubach, que vió la luz pública el año pasado. Ambos religiosos conocían por experiencia los sufrimientos y privaciones que tendrían que probar, y, no obstante, lanzáronse intrépidos a realizar su segundo viaje; pero esta vez no fueron tan afortunados, pues sintiéndose atacados de la fiebre tifoidea, se vieron forzados a regresar a Jerusalén donde, al fin, sucumbieron víctimas del terrible azote. La muerte vino a segar en flor estas vidas, tan llenas de esperanzas y que prometían óptimos frutos de investigación científica para los estudios bíblicos. Lamentamos profundamente la pérdida de estos ilustres religiosos, a quienes tuvimos el gusto de conocer en la Escuela Bíblica de los PP. Dominicos en Jerusalén, y con quienes compartimos en varias de las excursiones bíblicas organizadas por nuestros Padres.

CIENCIA TOMISTA se asocia al sentimiento que aflige a la Comunidad de Monjes Benedictinos de Monserrat, al mismo tiempo que elevamos al cielo una súplica por las almas de estos dos jóvenes y piadosos religiosos, que no dudaron en entregar su vida en aras de la ciencia.

La traducción y el Comentario de cada Epístola va precedida de una Introducción, en que se discuten los problemas que la crítica va suscitando acerca de la autenticidad, destinatario, lugar y fecha, ocasión, o motivo que le indujo al Apóstol a la redacción de las Epístolas, plan, estilo, carácter, división y contenido, etc., etc. En todas estas cuestiones el autor demuestra estar al corriente de las últimas investigaciones y no podemos menos de alabar su buen criterio en la resolución de las mismas.

La traducción está hecha directamente del texto original. Es fiel, sin ser esclava de la letra. En las notas van apareciendo los vocablos griegos que necesitan alguna explicación.

El comentario, a pesar de tener un sabor filológico, está lleno de doctrina teológica, como no podía menos de ser tratándose de las Epístolas del Doctor de las Gentes. Por donde resulta un libro utilísimo, no sólo para los exégetas, sino también para los aficionados a estudios teológicos y a la predicación.

Merecen especial mención los puntos siguientes: qué se entiende por *οἰκονομία* (pág. 97); el comentario a la conocida expresión del Apóstol: *eramus natura filii irae* (106); la interpretación del cap. II, v. 10 de los Efesios

(108); la perícope II, 5-11 de la epístola a los Filipenses «de una sublimidad teológica excepcional» (165); el comentario al v. 6 y a los vv. 12-13 del mismo capítulo (165 s.); la perícope I, 13-20 de la epístola a los Colosenses que forma «el punto central de la epístola y el fragmento teológico más importante de la misma» (194); la interpretación de aquellas palabras tan sabidas del Apóstol: «*adimpleo ea quae desunt passionum Christi*» (199); la sección de la primera epístola a los Tesalonicenses en que se habla de la parusía, que es «la parte más importante y también la más difícil de la epístola» (254); el resumen del capítulo segundo de la segunda epístola a los Tesalonicenses «de una dificultad de interpretación proverbial» (269); el prólogo de la epístola a los Hebreos que se distingue «por su belleza literaria y su fondo dogmático» (381); el comentario a II, 9 de la misma epístola, «de difícil interpretación por la construcción gramatical y la sublimidad del pensamiento» (390), etc.

Por el ligero análisis que acabamos de hacer podrán comprender nuestros lectores el valor de este precioso libro que no parece estar compuesto por un joven de veinte y nueve años. Es que el P. Obiols se hallaba preparado para emprender esta obra en la que había puesto todas sus bellas cualidades, así como todas sus ilusiones. Es de esperar que el Apóstol habrá premiado a quien dedicó la vida entera a la interpretación y divulgación de aquella doctrina tan sublime y tan divina que nos dejó encerrada en las páginas de sus Epístolas.

El Apocalipsis de S. Juan, tan rico en imágenes y símbolos de todo género, ofrece un doble problema literario. ¿Cuál es el origen de esas imágenes y símbolos? ¿Cuál es su significado? A la exégesis del misterioso libro importa sobre todo la solución del segundo problema. La del primero es más secundaria, pero todavía, no deja de tener su importancia por tratarse de un libro sagrado y por la ayuda que puede prestar para la recta inteligencia de sentido inspirado del libro. Y esta importancia sube de punto, si se toma en cuenta la tendencia de cierta escuela protestante a ver en la Escritura sagrada una derivación de la astrología babilónica. Todo lector del Apocalipsis, que conozca algún tanto los libros del Antiguo Testamento, o que se tome el trabajo de compulsar las citas marginales con que suelen ir ilustradas las ediciones modernas del Apocalipsis, echará luego de ver que el Apóstol, gran conocedor de la literatura sagrada antigua, había recurrido a ella en busca del material simbólico que necesitaba para su obra, el cual acomoda luego a su plan, dándole una significación propia. El conocimiento de la procedencia de dichos elementos aprovecha grandemente para darnos cuenta de la forma literaria y hasta cierto punto para precisar su sentido, sobre todo la extensión del sentido simbólico. Que además de los símbolos bíblicos haya otros derivados de los apócrifos judíos no puede ofrecer dificultad, tanto más cuanto que los apócrifos se inspiran en los libros sagrados. Tampoco parece que pueda haber inconveniente en el origen pagano de ciertos elementos simbólicos, que formaban parte de las *concepciones poéticas* de la antigüedad, no de otro modo que entre nosotros abundan las imágenes derivadas de las mitologías antiguas. Lo que a toda costa se impone, atendido el carácter del libro, es que tales elementos se hallan en el Apocalipsis para expresar o servir de adorno a un pensamiento cristiano.

La escuela astrológica que hemos mencionado, suele pecar por dos capítu-

los: primero por exagerar sin razón suficiente la cantidad de esos materiales posiblemente astrológicos, y luego, lo que es más grave, por contentarse con el astrológico o mitológico, excluyendo el sentido divino. Uno de los autores que han defendido esta teoría es F. Boll, al cual el Dr. Joseph Freundorfer ha dedicado un estudio publicado en *Biblische Studien* de Friburgo (1). Boll insiste especialmente sobre varios puntos del Apocalipsis: las visiones de las copas y de las trompetas (cc. XVI y VIII), la de las langostas (c. IX), la de los jinetes (VI) y la de la mujer (XII).

No parece difícil hallar en el Ant. Test. el origen de estos símbolos, pero Boll prefiere un camino menos trillado, y ayudado de su gran erudición, halla que las dos primeras visiones se reducen en su origen a una sola y proceden de un mito en que se compara al hombre con el mundo, y las partes de éste con los miembros de aquél. Tal mito se encuentra en el libro *περὶ ἐβδομαδῶν*, escrito del s. V, a. C., y luego en el Enoc eslavo, c. 30. La visión de las langostas parece derivarse de Joel, pero, a juicio de Boll, la forma especial que les da el vidente, su semejanza con los caballos prestos para entrar en batalla, su cabeza de hombre, sus alas y sus colas de escorpión, todo esto denuncia los centauros de las piedras límites babilónicas y sus descendientes helénicos en la descripción egipcio-helénica de los cielos (p. 38). Los jinetes serán cuatro signos del zodiaco, león, virgo, libra y escorpión, que ejercen sucesivamente su influencia en cuatro años del período sagrado de doce. Finalmente, la mujer vestida del sol, calzada de la luna, coronada de doce estrellas y perseguida de un dragón, no es otra que la constelación *virgo* del zodiaco. Todas estas ingeniosas elucubraciones, apoyadas en copiosa erudición, no responden, sin duda, a la mente del profeta. Todavía pueden servir, como decíamos antes, para dar razón de algunos detalles de las descripciones apocalípticas. Por dónde pudo San Juan adquirir estas noticias no es fácil de determinar. Pero tratándose de cosas que están en el ambiente, que los artistas representan en variadas formas, no es difícil suponer la vía por la que el vidente haya podido adquirir estas noticias, que en fin de cuenta vendrían a representar un valor muy secundario en el Apocalipsis. Tales noticias, depositadas en la memoria y en la imaginación del vidente, entrarían, al igual que las demás de origen escriturario, a formar parte de sus visiones divinas y proféticas. Tal es la solución que el Dr. Freundorfer con gran sutil análisis y copiosa erudición expone en su libro, deshaciendo los argumentos de Boll.

TEOLOGIA BIBLICA

La importancia de S. Pablo en la difusión del Evangelio fué ciertamente muy grande; pero aún fué mayor su labor en el desarrollo de la doctrina cristiana. Como que los racionalistas le quieren otorgar la gloria de fundador

(1) *Die Apokalypse des Apostels Johannes und die hellenistische Kosmologie und Astrologie*, von Dr. Joseph Freundorfer Privatdozent an der Univ. München. Págs. XV, 148, en 4.º Herder. Freib. in Br. 1929. Pr. 6 mk.

del Cristianismo, que arrebatan al Salvador. Por eso el estudio de S. Pablo está siempre de actualidad. Jesús para muchos teólogos liberales sería un profeta judío, cuya visión no traspasaba ni las fronteras de su pueblo, ni los tiempos en que vivió en la esperanza del próximo fin del mundo. San Pablo, genio propagandista y organizador, intuitivo y deductivo a la vez, tomando las doctrinas de Jesús, les imprime su propio genio y viene a ser el verdadero fundador del Cristianismo universal, católico. León Tondelli, autor de una obra sobre *Jesús en la Historia*, nos ofrece otra sobre el *Pensamiento de San Pablo* (1), en que expone con gran lucidez el pensamiento del Apóstol sobre los puntos fundamentales de la doctrina cristiana. Tales son: el juicio que San Pablo se formaba del mundo pagano y judío desde el punto de vista religioso y moral, los orígenes y causas inmanentes de esta decadencia moral y religiosa, el valor de la filosofía y el de la ley para alcanzar la justicia, la redención de Cristo, la justificación y regeneración del hombre por la gracia, el Cristo místico y la Eucaristía, el Espíritu de Cristo, el culto de Cristo y el nuevo sacrificio, la idea de Cristo en S. Pablo, la escatología del Apóstol, el reino de Dios y el de Cristo, la moral en S. Pablo, las fuentes del pensamiento paulino, la fe del Apóstol, la unidad de la Iglesia, Pablo y Cristo, la nueva aportación de S. Pablo a la obra del Evangelio. Todos estos son otros tantos títulos de los capítulos, que paso a paso va desenvolviendo con gran dominio del pensamiento paulino, con buen conocimiento de las falsificaciones racionalistas que refuta y con gran cuidado de mostrar cómo los gérmenes de todas las doctrinas del Apóstol, se hallan en la predicación de Jesucristo. De El es San Pablo, no el sustituto, sino el fiel siervo y discípulo, que consume su vida en dar a conocer a todos la verdad de Cristo, la gracia y la salud que por El nos vino. Cuantos lean la obra de Tondelli admirarán sin duda la grandeza de alma del Apóstol, pero aprenderán a amar a Jesús.

La escuela de Tubinga del siglo pasado, para explicar los orígenes históricos de la Iglesia, había ideado la teoría del compromiso entre el *Petrinismo* que significa el apego a las instituciones mosaicas, y el *Paulinismo*, la libertad completa de las mismas. Pasada de moda esta teoría, queda todavía un grave problema calcado en la realidad de la historia apostólica, a saber, la conducta de los Apóstoles en frente de la Ley. Jesucristo en los Sinópticos declara abiertamente que no viene a abrogar la Ley sino a cumplirla, esto es, a perfeccionarla. Y efectivamente, en el sermón del monte y en otros pasajes nos enseña a buscar el sentido espiritual de los preceptos legales. Sólo algunos pasajes parabólicos hacen presentir la abrogación de la Ley, pero en forma tan velada que no permitían, sin más declaraciones, renunciar a la misma. Y en efecto, la conducta de los primeros fieles, adocctrinados por el ejemplo y enseñanza de los Apóstoles, se atenía a esta norma. Aunque formando grupo aparte, se asociaban a los cultos del Templo, asistían a la oración en él y practicaban las devociones de la Ley mosaica. En fin, que ni la fe en Cristo, por

(1) *Il Pensiero di S. Paolo*. Págs. XV, 478 en 8.º Società Editrice «Vita e Pensiero». Milano, 1928. Pr. 20 liras.

quien esperaban alcanzar la salud, ni el bautismo que habían recibido en remisión de los pecados, ni los dones del Espíritu Santo que en ellos se manifiestan, los autorizaban para rechazar la Ley que era para ellos la forma de su piedad y devoción prescrita por Dios. Si quisiéramos precisar el grado de obligatoriedad de esta misma Ley, acaso encontraríamos muy diversas sentencias. Y sin duda que para algunos ésta era muy grande. El problema, que a penas existía mientras la Iglesia estuvo reducida a los fieles de origen judío, se presentó desde el momento que, por ministerio de S. Pedro, Cornelio y su familia fueron admitidos a la fe. Este problema se agravó cuando en Antioquía primero, y luego en Asia Menor, por la predicación de los helenistas y de San Pablo, se convirtieron a la fe muchos paganos. ¿Debían éstos circuncidarse? ¿Debían observar los preceptos de la Ley Mosaica? ¿Debía ésta considerarse como no existente para los venidos de la gentilidad? El Concilio de Jerusalén dió por boca de S. Pedro la solución de todos conocida. A ella propuso Santiago añadir un apéndice, que venía a ser una deferencia para con los judíos y como una transacción entre la libertad concedida a los gentiles y la sujeción a que se creían obligados los judíos. Este mismo hecho demuestra que, a pesar de la solución de principio, quedaba todavía en pie la reducción a la práctica, sin duda difícil y espinosa, por tratarse de cosas que tan arraigadas estaban en el ánimo de muchos fieles y que tenían a su favor la autoridad de una tradición divina muchas veces secular. El mismo S. Pablo, predicador de los gentiles y defensor infatigable de la caducidad de la Ley, hubo de guardarle por respeto de los judíos, grandes deferencias, las cuales no fueron suficientes para impedir que aquéllos le mirasen como traidor a su pueblo (Act. XXI, 28). Este problema histórico es el que trata de estudiar el Sr. Lemaury en una obra llena de erudición, cuyo título es: *¿Cristianismo de S. Pedro o Cristianismo de S. Pablo?* (1). El autor fija su pensamiento en la tesis racionalista que hace de S. Pablo el propugnador de la abrogación de la Ley y de la libertad de los gentiles contra S. Pedro, que seguiría la doctrina opuesta. Es claro que la retención de una ley nacional, como la mosaica, implica la negación de la universalidad del Cristianismo. Para resolver este problema el Sr. Lemaury, después de un primer capítulo introductorio sobre la Ley y su valor, estudia según los Hechos y las epístolas, primero la doctrina de S. Pedro sobre Jesucristo redentor universal, por quien sólo podemos alcanzar el perdón de los pecados. De aquí se sigue la caducidad de la Ley como medio de alcanzar la justicia, doctrina propuesta por S. Pedro en el Concilio de Jerusalem. Asentados estos principios, entra en la cuestión histórica, la conducta de los predicadores y de los fieles respecto de la Ley, para venir luego a la controversia originada en Antioquía, resuelta en principio en Jerusalem y que años más tarde dió lugar al incidente entre S. Pedro y S. Pablo, que el mismo S. Pablo nos narra en su epístola a los Gálatas (II, 11-21). El incidente no arguye diversidad de principios, sino diferencia en la apreciación de las circunstancias que determinan

(1) *Disertación crítico-histórica acerca de S. Pedro y las instituciones mosaicas*, por Carlos Jiménez Lemaury, doctor en Teol., licenciado en S. Escr., catedrático del Seminario y párroco de Carabanchel Bajo. Págs. XI-169, en 8.º Madrid, 1929. Pr. 5 ptas.

las resoluciones prácticas. Cuáles fueran éstas no lo podemos averiguar, ni definir por consiguiente la razón mayor o menor de uno u otro Apóstol. Llegado a esta conclusión, el Sr. Lemaure dedica una segunda parte de su trabajo a exponer y refutar la tesis racionalista de una manera sistemática, trazando los pasos por donde se habría llegado desde el judaísmo de los primeros fieles de Jerusalén hasta el pleno universalismo de S. Pablo, pasando por San Esteban, y los fieles helenistas, que a su muerte dejaron a Jerusalem y se fueron predicando en nombre de Jesús hasta Antioquía, la conversión de Cornelio, a la cual la crítica racionalista trata de quitar importancia, mientras que por otro extremo la tendencia mosaica terminó en el cisma y la herejía nacionalista.

En esta hermosa y docta disertación del Sr. Lemaure creemos advertir que no ha sido concebida ni ejecutada con la vista puesta en el ambiente religioso y científico de España, sino en el de Alemania. Teniendo en cuenta que la mejor apologética es la exposición clara e íntegra de la verdad, creemos que este estudio resultaría más atrayente y más provechoso para los lectores españoles, si lo hubiera concebido y desarrollado su autor con alguna mayor independencia de la que dice la crítica heterodoxa germánica. Exponer el problema en sí mismo con los elementos que la Escritura, así del Antiguo como del Nuevo Testamento, suministra, y mostrar, según esos mismos datos, la importancia del problema, refutando de pasada los errores protestantes, sería más adecuado a nuestra mentalidad. Debe pertenecer a este mismo defecto de extranjerismo el empleo del adjetivo *legales* como sustantivo para significar los preceptos o instituciones de la Ley mosaica.

Hace dos años hicimos la reseña de la obra *Jesus-Christ. sa personne, son message, ses preuves* del P. L. de Grandmaison. Al resumen y elogios que nos parecía merecer añadíamos la nota de que acaso «la misma erudición, aunque confinada sobre todo a las notas de pie de página y a las notas de fin de capítulo, hagan menos llana la lectura de la obra. Parece como que el espíritu, distraído por la muchedumbre de cosas, de ideas, de textos, etc., se derrama y no puede seguir con libertad el hilo del pensamiento concentrado en la persona de Jesucristo y en su obra» (La C. T., t. 39, 107 s. En.-Feb. 1928). No debíamos ser los únicos en sentir esta *excelencia defectuosa* de la obra, cuando el P. J. Huby se tomó el trabajo de ofrecer al público una edición abreviada de la obra del P. Grandmaison (1). Su plan, según nos declara en el prólogo, ha sido reducir a un volumen de fácil lectura los dos volúmenes de la obra original. Para ello ha suprimido todos los apéndices consagrados a investigaciones eruditas y a discusiones técnicas, y de las notas copiosas que acompañan al texto sólo ha conservado las que le parecieron más útiles. En el mismo texto se han omitido algunas ampliaciones, que por interesantes que fuesen en sí mismas, tocaban menos de cerca el tema central: tales son la historia de las

(1) *JESUS-CHRIST, sa personne, son message, ses preuves*, par le R. P. Léonce de Grandmaison de la Compagnie de Jésus. Édition abrégée. Págs. VIII, 707 en 4.º G. Beauchesne. Paris. Rue de Rennes, 117. 1930. Pr. 48 frs.

soluciones dadas al problema de Cristo fuera de la religión cristiana y la comparación de los misterios paganos con el misterio cristiano. Fuera de estas cosas que recargaban el desarrollo del tema principal, la edición abreviada puede decirse que es la obra del P. Grandmaison, idéntica en el plan, la misma por la doctrina y más accesible por el volumen.

Jesucristo es el centro de las Escrituras. Prometido en formas más o menos claras en el Antiguo Testamento, cumple en el Nuevo esas promesas, apareciendo entre los hombres lleno de gracia y de verdad. He aquí un plan magnífico, que ha querido desarrollar el Sr. Lectoral de Córdoba en su obra *El Misterio de Jesús* (1). «Apenas pasa día sin que alguien intente dar la explicación definitiva del misterio, que, como un halo de grandeza, envuelve la persona augusta de Jesús. Y para desvanecerlo, deforman y empuenecen su figura auténtica, como la saña de los judíos afeó su hermosura y destrozó su cuerpo en las horas tristes de su pasión» (Prol.)

El plan general de la obra queda ya indicado. Convendrá detallarlo para información de los lectores. Los tres primeros artículos dedicados a las promesas mesiánicas del Antiguo Testamento, y el cuarto a los apócrifos, que expresan la mentalidad mesiánica de los judíos en los días de Jesús, forman el primer capítulo, parte de la obra, y es como su introducción. Sigue luego el segundo, consagrado a exponer el testimonio que Jesucristo da sí mismo, según los tres evangelios Sinópticos. Un tercer capítulo lleva por título *La predicación de los Apóstoles*, y abarca la historia de los Hechos Apostólicos, las Epístolas Católicas y el Apocalipsis. *Las enseñanzas de S. Pablo* son la materia del capítulo cuarto, y el quinto está dedicado al Cuarto Evangelio. Dentro de cada capítulo, dividido en artículos, el argumento se desenvuelve lógicamente, de modo que la revelación del misterio se va ampliando cada vez más. Sin atrevernos a reprobar el orden del capítulo primero, hubiéramos preferido la inversión de los artículos segundo y tercero. El orden cronológico, preferido por el autor, tiene su razón de ser; pero, aparte de que esa razón no es del todo concluyente, puesto que los salmos mesiánicos no son todos de David ni de su época, todavía sería muy de tomar en consideración el orden lógico, que en el presente caso tiene, a nuestro juicio, gran importancia exegética. En efecto, los salmos, como cantos líricos que son y piezas independientes, carecen de marco histórico, del contexto que tanto ayuda para la inteligencia del texto. En cambio los vaticinios proféticos, lo tienen, aunque no siempre tan preciso como fuera nuestro deseo, nos ofrecen una idea más clara de su sentido mesiánico, y derraman mucha luz sobre los salmos. Creemos esto un pequeño defecto de método, el cual se revela también en algunas interpretaciones del Antiguo Testamento. Así hablando de la promesa del paraíso que al autor parece expresada con «palabras enigmáticas» en que vagamente se alude a la encarnación; pero sin que podamos saber de lo que se promete, si «es una cosa o una persona» (p. 17).

(1) *El Misterio de Jesús*, por José M. Gallegos Rocafoll, Can. Lect. de Córdoba. Páginas 496 en 4.º Madrid, 1930. Pr. 10 pesetas.

Estamos firmemente persuadidos de que el vaticinio de Jacob necesita para su debida inteligencia un apéndice, que es la promesa davídica de I. Samp. VII, la cual hubiera resultado la conclusión apropiada del artículo primero. No hay que ser tan esclavos de las divisiones cronológicas que a veces resultan demasiado materiales. El salmo segundo debe interpretarse ante todo según su propio contexto, aunque se tengan los ojos puestos en la realización del mismo y en las exposiciones de los Apóstoles, que no siempre son literales. Decir que su sentido literal es el que da S. Pablo en Heb. I, 5, no es tener bastante en cuenta el texto del salmo, ni acaso el mismo del Apóstol, pues en el pasaje referido hay algunos textos citados en el mismo sentido del salmo II, 7, que claramente no responden al sentido literal de los mismos. Y admitido el empleo de los textos en un sentido que no es el literal, hay que ver dónde se halla ese empleo, pero por principios de rigurosa exégesis (p. 39 s.) Por la misma razón hallamos deficiente la exégesis del salmo XLIV, 7 (p. 46). Sin duda que el salmo es mesiánico, pero en qué forma? Las esperanzas mesiánicas, que llenaban el alma de los profetas, eran por éstos expresadas en formas variadísimas que al exégeta toca precisar; ni se pueden exponer todos los pasajes mesiánicos según el mismo canon. Una cosa semejante ocurre con el vaticinio de Isaías VII, sin quebaste, a nuestro juicio, «suponer desde el principio que en estas palabras hay una referencia más o menos directa al Mesías» (p. 58). De la conclusión del artículo cuarto citaremos unas palabras, que pintan bien el estado de ánimo de los oyentes de Jesús, estado que se debe tener en cuenta para apreciar la conducta del Salvador y muchos episodios de su vida. Los apócrifos se apoyan en los libros canónicos; «pero de los diversos aspectos con que éstos presentan al Mesías, omiten casi por completo los que se refieren a sus sufrimientos, y en cambio insisten de una manera especial en su calidad de rey. De su obra, aunque no prescinden totalmente de su carácter religioso, recogen con mayor complacencia y destacan con más acusado relieve su soberanía universal y la gloria que había de dar a Israel. Por último, cuando describen el reinado del Mesías, no aciertan a separar lo que es estrictamente escatológico y trascendente de lo histórico y próximo. Lo confunden todo en una misma visión, y hacen que todo redunde en gloria y pro de Israel» (p. 85).

Entrado en el Nuevo Testamento, el autor se encuentra más a sus anchas, y con estilo fácil, precisión de concepto y orden lógico, sin alardes de erudición extraña al asunto que trata, nos va exponiendo los diversos testimonios que Jesús primero, luego los Apóstoles adoctrinados por Jesús, nos dan de su persona como Mesías, Hijo de Dios, Juez de vivos y muertos, Autor de la vida, Señor nuestro y de todas las cosas, Cabeza de la Iglesia, Luz, Verdad, Verbo de Dios.

La lectura tranquila y reposada de esta obra no puede menos de resultar edificante y confortadora para los que tenemos la dicha de creer en Jesucristo, y apta para dar luz a los que por su desgracia o nunca han creído o, lo que sería peor, han vuelto la espalda a esta fe. «De su plenitud todos recibimos, porque la ley nos fué dada por Moisés, la gracia y la verdad nos han venido por Jesucristo» (Jn. I, 17). Es la conclusión del autor y deben ser la esperanza de toda alma cristiana.

Aunque no sea su lugar mas propio, hemos de consagrar una breve reseña a la obra del prof. de Gottinga Dr. Jorge Wobbermin, cuyo título es *Lineas directivas de la teologia evangélica* (1). Al fin, puesto que la única fuente de teología protestante es la Escritura, las líneas directivas de esta teología han de serlo de la teología bíblica según la entienden los teólogos luteranos. Su contenido tiene para los católicos el provecho de la información científica. Es además una muestra del estado en que se hallan las iglesias protestantes en punto a doctrina, y de los frutos que va dando el principio del libre examen. Hace algunos años oíamos ponderar a sacerdotes católicos de Alemania, capellanes castrenses durante la guerra mundial, el estado de ignorancia religiosa que notaban en los soldados protestantes. No es de maravillar, pues lo que precisamente advertimos en estas lumbreras de la ciencia teológica alemana, después que han inventado la religión sin dogmas, es la mayor vaguedad e imprecisión en las doctrinas sustanciales de la fe. Pretenden conservar las fórmulas del Evangelio (por algo se precian de *evangélicos*); pero su sentido es muy otro del corriente y siempre difícil de precisar. Por esto no es maravilla que los fieles, que no sean teólogos de profesión, o no entiendan nada, o entiendan otra cosa de lo que se les dice.

El Dr. Wob, que figura entre las lumbreras de la teología evangélica, comienza su obra declarando que la teología se halla en una grave crisis, originada por el *historicismo* y el *psicologismo*. Para resolver favorablemente esa crisis acude a la farmacopea de Schleiermacher, de donde saca su método *religion-psychologisch*, según el cual la fuente única de la fe evangélica es la S. Escritura interpretada a la luz de la experiencia religiosa personal. Conforme a esto expone su concepto de la teología como ciencia. La coloca entre las ciencias del espíritu, y su objeto es la religión cristiana, prolongándose luego hasta darnos una concepción del mundo. Y como toda concepción del mundo implica una concepción de la vida, tal sucede con la teología. Para ello necesita tomar de la psicología y la ética las ideas de personalidad, de pecado y enfermedad moral.—Para tratar de la Iglesia acude también a Schl., «cuyo es el honor de haber puesto más en claro el íntimo lazo que existe entre la teología como ciencia y la práctica como vida». Wob., que al parecer es uno de los promotores del *movimiento ecuménico* para la unión de las iglesias, toma muy a pechos definir el concepto de iglesia. En la cual entran dos elementos, el uno *soterio-escatológico* y el otro *social*. El primero es la fe en Cristo Salvador y constituye «la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo, o sea, Cristo mismo viviendo en los que creen en El y por El en Dios». El elemento social es la manifestación natural de esa fe, pero manifestación libre, a impulsos del espíritu de libertad de los hijos de Dios. En el Nuevo Testamento nada hay prescripto sobre esto; las formas históricas que han tomado las iglesias son de origen humano, y ninguna se impone con autoridad divina.—En otro capítulo estudia Wob. la revelación. Comienza por afirmar que la religión cristiana es

(1) *Richtlinien evang. Theologie, zur Überwindung der gegenwertigen Krisis.* Págs. 145 en 4.º Göttingen. Bandenhoeck und Rupreck. 1929. Pr. 7,50 mk. (Studien zur systematischen Theologie. Heft 3).

una religión revelada. Y aunque todas las religiones invoquen una revelación a su modo, y el mismo Apóstol habla de una revelación de Dios a los gentiles, la revelación cristiana tiene esto de específico, que ella nos viene por Jesucristo. La discusión del problema de si esta revelación es *natural* o *sobrenatural*, la considera el autor como anticuada y la sustituye por esta otra, de si es *antropocéntrica* y *teocéntrica*. Pero lo importante es que en el Nuevo Testamento la revelación primaria no es un *sistema doctrinal*, sino un *hecho positivo* realizado por Dios. Y su fin no es *enriquecer el tesoro de los conocimientos humanos*, sino hacer *del hombre una nueva criatura* por su unión con Cristo, mediante la fe de que El no sucumbió a la muerte, antes fué resucitado por Dios y levantado a una comunicación de vida eterna. Advertimos al lector que esa resurrección no es corporal, esto es, del cuerpo, sino espiritual. Cómo ésta se debe entender, es uno de tantos puntos oscuros como llenan la teología evangélica.—Por aquí se ve la relación que existe entre la revelación y la fe; siendo ésta la que hace eficaz aquélla. Esta fe es de dos maneras: *quae creditur* y *qua creditur*. La primera afirma la realidad de esa convicción contra el criticismo, que pretendiera convertirla en ilusoria, haciendo al hombre juguete de sí mismo. La segunda distingue el Cristianismo de las demás religiones; su objeto es el mismo Dios revelado en y por Jesucristo. Esta fe es la que nos justifica y realiza en nosotros la nueva criatura.—Por último llegamos a la Escritura, fuente única de la fe, y en la que se contiene la revelación de Dios. Excusado es decir que Wob. rechaza la antigua doctrina de la inspiración y de la inervancia bíblicas. Pero afirma, sin embargo, que el cristianismo evangélico es el cristianismo de la Biblia. Así lo fundó Lutero y así debe ser. Esta es su justificación histórica en frente del Catolicismo. La Biblia es el documento de la revelación de Dios, y siendo Dios absoluto, así lo es la autoridad de la Biblia en cuanto documento de la revelación de Dios. La antigua doctrina de que la Biblia es autoridad infalible de verdad queda desechada, para sustituirla por la Biblia como mensaje de Dios a nosotros. Su autoridad es absoluta en las cosas de fe, pero en ninguna manera en las de conocimiento. También resulta muy oscura esa autoridad absoluta e «incondicionada», que se atribuye a la Escritura y que se distingue de su infabilidad. Ya queda declarado que la revelación, y por tanto la fe, no era un conjunto de dogmas. Y terminamos con las palabras del autor: «La Sagrada Escritura es para la fe cristiana la autoridad absoluta en cosas de fe y la única fuente de la verdad cristiana». Qué cosa sea esta fe que no supone un conocimiento, y cómo pueda dejar de ser ilusoria cuando no se apoya en *verdades* ciertas, *dogmáticas*, es otro de los puntos que a los católicos cuesta mucho entender, y creemos que también a los evangélicos.

Es de admirar la cultura del autor, la elevación de espíritu al tratar cuestiones que tanto apasionaron los ánimos; pero todo esto no quita la triste impresión que deja la lectura de su libro. La teología protestante no tiene de tal sino el nombre, y por más que se resistan a negarlo, se debate en un puro subjetivismo, que ni es ciencia ni vida cristiana.

El Dr. Martín Dibelius, profesor de Heidelberg, es otra de las lumbreras

de la teología evangélica y bien conocido por sus obras. Su método de investigación se llama «formgeschichtliche», de la forma histórica.

En qué consista este método lo entenderá el lector si considera que en todas las grandes ideas o instituciones hay que distinguir el fondo de las mismas y la forma o manera en que cada época las concibe y las actúa. Aplicando este principio al Evangelio, Dibelius nos ofrece su libro *El Evangelio y el Mundo* (1), en que trata de definir el fondo del Evangelio, «lo suprahistórico» de la religión cristiana, distinguiéndolo de *la forma histórica* que tiene en los Evangelios, para aplicarlo luego a la solución de los graves problemas, cuya solución reclama el mundo presente. Para realizar esta obra estudia en otros tantos capítulos el tiempo presente, la religión, el Evangelio, Cristo, el mundo, la Iglesia, la ética, el destino. Qué tal sea la medicina que nuestro autor ofrece a la época actual para remedio de sus grandes males, lo colegirá el lector de lo que nos dice sobre la religión del Evangelio y de Cristo, pues en éstos ha de buscarse el remedio.

La religión es para muchos algo que tiene relación con el mundo, un fenómeno más en el complicado organismo de nuestra vida, un campo de actividad, un interés espiritual, al lado de otros, como la ciencia, el arte, la economía, la política, etc., una concepción del universo y de la vida, al lado de tantas concepciones filosóficas. Y en la vida pública es la religión algo que los teólogos de las distintas confesiones defienden con el mismo interés con que se defienden los problemas de economía o de política. Pero esta es la religión secularizada. En el fondo la religión es algo más íntimo, más espiritual, más profundo, como se muestra en las que llamamos «altas religiones» como el Cristianismo y el Budismo, o en las nuevas formas de religiosidad individual, y en las formas inferiores de religión, que la curiosidad moderna saca a luz. En fin de cuentas «la religión es una relación afectuosa con un mundo superior». La relación significa la posibilidad de unión con ese mundo superior. El afecto distingue la religión de la metafísica. Finalmente, el mundo superior es una ley esencial «Wesengesezt» enteramente diversa y hasta opuesta a la de este mundo, pero entrañada en él (p. 21). Con esta *luminosa* idea de la religión ya podemos pasar a ver las noticias que Dib. nos da del Evangelio. Este se halla sintetizado en una palabra, que Jesús repite con frecuencia y cuyo sentido era evidente, porque estaba en el ambiente de entonces. Es la palabra «Reino de Dios», que para los judíos evocaba un conjunto de esperanzas apocalípticas, a la vez terrenas y celestiales, religiosas y políticas. El reino de Dios será la inversión del mundo presente, en que el poder, la riqueza, la gloria era la porción de los impíos, mientras que los fieles de Dios sufrían la pobreza, las vejaciones y las violencias. Y esta inversión sería repentina, venida del cielo, sin ninguna preparación de parte de los hombres. Pero en esto hay que distinguir esa forma apocalíptica y temporal, que no es el reino de Dios, pero mediante la cual los judíos, viviendo en el mundo, vivían con el espíritu puesto en algo supramundano.

(1) *Evangelium und Welt*. Págs. 176 en 4.º Göttingen. Vandenhoeck und Rupreck. 1929. Pr. 4 mk.

Esta fuerza, esta aspiración supramundana es la substancia del Evangelio, que nada tiene que ver con los accidentes que lo envuelven, nada con la familia, con el estado, con la civilización, con las costumbres, con la moralidad, con el derecho, con los ritos, con el culto, con la devoción, con la Iglesia. Todas estas cosas son de este mundo y Jesús predicándonos el Evangelio quiere elevarnos sobre el mundo, sobre lo temporal, sobre lo condicionado (p. 45). Después de esto, ¿qué nos quedaría como substancia del Evangelio? ¿En qué estaría la fuerza y el poder divino del mismo, que S. Pablo predicaba? ¿En qué la vida eterna, qué tenían las palabras de Jesús?—Si ahora queremos saber qué cosa sea Cristo, el fundador del Cristianismo, Dibelius nos dirá que el Cristo histórico, el de la tradición apostólica, el que pasó por la tierra predicando y haciendo bien no es nada; es el Cristo de la fe, el resucitado y que por la resurrección entró en una vida supramundana y supratemporal el que nos interesa. A la esperanza del Reino de Dios, sucedió la fe de la pascua, la visión del resucitado. Pero este resucitado, ¿qué es? Dib. habla del «Christus-Mythus», el cual es la forma en que los fieles de Cristo expresan simbólicamente la nueva orientación de su fe en el Reino de Dios, transformada en la de otro mundo inmutable. Tal es el fondo substancial, suprahistórico, eterno, que constituye el Cristianismo, en virtud del cual se pretende impulsar a los hombres hacia algo, ¿que está por encima de este mundo terreno y contingente.

Tal parece ser para este teólogo evangélico la suma de la fe y revelación cristianas, la salud que Cristo trajo al mundo, la plenitud de aquella sabiduría divina, que S. Pablo predicaba hallarse encerrada en Cristo. Se apena el alma al considerar que este sea el resultado de tantas investigaciones científicas y que estos teólogos sean los maestros y los guías de tantos millones de almas, que piden el pan de vida, que es el verdadero Cristo, Hijo de Dios encarnado para salud del mundo.

Con criterio independiente, aunque en tonos moderados, el profesor *Andrés C. Zenos* hace un estudio metódico y detallado de las ideas cristianas en la época de formación del Evangelio (1). De las cuatro partes en que divide su obra expone en la primera las enseñanzas de Jesús, en la segunda la doctrina primitiva de los Apóstoles, en la tercera la de S. Pablo, y en la cuarta la de S. Juan. División que corresponde a las cuatro etapas que cabe señalar en el desarrollo del pensamiento cristiano durante la época en que fueron elaborados los escritos del Nuevo Testamento.

Pregunta primeramente si es posible una Teología del N. Testamento. Y responde que es posible, a pesar del carácter fragmentario y circunstancial de la mayor parte de los escritos apostólicos, de igual modo que la Historia de la Filosofía reconstruye, por ejemplo, el sistema de los Jónicos, Pitagóricos y Eleáticos, sin contar con otros elementos que las expresiones fragmentarias a ellos atribuidas por filósofos o escritores posteriores. Y contra los que suponen arbitraria la distinción entre los libros canónicos del N. Testamento y los otros

(1) *The Plastic Age of the Gospel. A Manual of New Testament Theology.* New York. The Macmillan Company, 1927, 264, págs., en 8.º mayor.

escritos contemporáneos o inmediatamente posteriores de origen cristiano, declara suficientemente destacada la literatura del N. Testamento en razón de su carácter apostólico y dogmático (págs. 6 y 7). Lo cual no impide reconocer, desde luego, en la doctrina del N. Testamento un fondo común con el Antiguo, más una buena parte de ideas aportadas por la Tradición, por los apocalipsis y por la literatura helénico-alejandrina (págs. 13-17).

Tratando de averiguar lo genuino y auténtico de las enseñanzas de Jesús, se plantea por sí solo el problema de las fuentes, que para el autor no es otro que el problema de los Evangelios Sinópticos, ya que el Evangelio de S. Juan representa para él una nueva y final etapa de la evolución de las ideas evangélicas. El proceso de formación de los tres primeros Evangelios lo resume en esta forma:

«1.º Jesús, empleando el Arameo, hablaba a sus discípulos, según se le presentaba la ocasión. Sus dichos eran luego repetidos por los que primero los oían. Más tarde eran traducidos al Griego por los que pretendían darle a conocer a todo el mundo. Avanzando un paso más, los discípulos añadieron el recuerdo de las ocasiones en que tales palabras fueron pronunciadas, asociándoles aquellos incidentes que sobre ellas proyectaban alguna luz.

»2.º Estos dichos y las narraciones a ellos asociadas eran coleccionadas juntamente. De ahí nacieron dos o acaso tres notables colecciones: la conocida con el signo «Q» (λογια de Mateo), Marcos, y la desconocida fuente de Lucas.

»3.º En el último período, estos documentos fueron tomados e insertados en los actuales Evangelios por los Evangelistas, cada uno de los cuales parece tener distinto objeto. Marcos escribe para el mundo romano, y forma su Evangelio con los materiales más a propósito para recomendar la persona de Jesús ante el mundo romano. Otro tanto hacen Mateo para los judíos, y Lucas para el mundo griego» (pág. 33).

Jesucristo, como personaje histórico, era un maestro reconocido como tal por sus contemporáneos en virtud del valor intrínseco de sus proposiciones doctrinales. La primera característica de su método era lo que el autor llama ocasionalismo. «El elemento convencional estaba completamente ausente de sus procedimientos. No hacía alarde de un sistema de proposiciones exponibles y analizables, sino que declaraba llegado el Reino de Dios, y procuraba explicar su naturaleza conforme la ocasión se lo ofrecía» (pág. 37). Eran también características su personal autoridad e independencia en la manera de enseñar, la forma parabólica y concreta de su predicación, la viveza y colorido de imágenes con que sabía revestir sus enseñanzas; que junto con la facultad de adaptación a la mentalidad del pueblo que le escuchaba le daba un poder de convicción muy superior al de todos los otros maestros contemporáneos (páginas 37-40).

Las principales enseñanzas de Jesús eran el Reino de Dios, la paternidad divina para con los hombres, la correspondiente filiación de éstos para con Dios, y la nueva justicia o perfección moral que el nuevo orden de cosas exigía (págs. 44-64 y 86-98).

¿Se presentó Jesús como Mesías? Sí, en el sentido de que Jesús escogió o admitió ese título «a causa de su plasticidad o adaptación para el proceso de

transformar el concepto político de la idea mesiánica en un concepto ético y espiritual» (pág. 68). Y desde luego el autor reconoce que los calificativos *Hijo del hombre*, que Jesús mismo se atribuye, *Hijo de David* e *Hijo de Dios*, que le atribuían los demás, tienen significación propiamente mesiánica (páginas 66-71).

Conforme a ese concepto, Jesús se presentó también como fundador de lo que el autor llama «comunidad mesiánica». ¿Será esto la Iglesia que se dice fundada por Jesucristo? Del hecho de que sólo dos veces se emplee esta palabra en los Evangelios (en el de S. Mateo concretamente) no es lícito deducir una respuesta negativa. «La mera cuestión del uso de una palabra especial es un punto de pequeña trascendencia. Mientras que la idea de una hermandad de discípulos de Jesús es un hecho indiscutible» (pág. 74). Y no es sólo esto. El autor reconoce que Jesús legó a su Iglesia los Sacramentos del Bautismo y de la Cena Eucarística, aunque atribuyéndoles un valor puramente simbólico (páginas 83-85).

El Reino Escatológico, precedido de la *Parusia* y del Juicio Universal, era también un aspecto del Reino de Dios predicado por Jesús. Y aunque solía presentarlo bajo la forma apocalíptica, para acomodarse a la mentalidad de sus oyentes, en el fondo el Reino Escatológico tenía para Jesús un significado más bien espiritual que material (pág. 105).

Sustancialmente, la primitiva predicación de los Apóstoles consistía en afirmar que Jesús era el Mesías esperado; que su muerte estaba ya predicha por los Profetas del A. Testamento; que su misión había sido la de fundar el Reino de Dios en la tierra y hacerlo efectivo por el arrepentimiento y el perdón de los pecados (págs. 119-123).

En la época apostólica comenzó a prevalecer la idea y el nombre de Espíritu Santo. ¿Cuál era en aquellos primeros tiempos el significado preciso de esta idea? El autor cree que no hay elementos suficientes para responder a esa pregunta. Lo único que se atreve a sugerir es que la idea de Espíritu Santo debió de brotar al calor de los carismas y milagros, que parecían exigir la intervención de un poder extraordinario y sobrenatural (pág. 127).

Nos extenderíamos demasiado, si quisiéramos seguir al autor en su estudio de las ideas de Santiago, de S. Pedro, de S. Pablo y de S. Juan. Pero sí notaremos, por lo que esto significa en la mente del autor, que la tercera parte de su obra la intitula: *El Evangelio de Pablo*; y la cuarta: *La Teología de Juan*.

El profesor Zenos, indudablemente, conoce a fondo los escritos del N. Testamento y posee un tino muy certero para señalar las ideas culminantes y características de cada uno de sus autores. Por lo mismo, su Manual de Teología neotestamentaria será siempre de gran utilidad para el exégeta, para el teólogo y para el historiador. Los católicos sabemos perfectamente a qué atenarnos respecto de algunas conclusiones del profesor Zenos. Y como católicos, le despedimos brindándole estas breves reflexiones: 1.^a Puesto que él mismo reconoce el carácter fragmentario y circunstancial de los escritos del N. Testamento, no se ha de suponer que toda la Revelación cristiana se halle contenida en esos escritos, o, de otro modo, que es lícito recurrir, como hacemos los católicos, a los informes de la Tradición. 2.^a Siendo un hecho innegable el progreso

de las ideas cristianas durante la época de formación del N. Testamento, cabe explicar ese progreso, no sólo por los procedimientos de la Lógica, sino también por nuevas luces de la Revelación, ya que ésta, según explica la teología católica, sólo con la muerte del último Apóstol quedó definitivamente clausurada.

Salamanca.

FR. A. COLUNGA, E. SUÁREZ, V. BERECHIBAR.

CRONICAS CIENTIFICO-SOCIALES

ESPAÑA

EL choque material, violento y ruidoso entre los elementos revolucionarios (llámense descontentos, ambiciosos de mando o ideólogos demasiado impulsivos), fuertemente contenidos durante la Dictadura, y el Gobierno de transición que sucedió a ésta, tenía que producirse casi fatalmente.

Tanto era ya el combustible acumulado, tantas las ilusiones de medros personales acariciadas, tan tenso e hipotecado estaba el amor propio de los comprometidos y remunerados, tan próxima se veía ya la apertura del Parlamento y el funcionamiento de la vida constitucional, que con todos sus incurables vicios y defectos quitaría todo pretexto a la invocación de *Democracia y Libertad* para la rebelión, y, sobre todo, tanto y tanto había declamado en pro de la revuelta y de la *república* una cierta parte de la Prensa llamada de *izquierda*, sin duda por no ser *derecha*, *recta*, en la estimación de la realidad o verdad de las cosas y personas, que el menor roce había de provocar el incendio. Y éste se produjo en la guarnición fronteriza de Jaca en la madrugada del 12 de Diciembre, y en Madrid (Aeródromo de Cuatro Vientos) en la del día 15. Adelantemos lo que está a la vista de todos: el más rotundo fracaso de la nueva y bien preparada intontona.

LA DERROTA Y SUS CAUSAS. Esa Prensa aludida, para la que como para los pecadores no deseamos la muerte, sino que se convierta y viva, esa Prensa, decimos, y los centenares o millares de *abogados, periodistas, intelectuales, estudiantes*, etc., que desde la Dictadura y aun antes, tratan de subvertir el orden político y social vigentes, llegaron a un tal grado de autosugestión en sus reducidos círculos de expansionamiento y conjura, que se creyeron toda la nación en el pensar y sentir, y que bastaba dar un grito y adoptar una actitud gallarda y resuelta de insurrección para que todo el mundo se alzase por la nueva bandera de *república, transformación social* y nueva estructuración *autonomista* de la Península. Síntoma alarmante de aquella exaltación morbosa fué el lamentable incidente ocurrido el día 3 en el Palacio de la Presidencia, en que un redactor de *El Sol* hizo un disparo al aire ante el Jefe del Gobierno para expresar su protesta contra la política tiránica e insufrible del general Berenguer, principalmente

por lo que se refería a la Prensa que, al parecer, desea una *libertad o licencia absolutas*. ¿Era un loco? Todo crimen es una locura. O hemos de declarar locos e irresponsables a todos los criminales, o, teniendo en cuenta las múltiples concausas sociales que influyen en el delito y en el delincuente, en cerebros débiles, voluntades enfermizas y conciencias anómalas, hemos de sopesar y poner rigurosos límites a todo lo que hemos de decir o hacer en público (y más ante el público que diariamente se enfrasca en los periódicos), por las repercusiones inmensas que ello tiene. La *libertad absoluta* no puede ser en ningún orden de cosas.

Claro es que esos *límites* debieran salir de la propia conciencia del escritor, quien por su cultura y la sensibilidad y elevación de su moral, debe comprender los fueros de ésta en cada ciudadano, para no rozarlos ni invadirlos; pero cuando esto no sucede, ¿qué remedio le queda al Poder público sino poner leyes, más o menos acertadas y eficaces, para reprimir los desmanes de tanto y tanto *vividor* de la pluma y defender a las pobres masas inconscientes de tanto *imaginativo* y de tanto *perverso* como se esconde bajo la capa de la *verdad*? Podríamos aplicar a esa Prensa, a mucha Prensa, lo que el crítico Sarcey decía de Zola: «A Zola no se le cae de la boca la verdad, y vuelta con la verdad, pero es sencillamente un imaginativo, que toma por verdad las alucinaciones de su cerebro...»

ALUCINADOS.

Como alucinados, de mejor o peor índole, hemos de considerar a los pobres insurgentes de Jaca y Cuatro Vientos, que recuerdan los de Ciudad Real y Valencia de principios del año 29. Entonces no se derramó una sola gota de sangre; ahora se derramó demasiada, fuera de la capital de la nación, sangre de soldados, sangre de obreros y de paisanos. ¡Españoles! *Se ha proclamado la República. Hemos padecido muchos años de tiranía y hoy ha sonado la hora de la Libertad...* ¡Soldados! *La noche pasada ha estallado en toda España el movimiento republicano, tanto tiempo esperado y deseado por los que estaban ansiosos de justicia...* así decían las proclamas lanzadas desde los aires sobre Madrid por el desgraciado e infatuado Franco, esperando que todos los madrileños diesen muestras de fe republicana, unos de entusiasmo activo para cooperar al triunfo, y otros de terror fugitivo para dejar expedito el camino. Pero se tomó todo a risa; el pueblo madrileño, cansado ya de oír rumores y aguantar bromas revolucionarias, se creyó que era una de tantas y no hizo caso ninguno. De modo que en Jaca se decía a los incautos que la República estaba triunfante en Madrid, y en Madrid se decía que en toda España. ¡Hasta la mentira llega a desacreditarse y a perder toda eficacia!

EL PROBLEMA RELIGIOSO Y EL PROBLEMA SOCIAL.

Sin embargo, ninguna ocasión como ésta para demostrar que toda España era republicana. En este último movimiento hubo un elemento nuevo, el que pudiera ser decisivo, que no intervino en los diferentes conatos revolucionarios de la Dictadura; el elemento obrero declarado en huelga más o menos pacífica, pero coadyuvante a la revolución. Los lectores asiduos de esta revista saben que venimos sosteniendo la tesis de que mien-

tras las masas obreras organizadas no formasen pacto con los revolucionarios políticos y militares, la revolución no adquiriría la máxima probabilidad de triunfar. Después de largas y complicadas vicisitudes, de muchos otros tanteos de huelgas parciales y generales y de ciertas importantes oscilaciones de las masas obreras organizadas, disgregándose y aglutinándose fuera de los antiguos cuadros, es cuando parece que a mediados de Noviembre se lleva a cabo el convenio entre los partidos republicanos y las organizaciones socialistas. Nos consta que por parte de las representaciones obreras el ofrecimiento no fué muy espontáneo ni entusiasta, ni tampoco fué recibido con gran confianza. Había y hay dentro del sector revolucionario dos problemas graves que se han visto obligados a aceptar y sobre los cuales han de definirse para llegar a una inteligencia cordial todos sus componentes: *el problema religioso* y *el problema social*. El problema religioso que la llamada *derecha republicana* quiere a todo trance resolver dentro de la ortodoxia católica, y *el problema social* que imponen las masas y organizaciones obreras, en este caso mejor o peor representadas por los socialistas. Respecto al primer punto, antes de ahora hemos notado un relativo progreso de respeto y acercamiento al Catolicismo y a la Iglesia, bien por el ingreso de muchos católicos sinceros y prácticos en las filas de la política llamada de izquierda, bien por una cierta reacción intelectual espiritualista, iniciada tiempo ha en casi todos los países, sin descontar a Francia, y que por convencimiento o por imitación tiene también aquí valiosos representantes, aunque todavía esta saludable reacción religiosa no ha llegado, y tardará algo en llegar, a las masas por tantos y tantos años educadas en el más desgraciado y repulsivo sectarismo anticatólico (1). Tenemos noticia cierta de que varios de los que se comprometían al movimiento revolucionario era sobre la base y la palabra de honor de que no se atentaría contra

(1) Al trazar estas líneas, llega a nuestras manos un libro que acaba de salir de la imprenta y se refiere al punto concreto que tratamos; se titula *Política religiosa de la Democracia española*, por Jaime Torrubiano Ripoll.—Javier Morata, editor. Madrid, MCMXXXI. Es un sincero ensayo de nuevo arreglo de las relaciones entre la Iglesia y el Estado español, de modo que por un lado quede a salvo la libertad y vitalidad espiritual de la Iglesia, y por otro tengan satisfacción las reclamaciones de las llamadas izquierdas, en el sentido de que quede suprimido por uno y otro lado todo intento de coacción o violencia, y se corten muchos abusos descritos con extraordinaria crudeza. Sin tiempo material para leer concienzudamente todas sus páginas, queda en suspenso nuestro juicio sobre un asunto en extremo delicado y que forzosamente hay que acometer, estudiar y resolver con toda decisión.

En relación con el aspecto *religioso* de la última revuelta no hemos de ocultar lo que, como en anteriores algaradas sucedió en Almansa y Alicante, tuvo lugar ahora en Gijón, o sea el incendio de la lujosísima iglesia de los PP. Jesuitas con todas las agravantes que han detallado los periódicos.—Suponemos que ante espectáculos tan lamentables se habrán convencido ahora ciertas personas y elementos de la necesidad y utilidad de la Obra Social que, en su tiempo, se impidió hacer varias veces en Asturias y singularmente en Gijón, y de la inutilidad de otras en que se emplearon y emplean tantos y tan generosos esfuerzos. Es hora de abrir los ojos a la luz siniestra de estos incendios, ya que no se han querido abrir a la suave y acariciante luz del sol de cada día.

la Iglesia Católica; pretensión más o menos cándida, pero muy significativa.

Pero, aún hay mucho que andar. Aparte los sucesos de impiedad agresiva, nada liberal por cierto, que hemos venido anotando, de Almansa, Alicante y Gijón (claro que no son nada en comparación con la *semana trágica* de Barcelona del año 1909), hemos visto con desencanto y dolor la *Ponencia sobre la enseñanza nacional* que el *Partido republicano socialista* aprobó por *unanimidad* en la Asamblea celebrada en Madrid en el mes de Septiembre último; pues, en la conclusión séptima y última se consigna esta enorme injusticia, esta horrenda crueldad de lesa cultura que ni como hombres ni como cristianos podemos admitir. Dice así la bárbara afirmación republicana:

«Séptima. Las instituciones y Ordenes religiosas no podrán sostener establecimientos de educación en ningún lugar del territorio nacional».

¡Aunque no fuese más que por consideración a Madrid que, con ser la capital de la nación (y en donde dicen que hay tantos y tan distinguidos republicanos con facultad y capacidad para fundar escuelas) tiene en el día de hoy unos *treinta mil niños* sin instrucción por carecer de escuelas suficientes para ellos! ¿Y cuántos más analfabetos habría en la capital y fuera de ella, si no fuera por la multitud de escuelas y colegios, gran parte de ellos gratuitos, que sostienen las corporaciones religiosas? Pero, ¿es que estos republicanos quieren quitar a la Iglesia su principal función espiritual que es la docente, *docete omnes gentes*?

Ya antes se había estampado esta otra afirmación russoniana que tantos majaderos ha producido en el trascurso de siglo y medio que viene rodando por ciertas cabezas y ciertos medios pseudoculturales:

«El sectarismo religioso, dice la Ponencia, trata de influir prematuramente, y lo consigue, en la educación de la infancia española sin el menor respeto a la conciencia infantil, que en punto a creencias religiosas debe permanecer rodeado del mayor respeto para que escoja en su día la que mejor acepte su espíritu o no escoja ninguna».

Esto, como lo ve la dialéctica más elemental, prueba demasiado y, por lo tanto, no prueba nada. Prueba que, por un hipócrita y mal entendido *respeto* a la conciencia, a la libertad y a la autonomía del niño y del joven, debe retrasarse la enseñanza de toda asignatura o disciplina difícil hasta que el candidato haya terminado su desarrollo mental en un total ayuno de ideas y en una abundosa floración fisiológica de hábitos de este orden que prevengan y casi anulen el libre albedrío y toda buena voluntad de investigación, lo mismo para la religión que para cualquier otra ciencia o arte de vivir. Ningún católico puede aceptar esta posición espiritual, y, menos admitir un Estado con semejantes atribuciones invasoras y anuladoras de la libertad más elemental y de los derechos individuales más sagrados.

En cambio, el Sr. Guerra del Río, exdiputado a Cortes y miembro conspícuo del *Partido radical* que acaudilla el Sr. Lerroux, dijo en una conferencia dada en Barcelona el 31 de Octubre último en una de sus Casas del Pueblo:

«Pasaron ya los tiempos en que a los republicanos se les calificaba de *clerófobos*.

La República, añade, respetuosa con todas las ideas, lo será también con las religiosas, pero no tolerará que la Iglesia se introduzca en la política. (*El Sol*, 2 de Noviembre de 1930).

LA LIGA LAICA.

Pero estas tímidas flores de tolerancia que empiezan a romper en el áspero y calcinado campo del republicanismo español, son bien pronto barridas y sepultadas por la lava de nuevas erupciones volcánicas de un irreligiosismo feroz que se resiste a morir. El tipo clásico del republicano clerófobo, del que parecía despedirse con ganas el Sr. Guerra del Río, renace con demasiada frecuencia entre nosotros, ya bajo la agresiva armadura de los discípulos de Nerón, ya bajo las insignias más suaves, más elegantes y más hipócritas de los discípulos de Juliano el Apóstata. ¿Cómo queréis, queridos republicanos, rehabilitaros, adquirir confianza y prestigio ante los católicos de la noche a la mañana con esta manera de proceder?

Por si hubiera alguna duda sobre esta nueva fase del anticatolicismo de nuestras izquierdas revolucionarias, ahí tenemos la *Liga Laica*, novísima organización en que se dan la mano republicanos y socialistas en orden al problema religioso, creada en la Casa del Pueblo de Madrid en Abril de 1930. Tenemos a la vista su Reglamento y el Programa de sus *aspiraciones mínimas*. Lo que en uno y otro documento pudiera aparecer oscuro, quedó suficientemente aclarado en el primer mitin que celebró esta entidad el 2 de Noviembre último en el teatro de la Comedia de Madrid.

En síntesis: la *Liga Laica* no ya aspira a la abolición de ciertos privilegios históricos que tuvo la Iglesia católica, que el tiempo muda y a los que ella misma renuncia sin grandes dificultades porque no afectan a la esencia de su misión; no ya pretende la consabida *libertad de cultos*, que de hecho ya existe y que, dada la decadencia manifiesta de todas las falsas confesiones que pudieran importarse en España (sectas protestantes, judaísmo, mahometismo, etcétera), nos importaría un ardite ver a nuestro lado las mojigangas de tales manifestaciones religiosas, sino que pretende *coartar a la Iglesia en sus mismas funciones espirituales específicas, y sujetarlas al control del Estado como si fuesen de un orden puramente humano*, de tal suerte que, por anular a la Iglesia, se niega todo principio y toda posibilidad de autonomía humana y de *verdadera libertad* al meter al Estado dentro de las conciencias de los ciudadanos y entregar *totalmente* a éstos a la voluntad o al capricho del Estado. ¿Qué democracia y qué liberalismo el de nuestros republicanos y socialistas!

Con el falso y burdo y fementido pretexto de que toda acción externa de la Iglesia es una *coacción*, una *ingerencia* o una *intervención* indebidas de la Iglesia he aquí lo que la *Liga Laica* desea y propugna, sin darse cuenta de que sus postulados prohibitivos alcanzarían a todo partido, a toda agrupación y a todo centro de cultura y de actividad que no fuera órgano administrativo del Estado. Es increíble que se haya podido llegar a este nuevo absolutismo del Estado. Hemos de dejar sentado el principio de que *ningún acto religioso se realiza a la fuerza o coactivamente, y que si se realiza es nulo* por sus cuatro costados. Dios no quiere nada violento, porque abomina de la *hipocresía*, hija de las coacciones más o menos directas, más o menos materiales. No

hay por qué ni para qué revolver ciertas páginas de la Historia. Hablamos de la vida actual religiosa y civil. Y, o existe una inconcebible ignorancia de lo que está al alcance de los ojos, o lo que vamos a copiar significa el retorno al *jacobinismo* o a las primitivas persecuciones, al tratar de privar a la Iglesia de toda actividad externa espiritual y de apostolado, que no se niega a ninguna otra entidad lícita. Veamos:

«Significa (la Liga Laica) la protesta y la defensa contra las infinitas vejaciones de que el dominio y la intervención fanática de la Iglesia en la vida civil hacen víctimas a todos aquellos ciudadanos desamparados que aspiran a regir su conducta mediante el sagrado principio de la libertad de conciencia. «La Liga Laica» combatirá toda ingerencia religiosa en la vida del Estado y toda intromisión en la vida privada que coaccione o coarte la libertad de conciencia de los ciudadanos» (Art. 1.º)

«Debe suprimirse (se dice en el Programa de aspiraciones mínimas), la declaración vejatoria a que ahora están obligadas las familias cuando desean que sus hijos no asistan a la clase de religión, tanto en la primera como en la segunda enseñanza». «Supresión de la necesidad de declarar que no se profesa la religión católica a los que quieran contraer matrimonio exclusivamente civil». «Siendo el padre, y en su defecto la madre, quienes ejercen la patria potestad, y a falta de ellos las personas a quienes la ley difiere la tutela, *debe quedar al arbitrio de los mismos la profesión del menor de edad en cualquier religión positiva*, siendo libres de bautizarle o no y considerándose delictivo cualquier acto que se realice en oposición o sin contar con la voluntad de los padres o representantes legales para imponer las aguas del bautismo a los menores. Que a los efectos de lo anteriormente expuesto se considerará menor, y por lo tanto necesitado de la asistencia de los representantes legales para ser bautizado, *a quien no haya cumplido dieciocho años*, edad que la legislación española marca para la plenitud del discernimiento y de la responsabilidad». «Se considerará como comprendida en el art. 278 del Código penal a cualquier persona de uno u otro sexo, religiosa o seglar, que *a personas reclusas en cárceles, presidios, asilos, hospitales, así como pertenecientes al ejército, inste, exhorte u obligue por cualquier medio a asistir a funciones de culto o ejercer prácticas religiosas, recibir sacramentos, etc.*, que no soliciten voluntariamente, *aunque no se emplee en ello violencia material o amenaza*». Se considerarán asimismo incluidos en el propio artículo los mismos actos realizados *para convencer a menores de dieciocho años* a recibir el bautismo sin consentimiento de sus representantes legales, etc.»

Como puede apreciarse, no sólo se tiende a limitar y hasta prohibir la *catequesis*, la *exhortación* y demás medios morales que emplea *toda propaganda* para persuadir, sin merma de la libertad, según dicen los últimos párrafos, sino que, *persuadidos de la mala nota que tienen entre nosotros los hombres sin religión*, estos laicos quieren librarse de ella, y pretenden, faltos del valor de sus propias convicciones, que se les exima de la *declaración de no católicos* que preceptúa en algunos casos la ley, precisamente para evitar posibles coacciones.

Más explícitos aún estuvieron los oradores del mítin citado. El Sr. Araquistain, fundador de la Liga Laica, dijo:

«La próxima República nos concederá este programa mínimo laico; pero ¿basta esto? De ningún modo; no basta separar la Iglesia del Estado, porque significa el reconocimiento de la Iglesia como Estado independiente que no reconoce más soberanía

que la de Roma papal. En España, como en todos los países, al separar del Estado a la Iglesia, hay que *vigilarla*, e impedir que se entrometa en cuestiones de la incumbencia del Estado, como es *la enseñanza*.

Otro de los oradores, Rodolfo Llopis, dijo:

«Recordad lo que en la revolución de Septiembre escribía un filósofo ginebrino a un español: «Habéis hecho una República; lo seguimos muy atentamente; pero mientras no nos enteréis de que habéis extirpado la *influencia del catolicismo*, vuestro país no habrá hecho la verdadera revolución. Estos problemas no son del siglo XIX ni una prueba de inelegancia espiritual. Ayer podíamos decir: *A defendernos*; hoy hay que gritar: *¡Atacar!*»

No lo duden los republicanos y revolucionarios españoles: una de las principales causas de sus derrotas de ayer, de hoy y de mañana, son esos ataques, más o menos encubiertos o descarados, contra la vitalidad religiosa, contra los hondos sentimientos católicos de nuestro pueblo. Las gentes, por un secreto y certero instinto, dudan de la moralidad de los hombres que carecen de religión, y se asustan de lo que pudiera ocurrir si ponen en las manos de éstos los destinos de la nación.

En cuanto al *problema social*, hay muchísimos republicanos burgueses que quieren la República, pero una República que no se meta con ellos, que no altere la marcha de sus industrias y negocios y deje intactos sus *latifundios*. De otra manera, prefieren el *statu quo* y la Monarquía.

Y una República conservadora, que no inmute más que la forma externa del Gobierno, no interesa a las masas obreras revolucionarias, y mucho menos a las organizaciones *socialistas*, que ya tienen muchos *intereses creados* en la Monarquía.

Esta es la razón de por qué han titubeado durante tanto tiempo, empezando a contar desde la Dictadura, los *socialistas*, para formar el pacto con los republicanos, sin cuyo requisito, como hemos advertido tantas veces, no se haría sin alguna probabilidad de éxito, el intento revolucionario. No antes de mediados de Noviembre, cuando el entierro de unas víctimas de un hundimiento dió lugar a unos motines y a una huelga general de *solidaridad* por 24 horas, en la que se demostró que se había roto la *disciplina socialista* de la *Casa del Pueblo de Madrid* y que los sectores más avanzados de *comunistas* y *sindicalistas* eran los que iban apoderándose de la masa general, fué cuando se estipuló el consabido pacto, más o menos secreto, entre los dirigentes socialistas y republicanos, y se tomó ya el acuerdo de ir a la rebelión en el mes de Diciembre. Hubo a principios de este último mes, según nuestros informes, sus más y sus menos entre los representantes obreros, bien porque estos mismos temían una preponderancia *comunista*, bien porque no contaban con Cataluña y otras poblaciones en que predominan los *Sindicatos Libres* (enemigos de toda revolución y de toda huelga general), bien porque no hubieran quedado del todo satisfechos de la última huelga general de Madrid al cerciorarse de que estos últimos Sindicatos con los Católicos podían asegurar algunos oficios, como *Transportes* y la *Panadería*, etc., etc.; a lo cual debe agregarse que en plena Casa del Pueblo y en determinadas asambleas varios obreros socialistas gritasen que *lo que debían hacer era unirse todos con*

los Sindicatos Libres para luchar de común acuerdo contra los comunistas, sus comunes enemigos. Estos titubeos de los socialistas fueron los que desconcertaron un poco a los dirigentes de «la revolución», haciendo que unos se adelantasen como el capitán Galán, y otros se retrasasen más de la cuenta.

EL MOMENTO CRÍTICO.

Pero, nada menos que tres dirigentes socialistas, Fernando de los Ríos, Francisco Largo Caballero e Indalecio Prieto, habían firmado el pacto y formaban desde aquel momento el que llamaban «Gobierno provisional», en unión con otros *nueve* miembros (Alcalá Zamora, Lerroux, Azaña, Casares Quiroga, Miguel Maura, Marcelino Domingo, Alvaro de Albornoz, Nicolau D' Holwer y Martínez Barrios). El Manifiesto, en que aparecen el propósito y los nombres del nuevo «Gobierno», bastante retórico, muy breve y también muy anodino, pues oculta la ausencia de normas y soluciones concretas sobre los problemas vitales en que no podía haber unanimidad entre los firmantes, con las vagas palabras de *justicia, libertad, soberanía nacional*, cargando, eso sí, sobre la Monarquía todos los baldones de la historia pasada y presente, debía lanzarse sobre Madrid en el momento en que se suponía que «el pueblo estaba ya en medio de la calle y en marcha hacia la República»; es decir, cuando se habría declarado *la huelga general* en la mañana del lunes, y era la labor encomendada a Franco, en vez de la siembra de aquellas proclamas dirigidas sólo a los soldados. Cuando Franco subió a los aires, ya los dirigentes revolucionarios daban por fracasado el movimiento, porque «el pueblo no estaba en la calle ni en marcha hacia la República». No hubo huelga general ni siquiera parcial; no se dió la orden de paro en la noche del domingo, ni en la hora de entrada al trabajo, y todo fracasó, porque los «estudiantes» esperaban a los obreros, y los «soldados y oficiales» comprometidos, esperaban el barullo de la huelga.

¿Por qué no se dió la orden de paro? ¿Fué por temor a que no hubiera sido secundada unánimemente y que surgiesen las *fuerzas obreras de resistencia*, bastante bien preparadas, entablándose una lucha previa en las puertas de las obras y de las fábricas? ¿Es que hubo realmente *una defección* por parte de los dirigentes socialistas madrileños?

Esto es lo que se está discutiendo estos días con gran calor y hasta con efusión de sangre, no obstante el estado de guerra y el restablecimiento de la previa censura, y lo que dará lugar a una honda transformación de partidos, agrupaciones y hasta de órganos de Prensa. La sacudida ha sido formidable, y Dios quiera que provechosa para todos, por los fondos, irrisorios unos y trágicos los otros, que ha descubierto.

Lo indiscutible es la afirmación que dejamos consignada al principio: que ninguna ocasión como esta para demostrar que *toda España era republicana, era liberal, era democrática y parlamentaria*, como aseguraban los insurgentes y toda la Prensa de izquierda, porque *en más de treinta provincias* se declararon huelgas generales o parciales, y al parecer, se contaba nada menos que con *veintisiete guarniciones* en todo o en parte, como refuerzo o acompañante de ese gran *Pronunciamiento Nacional*, que sería el último y definitivo para la liberación de España. Y, sin embargo, la Nación permaneció quieta, tranquila y casi sonriente, como su capital, Madrid. De hoy en

adelante, ni esa Prensa tantas veces aludida y que ahora guarda misterioso silencio, escudándose en que la censura no permitiría cosas tan estupendas y aplastantes como se callan (y ya sabemos que si no hablan es que no tienen cosa de substancia que decir), ni estudiantes, ni abogados, ni ateneístas, ni periodistas, ni líderes de todos los colores, merecerán ser oídos cuando nos hablen de nuevas pesadumbres nacionales y de nuevas tentativas republicanas. La ocasión la pintan calva. Además, se trata de fruslerías.

Un escritor tan ferozmente independiente y tan contrario a nuestra religión como Pío Baroja viene a reconocer la inanidad de pelear por formas meramente políticas, en un artículo, *El sentimiento monárquico en España*, publicado en el nuevo gran diario *Ahora* del 17 de Diciembre. De él vamos a tomar estos párrafos:

«La clase rica, la media y aún la intelectual, consideran que en un país como España *sin unificar*, lleno de gérmenes de discordia, el único gobierno que permite y fomenta las actividades económicas posibles, la vida de los negocios es la Monarquía. Este sector social importante, llámese burguesía, plutocracia, capitalismo, es uno de los puntales más fuertes de la sociedad. El capitalismo en España exige la Monarquía. La Monarquía considera indispensable para la vida un Ejército y un Ejército numeroso. A su vez el Ejército, constituido como clase, necesita la posibilidad de una guerra.

«Estos elementos: burguesía capitalista, Monarquía, Ejército, guerra, fomentan el nacionalismo, crean una burocracia poderosa, se consolidan con la religión gran cemento social y forman el conglomerado de los viejos estados de un carácter que los socialistas llaman burgués, palabra negativa que dice poco o nada. *Esta forma es en mayor escala y con diferencias de cantidad la misma en las Repúblicas y Monarquías de Europa y América.*

«Tomándolo un poco a broma—¿por qué lo hemos de tomar en serio?—se podían fijar estas fórmulas: *Monarquismo*, igual Capitalismo más Rey, más Ejército, más Guerra, más Nacionalismo, más Religión. *Republicanismo*, igual Capitalismo, más Parlamento, más Ejército, más Guerra, más Nacionalismo, más Retórica democrática.

«El ensayo de constituir una sociedad sin capitalismo, sin Parlamento, sin nacionalismo y sin religión, por ahora al menos, no ha tenido éxito. Los soviets han sacrificado el elemento más grato de la vida espiritual, la libertad, y no han conseguido mejorar la vida material. Parece que han hecho de Rusia un infierno estúpido».

En cambio, otro escritor notable que hace profesión de filósofo independiente, don José Ortega y Gasset, nos pareció verlo caer en la alucinación republicana, atolondrado por el ruido de los periódicos, pues que, desde su estudio final sobre *La misión de la Universidad* (*El Sol*, 9 de Noviembre) en que hace una descripción y crítica verdaderamente despiadadas de la Prensa, terminaba sus artículos subsiguientes con la sentencia catoniana: *delenda est Monarchia*. Sobre todo, nos pareció impropio de una mentalidad elevada la furiosa diatriba contra la Dictadura y el régimen en el artículo del 15, *El error Berenguer*. ¿Es que se tocaba ya la República con las manos?

Y luego, para descolgarse el 6 de Diciembre con un largo *Proyecto* que parecía una rectificación de todo lo anterior, pues ya se suprimía el *delenda est Monarchia* y se acariciaba como una idea salvadora «para la reorganización del Estado español», no la revolución, sino un Parlamento o una Junta magna que «se compondría de ciento cincuenta a doscientas personas, en que»

estarían formalmente representadas no sólo todas las direcciones políticas que coinciden como mínimo en la necesidad de un nuevo Estado y la imposibilidad de resellar el actual, sino todas las grandes fuerzas nacionales-industria, banca, Universidad, obreros, asociaciones de producción, Prensa, letras, etcétera, etc.; proyecto que, acaso inmerecidamente, cayó en el vacío.

¿Por ventura no era ese mismo, en substancia, el gran anhelo de la Dictadura, en parte realizado con la *Asamblea Nacional* y que trataba de consolidarse en el proyecto de nueva Constitución?

Aprovechemos esta ocasión para decir, como colofón de este capítulo, que, con este *Proyecto* de Ortega y Gasset, con la conducta seguida ahora obligadamente por el actual Gobierno y con el *primer decreto* que la nueva República dictó por su delegación de Jaca, ha quedado plenamente justificada la Dictadura de seis o siete años que hemos tenido y la que, probablemente, será necesario implantar si lo pasado no sirve de escarmiento. He aquí el documento histórico con que el capitán Galán inauguraba la nueva democracia contra la antigua tiranía:

«Como delegado del Comité revolucionario nacional hago saber a todos los habitantes de esta ciudad y sus alrededores: *Artículo único*: Todos aquellos que se opusieran de palabra o por escrito o tomen las armas contra la República naciente *serán fusilados sin formación de causa*».

El lector ve bien claro que el capitán Galán, en nombre de la nueva República, y supuesto ya Gobierno, estaba dictando leyes mucho más rigurosas que las que están vigentes en España sobre rebeliones, y que él estaba quebrantando, por cuyo motivo fué fusilado, previa formación de causa.

¿POLÍTICA DEPORTIVA? Pensando estas y otras muchas cosas uno llega a sospechar si al correr de la Historia, y sobre todo al correr de la Historia contemporánea y novísima, la política, con letra pequeña, no es otra cosa que un *juego a quitarte tú para ponermelo*, y que hemos estado torturando bárbaramente la moral, el derecho y hasta la religión para ver de reglar antes o después esos actos de Gobierno que no merecen, en la mayor parte de los casos, el honor de que tales disciplinas se ocupen de ellos.

Vais de paseo por la vera de un campo de *fútbol*. Allí veis rodeados de una muchedumbre de pazguatos, unos cuantos muchachotes, tocados de distintos colores, que pugnan ferozmente y con los golpes y contorsiones más inverosímiles unos contra otros detrás de un balón repleto de viento. Os paráis un momento a contemplar aquella masa humana que aplaude, ruge o protesta ante las jugadas de los verdes o los azules, quienes, a veces, en confuso montón, se aporrean y maltratan furiosamente sin que nunca o casi nunca pase nada de particular. Abandonáis la valla, avergonzados de ver a vuestros semejantes en aquellas trazas, y pensáis, seguramente para vuestros adentros: ¿qué moral, ni qué derecho, ni qué religión pueden ni deben meterse en ese laberinto de patadas?

Esto mismo, con todos los respetos, cabe pensar de la política. Y yo creo,

salvo mejor parecer, que, fuera de aquellos luengos años de la Edad Media en que la Iglesia hubo de educar a los bárbaros en todas las artes y disciplinas de la vida civilizada, la política no debe merecer de parte nuestra una tan asidua, fervorosa y trascendental atención. La Política, con letra mayúscula, debe ser una culminación, una resultante de profundos trabajos llevados a cabo en el organismo social, en sus elementos esenciales componentes. Trabajo oscuro, trabajo duro y prolongado, pero de resultados mucho más seguros y fructíferos.

Es decir, que a la labor política, para que ésta sea limpia, suave, y no sea perenne objeto de asaltos y revoluciones, debe preceder una labor social de desfonde, de organización y acoplamiento de los individuos *en sus profesiones*, con un margen seguro de trabajo fructífero en el inmenso y aún inexplorado suelo nacional, de donde habría que sacar *a la fuerza* a las grandes capacidades técnicas y prácticas para empuñar las riendas del Estado. Este pensamiento revolotea, ya lo habréis notado, por la mente de muchos, pero aún no se ha formulado y articulado como él se merece para que entre ya en la categoría de los *tópicos*, no de los vacuos y campanudos que se usan para salir del paso, sino de aquellos que influyen en la vida práctica. En una palabra; es indispensable una *previa organización* de todos los ciudadanos por *profesiones* sobre bases firmes y justas de trabajo que creen copiosos intereses individuales y locales, cuya armonización general habría de ser la principal función de la Política, sin meterse en otras honduras. Y esta labor previa es labor ciudadana y de esfuerzo personal y asociado, para lo cual no se precisa mayormente una intervención del Estado o de la política, que sería caer en un desesperante círculo vicioso en que muchos ven consumirse sus mejores entusiasmos y energías.

CAMBÓ.

Entre tanto, habrá que soportar esta dichosa política de *partidos* y de *grupos*, esa monserga de sufragio universal inorgánico y ese Parlamento que, no obstante lo sucedido, parece que se abrirá a primeros de Marzo. De venir el mal, que venga cuanto antes para ensayar también cuanto antes el remedio. Pensar en Dictaduras permanentes o en regímenes absolutistas, a que propenden los hombres tranquilos y de buena conciencia, pero algo simplistas y unilaterales, es algo infantil y utópico. Una *libertad*, aun la de Prensa y sin previa censura, regularmente administrada, estoy persuadido de que basta y sobra para que el bien venza al mal con superabundancia si se trabaja diligentemente. Hoy, la gran Prensa que podemos llamar de *derecha* porque *defiende, respeta o no ataca* sistemáticamente a la Iglesia, *El Debate, A B C, La Nación, La Epoca, El Imparcial, Ahora*, etc., tienen más tirada, más público, más prestigio profesional (yo me fijo en lo *integral* de las informaciones), que los francamente situados en lo que llaman izquierda, *El Sol, La Voz, El Liberal, Herald, La Libertad y El Socialista*. Descontando que varios de aquellos diarios hacen, de cuando en cuando, sus protestas de catolicismo y sus alardes de sostenimiento de los principios cristianos. En cuanto a *la tribuna*, el número y la calidad y la concurrencia de los actos celebrados en los últimos meses por las derechas, y el prestigio, la elocuencia y sabiduría de los oradores y su impresión en el público, han superado, con mucho, a la labor de conjunto

realizada por las izquierdas. Sin duda los mítines dominicales de la campaña de *Orientación Social* de los elementos de *El Debate*, en que tantos aplausos cosecharon Maeztu, Banzo Echenique, Pemán, Goicoechea, Vallengano, Cierva y otra porción de jóvenes de grandes esperanzas, han contribuido, despejando el ambiente ideológico y descongestionando cerebros demasiado obsesionados por la revolución, a que ésta se disipase al menor contratiempo.

El progreso realizado en esta *acción ciudadana*, aunque tardío, ha sido enorme, señaladamente en estos últimos meses y días. Esperamos que estos progresos se consoliden y aumenten.

Durante los sucesos reseñados, el político catalán, D. Francisco Cambó, repuesto de su enfermedad, vino a Madrid y dió a la Prensa varias notas los días 10 y 13 de Diciembre, que no fueron lo debidamente comentadas por aquella circunstancia, que no pudo ser más adversa. Porque, realmente, el Sr. Cambó dice cosas verdaderamente interesantísimas y casi todas ellas acertadas. Están muchas de ellas en la conciencia de todos y ha hecho muy bien en formularlas. Lo que le ocurre ahora al Sr. Cambó es lo que hemos dicho antes de los republicanos: aunque digan cosas excelentes, *nadie les cree*; han perdido algo así como el valor moral especial que necesitan los hombres públicos. Es bastante explícito y terminante el Sr. Cambó en la afirmación de la *unidad e integridad de España*, si se pretendiese *abusar de la autonomía*; pero... no se lo creen.

Sin embargo, si la salud se lo permite, Cambó será un factor importantísimo en la próxima vida política de España, porque tiene una visión muy ajustada y nada rutinaria de las cosas. Quiere, y quiere bien, una *política de realidades*, objetiva, en que no haya posibilidad de *derechas ni de izquierdas*. Niega, y niega bien, la existencia del *problema religioso*, como se empeñan en afirmarlo extremas derechas y extremas izquierdas, éstas que quisieran imponer la *irreligión* y las otras la *religión* a la fuerza o por la coacción del Estado. El problema religioso, fuera de los casos en que no existen la libertad o tolerancia políticas, no existe sino en las conciencias de los que *pugnan por creer o no creer*, por *practicar o no practicar* lo que nuestra religión cristiana enseña. Merecen reproducirse algunos párrafos.

«Para el próximo porvenir, dice Cambó en su nota del 10, de la política española no vislumbro siquiera la posibilidad de que las fuerzas gubernamentales se agrupen en *derechas e izquierdas*, como pretenden unos, o se encuadren dentro de un partido liberal y un partido conservador, como pretenden otros. Estructurar las fuerzas políticas gubernamentales en *derechas e izquierdas*, o no significa nada, o significa la pugna de principios inconciliables en lo político, en lo social y en lo religioso, que condenaría a la esterilidad más absoluta todo intento de labor gubernamental». «Hay que abandonar las luchas platónicas alrededor de principios y frases tan retumbantes como vacuas, porque en tales contiendas las distancias son inconmensurables e irreductibles, y hoy precisa buscar la colaboración de los hombres capaces, vengan de donde vinieren, que puedan coincidir en la apreciación de problemas reales y concretos, ante los cuales las divergencias de criterio, por el hecho de ser conmensurables, puedan ser reducidas y eliminadas». «Otras realidades se presentan en España que es de máximo interés que encuentren dentro de una Constitución modificada, un cauce que la Constitución actual no puede ofrecer». «Me refiero al llamado *problema catalán* y a los que se inician

o puedan iniciarse en regiones españolas que hayan conservado o restaurado una *antigua personalidad colectiva*. Es conveniente que la Constitución establezca así el camino para dar adecuada solución a tales problemas como el límite infranqueable de las facultades que el Estado podrá conceder a los poderes religiosos». «Desde mucho antes del advenimiento de la Dictadura, dice en la nota del 13 sobre el mismo problema, tengo puesta mi convicción de que el problema catalán no puede resolverse más que dentro de España y en cordial y sincero acuerdo con la gran mayoría de los españoles. Y esta vieja convicción mía se avivó durante el régimen dictatorial y ha venido acentuándose de día en día». «Si contra todas las verosimilitudes, en Cataluña apareciese el propósito de aprovechar la autonomía para preparar un intento secesionista, el Gobierno de España tendría a su disposición la fuerza y a su lado la opinión para impedirlo y castigarlo. Y yo no tengo reserva alguna en proclamar que si ello se produjera siendo yo gobernante español, no sólo por elemental sentimiento de lealtad, sino también con el pleno convencimiento de prestar un gran servicio a Cataluña, sería inexorable en corregir y castigar las desviaciones desleales que en Cataluña hubieran surgido».

«En los últimos años, dice en la misma nota, el problema religioso ha desaparecido del escenario político en casi todos los pueblos del mundo. Ello es consecuencia, y consecuencia feliz, del espíritu de tolerancia que, con la cultura, va penetrando en las conciencias. Ha influido también en ello el hecho de que las clases obreras se han apercibido de que, durante muchos años, el anticlericalismo fué empleado arteramente para distraerles de las reivindicaciones sociales».

«Al proclamar, dice el Sr. Cambó sobre el problema social, el principio de la propiedad privada no significa que entendamos que el derecho de propiedad sea absoluto y esté libre de todo control en interés de la colectividad. Como todo derecho, puede tener sus limitaciones, mucho más siendo como es un derecho social, establecido y mantenido, en primer término, en interés de la colectividad».

Ha sido larga la cita, pero la creemos de gran utilidad, porque estas ideas, avanzadas o moderadas y compartidas por muy amplios sectores, adquieren un gran relieve en boca de un hombre que en estos últimos años ha viajado y estudiado mucho y ha intervenido e interviene en empresas de alcance internacional, y habrá de influir directa e indirectamente y de una manera muy decisiva en la política nacional, próxima a normalizarse, si los elementos contrarios a la revolución se deciden a organizarse y actuar con su enorme potencia, pero siempre avanzando por el camino de las reformas sociales.

LA CRISIS UNIVERSAL. EL COMUNISMO. EL ORDEN.

Porque, si el gravísimo conato de revolución ha sido vencido, el peligro de nuevas acometidas es permanente, pues su fondo es el Comunismo, y el Comunismo, mientras subsista Rusia comunista, con todo su poder de expansión, será un fuerte ideal sugestionador no sólo en las masas obreras sino en las clases medias e intelectuales.

No sería tan grande e inminente el peligro comunista si no fuese una realidad cada día más imponente, la crisis universal económica, manifestándose en los veinte millones de obreros parados que hay en todo el mundo, en el hambre tan generalizada en casi todos los países y en la multitud de quiebras que ocurren en los pueblos más prósperos. La buena Ciencia económica nos dice, como uno de sus axiomas, que no es posible una crisis general económica, por ley natural y dado el constante progreso técnico y científico con

que se centuplica la producción. Esa crisis es de *orden moral*; es que la Humanidad ha llegado a experimentar en lo más íntimo de sus entrañas vitales y en zonas ya demasiado extensas, la secular *ausencia de Cristianismo*; falta la ética cristiana que pide a voz en grito una *más justa distribución de los bienes económicos* y condena esas *detenciones*, esas *acumulaciones* de la riqueza en manos de unos cuantos plutócratas internacionales que han tomado el Mundo como suyo.

Hasta tal punto el mal se ha generalizado y la sensibilidad moral se ha sentido y se siente impresionada que el Sumo Pontífice Pío XI en su alocución de Navidad a los Cardenales ha llamado la atención sobre este problema.

«Puso de relieve, dice la información, las desastrosas condiciones financieras y económicas de los Estados y pueblos, aún los más ricos, así como las dolorosas consecuencias que producen en todas las clases sociales, de manera especial entre las más humildes. Aludió especialmente al *paro forzoso*, tan extendido, que deja sin sustento a tantas familias y que hace más necesaria cada vez una *organización social inspirada en los principios cristianos* y una mayor y *más eficaz* colaboración de las clases sociales, en vez de la *lucha de clases* tan desastrosa».

Es trascendentalísima esta declaración y oportunísima la cita, porque en estos momentos de luchas apasionadas entre partidarios y adversarios de *la revolución*, no faltan quienes a los defensores del *orden* nos atribuyen, como *El Sol* (21 de Diciembre), una definición de este concepto a todas luces injusto y calumnioso, pues barajando las «derechas» con el Catolicismo, y tratando como de poner a unos católicos enfrente de otros (los de «La Paraula Cristiana»), cosa que, al fin y al cabo, en nada complica al Catolicismo y a la Iglesia, nos cuelgan este sambenito de *orden*: «*que nada se mueva en la sociedad y que al que quiera moverlo se le dé con un palo, con un pincho o con un plomo*». Y pretendiendo darnos una lección muy sabida nos dice el rotativo que «*el orden consiste fundamentalmente en la justicia y la moral*». Exacto; pero se necesita algo más, que el Estado, único que puede emplear la fuerza coactiva, impida *las coacciones* que unos ciudadanos pretenden ejercer sobre los otros, como ocurre en toda revuelta.

Por lo demás, ¿no está ahí el Papa que es el primero en proclamar las *injusticias*, los desórdenes morales de la actual organización social y no aboga por otra en que tales desórdenes e injusticias desaparezcan o se atenúen? ¿Es que quieren que la Iglesia descienda también a la arena del combate material, haga y enseñe a hacer revoluciones sangrientas? Pero, ¿no dicen, con mucha razón, que la Iglesia no debe meterse en política? Estas profundas contradicciones demasiado antiguas, demasiado frecuentes, demasiado descaradas (como la de los *civilistas* que truenan contra las ingerencias militaristas y acuden al Ejército para hacer revoluciones democráticas y civilistas), demuestran lo deleznable y falso de la posición revolucionaria. *Las transformaciones sociales y aún políticas* no son, no pueden ser, efecto de cambios materiales y bruscos, sino fruto de una labor *lenta, paciente, de grandes sacrificios y abnegaciones*, para lo que se necesita tener un gran pecho cristiano. La formación de esos pechos es la obra magna de la Iglesia. Lo otro es febril impacien-

cia de conseguir y usufructuar el Poder, si a mano viene, para cosa no buena o sospechosa.

Si; durante estos días crudos del invierno en que todas las crisis generales, familiares e individuales se agudizan, en que el frío y el hambre producen víctimas incruentas, hemos visto en mil lugares y formas repetida la ironía que pretende ser inmensa y aplastante contra la Iglesia: ¡DESPUÉS DE VEINTE SIGLOS DE CRISTIANISMO TODAVÍA HAY PRÓJIMOS DESGRACIADOS QUE MUEREN DE INANICIÓN EN COMPLETO Y NORMAL ABANDONO DE SUS HERMANOS!

¿Quién o quiénes son los responsables de estas víctimas y de estos normales y anormales abandonos? El crimen existe, la injusticia es manifiesta, es universal. La conciencia humana se rebela iracunda y busca el delincuente. ¿Quién es él?

Para aquellos extremistas de izquierda o de derecha, que pretenden que *la Iglesia lo haga todo* o que *no haga nada porque estorba y ha estorbado*, el delincuente es la Iglesia.

Pero la razón discreta y serena que levanta su vista a Jesucristo y la extiende a lo largo y a lo ancho de la Historia de la Iglesia y del Mundo... dice a voz en grito y cuyos ecos resuenan en todos los siglos, que hay *dos tareas, perfectamente distintas, perfectamente delimitadas, perfectamente armónicas*, pero que pueden invadirse y estorbarse y anularse con gran facilidad. La tarea propia, inalienable y sobrenatural de la Iglesia que va a iluminar, sanar, fortalecer, elevar y estimular a las almas para todo bien; y la tarea no menos noble de concertar, ordenar, encauzar y dirigir las actividades naturales humanas para la conquista y el dominio de la Naturaleza de cuyos *bienes*, así llamados por Dios, han de disfrutar todos los hombres como hermanos que son. La tarea del *cristiano* y la tarea del *ciudadano*.

Corresponde a la Iglesia la *docencia* de todas las grandes verdades religiosas y morales; la llamada incesante a la práctica de todas las virtudes, singularmente de *la caridad y misericordia*, y el ensayo de todas ellas. Hoy, como ayer, como siempre, como en los días radiantes de Jesucristo y de los Apóstoles y de los SS. Padres, ¿no se levanta la voz de la Iglesia para proclamar esas verdades y recordarlas, dolorosas y amargas, a todos los mortales sin distinción? ¿Qué importa que haya *sofistas* y *casuistas*, aduladores de Dios y de los poderosos, que hayan pretendido y pretendan atenuar la terrible justicia de esas verdades?

Pero, la actuación de esas verdades en la *vida jurídica*, en la *ordenación técnica*, en su referencia concreta a los bienes materiales y económicos, ¿no es de la incumbencia primordial, fundamental del Estado, de los *ciudadanos*, como tales? ¿Cuándo la Iglesia ha estorbado esas actividades sociales justicieras? ¿No la véis estimulando a ellas? ¿*Quién o quiénes son los principales responsables de esta injustísima situación social?*

Las delicadezas y perfiles de esta soberana y fecundísima distinción son de última hora, aunque bien claras podían verse en los selectos doctrinarios católicos. Con motivo de un reciente discurso de Mussolini en que hablaba de la quiebra ocurrida en Italia (y cuantas otras hemos lamentado y estamos lamen-

tando en España) de unos *Bancos y Cajas de Ahorros Católicos*, el órgano oficioso del Vaticano, *L' Observatore*, dijo:

«La autoridad eclesiástica no ha esperado esta grave hora económica para que los encargados de la cura de almas *se desinteresen de las empresas profanas*. Hace varios lustros que está prohibido a los sacerdotes formar parte de los Consejos de administración de los institutos de crédito, lo mismo pequeños que grandes».

A cuyas palabras, pone *El Debate* (25 de Diciembre) estas otras verdaderamente de oro, que expresan la tesis que venimos sosteniendo desde hace muchos años:

«La Iglesia ve con agrado cómo se van separando cada día más definitivamente las actividades propias de la Acción Católica de las obras específicamente económicas o profesionales. Y aun en los países en que aún se conservan obras que tienen el doble carácter—económico y de Acción Católica—la Iglesia desea que las actividades económicas sean de la exclusiva competencia y responsabilidad de los seglares».

Y es la única manera de salvar la *Acción Católica* de una esterilidad que la amenazaba, y de imprimir a la *Acción Social* aquel ritmo de firme y segura celeridad que demandan por un lado la urgente necesidad de tantos pobres y desgraciados y por otro el *gravísimo peligro comunista*.

FR. JOSÉ D. GAFO, O. P.

Madrid, Diciembre de 1930.

En estos días nuestra Comunidad ha tenido el sentimiento de perder a un venerable religioso, el P. Fr. Maximino Llana. Nació el 1 de julio de 1855, en Villabazal de Turón (Asturias). Tomó el hábito de la Orden de Predicadores en el Convento de Corias (Asturias), y profesó el 27 de noviembre de 1872. Su vida fué un caso singular de austeridad y constancia en el trabajo. Aunque dedicado casi toda ella al ministerio del confesonario y predicación, y compañero en las visitas del santo Obispo de Santander Sánchez de Castro, encontró tiempo para revolver archivos y bibliotecas y escribir los libros que nos ha dejado. Entre los publicados ocupa el primer lugar la *Bibliografía del V. P. M. Fr. Luis de Granada*, en la que se describen 4.000 ediciones, en 25 lenguas. Merced a esta labor, realizada toda ella desde los 70 años de edad, colocó a Fr. Luis de Granada a la cabeza de los escritores europeos. Merece también lugar señalado entre las obras publicadas, la *Traducción clásica de los Evangelios*, por Fr. Juan Robles, O. S. B., 2 tomos, y *Elementa Theologiae Moralis*.

Hállanse entre sus copiosos manuscritos obras de sumo valor y utilidad, como *Monumenta Missionum Orientalium*, *Comentarios al Catecismo* por Carranza, y *Summa Theologiae Moralis*.

Confortado con los Sacramentos y las oraciones de sus hermanos, que rodeaban su lecho, entregó su alma pura al Creador el 5 de diciembre de 1930. R. I. P.

BIBLIOGRAFIA

La Santa de la Raza. Vida gráfica de Santa Teresa de Jesús, por el P. Fr. Gabriel DE JESÚS, C. D. Con prólogo del P. Fr. Silverio de Santa Teresa, de la misma Orden. Vol. I, XVI-488. Vol II, 496, en 4.º

Dos volúmenes van publicados de esta obra, que no bajará de cinco, por la traza que lleva; y si vamos a juzgar de ellos por su presentación exterior habrá que declararlos intachables por la hermosura del papel, limpieza de impresión, multitud y curiosidad de grabados.

Sólo eso es ya un acierto enorme en obras de mucha lectura, que fácilmente nos fatigan sin la ayuda de las ilustraciones. Y eso, que en las obras de entretenimiento se ha hecho tan general y como una debilidad de nuestro siglo ligero y elegante, es más necesario en obras ascéticas, que de suyo piden mayor reflexión; pues como la reflexión y profundidad van desapareciendo, de hacer obras para los lectores de hoy, hay que hacerlas en forma más o menos cinematográfica. Hasta los metafísicos van a tener que excogitar gráficos adecuados para sostener la atención de sus solitarios y reconcentrados lectores.

El P. Gabriel, tan amante de Santa Teresa como conocedor de esta idiosincrasia de nuestros tiempos, con el bordón de peregrino en la mano y la máquina fotográfica al hombro se dió a seguir las huellas de aquella *femina andariega* como se llamó a Santa Teresa de Jesús y logró cazar con su perforante objetivo las piezas que nos quedan de la época, exhibiendo en hermosos grabados las que impresionaron o pudieron impresionar a la niña inocente, a la mocita curiosa y elegante, a la monjita santa, a la Fundadora advertida, paciente y celosísima, a la escritora de gracia extraordinaria y de sutileza admirable. En esa parte, por mucho que se rastree en la búsqueda, siempre quedará sin agotar la fuente inspiradora de la Doctora castellana, que analiza como nadie las situaciones del espíritu y las condensa en esa prosa divertida de madre y de maestra, que para mi gusto, a lo menos, no encuentra par en la literatura de ningún pueblo.

Bien conocido es esto en España; no podemos quejarnos de que se haya menospreciado este tesoro de la gran Fundadora y de la escritora sublime. Historiadores y críticos de méritos reconocidos le consagraron en todos tiempos sus talentos y sus horas más apreciadas.

Cuando creíamos que en la parte exterior y anecdótica de su vida estaba como agotada la materia por los Rivera, Yepes, Lafuente, Mir, Martín, por las monjitas francesas, y sobre todo por el historiador, crítico y editor de mayor autoridad que tuvo la Santa, el ilustre P. Silverio, nos encontramos con que el P. Gabriel, no sólo aporta nuevos datos sino que da con un camino nuevo de investigación y de impresiones frescas: el camino de los gráficos.

Claro que para tomar ese camino concienzudamente y con probabilidades de lograr éxitos científicos era menester algo más que manejar la máquina fotográfica; era necesario conocer a fondo la arqueología suntuaria y tener suficiente preparación arqueológica y pictórica, y sobre todo dominar en absoluto la agiografía teresiana y estar familiarizado con las fuentes de información histórica de la santa Madre.

El P. Gabriel, que había empezado por cariño a estudiar a la Santa, pudo transformarse de devoto en historiador y se transformó de hecho, esculpiendo su nombre en la cartelera de investigadores que hay que consultar.

Huroneando en los árboles genealógicos ha dado con datos peregrinos sobre la pariente casquivana de la Santa, que tanto la perjudicó en su espíritu (vol. I, pág. 384), sobre un hermano de su padre, del que ningún biógrafo de ella nos daba noticias, llamado «el Bachiller Hernando de Cepeda» (vol. I, pág. 201). Igual novedad tiene la aparición de un primo de la Santa, hijo de Francisco Alvarez de Cepeda, que aparece en los dos volúmenes.

El estudio de los Cepedas, oriundos de León, lo ha hecho con tanto esmero, que rectifica al mismo Bethancourt (vol. I, pág. 167 y siguientes).

Las noticias sobre los hermanos de la Santa que se fueron a América se hallan también enriquecidas considerablemente con datos sobre su embarque y estancia, que no hallábamos en los anteriores historiadores.

Semejantes acrecentamientos históricos, que no tendrían nada de particular tratándose de temas poco explotados, suponen gran laboriosidad en historia de Santa Teresa de Jesús, estudiada quizás como ninguna otra aquí en España y aun en Francia, y húmedas todavía las cuartillas de depuración crítico-histórica del severo y tenacísimo investigador P. Silverio de Santa Teresa.

Los únicos peros perceptibles que nosotros hallamos en la obra (fuera de la manera tan vaga de citar en las «Obras consultadas», que le resta autoridad y valor crítico) son los que señala en el prólogo el insigne P. Silverio: una excesiva familiaridad en el estilo con alguna frecuencia, y una exaltación constante de hijo enamorado que no se contenta con amar a su madre sobre todas las otras, sino que la declara la primera, con pesada insistencia para quien no la estudie informado en los mismos sentimientos. Como al P. Gabriel le faltan varios tomos por publicar y esa cualidad de perpetuo y exagerado panegirista empañaría su obra, como las de tantos otros cronistas religiosos, nos resolvemos a decirle que nos duele verle contagiado de este defecto, convirtiendo en apologías nuestras historias y desacreditándolas, por ese mismo hecho. Eso de que un carmelita ponga como la primera santa del cielo a Santa Teresa, y un franciscano coloque a San Francisco en el primer lugar, y un agustino a San Agustín, y un jesuita a San Ignacio, y un dominico a Santo Domingo, es un caso muy frecuente; pero no deja de ser muy lamentable. La Divinidad no nos ha constituido en confidentes suyos y no hay otro camino para averiguar quién es más delante del Señor. En personas de profunda cultura no deben medirse nunca por los afectos propios los merecimientos ajenos. Bien diluido va el cariño del P. Gabriel a su santa Madre, para que necesite de esas explosiones exageradas, que más bien merman que acrecientan las simpatías.

El P. Gabriel hasta se atreve a hacer un paralelo entre la Natividad de la Virgen Santísima y la de Santa Teresa de Jesús, lo que ya no resulta siquiera de buen gusto; porque ante la reina del Cielo todos los santos son chiquitos y lejanos imitadores.

Quisiera yo que el P. Gabriel no propendiese a exageraciones de ese género; aun que tratándose de santa tan insigne y de tanto material de vida conocido, tenga su explicación, y en el amor acendrado de hijo tenga disculpa. Y lo quisiera, porque nuestras crónicas religiosas, en general, se encuentran en descrédito, por ese sello de exclusivismo y de crítica maternal que las caracteriza; y es menester que recobremos el crédito perdido y eduquemos las nuevas generaciones con vistas al sentir de los de-

más, de los de fuera de casa y alejando de nuestros tapias los miradores de la historia, empeño tanto más difícil cuanto sea más gloriosa la casa solariega.

Naturalmente que escribiendo la vida de Santa Teresa no hay obligación de trazar la de otros santos y santas; pero hay que salir de ese cliché de muchos predicadores de que *el santo del día es el mayor del año*.

A pesar de ese fondo sepia de encomio continuado que desvirtúa, aunque el autor no quiera, el natural aroma, hacemos votos porque esta obra sea familiar en todos los hogares cristianos, ya que el señalado reparillo, como efecto de puro amor, lo descuenta el lector fácilmente; y que tratándose de un hijo que desde el prólogo se declara tan entusiasta, era de esperar esa manera de constante ovación, que hasta contrasta con la serenidad de *La Santa de la Raza*.

Aun este título que es el de la obra y que no hemos de discutir—*La Santa de la Raza*—resulta de mal gusto tan repetido en las cabezas de los capítulos: *Hernando de Ahumada, hermano de la Santa de la Raza. Rodrigo de Cepeda, hermano de la Santa de la Raza. Recibe la Santa de la Raza el hábito del Carmen. La Santa de la Raza cae enferma de gravedad. Otros dos hermanos de la Santa de la Raza. La Santa de la Raza rogando por el Emperador. La Santa de la Raza en el Camarín de la Virgen, etc., etc.*

Y a todo esto, unas veces parece que en la «Raza» quiere el P. Gabriel entender *La Raza Latina*, otras *La Raza Hispánica*, otras el pueblo *castellano*, del que es Santa Teresa más bien que una personificación, una sublimación.

Como el alcance de las tres aplicaciones ha sido tan discutido y es tan complicado en el orden histórico, mejor se hubiera llamado a Santa Teresa *la flor de la Raza*, lo que siempre era cierto (no dándole carácter exclusivo) para cualquiera de las dichas acepciones, y aun para la de *Iberio-Americana*, que modernamente se utiliza buscando denominación para toda la *Península Ibérica*, las antiguas colonias hispánicas y las de Portugal.

Porque de otra manera, a pesar de las cualidades excelsas, tan humanas y tan divinas, a la vez, de la Reformadora del Carmelo, no puede evitarse que los italianos vean su raza representada (y hasta los primores de su lengua) en Santa Catalina de Sena. y los americanos vuelvan sus ojos hacia Santa Rosa de Lima, y los lusitanos no encuentren par con San Antonio, y los franceses, que con tantísimos santos llenan el calendario, corran en mayor número que a Alba de Tormes, a visitar el sepulcro de la moderna taumaturga del Carmelo, nacida en tierras suyas. El nacionalismo, hoy tan exaltado en todas partes y particularmente en los pueblos llamados latinos, será una dificultad para que se acepte la denominación del P. Gabriel, al llamar a Santa Teresa de Jesús *La Santa de la Raza*; aunque a nosotros nos parezca que no tiene más remedio que ser reconocida como la más propia representación de nuestro carácter castellano, hispánico, ibero americano, latino. En Castilla y sus aledaños no será difícil la unanimidad de votos, tratándose de Santa Teresa de Jesús, ya que hay por ella un amor fervido y consciente... y además no se da el obstáculo de que existan por estas tierras santas canonizadas de los últimos tiempos. Porque si las hubiera, según andamos hoy de nacionalismos o de cantonismos, ya cambiaría muchísimo el sufragio, aun tratándose de esta santaza; porque hoy en punto a localismos andamos locos de remate.

FR. LUIS GETINO.

San Francisco de Asís, por el P. Luis DE SARASOLA, O. F. M. Págs. CVII-603, en 4.º Madrid, 1929.

Por causas completamente ajenas a nuestra voluntad se ha retardado la reseña de este libro más de lo debido. Tal vez haya sido providencial para que entre tanto pudiéramos ir dándonos cuenta de los juicios que la obra del P. Sarasola ha merecido ante

el público. Y precisamente en atención a los diversos pareceres emitidos por la prensa, teníamos viva curiosidad de hojear esta *Vida* que viene a sumarse a la inmensa producción literaria sobre el pobrecillo de Asís, y que acabamos de leer con todo detenimiento. Para la parte externa del libro no tenemos más que alabanzas, pues la impresión en su conjunto es esmeradísima.

Su lectura resulta altamente sugestiva, debido a las bellas cualidades que el P. Sarasola reúne como escritor. Muchas veces cree uno hallarse ante una novela más que en presencia de una historia, e historia documentada y serena y crítica, como el autor se propone hacer (p. XXVI). ¿Ha conseguido su intento?

Dicen que de gustos nada hay escrito; pero o mucho nos equivocamos o en historia, que tal nombre merezca, no hay ni puede haber más que un gusto que deba prevalecer: la verdad en su sentido más objetivo, real y verdadero. Y la verdad es que aquí el autor se deja llevar con frecuencia de su brillante imaginación y de múltiples leyendas agiográficas poquísimas depuradas del elemento fantástico e idealizador; criterio que, si bien puede adoptarse en obras de propaganda y literatura, nos parece que jamás debe emplearse en biografías en que se trata de «justificar críticamente sus aserciones y puntos de vista» (p. XXVI). No queremos citar ejemplos en confirmación de nuestro aserto por no hacernos interminables. Baste al lector reflexivo ver el comienzo de uno de los párrafos que entresacamos al azar y que se cuentan por centenares en la obra:

«Cuando se mira a un hombre como el de Asís, en quien tan maravillosamente se potenciaron las epifanías de lo divino, una errada ilusión panorámica le encima de un brinco en cumbres de vertiginosas santidades...» (L. I, cap. VI, p. 81). Estilo este que pugna abiertamente con el carácter sobrio que quiere el autor dar a su obra.

Hay en la vida de San Francisco un vacío enorme que con rectísima intención desde luego, pero con notable perjuicio de la verdad, se pretende llenar empedrándolo con frases rebuscadas, con relatos inverosímiles, con infinidad de leyendas que a la luz de la crítica histórica en parte o del todo quedan esfumadas. Y es que hasta el presente, que nosotros sepamos, los documentos más antiguos que acerca de S. Francisco se conservan, son posteriores a su canonización y escritos con un fin más bien didáctico-moral, sin escrúpulo de traspasar los límites de la verdad escueta, con tal de divinizar al biografiado y proponerle al mundo como un modelo extraordinario y ultraterreno de gracia y vida intensa espiritual.

El primer documento en que se fundamentan las otras leyendas sanfranciscanas es la *Vita prima* de Celano, que si bien sobresale por «la elegancia, ardor y sugestión de sus narraciones» (p. XLVIII), deja bastante que desear como obra de documentación y de crítica. Prueba de ello es que pocos años después de publicada, el Capítulo general de 1266 mandó retirarla y destruirla al igual que otras leyendas sobre San Francisco (p. LIII). Y el mismo P. Sarasola, no obstante las alabanzas que en teoría les prodiga, vese precisado a reconocer a veces los graves defectos de que adolecen (pp. 9, 12, 338).

Pero dejando a un lado cuanto a fuentes históricas de esta obra se refiere, hay en ella afirmaciones y omisiones que, siquiera a grandes rasgos, no podemos menos de señalar con el dedo. Que nos dispense el P. Sarasola, pues nuestro intento en manera alguna es molestarle sino contribuir al esclarecimiento de la verdad y al conocimiento más profundo y verdadero de S. Francisco de Asís.

Revélase en todo el libro una parcialidad manifiesta, en parte disculpable por ser filial. Para el P. Sarasola nada hay en el mundo tan grande como lo que atañe a su santo Fundador: «su elevadísima concepción religiosa (de S. Francisco) que se adentra como ninguna otra en los más hondos abismos del espiritualismo evangélico» (p. 22); «San Francisco fué el más firme sostén contra el derrumbe religioso de su tiempo» (p. 134); «ateniéndonos a la historia estricta, cierta y verdadera, no hallamos ningún hombre que tanto se haya asemejado a Cristo como S. Francisco de Asís» (p. LVI), etc.

Y si esto es en parte disculpable, como decimos, no lo es la omisión casi absoluta que hace de cuanto afecta a la persona de Sto. Domingo de Guzmán (apóstol infatigable de la verdad y amigo de San Francisco en opinión del P. Sarasola, p. CV ss.) y a la Orden de Predicadores, hermana gemela de la Franciscana. El se lo calla, pero es lo cierto que esta Orden, al contacto con aquélla y por mandato del Papa, cambió en gran parte de rumbo (pp. 400 y 416), introduciendo entre otras cosas en su legislación el estudio obligatorio, a pesar de que el Pobrecillo de Asís no quería ver en sus frailes más que pobreza, abnegación y sencillez evangélicas (pp. 374 s., 404, 409, 412 y 442).

Otras cosillas teníamos también anotadas sobre esta Vida de San Francisco; pero preferimos omitirlas para que no resulte la reseña desmesuradamente larga.

Nuestra felicitación sincera a la editorial Espasa-Calpe por la esmerada presentación de la obra y al P. Sarasola por su libro que, a pesar de los defectillos de que vemos hablando, contribuirá sin duda notablemente a dar a conocer y amar al bienaventurado San Francisco de Asís.

FR. JACINTO M.^a GARRASTACHU, O. P.

El Mtro. Fr. Francisco de Vitoria. Su vida, su doctrina e influencia. Por el P. Luis A. GETINO, O. P. Madrid, 1930.

Dificilillo es zumar la palmeta crítica sobre este exuberante libro, leyéndole en S. Esteban de Salamanca, donde hasta las piedras cimentales dan fuertes voces de gloria y plenitud, en las que parte de león cupo a Vitoria. Envueltas en atuendo tipográfico linajudo trae esta obra la engolosinadora etopeya y sugestivas ausencias del gallardo Profesor de Prima, uno de los más apurados quilates que revalorizan y pompean el oro acendrado de la raza española. Vivió intensamente Vitoria las vidas claustral y universitaria, la del estudio y enseñanza, la del amor a la Iglesia y a España; siempre vehemente, vivaz y activo, señor e hidalgo, grato y tentador, apercebido y fácil para la expansión altruista, lúmica, amorosa y misericordiosa en lecciones, re-lecciones, cartas y dictámenes. Hablando y escribiendo fué un primísimo formidable forjador de nuestra *Leyenda de oro*, que se empuerran y encarnizan en deslustrar y achicar los intelectuales de pega, entes de presunción y negación, hueros de sustancia nacional, arreados con lo más superficial y caedizo de las modas científicas venidas de extranjos, atrampados en el afán pistolero de cotizar.

¡Qué lindos discretos y sutiles leoneries y lagoterías rasgnea la pluma del P. Getino frente a verosimilitudes, probalidades, indicios, réplicas y contrarréplicas!... ¡Qué medir por nonio la talla de los investigadores, sopesar hasta por escrúpulos los datos alumbrados de nuevo y pasar por alquitara fechas y documentos si no traen la autenticidad y evidencia de una pared maestra, y aún, aún!... Ciertamente es que en ocasiones la razón frunce el entrecejo y la lógica, memoria y euritmia se yerguen catonianas. Pero, al cabo los dedos misericordiosos de la complacencia prenden a los labios del lector sonrisas de gozo y fruición, considerando que en este «librote sustancioso» el pensamiento hispánico aparece enajado de capullos, florecido y maduro, y que a sola su vista se acorta el huelgo a los farolones vocadores de la Leyenda negra, zagalones del saber, más irreverentes que audaces, pobres de hechos, afilados de lengua, el corazón seco y avellanado el magín.

¿Formaría el padre de Fr. Francisco de Vitoria entre aquellos «guipuzques», que Fernando del Pulgar (Letra XXXI) hallaba en oficinas de mercaderes, escribanos y secretarios castellanos y de los que tan donosamente se queja que «no quieran ser consuegros de los que desean ser servidores»? Aun escudada por el prestigio de Vitoria la sustitución de las Sentencias por la Suma, debió ser contradicha en la Escuela salmantina, tan apegada a los Estatutos, y en Noviembre de 1528 ya estaba en franquía, ateniéndonos al dicho de Martín Pérez de Ayala *Autobiografías y Memorias*. Pág. 215.

Edic. de M. Serrano Sanz). Mientras no se dé con el autógrafo de Arriaga (dicen anda por tierras burgalesas) han de suspenderse las controversias referentes a las calidades históricas del mencionado Padre, puesto que las copias de Burgos y de Roma adolecen de errores imputables a los copistas. El V. Lanuza (Homilía 22, parr. 11) trae la anécdota citada por el P. Mercado, con variantes más favorecedoras a Vitoria. En «*Lexicon ecclesiasticum*» de Jiménez Arias hay un rico y casi inexplorado minero de notas bibliográficas, que engrandecen su figura. No tardando saltarán de la imprenta grandes sorpresas atañentes a manuscritos de Vitoria: la rebusca tenaz y habilidosa pone hitos nuevos en los campos de la Historia.

«Sobre la piedrezuela de este volumen, dice el P. Getino, se levantará la ingente pirámide de los volúmenes de la «Biblioteca Internacionalista *Francisco de Vitoria*», con todo el ideario salvador de los amantes de la paz». Dios lo quiera: que no todas las esperanzas tienen los aceros de la esperanza mesiánica de los judíos.

FR. A. CARRIÓN.

Le Père Hugon, por el Presbítero Henri HUGON. 143 pág. 1930. Paris. Tequi. Precio: 6 francos.

No sólo para aquellos que conocieron allá en Roma al por tantos conceptos insigne dominico, sino también para los numerosos clérigos que se inician o iniciaron en la Sagrada Teología con las obras suyas, será muy grato leer esta breve, pero sustanciosa y bien delineada semblanza, trazada por su mismo hermano con el cariño y esmero que se puede suponer. Muy alentador para todos será el ver una vez más los frutos óptimos que cosecha el estudio constante y emprendido con fines sobrenaturales, y de mucha enseñanza para algunos entender cuán bien se pueden hermanar el profesorado con el apostolado.

FR. M. A. REVERTEGAT.

Tempéraments et Caractères des Novices. 50 pág. Tequi. Paris. 1930.

Parecióronme tan sabrosos como útiles estos esbocitos psicológicos en los que campean los trazos característicos de las diversas complexiones femeninas, y queda asimismo apuntado su influjo favorable o perjudicial para la vida religiosa. Habiendo de ordenarse primariamente el noviciado a extirpar defectos y adquirir y acrecentar virtudes, lo cual todo es condición «sine qua non» para echar sólidamente los cimientos del edificio espiritual y que requiere de modo indispensable el conocerse bien a sí propio, huelga decir cuán provechosa les será a las novicias la lectura y meditación de este opúsculo, el cual a lo que se trasluce debe ser fruto de larga experiencia.

FR. M. A. REVERTEGAT.

Avant la Vêture et la Profession. Págs. 88. Tequi. Paris. 1930.

Siendo notables por la seguridad y elevación de la doctrina y la claridad y agrado de la forma, las meditaciones y reflexiones sobre la toma de hábito y profesión religiosa que integran este librito, no sólo se han de recomendar a las postulantes y novicias, sino también a las personas ganosas de practicar los consejos evangélicos en la vida religiosa, pues a no pocas les delineará más concretamente su ideal y les sugerirá los sentimientos esenciales para el estado a que aspiran.

FR. M. A. REVERTEGAT.

J. VIOLLET. **La armonía conyugal**. Págs. 209. Editorial Litúrgica. Barcelona. 1929. Pesetas 3,50.

A establecer las verdaderas y únicas bases de la perfecta avenencia de los esposos, refutando de paso opiniones tan corrientes como erróneas sobre el particular; indicar los medios adecuados para conciliar la autoridad del marido con la independencia moral de los cónyuges; plantear y resolver el problema candente de la moralidad cristiana con relación a la buena inteligencia de los esposos, y señalar por fin las consecuencias de dicha armonía para la educación de los hijos se endereza el presente libro. Siendo bien conocidos la competencia del autor en estas delicadas materias y su tino para tratarlas, huelga encarecer la utilidad y luces que de su lectura podrán sacar tanto las mismas personas casadas como los confesores y directores de almas.

FR. M. A. REVERTEGAT.

Opuscula et textus.—Series Scholastica edita curantibus M. Grabmann et Fr. Pelster. Fasc. VI. *Durandi de S. Porciano, O. P. Quaestio de natura cognitionis* (II Sent. (A) d. q. 5) et *Disputatio cum anonymo quodam necnon Determinatio Hervei Natalis, O. P.* (Quol. III, q. 8). Ad fidem manuscriptorum edidit Josephus Koch. Munster, Aschendorff. Págs. 75. Rm. 1,20.

Tres cuestiones todas ellas tocantes a la naturaleza del conocimiento contiene este opúsculo: 1.^a *Utrum angeli cognoscant res per suam essentiam vel per species.* 2.^a *Utrum intelligere sit aliquid additum intellectui cum eo faciens compositionem realem.* 3.^a *Utrum actus intelligendi dicat aliquid superadditum potentiae.* La cuestión primera, de Durando, que fué suprimida en la segunda edición de su comentario al libro segundo de las Sentencias d. 3, q. 5, y totalmente retractada en la tercera edición, la rehace el editor tomándola del Comentario de Pedro de Palude al mismo libro, quien a su vez la reproduce casi por completo. Durando es agustiniano en la teoría del conocimiento y Herveo representante de la escuela tomista, y por tanto la publicación de estas cuestiones sirven para apreciar no sólo la mente del llamado, en su tiempo, doctor moderno, sino también la de la primitiva escuela tomista. La edición está hecha con todo el aparato crítico y en forma adecuada para su mayor difusión.

FR. M. CUERVO.

Fasciculus VII. Liber de sex principiis Gilberto Porretano ascriptus ad fidem manuscriptorum edidit Albanus Heyse, O. F. M. ibid. págs. 36.

No consta ciertamente de la autenticidad de este opusculillo. Alberto Magno por primera vez lo atribuye a Gilberto, y frecuentísimamente se cita en los autores del siglo XIII bajo el nombre de Aristóteles. Los escolásticos le concedieron grandísima importancia, y entre otros lo comentaron Antonio Andrés, Walterio Burleigh y Alberto Magno. Gracias a los dignísimos editores de esta serie de opúsculos y textos, hoy puede andar en las manos de todos.

FR. M. CUERVO.

Brevis conspectus Historiae Philosophiae ad usum Seminariorum auctore P. GENY, S. J. Romae, Via del Seminario, 120. Págs. 383 en 4.^o

Como lo indica su título, esta obra está hecha con vistas al estudiante y no al profesor. Quiere esto decir que es una exposición esquemática, sin amplios desarrollos de los sistemas filosóficos. El malogrado profesor de la Universidad Gregoriana se li-

mita a indicar y señalar con toda claridad y precisión el lugar, tiempo, tendencias o escuela, ideas principales y juicio que le merece cada filósofo de alguna nota. Se publica ahora después de su muerte por sus hermanos de profesión y a petición de muchos de sus discípulos. Nosotros creemos que para el alumno puede ser muy útil, por lo que le facilita y simplifica el trabajo, y no poco también para el profesor por los acertados juicios que emite acerca de los filósofos y de sus sistemas. El P. Geny era un verdadero filósofo y todo lo suyo, aunque vaya dirigido a estudiantes, tiene un verdadero valor.

FR. M. CUERVO.

El pensar.—Ensayo de una síntesis clara y sencilla, por el Dr. Martín HONECKER, Profesor ordinario de Filosofía de la Universidad de Friburgo i. B. Traducción del alemán por Alberto GÓMEZ IZQUIERDO. Granada. Imp. López-Guevara, págs. VII-157.

El llorado Sr. Gómez Izquierdo, infatigable apóstol de la juventud estudiosa, escritor notable y profesor meritísimo de la Universidad de Granada, va a hacer un año que sacó a luz esta traducción de la obra de Honecker, titulada «El pensar», tal vez la última publicación de importancia que ha hecho en vida. No pudo ser otra la razón sino juzgarla utilísima para la formación científica de nuestros jóvenes que estudian en las Universidades, o de aquellos que sin cursar carrera oficial alguna quieran tener un conocimiento fácil y sin complicaciones de las actividades de su espíritu. Nosotros así lo pensamos también con el Sr. Izquierdo.

He aquí los títulos de los siete capítulos en que va dividido este hermoso librito. I. *Los problemas del pensar*. II. *Generalidades sobre los objetos del pensamiento*. III. *Naturaleza del pensar*. IV. *El desarrollo del pensamiento*. V. *Del pensamiento verdadero y del pensamiento exacto*. VI. *De la educación del pensar*. VII. *Importancia del pensamiento en la vida psíquica, individual o social*.

Todos estos temas los desarrolla el Sr. Honecker bajo el punto de vista de la Psicología experimental, resumiendo con gran claridad y precisión las diversas tendencias y últimas enseñanzas de la Psicología acerca de cada uno de estos temas.

Alguien ha dicho al Sr. Izquierdo que mejor era que se ocupara de la publicación de sus obras que de la traducción de estos libritos. Quien así piensa tal vez no ha sentido las necesidades científicas de nuestros jóvenes de hoy. ¡Descanse en paz el ilustre escritor y sabio profesor!

FR. M.-C. DE RIBERA.

Johannes Eck, vier deutsche Schriften gegen Martin Luther, den Burgermeister und Rat von Konstanz, Ambrosius Blarer und Konrad Sam. Herausgegeben von Karl MEISEN und Friedrich ZOEPFL. Corpus Catholicorum, 14. (CXI-82), 4.º 1929. Precio: 6,80 mk. (Por suscripción 5,80 mk.) Verlag Aschendorff. Münster in Westfalen.

Con todas las delicadezas de la técnica de ediciones se publican en el presente fascículo cuatro opúsculos alemanes de J. Eck. El primero contra un folleto de Lutero, dirigido a la nobleza alemana, en el que además de alabar y adular a los husitas, combatía al Concilio de Constanza. Al mismo tiempo nos da Eck un resumen de la doctrina herética de Lutero. El segundo y tercero se debieron a una disputa por escrito entre católicos y protestantes, por haberse negado aquéllos a tenerla de palabra. El cuarto opúsculo, de éxito no muy afortunado, va dirigido contra Conrado Sam, con quien tuvo algunos choques, al pedir y exigir su destitución. Este opúsculo, aunque el menos doctrinal, es interesante por lo episódico y lo mucho que nos descubre del carácter de Eck.

Avalora notablemente esta edición crítica el acabado estudio gramatical y dialectal.

tal que se hace de los opúsculos. Como que toda la larga introducción (CXI) viene a reducirse a un escurpulo análisis de los dialectos que empleó y de las formas gramaticales de que se sirvió el valiente y elevado Eck. Todo esto de verdadera necesidad para comprender bien sus escritos alemanes. Un diccionario añadido al final del fascículo la satisface plenamente, sobre todo a los que no nacimos a la vida de sociedad hablando la lengua alemana.

Felicítamos cordialísimamente a los doctores Meisen y Zoepfl por haber llevado a cabo con tanto estudio, competencia y tesón una obra perenne. Su trabajo se convierte al mismo tiempo en una lección práctica de austera crítica literaria e histórica.

Tres orationes funebres in exequiis Joannis Eckii habitae. Accesserunt aliquot epitaphia in Eckii obitum scripta et Catalogus lucubrationum ejusdem (1543). Herausgegeben von Johannes METZLER, S. J. Corpus Catholicorum, 16. (CXXXVII-103), 4.º 1930. Precio: 9,30 mk. (Por suscripción 7,80 mk.) Verlag Aschendorff. Münster in Westfalen.

Juan Eck, el que con más brío, arrojo y desnudo había luchado contra la herejía protestante, murió el 10 de Febrero de 1543. Este doloroso acontecimiento dió alas a sus enemigos para combatir y desvirtuar la obra de su principal antagonista. Corrieron rumores de que se había suicidado, o por lo menos que había muerto desesperadamente, etc. Pero estas calumnias provocaron una magnífica glorificación de la memoria del sabio teólogo. Tres oraciones fúnebres pronunciadas por Juan Widemann («Salicetus»), profesor de Universidad; Jorge Flach, benedictino, que había conocido a Eck, y Miguel Wagner, Maestro en Teología, nos revelan con una sencilla exposición de los hechos, cómo los últimos momentos del gran atleta de la fe fueron dignos de su vida pura y sacrificada. Además de estas oraciones fúnebres, acompañadas de gran cantidad de observaciones históricas y literarias, publica el P. Metzler una serie de elogios poéticos, uno en griego y los restantes en latín, que no por ser poéticos dejan de ser importantes para la historia de Eck. En su enjundiosa y bien documentada introducción perfecciona y completa el P. Metzler la lista de obras y ediciones publicada por Widemann.

La interesante e indispensable colección «Corpus Catholicorum» acaba de publicar lo que muy bien pudiera llamarse el complemento al fascículo segundo. Un índice ideológico y onomástico guía rápidamente a través de todas las piezas diversas que lo componen.

FR. J. HEREDIA.

El Evangelio explicado, por el Ilmo. Sr. Dr. Isidro GOMÁ, Obispo de Tarazona. Vols. II y III. Ed. Biblioteca Balmes. Barcelona. 1930.

Con muy pequeño intervalo de tiempo, ha publicado el Ilmo. Dr. Gomá los volúmenes 2.º y 3.º de la obra, cuyo plan y carácter general reseñamos en otro número de esta Revista. Estos dos tomos son continuación de la *Segunda Parte: Concordia evangélica, Comentarios, Lecciones morales*; de la que va en el tomo primero lo referente a la Vida Oculta y Preparación a la Vida Pública de Jesús.

El vol. II, 403 págs., estudia en la sección 1.ª (3.ª de la 2.ª parte) el primer año de la Vida Pública en sus dos períodos, de Judea y Samaria el primero y el segundo en Galilea. Y en la 2.ª (4.ª de íd.) el 2.º año de la Vida Pública, Pascua de 780 a la de 781 año 27 al 28 de nuestra Era en seis períodos: 1.º En Jerusalén. 2.º En Galilea. 3.º En Gerasa. 4.º En Galilea. 5.º En Betsaida, y 6.º En Galilea. Completan la exposición dos mapas de itinerarios.

El vol. III está dedicado al tercer año de la Vida Pública de Jesucristo en tres sec-

ciones con sus períodos respectivos. Abarca la 1.^a (5.^a de la 2.^a parte) desde Marzo-Abril hasta Septiembre-Octubre de 781 (28-29 de N. E.).—En la 2.^a (6.^a de id.) hasta Diciembre-Enero de 782.—En la 3.^a (7.^a de id.) hasta Marzo-Abril de 782. Integran este volumen tres mapas itinerarios hasta la Semana de Pasión.

Este sencillo plan recomienda por sí la obra mejor que un comentario. El índice de cada tomo es un cuadro sinóptico de los cuatro Evangelios correspondientes a los epígrafes en que suelen dividirse los distintos hechos, parábolas y enseñanzas de Nuestro Divino Redentor, y que en el texto se narra según el Evangelio, para dar a línea seguida su explicación.

PR. VIDAL L. GÓMARA, O. P.

Der kausale Gottesbeweis bei Herveus Natalis nach dem ungedruckten Traktat «De cognitione primi principii» von Dr. Joseph SANTELER, S. J. (Philosophie und Grenzwissenschaften. Schriftenreihe herausg. von Innsbrucker Institut für Scholastische Philosophie. III (1.) 1930. IV, 92 pág. 8.º, m. 3,50. Verlag von Felizian Rauch. Innsbruck.

Grata impresión nos ha causado el libro del P. Santeler, S. J., estudiando una de las figuras dominicanas más ilustres y simpáticas, el acérrimo defensor de la doctrina de Sto. Tomás, Herveo de Nedellec, quien por su ciencia y virtud mereció en vida el dictado de «Major Clericus orbis».

Forma parte el presente estudio de una serie de estudios filosóficos publicada por Padres de la Compañía de Jesús, y en él nos ofrece su autor una detallada exposición de la doctrina del Mtro. Herveo acerca de la prueba de la existencia de Dios por el argumento de la causalidad. Va precedida la exposición de una pequeña biografía de Herveo, de una breve reseña histórica de las ideas dominantes en la Escolástica sobre las pruebas de la existencia de Dios antes de Sto. Tomás y de una sucinta narración de la controversia entre Escotistas y Tomistas acerca de la primera vía, en la que tomó parte el dicho Maestro.

Es un trabajo bien hecho, con orden y claridad y constituye una aportación considerable para el estudio de la Escolástica cuatrocentista.

El Peligro Venéreo, por el Dr. R. ARQUÉS, antiguo médico Hospital Clínico y Casa Maternidad de Barcelona. Exagregado a los hospitales de París y de Berlín. Especialista en enfermedades sexuales. Tipografía de los Laboratorios del Norte de España. Masneu, Barcelona.

En un folletito de 28 páginas estudia el autor el *origen y evolución* de las enfermedades venereas—*causas—profilaxia—acción social*. Describe los diversos tipos que presenta la enfermedad venerea con los efectos característicos, los cuales son verdaderos destrozos causados en el organismo humano: la sola vista de las fotografías intercaladas en el escrito producen una dolorosa impresión. Los datos tomados de verídicas estadísticas llevan al mismo convencimiento, de la gravedad del mal.

El Dr. Arqués califica la enfermedad venerea de *cáncer social* por la extensión que va alcanzando, y lamenta, que debido a una mal entendida educación, cada día caigan nuevas e inocentes víctimas, presa del contagio. A grandes males, grandes remedios, y siendo ya insuficiente la *profilaxia individual* para impedir el desarrollo del *gran peligro venereo*, se impone la *profilaxia colectiva*.

Al efecto, señala el autor las medidas adoptadas por las principales naciones, y copia los artículos del nuevo Código Penal español referentes a la materia, de cuyo cumplimiento espera el Dr. Arqués saludables resultados; aunque advierte que aquí, en

España, todavía se puede hacer mucho más. Uno de los remedios que apunta es el siguiente: «recabar el auxilio del clero al objeto de que no se opusiera a tratar científicamente de estas cuestiones consideradas entre nosotros como pecaminosas, como si la higiene sexual fuese algo sinónimo de perversión».

Puede el Dr. Arqués estar seguro de que en ningún caso en que se trate de la enseñanza de conocimientos útiles a la humanidad tendrá de frente a la Iglesia y por consiguiente al clero. Ahora, que tratándose de materias muy delicadas, la Iglesia exigirá tales precauciones en la enseñanza, que no vaya a ser peor el remedio que la enfermedad.

FR. E. VIGIL.

A. VERMEERSCH, S. J., y J. CREUSEN, S. J.—*Epitome Juris Canonici cum commentariis ad scholas et ad usum privatum. Tomus I (Libri I et II Codicis Juris Canonici). Editio 4.^a, Págs. XV-551 en 4.º Pr. 22,50 frs. Año 1929. Tomus II (Liber III Codicis). Ed. 4.^a, XVI-551 págs. en 4.º Precio: 25 frs. Año 1930.*

Tomus III (Libri IV et V Codicis). Ed. 3.^a, XIV-412 págs. en 4.º Precio: 20,25 frs. Año 1928.

Libros hay cuyo título tiene mucho de reclamo y a veces de verdadero timo, por distar mucho el contenido de aquellos de lo que en éste se prometía. No ocurre eso con el que tenemos el gusto de presentar a nuestros lectores, antes bien lo contrario, porque sin llegar a la categoría de obra fundamental, no deja de ser bastante más de lo que el título indica, ya que respecto de muchos cánones se encuentran en él amplios y sustanciosos comentarios, y en general es muy instructivo no sólo para los principiantes, sino también para los ya versados en la materia.

De que esto no sea una mera apreciación personal, es testimonio abonado el rápido agotarse de las numerosas ediciones, pues la menor no bajó de 4.000 ejemplares.

¿Quiere esto decir que todo cuanto en esta obra se encuentra sea oro de ley, sin mezcla ninguna de escoria? No por cierto. Ni tiene por qué extrañarnos, sobre todo si nos fijamos que abarca todo el Código; y aunque sus autores, Vermeersch principalmente, sean de reconocida competencia, sería demasiado pedir que todas sus afirmaciones obtuvieran la común aceptación, y no encontrase nada en qué ejercitarse la crítica. Por no presentar más que un botón de muestra me limitaré a señalar su opinión de que el año de noviciado no se interrumpía por el traslado del novicio a otra casa de la misma religión, aunque en el viaje empleara más de treinta días (T. 1, n. 660), la cual dejó de ser opinión después de lo que con fecha 13 de julio de 1930 declaró la Comisión del Código. Pero esta y otras cosas análogas resultan muy insignificantes al lado de lo mucho bueno que esta obra contiene y la hace por tantos títulos recomendable.

FR. S. A.

Alexius PETRANI.—*De relatione iuridica inter diversos ritus in Ecclesia catholica.*—IX-107 págs. en 4.º Precio: 6 liras. Editorial Marietti. Turín-Roma. MCMXXX.

El autor nos dice en el prólogo que le movió a escribir esta obrita el deseo de ayudar a los sacerdotes latinos que ejercen su ministerio en las regiones de Oriente, y también a aquellos otros que, permaneciendo en lugares donde predomina el rito latino, tienen también feligreses de otros ritos.

Divide la obra en dos partes casi de igual extensión. En la primera, después de fijar el sentido en que toma la palabra rito, diferente y mucho más amplio del que se le da

en la ciencia litúrgica, enumera y hace un poco de historia de los varios ritos actualmente existentes en la Iglesia católica, indicando las características de cada uno, el respeto con que la Santa Sede miró siempre los ritos orientales y lo que tiene legislando acerca del tránsito de uno a otro.

La segunda parte se ocupa de la *mutua acomodación de los ritos en la confección, administración y recepción de los sacramentos*, haciendo un recorrido por cada uno de éstos y señalando también lo referente a la observancia de ayunos y abstinencias y santificación de los días festivos.

Es un librito que puede prestar muy buenos servicios a todos aquellos para quienes ha sido escrito.

FR. S. A.

Unión conyugal. Su estabilidad e indisolubilidad. Discurso leído en la solemne inauguración del curso académico (1930-1931) en la Universidad Pontificia de Valencia, por el M. I. Sr. Dr. D. Pascual LLOPIS ESPÍ, Canónigo de la S. I. M., Vicerrector y Catedrático de Teología Dogmática. 75 páginas, en 4.º Tipografía del Carmen. Valencia, 1930.

Es éste un discurso de altos vuelos y muy erudito. Al llegar a la página 39, y prosiguiendo hasta la 55, no fué pequeña mi sorpresa al ver que en *multitud de párrafos* coincidía exactamente no sólo en las ideas, sino también en la manera de expresarlas, y hasta en las citas de autores, con el artículo que sobre la *Indisolubilidad del matrimonio* había yo publicado en esta Revista en el número de Mayo-Junio último.

Ni que decir tiene que me consideré muy honrado viendo que un teólogo tan ilustre como el señor Llopis Espí, de esa manera aprobaba y *hacia suyas* tantas cosas de mi artículo. Pero es también indudable que por más honrado me tendría, y mucho mayor fuera mi agradecimiento, si se hubiera dignado hacer referencia a dicho artículo, aunque sólo fuese una vez, y más aún si hubiera incluido entre comillas los párrafos en cuestión.

FR. SABINO ALONSO.

Les Cardinaux et la Curie, tribunaux et offices, la vacance du siège apostolique. 210 págs. en 8.º Año 1930.

Les Congrégations Romaines. 210 págs. en 8.º Año 1930.

Ocupan estos dos volúmenes el lugar 36 y 37 respectivamente de la *Biblioteca católica de ciencias religiosas* que con tanto esmero viene editando la Librería *Bloud et Gay*, y ambos tienen por autor a Víctor *Martin*, Decano de la Facultad de Teología católica de la Universidad de Estrasburgo.

Salen en dos volúmenes para no exceder los límites por la editorial prefijados, ya que por la materia debían formar uno solo, según el mismo autor reconoce y advierte.

Contienen un comentario a los cáns. 230-264 del Código Canónico, comenzando por indicar el origen, vicisitudes y estado actual de cada uno de los puntos tratados.

Indica bastante detalladamente los diversos oficiales y empleados de los Tribunales, Oficios y Congregaciones, el funcionamiento y atribuciones de cada uno de estos Dicasterios u organismos de que se sirve el Romano Pontífice para el gobierno de la Iglesia. Son libros éstos que se leen con provecho y sin fatiga.

No podemos dejar de manifestar que en la Introducción al primero (pp. 5-8) se encuentran algunas frases que dejan una impresión poco favorable respecto de la Santa Sede, y que el autor hará bien si las suprime en ediciones posteriores, tales como éstas: «La diffusion des collections canoniques... ne fu pas sans favoriser, dés le Moyen Age, le transfert a celui-ci (el Papa) de bien des parcelles d'autorité que les évêques

de jadis posédaïen en propre». «Au XIII^e siècle, la creation des inquisiteurs pontificaux fait passer au second plan, dans bien des diocèses l'autorité des prélats en matière de police doctrinale».

FR. S. A.

Los mártires de Canada, por el P. Henri FOUQUERAY, S. J. Un vol. con grabados, 354 pág. Precio 15 francos. París, Tequi, 1930.

Recordando los sesudos consejos del señor Canónigo de Toledo a Don Quijote, de igual modo lamento el que tantas personas, buenas y piadosas por otra parte, se den a la lectura asidua de novelas y otras historias fingidas, habiendo libros como el presente, en el que, con el interés intenso que despiertan los dramáticos acontecimientos narrados, va de consuno el provecho espiritual y la edificación. Porque cualquier lector de mediano entendimiento, al enterarse del valor, serenidad y hasta anhelo con que estos esforzados confesores de la fe arrostraron tan espantosos tormentos, no puede menos de reconocer cuán poderosos y eficaces son el amor y gracia divinas, y tomar valerosas resoluciones, diciendo con el Apóstol: Omnia possum in eo qui me confortat. El haberse valido el autor de numerosos documentos contemporáneos y, en especial, de varias relaciones de los propios mártires contribuye no poco a dar mayor vida y relieve a la obra.

FR. M. A. REVERTEGAT.

Educación de la voluntad (Curso de Energética), por el Dr. Graneur D'EPIS. 1 vol. en 8.º, pág. 190. Madrid. 1930. Bruno del Amo. 4 pts.

Hace esta obrita el volumen 12.º de la «Nueva Biblioteca Pedagógica», y con justicia merece los calificativos de jugosa, encantadora, interesantísima. Está escrita con una claridad y orden admirables, y en todas sus páginas respira el más sano optimismo y la alegría más pura. El autor se revela gran conocedor del corazón humano, un maestro acabado de la educación integral, del hombre completo, en los dos órdenes natural y sobrenatural.

Multitud de notables ejemplos confirman la enseñanza doctrinal, que siempre va acompañada de la correspondiente aplicación práctica.

En suma, nada encontramos que censurar en este librito, y sí mucho que alabar, y estamos seguros que quienes lo lean atentamente recogerán ópimos frutos para su formación personal y para formar a otros.

FR. F. VÉLEZ.

Las Grandes Ideas Directrices del Pontificado de S. S. Pío XI, por el Muy Ilustre Sr. Dr. D. Santiago Guallar POZA, Canónigo bibliotecario de la Santa I. M. de Zaragoza; págs. 254. Bruno del Amo, Toledo, 72. Madrid. 1930. 5 pts.

Tal es el título general que llevan las Conferencias predicadas en San Ginés de Madrid, durante la pasada Cuaresma. Excusado es ponderar su actualidad y capital importancia, porque salta a la vista; y nada nuevo decimos al afirmar que el Sr. Guallar está a la altura del tema y de las circunstancias. Sin que nos admire por la elegancia o brillantez del estilo, que no pasa de sencillo y correcto, fijándonos en lo principal, en la doctrina, la juzgamos sólida, profunda y clara y provechosa en alto grado.

Con gran competencia y seguro criterio esclarece asuntos tan fundamentales como: la acción católica, las misiones, la paz internacional y la paz social, la soberanía del Romano Pontífice y los acuerdos de Letrán, el nacionalismo y la «Acción francesa»;

poniendo de relieve la labor ingente de nuestro Smo. Padre el Papa Pío XI, como instrumento escogido por la Providencia de Dios para alivio de los grandes males de la época.

En estos tiempos de tan escasa fe y de tan poco respeto a la autoridad, creemos esta obra muy útil para disipar las dudas de muchas inteligencias, aun entre quienes se dicen católicos.

FR. F. VÉLEZ.

Philosophia Perennis.—Abhandlungen zu ihrer Vergangenheit und Gegenwart. Regensburg, 1930.—Druck und Verlag von Joseph HABEL.

En dos gruesos volúmenes de más de quinientas páginas cada uno, lujosamente editados, aparece esta colección de artículos, debidos a distinguidos filósofos de diversas nacionalidades.

El editor Fritz-Joachim von Rintelen expone su propósito en la introducción de esta manera: «Estos artículos aparecieron como homenaje al sabio profesor de Munich, doctor José Geyser, en el 60 año de su nacimiento, justamente considerado como el campeón de una filosofía crítico-realista, basada en los principios de Aristóteles». Acreditan las palabras del editor las sesenta y ocho bien conocidas firmas que concurren al homenaje, procedentes, no de los compañeros de profesorado, sino de personalidades pertenecientes a diez y seis naciones. Los trabajos salen redactados en la lengua respectiva de cada autor, en alemán, francés, español, inglés e italiano.

Una obra de esta índole no puede tener el valor de un estudio sistemático, ajustado a un plan preconcebido, pero ofrece una serie muy variada de trabajos, por lo general profundos, sobre cuestiones de gran actualidad, lo mismo para la historia de la filosofía que para la filosofía sistemática.

El nombre de «Philosophia perennis» con que el autor pretende dar cierta unidad a la colección, ha de entenderse en un sentido amplio; pues no sólo están comprendidos bajo semejante denominación las tendencias más o menos divergentes de la filosofía aristotélico-escolástica, sino también algunos temas, aunque pocos, y éstos de carácter histórico, pertenecientes al período anteescolástico.

Los dos volúmenes, el primero de cuales tiene por subtítulo: *Abhandlungen ueber die Geschichte der Philosophie*, y el segundo: *Abhandlungen zur systematischen Philosophie*, están cuidadosamente divididos en secciones por orden de materias, según actualmente se estudian en Filosofía.

No queremos entrar en detalles, porque, dada la heterogeneidad de los trabajos, sería preciso extenderse indefinidamente. Sólo diremos, pues, que sacados pocos más de media docena, en que los autores no parece haber intentado otra cosa que salir de un compromiso, todos los demás son estudios de un valor positivo; pudiendo citarse como ejemplo, entre los de carácter histórico, los titulados: «Doctrina de Alberto Magno sobre los trascendentales», por el Dr. Einrich Kuehle; «Enseñanzas de Santiago de Viterbo acerca de la realidad de la esencia divina», por el Dr. M. Grabmann, y «Fenomenología pura o filosofía de la acción», por el P. J. Maréchal, S. J.

Entre los trabajos que desarrollan algún punto de filosofía sistemática merecen citarse como ejemplo el del malogrado filósofo español Dr. A. Gómez Izquierdo, titulado: «Teoría del ejemplo»; «Importancia del problema de los valores», del editor, y «El realismo metódico», de Esteban Gilson. Los tres últimos artículos de la obra estudian la personalidad del Dr. Geyser como psicólogo, como crítico y como metafísico, respectivamente.

No podemos menos de alabar la obra y el gusto del editor y pagar nuestro humilde

tributo de admiración al Dr. José Geyser por sus trabajos en pro de la filosofía del sentido común.

FR. C. MIRANDA.

Allgemeine Psychologie. Eine einföhrung in ihre Tatsachen und Probleme mit besonder Berücksichtigung der Pädagogik von Dr. Ernst BROERMANN. Págs. 248, en 8.º Paderborn, Verlag von F. Schöningh, 1929. Pr. 3,90 mk.

El presente volumen forma el número 19 de la colección *Handbücherei der Erziehungswissenschaft*, dirigida por el Dr. Friedrich Schneider, y como el título indica, es un tratado de Psicología general con vistas a la Pedagogía. Va precedido de una a modo de introducción en que expone el objeto y fin de la Psicología, su método, la conciencia y las relaciones del alma y el cuerpo. El criterio del autor es amplio y acogedor de todos los elementos que puedan contribuir al más perfecto conocimiento del alma y sus actividades. En el campo inmenso de las investigaciones psicológicas escoge la del hombre adulto y normal, que es la que debe servir de base a las otras manifestaciones de la Psicología.

Y entre las dos secciones de Psic. *experimental* y *especulativa*, el siguiendo a Lindworsky toma para sí un campo intermedio, la *teorética*, que, semejante a la Física teorética, tiene por objeto describir, explicar las percepciones de los sentidos, los procesos de los sentimientos, la formación de los caracteres, etc. Debe poner la mira en las leyes descubiertas de los diferentes fenómenos, para entender luego los otros que siguen leyes semejantes donde quiera que se hallen. Sin meterse ahora, como el autor no lo hace, a definir las relaciones de esta sección de la Psicología con las otras dos, bien podemos conceder a esta distinción un valor práctico. Y efectivamente, Broer. estudia con detalle y precisión las varias manifestaciones del alma humana, los actos del conocimiento sensible, los del intelectual, los sentimientos, los apetitos, añadiendo al fin de cada artículo un interesante cuestionario sobre las aplicaciones de lo expuesto a la psicología de los niños o a la enseñanza. Mas particularmente se refiere a esta ciencia la última sección en que habla de la memoria, de la atención, de la fantasía e inteligencia. Cada artículo va seguido de una copiosa indicación bibliográfica, toda alemana, que muestra la riqueza de la literatura germánica sobre esta materia.

FR. A. VALLINA.

Le Catéchisme en problèmes. Cours supérieur (Livre du maitre), pág. 378, por E. DUPLESSY. París, Pierre Tequi, Rue Bonaparte, 82.—1930.

Este libro es el cuarto y último de los volúmenes que viene escribiendo el autor sobre la misma materia, y es digno complemento de los anteriores, presentando las mismas buenas cualidades de agudeza, precisión, claridad y erudición sacra y profana.

Es muy de alabar el método, porque resulta esencialmente práctico y instructivo por los muchos e interesantes ejercicios que contiene en todas las lecciones, haciendo continuas llamadas a la liturgia, a la S. Escritura, a la historia de la Iglesia y a las vidas de los santos para resolver o ilustrar las más diferentes cuestiones catequísticas. A cuantos por éstas se interesen les recomendamos sinceramente la presente obra.

FR. F. VÉLEZ.

«**Domus Aurea**», por el Ilmo. Sr. Dr. D. Ramón Angel JARA, Obispo de La Serena (Chile). Un vol. en 8.º m., 238 págs. 5 pts. Bruno del Amo. Madrid. 1930.

Ocho sermones sobre la Virgen María, con un Apéndice que contiene discursos varios, constituyen la primera muestra que nos ofrece «La Predicación Contemporánea» de la peregrina elocuencia del Ilmo. Angel Jara, el Crisóstomo chileno. En un estilo elevado y florido canta las glorias y virtudes de la Madre de Dios con la gravedad, entusiasmo y piedad con que lo hacen los Santos Padres y Doctores más devotos de María. Los oradores sagrados encontrarán aquí un acabado modelo en que inspirarse, tanto por lo que respecta al fondo como a la ejecución; y todos los fieles un medio para conocer mejor a María Santísima y para moverse a su amor e imitación.

FR. F. VÉLEZ.

SS. Eusebii Hieronymi et Aurelii Augustini Epistulae mutuae. Edidit, prolegomenis et notes instruxit Josephus SCHMID S. T. D. (Florilegium Patristicum, fasc. XXII). Bonnae. Sumptibus Petri Hanstein. 1930. Pr. 5,60 mk.

Esta correspondencia entre los dos grandes doctores fué, como todos saben, un poco tormentosa, y por eso más digna de estudio. El editor nos cuenta por extenso en sus prolegómenos la historia de esta correspondencia epistolar con los accidentes de la misma, y luego la de las cuestiones doctrinales entre los dos contraventidos. El texto reproduce las ediciones de Hilberg y Goldbacher en C S E L, pero va enriquecido de numerosas notas literarias.

FR. A. C.

Prof. Walther LÖB. Introducción a la Bioquímica. Trad. del alemán por don Pablo Cirera, Dr. en Farmacia. 143 págs., en 8.º Editorial Labor, 1929.

Para todo el que no aprecie el valor de un libro por el número de sus páginas, ha de resultar esta obra de verdadero mérito. A juzgar por el título pudiera creerse que el autor había de contentarse con decirnos cuatro vulgaridades. Nada de eso: en casi todas las páginas se ve un esfuerzo considerable por desentrañar el misterioso funcionamiento de los vivientes. La aspiración de W. Löb, como la de todos los que han tenido la pretensión de explicarlo solamente por fuerzas físico-químicas, queda en absoluto malograda: él mismo reconoce la actual imposibilidad de resolver por este medio los problemas que el laboratorio de un organismo ofrece a los científicos; pero sostiene que no por eso hay que arredrarse ni retroceder: dejar la explicación de todo a la supuesta fuerza vital, que para salir del paso, imaginan los que no quieren molestarse en trabajar por aportar luces para iluminar las oscuras regiones del horizonte racional de la Biología, juzga que no procede.

Aunque estamos seguros de que en las ciencias biológicas, cada conquista que se hace va seguida de un verdadero enjambre de nuevas dudas y dificultades que desvirtúan el avance; sin embargo, el esfuerzo de los que buscan la causa de los fenómenos biológicos, nos parece muy digno de alabanza. No porque estemos también convencidos de que las fuerzas físico-químicas puedan llegar a darnos la total explicación de los hechos, sino porque sabemos que, poniendo en juego experiencias y observación, siempre se irá encontrando algo nuevo de positivo valor científico: así ha ocurrido siempre en las ciencias. En cuanto representa un esfuerzo en este sentido, y pone al alcance de casi todos una buena suma de conocimientos que suelen ser del dominio ex-

clusivo de las personas dadas a estos estudios, nos parece la obra de W. Löb un libro muy digno de ser conocido y estudiado: es un verdadero libro de vulgarización, dotado de bastante claridad aun para aquellas personas que no tengan más que conocimientos simplemente elementales de química. Bien es verdad que se advierte alguna equivocación; pero de tal naturaleza, que fácilmente la subsanará el lector. La oscuridad que en dos o tres ocasiones se aprecia en la expresión, pudiera ser que fuera efecto de la traducción.

FR. V. ALBUERNE.

Santa Gertrudis, la primera confidente del Sagrado Corazón. Su espíritu.—Su vida interior.—Su vida litúrgica. Por el R. P. Agustín Rojo del Pozo, benedictino de Silos.—Editorial *Fides* (Apartado núm. 17), Salamanca.—1930. 1 vol. de 361 págs. en 8.º

Resulta de actualidad esta obra del P. Rojo, una vez que en España parecen soplar vientos de restauración litúrgica y espiritualista. Porque esta obra no es otra cosa que una Vida esencialmente litúrgica, en que la Santa protagonista aparece desde sus más tiernos años hasta su muerte educándose, formándose, perfeccionándose y desenvolviéndose en un ambiente saturado de liturgia, siendo ésta, puede decirse, casi el único guía o director del espíritu de la Santa, ya que las mismas enseñanzas, por otra parte tan frecuentes y maravillosas, de su Divino Esposo Jesucristo se ajustan al ritmo marcado por la Iglesia en los cantos e instrucciones del Breviario y del Misal. Y una Vida esencialmente espiritualista en que las fórmulas de cajón y los moldes de etiqueta ceden su vez al impulso libre y espontáneo, suave y amoroso, dulce y poético de un alma movida por el Espíritu Divino, que sopla donde quiere y cuando quiere, que eleva con ímpetus y raptos a las celestes mansiones de la Sabiduría y del Amor. Una Vida impregnada de la vida de Cristo, ya que todo en ella se desenvuelve en Jesús y por Jesús. Una Vida que nos descubre en la gran Santa benedictina a la precursora de la devoción al Amor Misericordioso, habiendo sido también, como es sabido, la primera confidente del Sdo. Corazón.

¿No son éstos motivos suficientes para declarar provechosa y recomendable la lectura de esta obra? Nosotros, desde luego, la hemos leído con verdadera complacencia, y deseáramos que todas las personas devotas, y particularmente las monjas de clausura, tuvieran la misma suerte de leerla. Así como también unimos nuestros votos a los votos del autor por que se publique cuanto antes y sea de todos conocida la traducción castellana, hecha por otro Padre benedictino, de las Revelaciones de Santa Gertrudis.

La editorial FIDES, que tanto ha contribuido y sigue contribuyendo a la restauración de la verdadera espiritualidad cristiana con sus numerosas y escogidas publicaciones, merece un nuevo aplauso y un nuevo voto de gratitud por la edición de esta Vida tan sugestiva y ejemplar.

FR. E. SUÁREZ.

Biblioteca Carmelitano-Teresiana de Misiones.—Tomo I «La Misión del Congo y los Carmelitas y la Propaganda Fidei»; Tomo II «A Persia»; Tomo III «En Persia»; Tomo IV «En Ormuz y en el Mogol», por el Padre Fr. Florencio del Niño Jesús, C. D.—Págs. 167; 158; 144; 158 en 8.º Una peseta cada tomo. Por suscripción 50 céntimos tomo. La Obra Máxima, Pamplona.—1929-1930.

Inspirado en documentos inéditos y en historiadores graves nos ofrece el P. Floren-

cio una narración llena de vida y atractivo de las divinas aventuras llevadas a cabo por los misioneros carmelitas. El autor ha procurado recoger con diligencia todos los materiales necesarios para darnos a conocer la geografía, costumbres, doctrinas, etcétera, de los pueblos en que se han realizado las hazañas de los misioneros; pero si al tratar de la vida de los misioneros le fué fácil asimilarse, de alguna manera, su espíritu para darnos una descripción vivida de sus heroísmos, no obtuvo igual fortuna al tratar de adentrarnos en las costumbres, en la doctrina, en la vida de los paganos que evangelizaron. El P. Florencio no sólo escribió unas páginas de la historia de su gloriosa Orden, compuso también un bello capítulo de la Historia Eclesiástica.

FR. J. HEREDIA.

Pagine cristiane antique e moderne, Collezione diretta da P. Ubaldi e S. COLOMBO. Vol. VI. San Tommaso de Aquino, por el P. Pucceti, O. P. Torino, Corso Regina Margherita, 174. Págs. 295, en 8.º menor.

No es una biografía, ni siquiera una semblanza espiritual del Doctor Angélico, sino un resumen-traducción de las enseñanzas y pasajes que más pueden interesar a los hombres de hoy, entresacados de sus escritos. A los santos y a los sabios, mejor que de ninguna otra manera se les conoce por su espíritu reflejado en sus escritos y por su doctrina. Lo difícil en estos casos es la selección y la traducción. En cuanto a esta última nos parece aceptable la del P. Pucceti. No así por lo que toca a la selección. En cuatro partes divide su resumen: a) Verità dogmatiche; b) L' Uomo-Dio; c) I Sacramenti; d) Pagine morali. El empeño de abarcar toda la materia de la Suma le ha hecho ser en algunas partes muy incompleto, por ejemplo en la parte moral, y de no aparecer la doctrina de Sto. Tomás con todo el relieve que pudiera tener para los hombres de hoy en una obrita de esta índole, si se hiciera la selección con otro criterio. Pero de todas maneras tal como la ejecuta el P. Pucceti puede tener también sus ventajas que es la de avezar a los lectores profanos a Sto. Tomás y despertar en ellos el interés de conocerlo mejor leyendo sus escritos. Además, como libro de piedad no puede ser más sólido, y bajo este concepto no podemos menos de recomendarlo con todo interés, pues en él aparece descrita en sus líneas fundamentales toda la vida espiritual por el propio Sto. Tomás. La impresión y presentación muy esmeradas y elegantes.

FR. M. CUERVO.

Repetitorium Methaphysicae concinnavit Dr. Antonius MICHELITSCH GRAZ, Págs. 55, en 4.º

Un brevísimo resumen de las nociones generales de Metafísica que el autor con más amplitud expuso en otra obra escrita en lengua alemana. Se podría discutir mucho el orden de exposición y la genuinidad metafísica de algunas nociones, por ejemplo, la del principio de individuación, a no ser que se trate de Dios en particular o de las formas separadas. Con singular competencia y extensión trata las cuestiones relativas a la distinción entre la esencia y la existencia, y a la premoción física. En el último capítulo que titula: «Quomodo veteres societatis Jesu doctores Thomae doctrinam de influxu Dei in operatione creaturarum interpretati sint», aduce nada menos que diez testimonios de escritores primitivos de la Compañía en los que atribuye abiertamente a Sto. Tomás la doctrina de la premoción física. ¿Será que los antiguos eran más sinceros y esforzados que los modernos? El autor concluye valientemente: «Bannesianos» aliter sentire ac Thoman, *commentitium* est». «Est ergo error historicus, si Thomistae

recentiores vocantur «Bannesiani» hoc sensu, quod a Thomae doctrina deviaverint». Entiéndanlo bien los escritores a quienes esto va dirigido.

FR. M. CUERVO.

Les idées Morales et Religieuses de Méthode d' Olympe, contribution à l' étude des rapports du Christianisme et de l' Hellénisme a la fin du troisième siècle, par Jacques FARGES. Beauchesne. Págs. XVI-266, en 4.º menor.

Una vez hecha edición crítica de las obras de S. Metodio, el Sr. Farges se propone en esta obra hacer un estudio de conjunto de ellas. Nobilísima empresa puesto que S. Metodio es el autor más célebre de la Iglesia griega a fines del siglo tercero. En tres libros divide su estudio. En el primero analiza su obra literaria; número de obras y carácter literario de las mismas. En el segundo estudia su doctrina acerca de Dios, de la creación, del hombre, de Jesucristo y su obra, la Iglesia y los sacramentos, la virginidad y los Novísimos. En el tercero las fuentes de su doctrina; Escritura, Tradición y Filosofía. Harnak ha hecho este juicio de la teología de S. Metodio: «la manera en que él ha unido la Tradición y la especulación no ha sido igualada en el siglo cuarto aun por los Capadocianos. Sólo hombres como Cirilo de Alejandría se le parecen. En la teología de Metodio se encuentra ya el último grado al cual llegara la teología griega». Esto mismo prueba más que nada el interés que puede tener una obra como ésta.

FR. M. CUERVO.

Méthode d' Olympe du Libre Arbitre, traduction précédée d' une Introduction de l' origine du monde, du libre arbitre et du problème du mal dans le pensée grecque, judaïque et chrétienne avant Méthde, par Jacques FARGES. Beauchesne. Págs. XV-184, en 4.º menor.

En el *De autexusio* se propone S. Metodio dar una solución cristiana a la cuestión del origen del mal contra el dualismo gnóstico. El Obispo de Olimpo la encuentra en el libre albedrío debilitado por el pecado. De aquí la necesidad de exponer la naturaleza del libre albedrío y su origen con la del mundo en general para dar una explicación satisfactoria a la otra del origen del mal.

El Sr. Farges que en el volumen anterior nos había expuesto la vida, escritos y doctrinas teológicas principales de S. Metodio, estudia en éste con más detalle y detención su pensamiento acerca de la cuestión del origen del mal. En una Introducción al *De autexusio* que ocupa la mayor parte del volumen, después de unos cortos preliminares en que analiza su objeto, fecha y caracteres generales, hace un largo estudio de las doctrinas griegas, judías y cristianas acerca de cada una de aquellas tres cuestiones, libertad, origen del mundo y origen del mal, para centrar bien en su medio ambiente el pensamiento de S. Metodio, y poder apreciarlo en toda su perfección. No negaremos la lógica del procedimiento; pero si se tiene en cuenta que de esta larga Introducción, de ciento cuarenta páginas, o sea más de dos terceras partes de la obra, sólo catorce le tocan a la doctrina de S. Metodio, se comprenderá fácilmente que, más que una necesidad, es éste un *pretexto* para hacer un libro más tanto más cuanto que las enseñanzas de S. Metodio sobre estas cuestiones están ya todas contenidas en el libro anterior. Sigue después la traducción del *De autexusio* que está hecha sobre el texto de la edición crítica de las obras de S. Metodio, publicado por N. Bonwetsch en la colección «Die griechischen christlichen Schriftsteller».

FR. M. CUERVO.

Monseñor BAUNARD. **El Evangelio del Pobre**. Versión castellana, por el Reverendo D. Cipriano MONSERRAT, Doctor en Filosofía y en Sda. Teología. Editorial Políglota, Petritxol, 8. Barcelona. 1930.—1 vol. de 391 páginas en 8.º—Precio: ptas. 5 en rústic y 7 en tela.

La razón que ha motivado la publicación de este libro en su lengua original (año 1903) es, según declara el autor, el haberse entronizado sobre los principios de Spencer, Nietzsche y otros filósofos modernos un nuevo Evangelio, «que proclama y decreta el dominio exclusivo y opresivo del fuerte sobre los menguados despojos de todos los desheredados de la naturaleza y de la vida». Estamos ya algo lejos de esos tiempos. Y sin embargo, este libro no ha perdido actualidad, puesto caso que la lucha de clases prosigue hoy más enconada que nunca, amenazando la sociedad en sus cimientos. A eso obedece, sin duda, la traducción y publicación castellana de este libro.

El Evangelio del Pobre es el mismo Evangelio de Aquel que empezó su apostolado con las siguientes palabras de Isaías: «El Espíritu del Señor es sobre mí, y me ha ungido para anunciar a los pobres la buena nueva». Es el mismo Jesús, considerado como pobre, como amigo, maestro, remedador y salvador de los pobres. Son los ejemplos y enseñanzas de la vida de Jesús, desde su nacimiento en el pesebre hasta su muerte en la cruz, constituyendo un Evangelio de consuelo y redención para todos los que sufren. Pero nada tendría de original este libro si fuera una de tantas biografías sociológicas o apologéticas de Jesús. Su originalidad y su mérito consiste en la manera tan real y sugestiva de presentar la figura de Jesús como modelo y bienhechor de los pobres, y en la manera de ilustrar las divinas palabras del Evangelio con atinadas reflexiones de palpitante aplicación, con datos de la historia eclesiástica o profana y con curiosas estadísticas de gran interés para el sociólogo. Por eso creemos que su lectura no podrá por menos de producir tan profunda como saludable impresión en el ánimo de los pobres y de todos aquellos que se ocupan del problema social a la hora presente.

FR. E. SUÁREZ.

Mgr. TISSIER. Evêque de Chalons. **Les Puissances morales et surnaturelles de Femmes**. Paris. Lib. Tequi. Prec. 9 franc. Extranj. 11.

Nueve conferencias, pronunciadas en diversas ciudades francesas ante un público femenino, contiene el presente volumen. Sobre todas las ideas en él expuestas sobresale una: la mujer está ordenada naturalmente a la maternidad. Este es su mayor timbre de gloria. El hombre, por su sistema nervioso, su musculatura, su inteligencia, es—ordinariamente—superior a la mujer. Esta en cambio le supera por la magnitud de su corazón. Dios ha puesto en el alma femenina las virtudes heroicas que exige el difícil desempeño de la plena maternidad: abnegación, fortaleza, fe, caridad, dulzura...

Está el libro del Ilmo. Sr. Tissier saturado de verdadero feminismo. Y la doctrina desarrollada con sencillez, claridad, pulcritud y valentía. Como conviene a un verdadero Pastor de las almas.

FR. A. TRANCHO.

Etude sur la Poesie et sur le vocabulaire de Loys Papon, poète forézien du XVI^e siècle, par Soeur Mary Jérôme KEELLER, O. S. B. M. A. L'Université Catholique d'Amérique. Washington, D. C. 1930.

Método, sagacidad, ingenio detallista y abundante erudición son los exponentes de esta memoria doctoral, reveladora de que las investigaciones históricas, la depuración de textos y el certero cotejo de ediciones son materias propicias al ingenio femenino.

FR. A. CARRIÓN.

¡El!...—¡Nosotros!..., por A. M. D. G. Traducidos del francés por el duque de Maqueda. Edit. «Voluntad». Apart. 8.037. Madrid. Pr. 5 ptas. cada tomo.

Las «rápidas pinceladas» ideológicas, las frases efectistas, de relumbrón, conspira contra la dignidad, severidad y majestad de temas que los Tomistas cifran en «adhaerere Deo et Eo frui» y alteran el equilibrio mental y afectivo tan propicio a la lectura serena y fructífera. Dejando a la voluntad, corazón e imaginación el gobierno y dirección de la vida, se va a la catástrofe: la una es la loca de la casa, y el corazón y la voluntad de per se son ciegos casquilucos y sin lazarilo.

¿A dónde quiere el lector que se manden párrafos como estos que cito? «Por memoria entendemos no precisamente la potencia que nos hace sentir, de una manera a veces excesiva, nuestras propias alegrías y nuestros propios dolores, sino más bien aquella noble y encantadora facultad que nos permite salir de nosotros mismos para ir hasta las alegrías y dolores de otro; esta facultad, compuesta de voluntad y de amor, que hace nacer en nosotros la necesidad de ayudar la miseria...» (*¡El!...*, 29).—«De la misma manera, para apreciar un ser humano no se le mide por la talla, incluso ni por la inteligencia, sino que se sondea el corazón» (30).—«En llegando a cierto grado (de conocimiento), que no es el mismo para todos, el cerebro rehusa continuar más adelante. Es menester detenerse allí. En el campo de la vida moral no existen límites; no existen barreras... se puede ir tan lejos como se quiera» (32).—«Media página de un folleto es bien poco, y, sin embargo, bastaría para corregir a la humanidad, si la humanidad fuese corregible, pero no lo es» (*¡Nosotros!...*, 159).

FR. A. CARRIÓN.

Petit Catéchisme en images. Texte de l' Abbé J. MOTTE. Illustré de 300 gravures sur bois. L. Lethielleux. Paris. 1930.

Con frases epigráficas, esclarecidas con grabados pertinentes—un tantico demasiado infantiles y humanos a veces—se meten en las inteligencias, voluntades y corazones infantiles las enseñanzas catequísticas.

FR. A. CARRIÓN.

De l' Art d' être malade. P. J. CHAMBELLAND. Pierre Téqui. Paris. 1930.

Con la palabra y con el ejemplo, dice S. Francisco de Sales a los cristianos, que padecen: «Voilà le chemin du ciel le plus assuré et le plus royale», y por él van exclamando con el alma en los labios: «Juxta crucem Tecum stare—Et me tibi sociare—In planctu desidero».

FR. A. CARRIÓN.

El hombre eterno, por G. K. CHESTERTON. Trad. de F. de la MILLA. Edit. Poblet. Madrid. 1930.

«No creo, por otra parte, que el pasado se deba pintar como algo en el que la Humanidad se pierde en la Naturaleza, o la civilización en la barbarie, o la religión en la mitología, o nuestra propia religión en las religiones del mundo». A demostrar esto endereza Chesterton su talento ingenioso metiendo en la brega ideas sustantivas, serias, categóricas y enérgicas unas veces, otras, las más, fáciles, algareras, audaces, cáusticas y caricaturescas. El estilo, aun a través de lo desmañado de la traducción, desazona e inquieta a los adversarios con los lancetazos del humorismo inglés, si punzan siempre, apenas mordicante y sangrador.

Choca el aire desenfadado y juguetón con que el autor controvierte sistemas que

neron y son cardinales en gran parte de la Ideología del siglo xix y lo que va del xx. «El hombre eterno» hace pensar, quejarse, reir, pero no dormir ni bostezar.

FR. A. CARRIÓN.

Conferencias y Discursos, por el Lic. Alfonso Francisco RAMÍREZ, Diputado al Congreso por Oaxaca. México. 1930.

Se presenta el autor hombre inteligente y agudo, sensible a las solicitudes del arte oratorio, sazonado con sustancia racial y patriótica, y, sabiendo y queriendo comprender y amar a sus antepasados y contemporáneos, es útil a su Patria y ejerce discreto y fértil magisterio en aquella Nueva España, a la que deseo días de paz y esplendor. Apurando el alcance de algunos conceptos, caerían sobre ellos algunas tildes.

FR. A. CARRIÓN.

S. Agustín, por Juan PAPINI. Traducción de M. A. Ramos de ZÁRRAGA. Edit. «Voluntad». Madrid. 1930.

«He escrito este libro como artista y como cristiano, no como patrólogo o escolástico». Esta confesión espontánea de Papini, que «lleva la admiración empapada en afecto» ¿le sirve de circunstancia eximente historiando la vida de N. P. S. Agustín, divisoria de una civilización que se va y de otra que viene pujante y prometedora; verdadero y genial estratega de la controversia religiosa; campeador infatigable de la doctrina católica?

Papini, experto abridor de los repliegues del alma agustiniana, cuyas pasiones y sentimientos alumbra certero y saca a luz en forma literaria real y apropiada—y eso que la traducción es harto infeliz y arbitraria—flaquea en los ensayos y síntesis de la ideología del sabio de Hipona, cuyas obras han de leerse con el libro de las Retracciones a la vista y teniendo los oídos fáciles y dóciles a las sentencias de la Filosofía escolástica y Teología tomista, y taponados a las voces emolientes y subyugadoras de la Retórica.

Entre los hagiógrafos de antaño hay los que, sin las garrambainas psicológicas y los arrequives del «medio ambiente», trazan muy estimables etopeyas, porque tenían la misma fe y vida interior, los propios sentimientos íntimos de los biografiados, y los vivaces y maravillosos atisbos y el realismo sano y objetivo de la inocencia candorosa.

¿Por qué este alindado volumen sale tan moteado de barbarismos, solecismos y erratas? Los textos latinos están plagados de faltas ortográficas y sintácticas; corren palabras tan escalofrantes como: armonidad, espacialidad, pecaminosidad, y frases que desconciertan así: «Catorce años antes que Goethe, nuestro africano sintió en su pecho la cohabitación de dos tendencias» (23); «Y lo peor no había llegado todavía, aun cuando la erudición estaba ya próxima» (30).

FR. A. CARRIÓN.

Los últimos capítulos de la Historia, desde la revolución bolchevique hasta el fin del mundo, con algunos episodios novelescos. Fantasía filosófico-histórica y profética, por E. J. SÁNCHEZ. Edic. L. T. C. Pino, 5. Barcelona, 1930. Págs. 1.000, en dos tomos. Ptas. 12.

Cuentan que Fr. Francisco de Vitoria dijo: «El Mtro. Astudillo más sabe que yo, pero no sabe vender tan bien las agujetas». Por mi fe, diríase que de espaldas tuvo a Mercurio el Sr. Sánchez poniendo su variada provisión de Ciencia y Literatura en el

mercado libresco. Así mismo parece tocado de la hierba que desazona y encalabrina a los escritores primerizos, que tienen por absurdo mayor de marca si las ideas, vertidas al papel, se emparejan en ascendencia y descendencia con Melquisidec y los ahorcados.

Diera a su libro exuberante el título de *Speculum historiale*, pongamos por mote literario, y el crítico entornaría los postiguillos de su fielato, considerando que en una enciclopedia cabe embutir todos los conocimientos, incluso los recalentamientos cerebrales del «ingenioso P. Valdecebro», atropados merodeando por libros, revistas y periódicos.

Hasta las fantasías novelescas y proféticas tienen sus carriles—como en «El Amo del mundo» de Besson—y el mezclar al *sit pro ratione voluntas* lo visto y lo soñado, lo auténtico y lo apócrifo, hipótesis y teorías con sistemas y postulados, con lo verdadero lo verosímil, es un derrumbadero en cuyo fondo pulula la alucinación de tomar por ejércitos los rebaños de ovejas, siendo lo más apurado del caso que el bálsamo, conccionado con diálogos y episodios novelescos, no cura los batacazos y tolondrones de los caballeros andantes a quienes Guttenberg dió el espaldarazo y calzó las espuelas. Y bien sabe Dios cuánto desearía yo que fueran en mí caedizos los ropones de agorero.

FR. A. CARRIÓN.

Sermones de S. Agustín.—T. II. De Diversis. Traducción y notas del P. A. FUEYO, O. S. A. Archivo Augustiniano. Madrid. 1930.

Ni la prolijidad, ni la fatiga, ni el cansancio descorazonan y rinden la pluma ágil del P. Fuego, metida con éxito y gloria en la ciclópea empresa de romancear los sermones de N. P. S. Agustín, cuya lectura reposada y asidua transfundirá sangre arterial en la predicación contemporánea, mucha de la cual tienen desustanciada, contrahecha y abufonada ciertos sermorios indígenas y especialmente otros venidos de ultrapuertos.

Sin el fundamento macizo de las humanidades no hay arranque bueno para la cultura literaria, que tan menguado presente tiene en nuestra patria, cuando se impone la necesidad de verter al castellano las obras de escritores con la personalidad estética e ideológica del Aguila de Hipona.

Maneja el traductor nuestra lengua con el brío y gallardía amayorazgados a los estilistas de buena cepa y señera idiosincrasia, y tiene a raya al «intrépido Morisot», cuya traducción francesa saltea al sesgo las dificultades que ofrecen el pensamiento y estilo agustinianos. Creo que el sentido puesto en la Vulgata al texto paulino «et excidant a simplicitate, quae est in Christo» (II Cor. XI, 3) encaja perfectamente en el contexto del capítulo, puesto que el inciso del versículo anterior es sólo un paradigma.

FR. A. CARRIÓN.

LIBROS RECIBIDOS

De la editorial Gabriel Beauchesne. Rue Rennes, 117. Paris VI:

BRUN (H.)—Les deux pierres d'angle de la Cité Chrétienne l' Ordre et l' Amour. VIII-272 págs. 28 fr. 1930.

GRANDMAISON (L. de, S. J.)—Jésus Christ. Edit. Abrégée. VIII-707 págs. 48 fr. 1930.

Archives de Philosophie.—Vol. VII, Cahier III. Philosophie et Science, par L. Pouquet, H. Gauthier, J. Klein. Un vol. 166 págs. 1930.

De la editorial Desclée de Brouwer. Rue SS. Pères, 76 bis. Paris VII:

MULARD (R., O. P.)—Saint Thomas d' Aquin: Somme Théologique. 344 págs.

DEPLANQUE (A.)—La pensée de Fénelon. 354 págs. 15 fr. 1930.

MARITAIN (J.)—*Le Docteur Angélique*. XVIII-282 págs. 1930.

CHEVALLIER (Dom, Moine de Solesmes).—Le Cantique spirituel de S. Jean de la Croix, Docteur de l' Eglise. Págs. 770. Pr. 40 fr. 1930.

De la editorial Luis Gili. Apart. 415. Barcelona:

Lámina en colores de Jesucristo Rey. 26 por 35 y medio cm. Tricomía sobre papel *couché*. Ptas. 30 el 100.

GUILLOUX (P.)—El alma de San Agustín. Trad. por I. Núñez. 330 págs. Encuadernado ptas. 4. 1930.

SUREDA (F. B.)—Sobre la racionabilidad de nuestra creencia. 284 págs. En rústica pesetas 7; en tela ptas. 9,50. 1930.

De la editorial Aschendorff. Munster im Westfalia:

MAUSBACH (J.)—Dasein und Wesen Gottes. 1930. Págs. XVI-254. Pr. 4,25 mk.

GRABMANN ET PELLSTER.—Durandi de S. Poetiano. Tractatus de habitibus. Págs. 80. Pr. 1,50 mk. 1930.

BIRKNER (Dr. J.)—Augustinus Marius. Reformationsgeschichtliche Studien un Texte. 1930. XII-126 S. Rm. 6,55.

SÖHNGEN (G.)—Sein und Gegenstand. Das scholastische Axiom «Ens et verum convertuntur» als Fundament der metaphysischer und theologischer Spekulation. XVI-335 S. 17,80 rm. 1930.

De la editorial Marietti. Via Legnano, 23. Torino (118):

SCREMIN (L., Prof. Dott. dell' Università di Padova).—*L' Educazione della castità*. Pref. del P. A. Schmitt, S. J. Págs. 164. Pr. L. 6. 1930.

GIORDANI (Igino).—*La Prima Polemica Cristiana*. Gli Apolegeti greci del secondo secolo. Págs. XII-160. Pr. L. 7. 1930.

PETRANI (A., S. Th. Dr.).—*De relatione juridica inter diversos ritus in Ecclesia Catholica*. Págs. 107. Pr. L. 6. 1930.

PARIS (Fr. G., O. P.)—De donis Spiritus Sancti. Dissertatio. 1930. Págs. 114. Pr. 6 lr.

FANFANI.—(Fr. L., O. P.)—De Rosario B. M. Virginis. Historia. Legislatio. Exercitia. 1930. Págs. 215. Pr. 10 lr.

De la editorial «Voluntad». Ap. 8.037. Madrid.

GAR-MAR (V., S. J.)—*Pensamientos de Filosofía Ascética*. 1930.

OLALLA VILLALBA (Dr. D. R.)—*España en la Historia de las Misiones*. 34 págs. 1930.

A. M. D. G.—¡Nosotros!... ¡El!... Trad. del Duque de Maqueda. Págs. 324 y 367. Pr. 5 pesetas cada tomo.

PAPINI (J.)—San Agustín. 366 págs. 5 ptas. 1930.

Los operarios de la viña. Trad. de B. S. Olivera. 1930. Págs. 304. Pr. 5 ptas.

JORIO (Mons. D.)—La primera comunión de los niños. Pr. 2 ptas. 1930.

JESÚS (P. G. de, C. D.)—Vida gráfica de Sta. Teresa de Jesús. T. II. Págs. 493 con muchos grabados. Pr. 18 ptas. 1930.

ERRANDONEA (P. I., S. I.)—Tragedias de Sófocles: Edipo rey y Edipo en Colono. Texto, traducción y notas. Biblioteca de clásicos griegos y latinos, dirigida por Luis Segalá y Estalella. 1930. Edic. bilingüe 8 ptas.

Bloud et Gay, Rue Garanciere, 3. Paris VI:

LITHARD (P. V., C. S. Sp.)—*Précis de Théologie Pastorale*. 360 págs. 1930.

MARTÍN (V.)—*Les Congrégations Romaines*. 210 págs. 1930.

MARTÍN (V.)—*Les Cardinaux et la Curie*. 210 págs. 1930.

GELLE (Abbé.)—*Vingt-cinq Chemins de Croix*. 1930. Págs. 188. Pr. 9 fr.

AIGRAIN (R.)—*Liturgia*. *Encyclopédie populaire*. 1930. Págs. 1141. Pr. 57 fr.

P. Lethielleux, Rue Cassette, 10. Paris VI.

GESANN (Dr. J.)—*Summarium Theologiae Dogmaticae*. 272 pages. 30 fr. 1930.

MIRAMAR (A.)—*Histoire pittoresque d'une famille égyptienne*. Págs. VIII-152. 166 grabados. Pr. 12 fr. De venta en librería Herder. Barcelona.

MOTTE (J.)—*Petit catéchiste en images*. 1930. Págs. 64 con 300 grabados. Pr. 6,75 fr. De venta en librería Herder. Barcelona.

De la editorial Pierre Téqui. Rue Bonaparte, 82. París VI:

VALLET (Dr. A.)—*Guérisons de Lourdes en 1927-1928-1929*. 325 págs. Prix 10 fr. 1930.

TISSIER (J. M.)—*Eveque de Chalons. Les puissances morales et surnaturelles des femmes*. 1930. 208 págs. Prix 9 fr.

MILLOT (J.)—*La très Sainte Vierge Marie et le Purgatoire*. 1930. Págs. 253. Pr. 9 fr.

LEMUS (P. J. B., O. M. I.)—*Le culte du Cône eucharistique de Jésus*. II edic. 1930. Págs. 140. Pr. 6 fr.

VERGNE (I. de la.)—*Le bon Cardinal Richard*. 1930. Págs. 256. Pr. 12 fr.

CHAMBELLAND (P. J.)—*De l' Art d' être malade ou comment on se santifie dans la maladie a l' école de S. Francois de Sales*. 1930. Págs. 65. Pr. 4 fr.

SELLE (H. de la.)—*La Défense de l' intelligence*. 1930. Págs. 82. Pr. 8 fr.

LUSSEAU ET COLLOMB.—*Manuel d' études bibliques*. I partie. 1930. Págs. 640. Pr. 35 fr.

OBISPADO DE SALAMANCA

Imprimatur:

† FRANCISCUS, Episcopus Salmantinus.